75

Literatura Contemporánea
Seix Barral

Alberto Moravia
Cuentos romanos
I

70

Literatura Contemporánea

Seix Barral

Alberto Moravia
Cuentos romanos
I

Seix Barral

Dirección editorial: R. B. A. Proyectos Editoriales, S. A.

Título original: Racconti romani
Traducción de M.ª Esther Benítez

© 1954 Gruppo Editoriale Fabbri, Bompiani, Sonzogno, Etas SpA
© Editorial Seix-Barral, S. A., 1985, para la presente edición
Córcega, 270, 08008 Barcelona (España)
Traducción cedida por Alianza Editorial, S. A.
Diseño de colección: Hans Romberg
Primera edición en esta colección: diciembre de 1985
Depósito legal: B. 42.089 1985
ISBN 84-322-2079-5
ISBN 84-322-2078-7 (obra completa)
ISBN 84-322-2159-7 (colección completa)
Printed in Spain - Impreso en España
Distribución: R. B. A. Promotora de Ediciones, S. A.
Travesera de Gracia, 56, ático 1.ª, 08006 Barcelona.
Teléfonos (93) 200 80 45 - 200 81 89
Imprime: Cayfosa, Sta. Perpetua de Mogoda, Barcelona

Fanático

Una mañana de julio dormitaba en la Plaza Melozzo da Forlì, a la sombra de los eucaliptos, cerca de la fuente seca, cuando llegaron dos hombres y una mujer y me pidieron que los llevara al Lido de Lavinio. Los observé mientras discutíamos el precio: uno era alto y grueso, rubio, con una cara descolorida, como gris, y ojos de porcelana celeste en el fondo de unas sombrías ojeras, de unos treinta y cinco años. El otro era más joven, moreno, de cabello rizado, con gafas de concha, desgalichado, delgado, quizás un estudiante. En cuanto a la mujer, era muy flaca, con un rostro afilado y largo entre dos ondas de cabellos sueltos y el cuerpo delgado enfundado en un trajecito verde que le hacía parecer una serpiente. Pero tenía una boca roja y llena, semejante a un fruto, y unos ojos hermosos, negros y brillantes como carbón mojado. Me miró de una forma que me entraron ganas de combinar el negocio. En efecto, acepté el primer precio que me ofrecieron; subieron, el rubio a mi lado y los otros dos detrás, y partimos.

Atravesé toda Roma para coger la carretera de detrás

de la basílica de San Paolo, que es la más corta para ir a Anzio. En la basílica llené el tanque de gasolina y luego enfilé, a toda marcha, la carretera. Calculaba que había unos cincuenta kilómetros; eran las nueve y media, llegaríamos hacia las once, justo a tiempo para tomar un baño. La muchacha me había gustado y confiaba en trabar amistad; no eran gente muy fina, los dos hombres parecían extranjeros por el acento, quizás refugiados de esos que viven en los campos de concentración, en los alrededores de Roma. En cambio la muchacha era italiana, más aún, romana, y tampoco ella era gran cosa: supongamos que fuera camarera o planchadora o algo por el estilo. Mientras pensaba esto tendía la oreja y oía, en el interior del automóvil, a la muchacha y al moreno que charlaban y reían. Sobre todo se reía la muchacha, que, como ya había observado, era bastante descaradilla y escurridiza, precisamente como una serpezuela borracha. El rubio, ante las risotadas, fruncía la nariz bajo las gafas negras de sol, pero no decía nada, ni siquiera se volvía. La verdad es que le bastaba con alzar los ojos al retrovisor, sobre el parabrisas, para ver perfectamente lo que sucedía a sus espaldas. Pasamos los Trapenses, la E.42, y seguimos de un tirón hasta la bifurcación de Anzio. Allí disminuí la marcha y le pregunte al rubio, mi vecino, a dónde querían que los llevase exactamente. Me contestó:

—Un sitio tranquilo, donde no haya nadie... queremos estar solos.

—Aquí hay treinta kilómetros de playa desierta... —dije yo—. Son ustedes los que deben decidir.

La muchacha, desde el interior del automóvil, gritó:

—Dejemos que decida él.

—¿Qué tengo yo que ver? —respondí.

—Dejemos que decida él —continuaba gritando la muchacha; y se reía, como si la frase hubiera sido muy cómica.

—El Lido de Lavinio es muy concurrido... —dije yo entonces—, pero les llevaré a un sitio no muy lejos, donde no hay un alma.

Estas palabras hicieron reír de nuevo a la muchacha, que, desde detrás, me palmeó en el hombro, diciendo:

—Muy bien..., eres inteligente... Has entendido lo que queríamos.

Yo no sabía qué pensar de estos modales; por un lado me fastidiaban; por otro, me hacían concebir esperanzas. El rubio callaba, sombrío, y al fin dijo:

—Pina, me parece que no hay motivo para reír

Continuamos la carrera. Hacía un calor intenso, sin viento, y la carretera deslumbraba; aquellos dos, en el interior del coche, no hacían más que charlar y reír, pero luego, repentinamente, se callaron; y fue peor, porque vi al rubio que miraba por el retrovisor del parabrisas y que fruncía después la nariz, como si hubiera visto algo que no le gustaba. La carretera tenía ahora a un lado campos pelados y secos, y al otro un tupido matorral. Al llegar a un cartel que prohibía cazar disminuí la marcha, giré y me adentré por un sendero serpenteante. Durante el invierno había venido por aquí a cazar y era un lugar solitario, imposible de descubrir si no se conocía. Después del matorral había un pinar y, después del pinar, la playa y el mar. Yo sabía que en el pinar se habían defendido los americanos tras el desembarco de Anzio; había aún trincheras, con cajas herrumbrosas y cartuchos vacíos, y la gente no iba allí por temor a las minas.

El sol ardía con fuerza y toda la superficie pululante del matorral era luminosa, casi rubia por la luz. El sendero prosiguió recto, luego se dobló en un claro y por último entró otra vez en el matorral. Ahora veíamos los pinos, con sus sombreros verdes, henchidos de viento, que parecían navegar en el cielo, y el mar azul, duro y centelleante, entre los troncos rojos. Yo conducía despacio porque no veía bien entre todas aquellas matas y en cuanto uno se descuida se rompe una ballesta. De pronto, mientras estaba atento al sendero, el rubio que se sentaba a mi lado me dio un golpe violento, con todo el cuerpo, de manera que casi salí despedido por la ventanilla.

—¡Qué diablos! —exclamé, frenando de golpe.

Al mismo tiempo hubo una explosión seca a mis espaldas y yo me quedé con la boca abierta al ver en el parabrisas una rosa de sutiles grietas con un agujero redondo en el medio. Se me heló la sangre e hice ademán de saltar del coche, gritando «¡Asesinos»!; pero el moreno, que había disparado, apretó el cañón del revólver a mi espalda, diciendo:

—¡No te muevas!

Me quedé inmóvil y pregunté:

—¿Qué quieren de mí?

—Si ese imbécil no te hubiera empujado —contestó el moreno— no habría necesidad de decírtelo ahora... Queremos tu coche.

—Yo no soy un imbécil —dijo el rubio, apretando los dientes.

—Sí lo eres ... ¿Acaso no estábamos de acuerdo en que yo debía disparar? ¿Por qué te has movido?

—También estábamos de acuerdo en dejar en paz a Pina... —replicó el rubio—. También tú te has movido.

La muchacha se echó a reír y dijo:

—Estamos aviados...

—¿Por qué?

—Porque él, ahora, se vuelve a Roma y nos denuncia.

—Y hará muy bien —dijo el rubio.

Sacó del bolsillo un cigarrillo, lo encendió y empezó a fumar. El moreno se volvió, indeciso, a la muchacha.

—Bueno, ¿qué hacemos?

Alcé los ojos hacia el retrovisor y vi que ella, acurrucada en un rincón, hacía, indicándome a mí, un gesto con el pulgar y el índice, como diciendo: «Liquídalo». Se me heló otra vez la sangre, pero respiré al oír que el moreno decía, con tono de profunda convicción:

—No, ciertas cosas uno se atreve a hacerlas una sola vez... Ahora perdí el valor, ya no puedo.

Recobré los ánimos y dije:

—Pero ¿qué van a hacer con el taxi? ¿Quién les va a falsificar una licencia? ¿Quién se lo pinta de otro color?

Pude comprender, ante cada una de las preguntas, que no contaban con nadie y que ya no sabían qué hacer. Habían decidido matarme y, como no les había salido bien, tampoco tenían valor para robarme. Sin embargo, el moreno dijo:

—Todo está previsto, no te preocupes.

Pero el rubio, sardónico, dijo:

—No está previsto nada; sólo tenemos veinte mil liras entre los tres y un revólver que no dispara.

En ese momento alcé de nuevo los ojos hacia el espejo y vi que la muchacha hacía de nuevo aquel gesto tan gracioso indicándome a mí. Dije, entonces:

—Señorita, cuando estemos en Roma ese gesto le va a costar unos añitos más de cárcel.

Luego me volvía a medias hacia el moreno, que todavía me clavaba el revólver en la espalda, y grité, exasperado:

—¡Ya está bien! ¿Qué esperas? ¡Dispara, cobarde, que eres un cobarde, dispara!

Mi voz resonó en medio de un silencio profundo, y la muchacha, con simpatía esta vez, gritó:

—¿Sabéis quién es aquí el único valiente? ¡El! —señalándome a mí.

El moreno dijo algo parecido a una blasfemia, escupió a un lado y después abrió la portezuela, bajó y vino a mi lado, junto a la ventanilla. Dijo, furioso:

—Bueno, rápido... ¿Cuánto quieres por llevarnos otra vez a Roma y no denunciarnos?

Comprendí que el peligro había pasado y dije lentamente:

—No quiero nada... Y os llevo a los tres derechos a la cárcel de Regina Coeli.

El moreno no se asustó, hay que reconocerlo, estaba demasiado desesperado y exasperado. Dijo sólo:

—Entonces, te mato.

—Haz la prueba... —dije—. Yo te digo que no matas a nadie... Y también te digo que os veré con el hocico contra las rejas a ti, a esa putita de tu amiga y también a él.

—Está bien —dijo en voz baja; y comprendí que esta vez iba en serio. En efecto, retrocedió un paso y alzó la pistola. Por fortuna, en ese momento gritó la muchacha:

—¡Acabad de una vez!... Y tú, en vez de ofrecerle dinero, imponte con el revólver... Ya verás cómo marcha...

Mientras hablaba así se inclinaba hacia mí y entonces sentí que me hacía cosquillas con los dedos detrás de la oreja, sin que los otros la viesen. Me asaltó una gran turbación porque, como ya he dicho, me gustaba y, sin saber por qué, estaba convencido de que yo le gustaba a ella. Miré al moreno, que todavía me apuntaba con la pistola, la miré a ella de soslayo: clavaba en mí sus ojos de carbón, negros y sonrientes. Después, dije:

—Guardaos vuestro dinero... Yo no soy un bandido, como vosotros... Pero no os vuelvo a llevar a Roma... Sólo la llevaré a ella, porque es una mujer.

Pensaba que protestarían pero, ante mi sorpresa, el rubio se apeó de inmediato del coche, diciendo:

—¡Buen viaje!

El moreno bajó la pistola. La muchacha, ágilmente, vino a sentarse a mi lado. Dije:

—Entonces, hasta la vista. Espero que pronto os manden a la cárcel.

Luego di la vuelta, maniobrando con una sola mano porque la otra me la estrechaba ella entre las suyas; no me desagradaba que aquellos dos comprendieran el motivo por el que me había mostrado tan dócil.

Volví a la carretera y corrí unos cinco kilómetros sin abrir la boca.

Ella seguía estrechando mi mano y eso me bastaba. Ahora buscaba yo también un lugar aislado, aunque por motivos distintos de los suyos. Pero cuando me detuve e hice intención de tomar un sendero que llevaba al mar, ella puso su mano sobre el volante, diciendo.

—No. ¿Qué haces? Vamos a Roma.

—A Roma iremos esta tarde —dije, mirándola fijamente.

—Ya entiendo, también tú eres igual que los otros, también tú eres igual que los otros.

Lloriqueaba, abatida y fría, falsa, pues se veía a la legua que estaba representando una comedia, y cuando hice ademán de abrazarla empezó a escurrírseme a un lado y a otro, y no había forma de que se dejara besar.

Tengo la sangre ardiente y monto en cólera en seguida. De pronto, comprendí que me había tomado el pelo y que yo, en esa maldita excursión, había salido perdiendo la gasolina, el miedo y el tiempo; y, lleno de rabia, la rechacé con violencia, diciendo:

—¡Vete al infierno y quédate allí!

Se acurrucó en seguida en su rincón, nada ofendida. Yo puse en marcha el coche y no volvimos a hablar hasta llegar a Roma.

En Roma le dije, parándome y abriendo la portezuela:

—Y ahora baja, lárgate, lo más pronto posible.

Y ella, como asombrada:

—¿Por qué? ¿La has tomado conmigo?

Entonces no pude contenerme y grité:

—Pero, dime... Has querido asesinarme, me has hecho perder el día, la gasolina, el dinero... ¿Y quieres que no la tenga tomada contigo? Da gracias al cielo de que no te lleve a la comisaría.

¿Saben lo que me contestó?

—¡Qué fanático!

Después bajó y, muy digna, soberbia, altiva, menéandose dentro de aquel trajecito serpentino, se encaminó entre los automóviles y el tráfico de Porta San Giovanni. Yo me quedé atontado, mirándola mientras se alejaba, hasta que desapareció. En aquel momento alguien subió al taxi, gritando:

—A la Plaza del Popolo.

¡Hasta la vista!

Portolongone es un castillo antiguo, en la cima de una roca colgada sobre el mar. El día en que salí soplaba el lebeche, un viento fuerte que cortaba el aliento, y el sol brillaba enceguecedor en el cielo barrido. Quizás a causa de aquel viento y de aquel sol, quizás debido a la emoción de la libertad, me sentía aturdido. Así, cuando pasé por el patio y vi al director que estaba allí, al sol, hablando con un guardián, no pude menos de gritarle:

—¡Hasta la vista, señor director!

Inmediatamente me mordí la lengua porque comprendí que aquel «hasta la vista» no era lo adecuado; podía parecer como si yo tuviera intención de volver a la cárcel o estuviera convencido de que volvería. El director, una buena persona, me corrigió en seguida, sonriendo, haciéndome un gesto de despedida:

—Querrás decir «adiós».

Y yo repetí.

—Sí, adiós, señor director.

Pero ya era demasiado tarde; ya había dicho una tontería y no había nada que hacer.

Aquel «hasta la vista» continuó resonando en mis oídos durante todo el viaje, y luego también en Roma, cuando me encontré en mi casa. Quizás fue por la acogida: afectuosa, se comprende, por parte de mi madre, pero mucho peor de lo que me había imaginado por parte de los otros. Mi hermano, un muchachito sin seso, estaba a punto de salir para ir a un partido de fútbol y apenas si me dijo:

—Oh, adiós, Rodolfo.

Mi hermana, esa gata acicalada, llegó incluso a escapar de la habitación, gritando que si yo me quedaba en casa ella se iba. En cuanto a mi padre, que no habla nunca, se limitó a recordarme que mi puesto en la carpintería no estaba ocupado aún; si quería, podía comenzar a trabajar ese mismo día. En resumen, todos se fueron y yo me quedé en casa, solo con mi madre. Ella estaba en la cocina, lavando los platos de la comida. De pie ante el fregadero, pequeña y raída, los cabellos grises en desorden, los pies enfundados en dos enormes pantuflas de fieltro para protegerse del reumatismo, mientras aclaraba la loza empezó a soltarme un sermón que, a decir verdad, aunque era bien intencionado, me sentó peor que los chillidos de mi hermana o la indiferencia de mi hermano y de mi padre. ¿Qué me decía? Lo que dicen todas las madres, sin tener en cuenta, como siempre, que en este caso toda la razón estaba de mi parte y que yo había herido para defenderme, como hubiera podido demostrar en el proceso de no haber sido por el falso testimonio de Guglielmo.

—Hijo querido, ¿ves a dónde te ha llevado la violencia? Cree a tu madre, que es la única que te quiere y que en tu ausencia ha sufrido más que la Virgen de los Siete Dolores, créeme: olvida la violencia, en la vida es mejor soportar cien que hacer una sola... ¿No sabes que quien a hierro mata, a hierro muere? Aunque tengas razón, con la violencia lo que consigues es estar equivocado... A Jesús le hicieron violencia, poniéndolo en una cruz, pero El perdonó a todos sus enemigos... ¿Y tú pretendes ser más que Jesús?

Y así sucesivamente. ¿Qué podía decirle? Que no era verdad, que la violencia me la habían hecho a mí; que toda la culpa había sido de aquel cerdo de Guglielmo, que a la cárcel deberían haber mandado al otro... Preferí, finalmente, levantarme y salir.

Habría podido dirigirme a la carpintería, en la calle San Teodoro, donde me esperaban mi padre y los demás obreros. Pero no me apetecía, el mismo día de mi llegada, como si nada hubiera ocurrido, volver a colgar la chaqueta del clavo y vestirme el mono con las manchas de cola y de grasa que me había echado dos años antes. Y, además, quería gozar de la libertad, sin preocupaciones: volver a ver Roma, reflexionar sobre mis asuntos. De forma que decidí pasear durante todo el día y comenzar a trabajar a la mañana siguiente. Vivimos por la *via* Giulia. Salí y me encaminé hacia el Puente Garibaldi.

En la prisión había pensado que, cuando volviera a Roma, libre, las cosas se me aparecerían, por lo menos durante los primeros días, de una manera especial, según el sentimiento que experimentaría al volver a verlas: alegres, nuevas, hermosas, apetitosas. En cambio, nada; como si no hubiera estado en Portolongone durante tanto tiempo, sino que, es un suponer, hubiera pasado unos días en la playa de Ladispoli. Era uno de los clásicos días de siroco romano, con el cielo color estropajo sucio, el aire pesado y la indolencia metida hasta en las piedras de las casas. Al caminar volvía a encontrarlo todo como antes y como siempre, sin novedad ni alegría: los gatos reunidos en torno al paquete de restos, en la esquina de una callejuela; los urinarios con sus feos adornos secos; las inscripciones de las paredes con los «viva» y los «muera»; las mujeres sentadas, espatarradas, charlando en los umbrales de las tiendas; las iglesias con el ciego y el tullido en las escalinatas; los carritos con higos secos y naranjas; los puestos de periódicos con revistas ilustradas llenas de actrices americanas. La gente, además, me parecía tener unas caras realmente antipáticas: unos, la nariz muy larga; otros, la boca torcida; otros, enormes ojeras; otros, las mejillas caídas. En re-

sumen, era la Roma de siempre y los romanos de siempre: me los encontraba tal como los había dejado. Cuando llegué al Puente Garibaldi me asomé al parapeto y miré al Tíber: era el Tíber de siempre, lustroso, henchido y amarillo, con las barracas flotantes de las sociedades de remo, y el gordinflón de costumbre en paños menores que se ejercitaba en el remo fijo, y los habituales desocupados que lo miraban. Para animarme un poco pasé el puente y fui al Trastevere, a la callejuela del Cinque, donde había cierta hostería. El dueño, Gigi, era el único amigo que me quedaba en el mundo. He dicho que fui para animarme; en realidad, me atraía también el taller de afilador de Guglielmo, que no distaba mucho de la hostería. Y, en efecto, cuando lo descubrí de lejos, la sangre se me revolvió, y primero me sentí ardiente y luego helado, como si fuera a desvanecerme.

Entré en la hostería, desierta a aquella hora, fui a sentarme a un rincón oscuro y llamé en voz baja a Gigi, que estaba destrás del mostrador leyendo el periódico. El acudió y, cuando me reconoció, me abrazó en seguida, con espontaneidad, repitiendo que estaba muy contento de verme; y me sentí reconfortado porque, salvo mi madre, éste era el primer cristiano que me había demostrado un poco de afecto a mi regreso. Me senté sin aliento, con los ojos llenos de lágrimas, y él, tras unas frases de circunstancias, comenzó:

—Rodolfo... ¿Quién me había dicho que volvías?... Ah, sí, Guglielmo.

No dije nada, pero sentí que todo se removía ante ese nombre. Gigi continuó:

—Quién sabe cómo lo había sabido... Lo cierto es que vino a decírmelo, con una cara..., tenía miedo, se veía.

Dije, sin levantar los ojos:

—¿Miedo, de qué? ¿Acaso no ha dicho la verdad? ¿No ha cumplido con su deber de testigo? Y, además, ahí están los carabineros para protegerlo.

Gigi me palmeó en el hombro.

—Rodolfo, eres el mismo de siempre, no has cam-

biado nada... Bueno, tiene miedo porque conoce tu carácter... Dice que él no creía que te perjudicaba: le ordenaron decir la verdad, y la dijo.

No abrí los labios; y Gigi, tras un momento, continuó:

—¿Sabes que me disgusta que dos personas como tú y Guglielmo os odiéis y tengáis miedo uno de otro? Oye, ¿quieres que lo tranquilice, que le diga que no tienes nada contra él y que le has perdonado?

Empecé a comprender dónde quería ir a parar y le respondí:

—No le digas nada.

—¿Por qué? —se informó con precaución—. ¿Todavía la tienes tomada con él? ¿Después de tanto tiempo?

—El tiempo no existe —dije—; he llegado hoy y es como si hubiera sucedido ayer... Para los sentimientos, el tiempo no existe.

—Pero, vamos —insistió él—, vamos, no te obceques de ese modo... ¿Qué te importa?... ¿No conoces la canción: lo que ha sido ha sido, al que le toca le ha tocado, olvidemos el pasado?... Créeme, olvida el pasado y bebe.

—Lo que es beber, sí... —respondí—. Tráeme medio litro..., seco.

Mi tono era duro y el, sin insistir más, se levantó y fue a coger el vino. Pero, cuando volvió, no quiso servirme en seguida y dejando la jarra a un lado, como si quisiera imponerme alguna condición, me preguntó con seriedad:

—Rodolfo..., no querrás hacer alguna locura...

—Sírveme y no te preocupes —contesté.

—Reflexiona —insistió—, Guglielmo es un pobre hombre, tiene familia, mujer y cuatro hijos... Es preciso un poco de comprensión.

—Sírveme —repetí— y no te ocupes de mis asuntos.

Esta vez me sirvió, pero muy despacio, sin dejar de mirarme. Le dije:

—Coge un vaso... Bebamos... Eres el único amigo verdadero que tengo en el mundo.

Aceptó de inmediato, llenó su vaso, se sentó y continuó:

—Precisamente porque soy tu amigo quiero decirte lo que haría en tu lugar: iría junto a Guglielmo, espontáneamente, y le diría: lo pasado, pasado; abracémonos como hermanos y no se hable más...

Tenía el vaso a la altura de los labios y me miraba fijamente. Respondí:

—Hermanos, puñales... ¿No conoces el refrán?

En aquel momento entraron dos clientes y él, tras vaciar su vaso de un trago, me dejó.

Bebí lentamente el medio litro, reflexionando. El hecho de que Guglielmo tuviese miedo no me calmaba, al contrario, encendía no sé qué furor en mi ánimo. «¡Cobarde! Tiene miedo...», pensaba. Y apretaba con fuerza el vaso de vidrio grueso, como si hubiera sido el cuello de Guglielmo. Me decía que era un cobarde y que, después de haberme hecho condenar con su falso testimonio, ahora se encomendaba a Gigi para que yo lo perdonara. Así acabé el medio litro y encargué un segundo. Gigi me lo trajo y dijo:

—¿Te encuentras mejor? ¿Ya te lo has pensado?

—Me encuentro mejor —contesté— y ya me lo he pensado.

Gigi observó, sirviéndome el vino:

—En estas cosas hay que ir despacio... no dejarse arrastrar por los sentimientos... Tienes la razón de tu parte, no se discute, y por eso precisamente debes mostrarte generoso.

Me fue imposible no observar, ácido:

—Te ha adoctrinado bien Guglielmo, ¿eh?

El no se ofendió y respondió con sinceridad:

—¿Adoctrinado? ¿Qué dices?... Soy amigo de los dos y quisiera que hiciérais las paces... Eso es todo.

Seguí bebiendo, y entonces, quizás por efecto del vino, mi pensamiento pasó desde Guglielmo a mí mismo, y empecé a pensar en todo lo que había pasado en esos dos años, en lo que había sufrido, en todas las vejaciones que me habían hecho; y los ojos se me lle-

naron de lágrimas y me acometió una gran compasión por mí mismo y, de rechazo, por todos. Yo era un desgraciado, sin culpa ni razón, como muchos, como todos; y también Guglielmo era un desgraciado; y Gigi era también un desgraciado; y mi padre y mi hermano y mi hermana y mi madre: todos unos desgraciados. Ahora veía a Guglielmo con ojos nuevos, y poco a poco me fui convenciendo de que quizás Gigi tenía razón: me convenía mostrarme generoso y perdonarle. Ante esta idea sentí un redoblado afecto por mí mismo; y me agradó que se me hubiera ocurrido porque, aunque con la cabeza estaba casi convencido de que perdonar era mejor que vengarse, no hubiera podido hacerlo nunca sin que el corazón me lo dictara. Pero, ahora, tenía miedo de que este impulso bueno se desvaneciera; comprendía que debía hacerlo en seguida. Había acabado ya el segundo medio litro y llamé con fuerza:

—Gigi, ven aquí un momento.

Vino y le dije en seguida:

—Gigi, en el fondo tú tienes razón; me lo he pensado bien; si quieres, estoy dispuesto. Vamos a ver a Guglielmo.

—¿No te lo había dicho? —respondió—. Un poco de reflexión y de vino sincero, y habla el corazón.

No dije nada y, de repente, hundí la cara entre las manos y comencé a llorar: me veía otra vez en Portolongone, en el taller de la prisión, vestido con el uniforme carcelario, ocupado en cepillar tablas para ataúdes. En la cárcel trabajaban todos, y de la sección de carpintería salían todas las cajas de muerto para Portoferraio y los otros pueblos de la isla de Elba. Y yo lloraba al recordar que, cuando fabricaba estos ataúdes, había deseado a menudo que uno fuera para mí. Entre tanto, Gigi me palmeaba el hombro, repitiendo:

—Ea, no lo pienses más... Ya ha pasado todo.

Tras un momento, añadió:

—Ahora vamos a ver a Guglielmo; os abrazáis, como amigos, y luego venís aquí y bebéis juntos la copa de la reconciliación.

Me sequé las lágrimas y dije:

—Vamos junto a Guglielmo.

Gigi salió de la hostería y yo lo seguí. Recorrimos unos cincuenta metros y luego, al otro lado de la calle, entre una panadería y un marmolista, descubrí el taller del afilador. Tampoco Guglielmo había cambiado: pequeñito, gris, gordezuelo y calvo, con una cara meliflua mitad de Judas y mitad de sacristán; lo reconocí en seguida, de pie, de perfil, en el interior del taller, arreado junto a la rueda. Afilaba, y estaba tan absorto en arreglar el filo de un cuchillo, volviéndolo y revolviéndolo bajo la gota, que no nos vio entrar. Tan pronto lo divisé sentí que la sangre se me alborotaba; y me di cuenta de que no podría abrazarlo, como quería Gigi. Al abrazarlo, podía darse el caso que le arrancase la oreja de un mordisco, así, a mi pesar. Luego Gigi, con voz festiva, dijo:

—Guglielmo, aquí está Rodolfo, que ha venido a estrecharte la mano... Lo pasado, pasado...

El se volvió y vi que se demudaba y hacía un gesto como para refugiarse al fondo del taller. Entonces, mientras Gigi nos animaba —«Vamos..., abrazaros y no hablemos más»—, algo estalló en mi pecho y se me nublaron los ojos. Grité:

—¡Cobarde! ¡Me has arruinado! —y me lancé contra él, intentando agarrarlo por el cuello.

El soltó un aullido y, como un verdadero cobarde, escapó hacia el fondo del taller. Hizo muy mal, porque con todos aquellos anaqueles llenos de cuchillos hasta un santo habría caído en la tentación. Imagínense yo, que esperaba este momento desde hacía años. Gigi gritaba:

—¡Rodolfo!... ¡Detente!... ¡Sujetadlo!

Guglielmo gritaba como un puerco al que están degollando; y yo, agarrando un cuchillo entre tantos, me abalancé sobre él. Mi intención era darle en la espalda, pero él se volvió para defenderse y el cuchillo se clavó en lo alto del pecho. En ese mismo momento alguien

me agarró el brazo mientras lo alzaba para darle otra cuchillada; y luego me encontré fuera del taller, rodeado de gente que gritaba y que, en el frenesí del alboroto, intentaba golpearme en la cara y en los hombros.

«¡Hasta la vista!» Se lo había dicho al director de Portolongone y, en efecto, esa misma tarde me encontré en una celda de Regina Coeli, junto con otros tres. Para desahogarme, conté lo ocurrido, y uno de ellos, entonces, que parecía muy sabihondo, observó:

—Hermano, cuando dijiste «¡hasta la vista!» era tu subconsciente quien te hacía hablar así... Tú ya sabías que lo ibas a hacer.

Quizás tenía razón él, pues hablaba muy difícil y sabía incluso lo que era el subconsciente. Pero entre tanto yo estaba dentro y el «¡hasta la vista!» se lo había dicho a la libertad, por esta vez.

Lluvia de mayo

Un día de estos volveré a Monte Mario, a la Hostería de los Cazadores; pero iré con mis amigos, los de los domingos, que tocan el acordeón y, a falta de muchachas, bailan entre sí. Yo solo no me atrevería nunca. Por las noches, a veces, sueño con las mesas de la hostería, con la cálida lluvia de mayo que golpea sobre ellas y con los árboles sombríos goteando sobre las mesas; entre los árboles, allá al fondo, pasan unas nubes blancas, y bajo las nubes, el panorama de las casas de Roma. Y me parece oír la voz del dueño, Antonio Tocchi, como la oí aquella mañana, llamando furiosa desde la bodega:

—¡Dirce!... ¡Dirce!

Y también me parece verla a ella lanzándome una mirada de inteligencia, antes de bajar a la bodega, con su paso duro que resuena en los peldaños. Yo había llegado allí por casualidad, viniendo de mi pueblo; y cuando me ofrecieron quedarme como camarero, sin sueldo, pensé: «Dinero no tendré, pero por lo menos estaré como en familia.» Sí, sí, como en familia; en vez de

una familia encontré el infierno. El dueño era gordo y redondo como una pella de manteca, pero de una gordura mala, ácida. Tenía una cara ancha, gris, con muchas finas arrugas que rodeaban todo su rostro siguiendo la dirección de la gordura, y dos ojillos pequeños, puntiagudos, como de serpiente; siempre en chaleco y mangas de camisa, con una gorra gris de visera calada sobre los ojos. Su hija Dirce no era mejor que el padre por lo que toca al carácter; también ella era dura, mala, áspera, pero hermosa: una de esas mujeres pequeñas y musculosas, bien formadas, que caminan meneando las caderas y afirmando el pie, como quien dice «Esta tierra es mía». Tenía una cara ancha, con ojos negros y cabellos negros, tan pálida como una muerta. Solamente la madre, en aquella casa, parecía buena: una mujer de unos cuarenta años que aparentaba sesenta, flaca, con una nariz de vieja y colgantes cabellos de vieja; pero quizás sólo era tonta, o al menos uno podía pensarlo al verla de pie ante el fogón, con toda la cara tendida en una sonrisa muda; si se daba la vuelta, podía verse que no tenía más que uno o dos dientes por todo tener. La hostería se asomaba a la carretera con una muestra en forma de arco, de color sangre de buey, con la inscripción: «Hostería de los Cazadores; propietario, Antonio Tocchi», en letras amarillas. Luego, por un sendero, se llegaba a las mesas, bajo los árboles, ante el panorama de Roma. La casa era rústica, toda muros y casi sin ventanas, con techo de tejas. El verano era la época mejor, venía gente desde la mañana hasta la medianoche: familias con niños, parejas de enamorados, grupos de hombres, y se sentaban a las mesas y bebían el vino y comían la comida de Tocchi mirando el panorama. No teníamos tiempo ni de respirar: los dos hombres sirviendo continuamente, las dos mujeres continuamente cocinando y fregando; por la noche estábamos rendidos y nos íbamos a la cama sin ni siquiera mirarnos. Pero en invierno, o incluso en plena temporada, si llovía empezaban los líos. El padre y la hija se odiaban, aunque odiar se quede corto; de haber po-

dido, se hubieran matado. El padre era autoritario, avaro, estúpido, y por cualquier tontería levantaba la mano; la hija era dura como una piedra, cerrada, siempre quería decir la última palabra, proterva. Acaso se odiaban porque eran de la misma sangre, y ya se sabe que no hay como la sangre para odiarse; pero se odiaban también por cuestión de intereses. La hija era ambiciosa; decía que ellos, con aquel panorama de Roma, tenían un capital para explotar, y en cambio lo arrojaban a los perros. Decía que el padre debía construir una pista de cemento para bailar, y alquilar una orquesta y colgar farolillos venecianos, y transformar la casa en un restaurante moderno y llamarlo «Restaurante Panorama». Pero el padre no se fiaba, un poco porque era avaro y enemigo de las novedades, y otro poco porque era su hija quien se lo proponía y él se hubiera dejado degollar antes que darse por vencido ante la hija. Los choques entre padre e hija se producían siempre en la mesa; ella atacaba, con maldad, ofendiéndolo en algo personal, supongamos que por el hecho de que el padre, al comer, había soltado un eructo; él respondía con palabrotas y blasfemias; la hija insistía, el padre le daba un bofetón. Es preciso decir que debía de experimentar placer al abofetearla, porque ponía una cara especial, mordiéndose el labio inferior y guiñando los ojos. Para la hija la bofetada era como el agua fresca para una flor: reverdecía de odio y de maldad. Entonces el padre la agarraba por el pelo y le sacudía más. Caían platos y vasos y también recibía lo suyo la madre, que se metía en medio, pero como una tonta, con su eterna sonrisa en la boca desdentada; y yo, con el corazón henchido de veneno, salía y me iba a pasear por el camino que lleva a la Camilluccia.

Me hubiera largado hacía tiempo de no haberme enamorado de Dirce. No soy un tipo que se enamore fácilmente, porque soy positivo y no me dejo encantar por las palabras y las miradas. Pero cuando una mujer, en vez de palabras, se da a sí misma, toda entera, en carne y hueso, y por añadidura se entrega por sorpresa, en-

tonces uno queda preso como en un cepo, y cuantos más esfuerzos hace para liberarse más se hunden en la carne los dientes del cepo. Dirce debía de tener esa intención antes de conocerme, yo u otro cualquiera le daba igual, porque el mismo día de mi llegada entró de noche en mi cuarto, cuando ya dormía; y así, entre el sueño y la vela, casi sin comprender si era sueño o realidad, me hizo pasar de golpe de la indiferencia a la pasión. En resumidas cuentas, entre nosotros no hubo conversaciones, ni ojeadas, ni roces de manos, ni ninguno de los subterfugios a que recurren los enamorados para decirse que se quieren; todo ocurrió como con una mujer de mala vida, y barata. Sólo que Dirce no era una mujer de mala vida, antes bien era conocida como virtuosa y soberbia, y esta diferencia fue precisamente el cepo en el que quedé atrapado.

Tengo un carácter paciente, razonable; pero también soy violento y, si me provocan, se me sube en seguida la sangre a la cabeza. No hay más que ver mi físico: rubio, de cara pálida, pero a la menor cosa me pongo escarlata. Ahora bien, Dirce me provocaba, y pronto comprendí la razón: quería indisponerme con su padre. Decía que yo era un cobarde por tolerar que en mi presencia la abofetease su padre y la aferrase luego de los cabellos y hasta —como ocurrió una vez— la tirase al suelo y la moliera a puntapiés. No digo que no tuviera razón: éramos amantes y debía defenderla. Pero yo comprendía que su objetivo era otro; y entre la rabia que me daba ese insulto de cobarde y la rabia de saber que lo decía a propósito, ya no podía vivir. Después, un buen día, cambió de conversación: ¡qué estupendo sería si hubiéramos podido casarnos y levantar el «Restaurante Panorama», yo y ella, solos! Se había convertido en una persona buenísima, amable, amorosa, dulce. Fue la mejor época de nuestro amor; pero yo no la reconocía y pensaba: hay gato escondido. Y, en efecto, de repente, cambió de música por tercera vez y dijo que, casados o no, no podíamos esperar nada mientras estuviera allí su padre; y, en resumen, me lo dijo francamente:

teníamos que matarlo. Fue como la primera noche que había entrado en mi cuarto, sin preparación ni fingimientos: soltó la propuesta y se marchó, dejándome solo para rumiarla.

Al día siguiente le dije que estaba muy equivocada si se creía que iba a ayudarla en una cosa como aquélla, y me contestó que, en tal caso, ya podía pensar en largarme en seguida, porque para ella yo ya no existía. Y mantuvo su palabra, porque desde ese día ni me m
Casi no nos hablábamos y, de rebote, empecé a odiar a su padre porque me parecía que la culpa era suya. Dio la casualidad de que en aquella época el padre hacía una de las suyas todos los días, y parecía que lo hiciera aposta para hacerse odiar. Estábamos en mayo, cuando hace buen tiempo y la gente sube a la hostería para beber vino y comer habas frescas; pero no hacía más que llover a cántaros sobre la campiña verde y espesa; a la hostería no venía ni un perro y él estaba siempre de mal humor. Una mañana, en la mesa, rechazó el plato, diciendo:

—Parece que me das a propósito esta porquería de sopa quemada.

—Si lo hiciera a propósito, le pondría veneno —dijo ella.

El la mira y le da un bofetón, tan fuerte que le hizo saltar la peineta. Estábamos casi a oscuras, por culpa de la lluvia, y el rostro de Dirce, en medio de la oscuridad, estaba blanco y duro como el mármol, y los cabellos del lado de donde había caído la peineta se despeinaban muy lentamente, como serpientes que despiertan. Le dije a Tocchi:

—¿Quieres acabar de una vez?

—¡No son asuntos tuyos! —respondió, pero muy asombrado, porque era la primera vez que yo intervenía.

Experimenté entonces casi una sensación de vanidad, como si estuviera defendiendo a un ser débil, que no era precisamente el caso; y pensé que así podría recu-

perarla, y que era la única manera de recuperarla, y añadí con fuerza:

—¡Déjala en paz! ¿Entendido?... No te permito...

Estaba rojo como una brasa, con los ojos inyectados en sangre, y Dirce me tomó la mano por debajo de la mesa y comprendí que me había caído con todo el equipo, pero ya era demasiado tarde. El se levantó y dijo:

—¿Quieres ver cómo te parto la cara a ti también?

Me dio en una mejilla, algo de través, y yo agarré un vaso y le tiré todo el vino a la cara. Puede decirse que hacía un mes que pensaba en ese vaso y en ese vino, a tal punto me gustaba el gesto y tanto odiaba a Tocchi. Y ahora él tenía el vino en la cara y yo había hecho el gesto, y escapaba escaleras arriba. Lo oí gritar:

—¡Te voy a matar, vagabundo, perdulario!

Entonces cerré la puerta de mi cuarto y fui hasta la ventana a mirar cómo caía la lluvia; furioso, cogí un cuchillo que tenía en el cajón y lo clavé en el antepecho con tanta fuerza que se rompió la hoja.

Bueno, estábamos allá arriba, en aquel Monte Mario de mal agüero; quizás, de haber estado en Roma, no habría aceptado, pero allá arriba todo parecía natural; al día siguiente estaba decidido lo que un día antes parecía imposible. Dirce y yo nos pusimos de acuerdo y decidimos juntos el modo, el día y la hora. Tocchi, por la mañana, bajaba a la bodega a coger vino para el día, junto con Dirce, que le llevaba la garrafa. La bodega estaba en el sótano, y para bajar había una escalera de mano apoyada en la pared: tendría unos siete peldaños. Decidimos que yo me reuniría con ellos y, mientras Tocchi se inclinaba para sacar el vino, le daría en la cabeza con una paleta corta, de hierro, que servía para atizar los carbones. Luego retiraríamos la escalera y diríamos que se había caído y se había roto la cabeza. Yo quería y no quería; y le dije, con rabia:

—Lo hago para demostrarte que no tengo miedo..., pero luego me voy y no vuelvo.

—Entonces —dijo ella— será mejor que te vayas en

seguida y no hagas nada... Yo te quiero y no quiero perderte.

Sabía, cuando quería, fingir pasión; de manera que dije que lo haría y que me quedaría luego, y abriríamos el restaurante.

El día señalado Tocchi le dijo a Dirce que cogiera la garrafa, y se dirigió hacia la puerta de la bodega, al fondo de la hostería. Llovía, como de costumbre, y la hostería estaba casi a oscuras. Dirce tomó la garrafa y siguió a su padre; pero, antes de bajar, se volvió y me hizo un claro gesto de inteligencia. La madre, que estaba ante el fogón, vio el gesto y se quedó con la boca abierta, mirándonos. Me levanté de la mesa, fui al lar y cogí el atizador de la chimenea, pasando ante la madre. Esta me miraba, miraba a Dirce y abría mucho los ojos, pero se podía comprender ya que no hablaría. El padre gritó, desde la bodega:

—¡Dirce!... ¡Dirce!

—Voy —respondió ella.

Recuerdo que me gustó físicamente por última vez, mientras se disponía a bajar la escalera, con su paso duro y sensual, doblando el cuello blanco y redondo bajo el dintel.

En aquel momento se abrió la puerta que daba al jardín y entró un hombre con un saco mojado echado sobre los hombros: un carretero. Sin mirarme, dijo:

—Joven, ¿me echas una mano?

Y yo, maquinalmente, con el hierro en la mano, lo seguí. Allí al lado, en una granja, estaban construyendo un establo, y el carro cargado de piedras se había quedado hundido junto a la verja, y el caballo no podía más. Este carretero parecía fuera de sí, un hombre contrahecho y feo, casi una bestia. Dejé el atizador sobre un mojón, coloqué dos piedras bajo las ruedas y empujé; el carretero tiraba del caballo por el cabestro. Llovía a cántaros sobre los setos de saúco verdes y tupidos, y sobre las acacias en flor, que olían intensamente; el carro no se movía y el carretero blasfemaba. Cogió el látigo y golpeó al caballo con el mango; luego,

enfurecido, agarró el hierro que yo había dejado sobre el mojón. Se veía que estaba fuera de sí, no por aquel carro en particular, sino por toda su vida, y que odiaba al caballo como a una persona. Pensé: «Lo va a matar», y quise gritar: «¡No, deja ese hierro!». Pero luego pensé que si mataba al caballo yo estaba a salvo. Me parecía que toda mi furia iba pasando al cuerpo del carretero, que estaba como endemoniado. Y, en efecto, se abalanzó sobre las varas, empujó una vez más y después le pegó al caballo, en la cabeza, con el hierro. Yo, al ver el golpe, cerré los ojos, y me di cuenta de que él continuaba golpeando, y entre tanto yo me vaciaba y casi me desvanecía; luego volví a abrir los ojos y vi que el caballo había doblado las rodillas y que él seguía pegándole, pero ahora no para obligarlo a levantarse, sino para matarlo. El caballo cayó hacia un lado, pateó en el aire, pero débilmente, y luego abandonó la cabeza en el fango. El carretero, jadeante, con la cara descompuesta, arrojó el hierro y dio un tirón al caballo, pero sin convicción: sabía que lo había matado. Yo pasé a su lado, sin siquiera rozarlo, y empecé a andar por el camino. Pasó el tranvía que iba a Roma y corrí para tomarlo, y luego miré hacia atrás y vi por última vez la muestra: «Hostería de los Cazadores; propietario, Antonio Tocchi», entre el follaje de mayo, lavada por la lluvia.

Agnese podía haberme avisado, en vez de irse así, sin decirme siquiera «revienta». No pretendo ser perfecto, y si ella me hubiera dicho que algo le faltaba, habríamos podido discutirlo. Pero nada: durante dos años de matrimonio, ni una sola palabra; y después, una mañana, aprovechando un momento en que yo no estaba, se ha ido a escondidas, como hacen las criadas que han encontrado un empleo mejor. Se ha ido y todavía hoy, cuando ya hace seis meses desde que me dejó, no he comprendido por qué.

Aquella mañana, tras haber hecho la compra en el mercadillo del barrio (me gusta hacer la compra: conozco los precios, sé lo que quiero, me gusta contratar y discutir, probar y tocar, quiero saber de qué animal proviene mi filete, de qué cesto mi manzana), había salido de nuevo a comprar metro y medio de flecos para coserlos en la cortina del comedor. Como no quería gastar demasiado, tuve que dar muchas vueltas antes de encontrar lo que me convenía, en una tiendecita de la calle de l'Umiltà. Volví a casa a las once y veinte, entré en

el comedor para comparar el color de los flecos con el de la cortina, y vi en seguida sobre la mesa el tintero, la pluma y una carta. A decir verdad, lo que más llamó mi atención fue una mancha de tinta en el tapete de la mesa. Pensé: «¡Qué descuidada!... Ha manchado el tapete.» Levanté el tintero, la pluma y la carta, cogí el tapete, fui a la cocina y allí, frotándola enérgicamente con limón, conseguí quitar la mancha. Luego volví al comedor, puse en su sitio el tapete y sólo entonces me acordé de la carta. Estaba dirigida a mí: Alfredo. La abrí y leí: «He hecho la limpieza. La comida te la guisas tú; total, ya estás acostumbrado. Adiós. Me vuelvo con mamá. Agnese.» Durante un momento no entendí nada. Luego releí la carta y por fin comprendí: Agnese se había ido, me había dejado después de dos años de matrimonio. Por la fuerza de la costumbre, guardé la carta en el cajón del aparador donde meto las boletas y la correspondencia y me senté en una sillita, cerca de la ventana. No sabía qué pensar, no estaba preparado para esto y casi no me lo creía. Mientras estaba reflexionando bajé la mirada al pavimento y vi una plumita blanca que debía haberse soltado del plumero cuando Agnese había quitado el polvo. Recogí la pluma, abrí la ventana y la tiré. Luego cogí el sombrero y salí de casa.

Al caminar, pisando, según un vicio mío, una baldosa sí y otra no en la acera, comencé a preguntarme qué había podido hacerle yo a Agnese para que me abandonase con tanta maldad, casi con intención de ultrajarme. Ante todo, pensé, veamos si Agnese puede reprocharme cualquier traición, aunque fuera mínima. En seguida me contesté: ninguna. Nunca me han entusiasmado mucho las mujeres, no las entiendo y no me entienden; pero desde el día en que me casé, puede decirse que dejaron de existir para mí. Hasta el punto de que la propia Agnese me provocaba a menudo, preguntándome:

—¿Qué harías si te enamorases de otra mujer?

Y yo respondía:

—No es posible; te amo a ti y este sentimiento durará toda mi vida.

Ahora, al volverlo a pensar, me parecía recordar que aquel «toda mi vida» no la había alegrado, al contrario: había puesto una cara larga y había enmudecido. Pasando a otro orden de ideas, quise examinar si, por azar, Agnese me había dejado por motivos de dinero y, en suma, por el trato económico que yo le daba. Pero también esta vez me di cuenta de que tenía la conciencia tranquila. Es cierto que no le daba dinero sino excepcionalmente, pero ¿para qué quería dinero? Siempre estaba yo allí, dispuesto a pagar. Y en cuanto al trato, vamos, no era malo: juzguen ustedes. Cine dos veces a la semana, dos veces al café, y no importaba que tomara un helado o un simple café; un par de revistas ilustradas al mes, y el periódico todos los días; en invierno, incluso, la llevaba a veces a la Opera; durante el verano, veraneo en Marino, en casa de mi padre. Esto en lo que se refiere a las diversiones; en cuanto a los vestidos, Agnese podía quejarse todavía menos. Cuando necesitaba alguna cosa, fuese un sostén o un par de zapatos o un pañuelo, yo estaba siempre dispuesto; iba con ella de tiendas, escogía con ella el artículo, pagaba sin rechistar. Y lo mismo con las sombrereras y las modistas; no ha habido vez que ella me dijera: «Necesito un sombrero, necesito un vestido», que yo no le contestara: «Vamos, te acompaño». Por otra parte, hay que reconocer que Agnese no era exigente; después del primer año no volvió en absoluto a hacerse vestidos. Más aún, era yo quien tenía que recordarle que necesitaba esta o aquella prenda. Pero ella me contestaba que tenía ropa del año anterior y que no importaba; hasta el punto de que llegué a pensar que, en este aspecto, era distinta de las otras mujeres y que no le interesaba vestir bien.

Así, pues, ni asuntos de corazón ni dinero. Quedaba lo que los abogados llaman incompatibilidad de caracteres. Y me pregunté: ¿Qué incompatibilidad de caracteres podía haber entre nosotros después de dos años sin ha-

ber discutido ni una sola vez? Estábamos siempre juntos; si hubiera existido esta incompatibilidad se habría manifestado alguna vez. Pero Agnese no me contradecía nunca; más aún, se puede decir que ni siquiera hablaba. Ciertas veladas que pasábamos en el café o en casa casi ni abría la boca, era yo quien hablaba. No lo niego, me gusta hablar y oírme, especialmente si estoy con una persona con la que tengo confianza. Tengo una voz calmosa, regular, sin altos y bajos, razonable, fluida y, si abordo un tema, lo destripo de cabo a rabo, en todos sus aspectos. Y, además, los temas que prefiero son los caseros: me gusta hablar del precio de las cosas, de la disposición de los muebles, de la cocina, de la calefacción, en suma, de cualquier tontería. No me cansaría nunca de hablar de estas cosas; siento tanto placer al hacerlo que a veces advierto que comienzo otra vez por el principio, con los mismos razonamientos. Pero, seamos justos, éstas son las conversaciones que hacen falta con una mujer. ¿De qué se iba a hablar, si no? Agnese, además, me escuchaba con atención, o al menos así me lo parecía. Sólo una vez, mientras le explicaba el funcionamiento del calentador eléctrico del baño me di cuenta de que se había dormido. Le pregunté, despertándola:

—¿Qué pasa? ¿Te aburrías?

—No, no —contestó de inmediato—; estaba cansada; esta noche no he dormido.

Los maridos suelen ir a una oficina o se ocupan de sus negocios, o no tienen nada y se van de paseo con los amigos. Pero en mi caso, mi oficina, mis negocios, mis amigos eran Agnese. No la dejaba sola ni un momento, estaba a su lado incluso —se asombrarán ustedes— cuando cocinaba. Tengo la pasión de la cocina y todos los días, antes de las comidas, me ponía un delantal y ayudaba a Agnese en la cocina. Hacía un poco de todo: pelaba las patatas, despuntaba las judías, preparaba el picadillo, vigilaba las ollas. La ayudaba tan bien que a menudo ella me decía:

—Mira, hazlo tú... Me duele la cabeza... Voy a echarme en la cama.

Y yo, entonces, cocinaba solo; y, con ayuda del libro de cocina, era capaz incluso de experimentar platos nuevos. Lástima que Agnese no fuera golosa; más aún, en los últimos tiempos había perdido el apetito casi no tocaba la comida. Una vez me dijo, como de broma:

—Te has equivocado al nacer hombre... Tú eres una mujer... Mejor dicho, un ama de casa.

Debo reconocer que en esta frase había algo de verdad: en efecto, además de cocinar, me gusta también lavar, planchar, coser e incluso, en los ratos de ocio, rehacer las vainicas de los pañuelos. Como ya he dicho, no la dejaba nunca; ni siquiera cuando venía a verla alguna amiga o su madre; ni siquiera cuando se le metió en la cabeza, no sé por qué, dar clases de inglés; con tal de estar a su lado me resigné yo también a aprender esa lengua tan difícil. Estaba tan apegado a ella que alguna vez llegué a encontrarme ridículo; como aquel día en que, al no haber entendido una frase que me dijo en voz baja, en un café, la seguí hasta el tocador y la encargada me paró advirtiéndome que era para señoras y que yo no podía entrar. Bueno, no es fácil encontrar un marido como yo. Con frecuencia ella me decía:

—Tengo que ir a tal sitio, ver a tal persona que no te interesa.

Pero yo le contestaba:

—Te acompaño... Total, no tengo nada que hacer...

Ella, entonces, me respondía:

—Por mí, ven, pero ya te advierto que te aburrirás.

En cambio, no, no me aburría, y después se lo decía:

—¿Has visto? No me he aburrido.

En suma, éramos inseparables.

Pensando en todas estas cosas y sin dejar de preguntarme, en vano, por qué me había dejado Agnese, llegué a la tienda de mi padre. Es una tienda de objetos religiosos, hacia la Plaza de la Minerva. Mi padre es un hombre todavía joven: cabellos negros, rizados, bigotes negros y, bajo estos bigotes, una sonrisa que nunca he

entendido. Quizás por su costumbre de tratar con curas y con personas devotas es un hombre muy dulce, calmoso, siempre de buenas maneras. Pero mamá, que lo conoce, dice que los nervios los tiene todos por dentro. Así, pues, pasé entre todos los escaparates llenos de casullas y sagrarios y fui en derechura a la trastienda, donde tiene su escritorio. Como de costumbre, estaba haciendo cuentas, mordiéndose los bigotes y reflexionando. Le dije, jadeante:

—Papá... Agnese me ha dejado.

Alzó la vista y me pareció que sonreía bajo sus bigotes; pero quizás solo fue una impresión. Dijo:

—Lo siento, lo siento mucho... ¿Cómo ha sido?

Le conté cómo había ocurrido todo. Y concluí:

—Desde luego, me disgusta... Pero, sobre todo, quisiera saber por qué me ha dejado.

El preguntó, perplejo:

—¿No lo entiendes?

—No.

Se quedó callado un instante y luego dijo, con un suspiro:

—Alfredo, lo siento, pero no sé qué decirte... Eres mi hijo, te mantengo, te quiero... Pero de tu mujer debes ocuparte tú.

—Sí, pero ¿por qué me ha dejado?

El meneó la cabeza:

—En tu lugar, yo no ahondaría mucho... Déjalo correr... ¿Qué te importa saber los motivos?

—Me importa mucho..., más que nada.

En aquel momento entraron dos curas y mi padre se levantó y fue a su encuentro, diciéndome:

—Vuelve después... Hablaremos... Ahora tengo que hacer.

Comprendí que no podía esperar más de él, y salí.

La casa de la madre de Agnese no estaba muy lejos, en el *corso* Vittorio. Pensé que la única persona que podía explicarme el misterio de su partida era la propia Agnese, y me encaminé hacia allí. Subí a la carrera las escaleras, me hicieron entrar en la sala. Pero en vez de Agnese

vino su madre, una mujer a la que no podía soportar, también comerciante, con cabellos teñidos de negro, mejillas rojas, sonriente, socarrona, falsa. Estaba en bata, con una rosa en el pecho. Al verme dijo, con fingida cordialidad:

—Oh, Alfredo..., ¿cómo por aquí?

—Ya sabe por qué, mamá —respondí—. Agnese me ha dejado.

Ella dijo, muy tranquila:

—Sí, está aquí, hijito... ¿Qué le vamos a hacer? Son cosas que pasan.

—¿Cómo? ¿Me contesta de esta forma?

Me observó durante un momento y después me preguntó:

—¿Se lo has dicho a los tuyos?

—Sí, a mi padre.

—¿Y qué ha dicho él?

¿Qué podía importarle saber lo que había dicho mi padre? Respondí, a regañadientes:

—Ya sabe cómo es papá... Dice que no debo ahondar...

—Muy bien dicho, hijo mío... No ahondes...

—Pero, en resumidas cuentas —dije, acalorándome—, ¿por qué me ha dejado? ¿Qué le he hecho? ¿Por qué no me lo dice usted?

Mientras hablaba, enfurecido, mi vista cayó sobre la mesa. Estaba cubierta por un tapete y sobre el tapete había un centro blanco, bordado, y sobre el centro un jarrón lleno de claveles rojos. Pero el centro estaba mal colocado. Mecánicamente, sin saber muy bien lo que hacía, mientras ella me miraba sonriendo y no me contestaba, levanté el jarrón y puse el centro en su sitio. Me dijo, entonces:

—¡Estupendo!... Ahora el centro está justamente en el medio... Yo no lo había advertido, pero tú lo has visto en seguida... Muy bien... Y ahora, será mejor que te vayas, hijito.

Se había levantado, entre tanto, y también me levanté yo. Hubiera querido preguntar si podía ver a Agnese,

pero comprendí que era inútil; y además temía perder la cabeza si la veía, y hacer o decir alguna tontería. De manera que me fui, y desde aquel día no he vuelto a ver a mi mujer. Quizás volverá un día, considerando que no es fácil encontrar un marido como yo. Pero no traspasará el umbral de mi casa si antes no me explica por qué me ha dejado.

Una estupenda velada

¿Cuántos éramos? Eramos seis: dos mujeres, Adele, la mujer de Amilcare, y Gemma, su sobrina de Terni, de excursión en Roma; y cuatro hombres, Amilcare, Remo, Sirio y yo. Por lo pronto, el primer error fue invitar a Sirio, que por culpa de la úlcera de estómago es muy irascible y se encoleriza por nada. El segundo fue hacer caso de Amilcare en la elección de la *trattoria;* como tenía que pagar por tres y no quería gastar mucho, insistió, cuando nos encontramos en la Plaza de la Indipendenza, en que fuéramos a una hostería de por allí cerca que el conocía: el dueño era amigo suyo, se comía bien, nos harían un precio especial. Teníamos que haberlo pensado antes: ¿es que puede haber algo bueno en aquel barrio de mala muerte, junto a la estación? Es una parte de Roma a la que no llegan más que forasteros de paso o conscriptos de los cuarteles del Macao. Así, pues, nos encaminamos por aquellas calles rectas, entre edificios grises, con un frío propio de enero, seco y cortante. Amilcare, que es un comilón, no hacía más que repetir:

—Ah, jovencitos, quiero pegarme una comida de primera... Esta vez comeré y beberé sin pensar en el hígado, en los riñones, en el estómago y en las demás tripas... Te lo digo de antemano, Adele, para que no empieces con las quejas de siempre.

—Por mí —dijo Adele, una mujer tan seca y triste como él era gordo y alegre— hazlo... Ya hablaremos mañana.

Remo, mientras tanto, bromeaba con Gemma, una hermosa muchacha morena, y Sirio y yo comentábamos las novedades del fútbol. Recorrimos así varias calles apagadas, con nombres de batallas patrias: Castelfidardo, Calatafimi, Palestro, Marsala, y finalmente, entre dos globos de luz con la muestra «Trattoria Africa», entramos.

La hostería no era gran cosa, como pudimos advertir pronto. Había una primera sala con mesas de mármol, de esas para sentarse a beber un medio litro, y después había otra segunda sala, dividida en dos partes por un tabique: a un lado la cocina, y al otro la *trattoria* propiamente dicha, con cinco o seis mesas con sus manteles. Por lo demás, la habitual escualidez de los locales de alrededor de la estación: serrín en el suelo, pintura desconchada en las paredes, sillas desvencijadas, mesas ídem, manteles remendados, agujereados y, por añadidura, sucios. Pero lo que más nos llamó la atención fue el frío: intenso, húmedo, de caverna. Hasta el punto de que Siro, al entrar, exclamó:

—Ah, esto no es precisamente Africa... Aquí nos pescamos una pulmonía.

Efectivamente, hacía un frío enorme; en la hostería, los bebedores estaban ante las mesas con sombrero, abrigo, y las solapas levantadas; al respirar, se veía en el aire una nubecilla, como si estuviéramos en la calle. Nos sentamos ante una de aquellas mesas y en seguida acudió el dueño, un hombrazo de cara tétrica, cuadrada, y ojos descontentos rodeados de ojeras. Amilcare, muy alegre, le preguntó:

—¿*Seor* Giovanni, se acuerda de mí?

—Me llamo Serafino y no Giovanni... —contestó el otro sin sonreír—. A decir verdad, no me acuerdo de usted.

Amilcare no se quedó a gusto y comenzó a asaetearlo a preguntas; el otro fruncía el ceño, inseguro, y por fin exclamó:

—Ah, sí... Usted estuvo aquí el día de Año Viejo, comiendo lacón con lentejas.

Amilcare respondió que el Año Viejo lo había pasado en casa; en resumidas cuentas, no se reconocieron. Después el patrón sacó de su blusa blanca, toda llena de manchas, la lista de platos, preguntando:

—¿Qué comen los señores? —y así se acabó la discusión de los recuerdos.

Cogimos la lista y en segida vimos que no había gran cosa que elegir: *pasta asciutta,* cordero o pollo, queso y fruta. Amilcare, para no quedar mal, insistió ante el dueño:

—Tendrán la especialidad de la casa... *Spaghetti all'amatriciana.*

El patrón dijo que, en efecto, tenían *spaghetti all'amatriciana,* y todos pedimos entremeses, *spaghetti,* y unos, pollo asado, y otros cordero al horno. En cuanto al postre, dijimos que ya lo pensaríamos. Pero Sirio protestó diciendo que quería una sopita, y el patrón le aseguró que tenía un caldo de pollo. Después preguntó qué vino queríamos: blanco o tinto, seco o semiseco. Nos decidimos por un *frascati* seco y el dueño trajo las botellas, los vasos, el pan, los cubiertos envueltos en las servilletas, y se fue a la cocina. Amilcare, tranquilizado, preguntó:

—¿Qué os parece?... ¿Verdad que se está bien?

Nos miramos las caras y, por último, interpretando el sentir general, Sirio dijo:

—Lo que es estar bien, ya veremos... De momento, me parece que estamos en una letrina pública.

Esta respuesta no le agradó a Amilcare, que inició una discusión más bien agria: eres un aguafiestas; y tú quieres ahorrar; tienes una úlcera y no deberías venir

a un restaurante; y tú quieres comer sin gastar nada; y así sucesivamente. Mientras tanto pasaba el tiempo y nosotros, como ocurre siempre en estos locales mal acondicionados, nos hartábamos de vino y pan, discutiendo de todo un poco.

Hacía realmente frío, todos teníamos los pies helados y las posaderas ateridas; el vino, además, quizás porque estaba aguado, como dijo Sirio, cuanto más lo bebíamos menos nos calentaba. Amilcare se inquietó por fin y se fue a la cocina, volviendo poco después, satisfecho, para anunciar que comeríamos en seguida. En efecto, llegó el patrón y distribuyó los entremeses. Todos miramos los platos: una miseria. Dos alcachofitas, una loncha de jamón, una sardina. Sirio le dijo a Amilcare:

—Me huelo que esta noche no te pegas la comilona esa.

Comenzamos a comer, pero todos dijeron que el jamón estaba horriblemente salado, no se podía comer.

—Jamón africano —dijo Sirio, que parecía hacerlo a propósito para burlarse de Amilcare.

En suma, los entremeses se quedaron en los platos; por suerte, llegaron en su socorro los *spaghetti*. Humeaban, porque el aire estaba helado; pero bajo los dientes no resultaron más que tibios. Sirio, entre tanto, según su costumbre, removía la sopa con la cuchara, como si hubiera querido encontrar perlas. Luego llamó al dueño y, con gran seriedad, le preguntó:

—¿Usted es cazador?

El dueño contestó que no entendía, y Sirio:

—Porque, desde luego, ha disparado usted un escopetazo en este caldo.

—¿Qué quiere decir?

—Quiere decir que el caldo sabe a humo.

El dueño protestó de malos modos:

—¡Qué humo ni que ocho cuartos!... ¿A humo, mi caldo?... El humo lo tiene usted en su cabeza.

Y Sirio, palideciendo, dijo, alzando la voz:

—He dicho que sabe a humo y usted debe creerlo.

Refunfuñando, el patrón se fue a la cocina y volvió

trayendo la olla, para que viéramos las carnes con que estaba hecho el caldo. Mientras giraba alrededor de la mesa mostrando la olla, un grito:

—¡Ay, una cucaracha!

Nos volvimos; era Gemma, la sobrina de Amilcare, que indicaba algo negro entre los *spaghetti*. El dueño dijo:

—¡Qué cucaracha ni cucaracha!... Será un trozo de tocino quemado.

Pero Gemma insistió.

—Le digo que es una cucaracha... Míréla..., con sus patitas y todo.

El dueño fue a mirar y, en efecto, era una cucaracha. Pero dijo, quitándola con un tenedor:

—Bueno, ya se sabe... Puede haber caído de la chimenea... Son cosas que pasan...

Y, sin añadir nada más, se volvió a la cocina con su olla y su cucaracha.

Nos miramos unos a otros, asombrados.

—Yo tengo hambre, y como —dijo por fin Amilcare, tomando el tenedor.

Lo imitamos, aunque con repugnacia. Solamente Gemma dijo que le daba asco y no tocó el plato.

Hacía más frío que nunca y, después de los *spaghetti*, fuimos todos a recoger los abrigos y nos sentamos a la mesa con ellos puestos. Volvió el patrón y distribuyó rápidamente las raciones de pollo y de cordero. El pollo estaba seco, era un pollo de horno de asar de cuarto orden; el cordero no tenía más que huesos, piel y grasa, y encima había sido recalentado desde el mediodía. Amilcare pinchó su cordero levantándolo en el aire y luego gritó, hecho una fiera:

—Esto no se puede comer... ¡Patrón!... ¡Patrón!

Llegó otra vez el dueño, con su carota oscura, y Amilcare le dijo:

—¿Puede decirme usted por qué tiene una casa de comidas?

—¿Qué tendría que hacer?

—¿Cualquier otro oficio: tranviario, barrendero, sepulturero..., ¡pero no fondero!

En resumen, se produjo un altercado, pero desganado, porque el patrón, en su tetricidad, ni siquiera era susceptible. Luego se asomó desde la cocina el cocinero con su gorro, y llamó al dueño; éste nos dejó. Amilcare le gritó al cocinero:

—¡Cocinero!... Nos has envenenado.

Pero el cocinero no contestó y nosotros continuamos luchando con las costillas del cordero y con los huesos del pollo.

Estábamos todos de muy mal humor, tan helados como si nos encontráramos al aire libre, con el estómago lleno de cosas mal cocinadas y peor digeridas. Amilcare, que se daba cuenta ya de su error, quiso enderezar la situación y encargó dos botellas de vino tinto para beberlas con el pan dulce. Fueron lo único bueno de la velada, y el dueño no tuvo en ello ningún mérito, porque las botellas estaban precintadas y el pan dulce venía de Milán. Bebimos el vino, un *barbera,* comimos el pan dulce y nos calentamos un poco. Mientras tanto, la hostería se había vaciado y sólo había quedado un grupo de jóvenes en una mesa junto a la nuestra: jugaban a las cartas y, poco después, se unieron a ellos también el dueño y el cocinero. Remo, que en toda la noche no había dejado de bromear con Gemma, propuso entonces que cantáramos, animado por el vino. Siempre hacía así, a los postres se ofrecía a cantar, y no digo que no cantara bien, pero eran siempre las mismas canciones y las conocíamos de sobra. Pero esa noche quería cantar para Gemma, que era nueva, nosotros, comprendiendo su intención, le dijimos que bueno, que cantase. Pero, para entender lo que para él significaba cantar, es preciso que lo describa: Remo es bajito, con una cara morena y colorada, frente baja llena de ricitos negros, ojos entornados e inyectados en sangre. Pese a esta complexión ligeramente brutal, Remo, cuando canta, no es nunca vulgar, si acaso demasiado dulzón. Toma la mano de la muchacha, se inclina hacia ella, entornando los ojos y achicando

los labios, y canta en sordina, con voz apasionada, escurridiza, insinuante. Sus canciones, además, tienen todas rimas en «or»: dolor, amor, o bien en «ón»: pasión, perdición, corazón, devoción. Bueno, aquella noche, como de costumbre, agarró la manecita de Gemma y comenzó a cantarle con la mejilla pegada a su mejilla, mientras nosotros callábamos, embarazados, mirándolo. Gemma sonreía y él, animado por la sonrisa, cuando acabó la primera canción dio principio a la segunda. Entre tanto, en la mesa de al lado habían enmudecido y nos miraban; luego comenzaron a reírse entre sí; y después uno de ellos empezó a cantar imitando a Remo y otro, escondiéndose bajo el mantel, imitó el maullido de un gato. Remo quizás no lo advirtió, o no quiso advertirlo. Pero a la tercera canción, en vista de que los otros insistían con sus maullidos y sus risotadas, se interrumpió, diciendo con dignidad:

—Basta, será mejor que lo deje...

Pero Sirio, con quien no iba nada, saltó bruscamente:

—Canta... No te preocupes por cierta gente ignorante y malcriada... Canta.

Inmediatamente, como a una señal, un rubito rizoso, bajo, con un jersey rojo que le llegaba hasta las orejas, se levantó y se enfrentó con Sirio, preguntando:

—¿Quién sería esa gente ignorante y malcriada?

Sirio es un tipo bilioso y no teme a nadie. Respondió:

—Ustedes.

—¿Ah, sí?... ¿Y por qué?... Estamos en una hostería..., es un lugar público... Hacemos lo que nos parece y nos da la gana.

—Y también nosotros hacemos lo que nos parece y nos da la gana... Y, justamente, decimos que ustedes, los de esa mesa, son ignorantes y malcriados.

Mientras tanto, el dueño, el cocinero y otros dos se habían levantado y se acercaron también. En nuestra mesa, en cambio, estábamos todos sentados. El rubito dijo:

—Pero ¿tú quién eres? ¿Qué quieres?... ¿Puede sa-

berse qué quieres? —levantando al mismo tiempo la mano como para agarrar a Sirio por la corbata.

—¡Quita de ahí esa mano!... ¡Quítala! —le respondió Sirio, también de pie, con la nariz pegada a la del otro, bajándole la mano con un golpe.

El rubio, entonces, lo agarró de verdad por las solapas de la chaqueta, doblándolo hacia atrás. Las dos mujeres lanzaron un chillido. Remo gritó:

—Vámonos..., ¿qué nos importa...?

Fue cosa de un momento. Luego, de forma imprevista, Amilcare se puso en pie, agarró al rubito por el jersey, en el pecho, y rodó con él hasta allá abajo, al fondo de la sala, arreándole golpes a tontas y a locas. Sacudido contra la nevera, el rubito se protegía con un brazo mientras Amilcare estaba sobre él, con todo su cuerpo, zurrándole. Pero, de pronto, vimos que las anchas espaldas de Amilcare se echaban hacia atrás y luego lo vimos caer como un piedra, boca arriba. El rubito, como un pugilista, le había dado un golpe seco en el mentón, y ahora Amilcare estaba tendido en el suelo, sobre el serrín.

Acabó como tenía que acabar: con los guardias que tomaban los nombres; con las dos mujeres que se quejaban; con Amilcare que se sostenía el mentón con la mano y repetía que no pensaba sacar ni un céntimo; con Sirio, Remo y yo que pagábamos la cuenta; con el patrón que nos gritaba, desde la cocina:

—¿Qué diablos vienen a hacer en una *trattoria?* ¿Por qué no se quedan en sus casas?

Cuando salimos, además, se abrió una ventana y alguien lanzó a la calle un paquete de desperdicios que dio en la cabeza de Amilcare.

—Oh, perdón —dijo una vocecita—; era para los gatos.

En efecto, había cantidad de gatos acurrucados en la calle, esperando que nos fuésemos para acercarse al paquete. Pero Amilcare había perdido la cabeza; conven-

cido, quién sabe por qué, de haber sido blanco del patrón, quería volver atrás; y tuvimos que llevárnoslo poco menos que en vilo, mientras maldecía y se limpiaba el sombrero de las raspas de pescado. En resumidas cuentas, lo que se dice una estupenda velada.

Bromas del calor

Al llegar el verano, quizás porque aún soy joven y no me he adaptado aún al hecho de ser marido y padre de familia, me entran siempre ganas de escapar. En verano, en las casas de los ricos, se cierran las ventanas por la mañana, y el aire fresco de la noche permanece en las habitaciones amplias y oscuras, donde, en la penumbra, brillan espejos, pavimentos de mármol, muebles brillantes de cera. Todo está en su sitio, todo es limpio, ordenado, nítido; hasta el silencio es un silencio fresco, sedante, oscuro. Y luego, si tienes sed, te traen una buena bebida helada en una bandeja, una naranjada, una limonada, dentro de un vaso de cristal en el que los cubitos de hielo, al removerlos, hacen un ruido alegre que por sí solo te refresca. Pero en las casas de los pobres las cosas son muy distintas. Con el primer día de calor el bochorno entra en tus cuartitos sin ventilación y ya no se vuelve a ir. Quieres beber y del grifo, en la cocina, sale un agua caliente que parece caldo. En casa no te puedes mover: parece que todo, muebles, vestidos, utensilios, se haya hinchado y se te cae encima. Todos están

en mangas de camisa, pero las camisas están sudadas y apestan. Si cierras las ventanas, te ahogas, porque el aire de la noche no ha conseguido entrar en esas dos o tres habitaciones donde duermen seis personas; si las abres, el sol te inunda y te parece que estás en la calle, y todo sabe a metal hirviente, a sudor y a polvo. Con el calor, incluso los caracteres se calientan, quiero decir que se hacen pendencieros. Mientras que el rico, si le da por ahí, coge y se va al fondo del departamento, tres habitaciones más allá, los pobres, en cambio, se quedan ante los platos grasientos y los vasos sucios, nariz contra nariz; o bien tienen que irse de casa.

Uno de esos días, tras haber tenido una buena pelea con toda mi familia —o sea con mi mujer porque la sopa estaba salada e hirviendo, con mi cuñado porque se ponía de parte de mi mujer y, en mi opinión, no tenía derecho porque está parado y vive a mi costa, con mi cuñada porque me defendía y esto me fastidiaba, porque sabía que lo hacía por coquetería, pues está enamorada de mí, con mi madre porque trataba de calmarme, con mi padre porque protestaba diciendo que quería comer en paz, e incluso con la niña, porque había estallado en llanto—, de pronto me levanté, tomé la chaqueta de la silla y dije sencillamente:

—¿Sabéis lo que os digo? Me jorobáis todos. Hasta la vista, en octubre, cuando venga el fresco.

Y salí de casa. Mi mujer, pobrecita, me siguió, y asomándose a la barandilla de la escalera me gritó que había ensalada de pepinos, que me gusta mucho. Le contesté que se la comiera ella y bajé a la calle.

Vivimos en la *via* Ostiense. La atravesé y, maquinalmente, me fui hasta el puente de hierro, donde está el puerto fluvial de Roma. Eran las dos, la hora más cálida de la jornada, con un cielo de siroco, lívido, que parecía un ojo amoratado por un puñetazo. Cuando llegué al puente, me apoyé en el pretil de hierro claveteado: quemaba. El Tíber, encajonado entre los muelles, al fondo de los murallones oblicuos, parecía, con su color fangoso, una cloaca al aire libre. El gasómetro, que pa-

rece un esqueleto después de un incendio, los altos hornos de la fábrica del gas, las torres de los silos, las tuberías de los depósitos de petróleo, los puntiagudos techos de la central termoeléctrica cerraban el horizonte, hasta el punto de no hacer pensar en Roma, sino en alguna ciudad industrial del Norte. Me quedé un rato mirando al Tíber, amarillo y pequeño, con una gabarra llena de sacos de cemento parada junto al muelle, y me dio la risa al pensar que este arroyuelo se llamaba puerto, como los puertos de Génova y de Nápoles, atestados de navíos de todos los tamaños. De haber querido realmente huir, desde este puerto habría podido llegar, todo lo más, a Fiumicino, para comer una fritada de pescado a la vista del mar. Finalmente me moví, crucé el puente, me dirigí hacia unos terrenos que se encuentran al otro lado del Tíber. Aunque vivía allí cerca, nunca había estado por aquí y no sabía a dónde iba. Primero caminé por una carretera asfaltada, regular, aunque entre campos yermos sembrados de basuras; después la carretera se convirtió en un sendero de tierra, y las basuras empezaron a ser montones altos, casi colinitas. Pensé que había caído justamente en el lugar donde se descargan todas las basuras de Roma; no se veía una brizna de hierba, sino solamente papeles, latas herrumbrosas, tronchos, detritus, entre una luz cegadora, con un hedor ácido de cosas echadas a perder. Me sentía extraviado, como quien no tiene ya ganas de andar pero, por otra parte, no quisiera retroceder. De pronto, oí llamar:

—Pss..., pss... —como se hace con los perros.

Me volví para ver dónde estaba el perro. Pero no había perros, aunque el lugar, con todas aquellas basuras diseminadas, era ideal para perros vagabundos; de manera que pensé que me llamaban a mí y miré hacia el sitio de donde venía la llamada. Vi entonces, adosada a los montones de basura, una choza que no había observado, minúscula, desvencijada, con techo de chapa ondulada. Una niña rubia, de unos ocho años, estaba en la puerta y me hacía señas de que entrase. La miré: tenía un rostro blanco y sucio, con unos ojos cercados de

violeta, como una mujer. Los cabellos llenos de pajitas, de pelusas y de polvo le hacían una cabeza abultada e hirsuta, como la de un milano. Su traje era muy simple: una saco de cáñamo con cuatro agujeros, dos para los brazos y dos para las piernas. Me preguntó, tan pronto como me volví:

—¿Eres médico?

—No —contesté—. ¿Por qué? ¿Necesitas un médico?

—Porque si eres médico —prosiguió—, entra. Mi mamá está enferma.

No quise insistir en demostrarle que no era médico y entré en la choza. Primero me pareció haber entrado en la tienda de un chamarilero, en Campo di Fiori. Todo colgaba del techo: trajes, zapatos, medias, utensilios, vajilla, harapos. Luego comprendí que eran sus cosas, colgadas de clavos a falta de muebles. Mientras, inclinando la cabeza entre todos aquellos colgajos, me volvía hacia uno y otro lado en busca de la madre, la niña me indicó, con un gesto casi furtivo, un montón de trapos en un rincón. Miré mejor y vi que aquel montón de trapos me observaba con un ojo brillante, el otro estaba cubierto por un mechón de cabellos grises. Me impresionó su aspecto: parecía una vieja, aunque se comprendía que era joven. Al verme, dijo de inmediato:

—Los que no mueren, vuelven a verse.

La niña estalló en risas, como al comienzo de un espectáculo divertido, y se acurrucó en el suelo jugando con unas latas abiertas de conservas. Yo dije:

realidad, yo no te conozco... ¿Qué tienes?... ¿Esta niña es hija tuya?

—Claro..., y tuya también.

La niña volvió a reírse, para sí, con la cabeza gacha. Creí que era una broma y respondí:

—Puede que sea mi hija, pero también lo será de algún otro.

—No —exclamó ella, incorporándose a medias y apuntándome con un dedo—, es tu hija, y sólo tuya... ¡Gandul, holgazán, poltrón, sinvergüenza, no eres más que eso!

La niña, al oír estos insultos, se echó a reír, encantada, como si se los esperara. Dije, ofendido:

—Fíjate en cómo hablas... Ya te he dicho que no te conozco.

—No me conoces, ¿eh?... No me conoces, pero has vuelto... Si no me conocieras, ¿cómo te hubieras arreglado para encontrar el camino de casa?

—Poltrón, sinvergüenza —empezó a cantar la niña, en voz baja.

Yo estaba sudando ahora, en parte por el calor y en parte por la angustia. Dije:

—Pasaba por aquí, casualmente...

—Ah, sí, pobrecillo... —se volvió hacia la niña y le ordenó—: Dame el bolso.

La niña, muy ligera, descolgó del techo un bolso de terciopelo negro completamente sucio y roto, y se lo dio. La madre lo abrió, sacó un papel y dijo:

—Ahí tienes el documento del matrimonio: Proietti, Elvira, se casa con Rapelli, Ernesto... ¿Lo negarás aún, Ernesto Rapelli?

Me impresionó el hecho de que yo también me llamo Ernesto. Dije, un poco turbado:

—Pero yo no soy Rapelli.

—¿Ah, no?

La niña canturreaba: «Ernesto, Ernesto», y ella se puso en pie. Había adivinado bien: aunque tenía el pelo gris y arrugas, y carecía de dientes, se veía que no contaba más de treinta años.

—Ah, no, ¿no eres Rapelli? —con las manos en las caderas vino hacia mí, me miró y luego gritó—: ¡Eres Rapelli...! Ante Dios y los hombres eres Rapelli.

—Ya entiendo —dije—, veo que no te sientes bien... Si no te molesta, me iré.

—Despacito, un momento... No tan de prisa...

Entre tanto la niña, en el colmo de la alegría, bailaba alrededor nuestro. Ella continuó, sarcástica:

—Ernesto, el gran Ernesto... Que deja plantada a su mujer y se larga de casa y no aparece en más de un

año... ¿Sabes de qué hemos vivido, esta criatura y yo, durante este año que has estado fuera?

—No lo sé —dije, bruscamente— ni quiero saberlo..., me voy.

—Díselo tú —gritó a la niña—, díselo tú de qué hemos vivido, díselo a tu padre.

—De limosnas —dijo la niña, gozosa, con una voz cantarina, acercándoseme a su vez.

Confieso la verdad: empezaba a sentirme realmente turbado. Todas aquellas coincidencia: el nombre de Ernesto, el hecho de que yo también me había ido de casa, el otro hecho de que también yo tenía mujer y una hija, me daban la sensación de no ser yo, y al mismo tiempo de serlo pero de una forma distinta de lo habitual. Ella, entre tanto, al verme inseguro, gritaba en mis narices.

—¿Sabes lo que le espera a quien abandona el domicilio conyugal?... La cárcel... ¿Lo has entendido, delincuente?... La cárcel.

Esta vez tuve miedo y, sin hablar, me volví hacia la puerta para irme. Pero alguien nos miraba desde el umbral: una mujeruca seca, pobre, aunque vestida decentemente. Dijo, al verme tan confuso:

—No le haga caso... Tiene la obsesión de que todos los hombres son su marido... Y esa maligna de su hija atrae a propósito a los transeúntes hasta la casa para divertirse oyéndola gritar y caer en sus manías... Ya verás como te coja, bruja asquerosa.

Hizo un gesto como para dar una bofetada a la niña, pero ésta, ligera, la evitó y comenzó a bailar a mi alrededor, repitiendo alegremente:

—Te lo has creído, di la verdad, te lo has creído... Y has tenido miedo, has tenido miedo... Has tenido miedo.

—Elvira, éste no es tu marido —dijo la mujer, tranquilamente. En seguida, como convencida, Elvira volvió a acurrucarse en su rincón.

La mujer, sin ocuparse ya de mí, fue al fondo de la choza y empezó a revolver en un hornillo.

—Soy yo quien les hace la comida —me explicó—; es cierto que viven de limosnas, pero el marido no se ha ido, ha muerto...

Ya tenía más que suficiente. Saqué de la cartera cien liras y se las di a la niña, que las cogió sin darme las gracias. Luego salí y deshice el camino andado: del sendero a la carretera asfaltada y luego, a través del puente, hasta la *via* Ostiense. En casa, en comparación con el calor que hacía en la choza, me pareció entrar en una gruta. Y aunque nuestros pocos muebles son modestos, eran siempre mejor que los clavos de los que aquellas dos desgraciadas colgaban sus harapos. En la cocina ya habían quitado la mesa; pero mi mujer me sacó la ensalada de pepinos que me había dejado guardada y me la comí con pan, mirándola a ella lavar los platos y los cubiertos, de pie ante el fregadero. Luego me levanté, le di a traición un beso en el cuello, y así hicimos las paces.

Unos días después le conté a mi mujer la historia de la choza, y luego decidí volver allí para ver si podía hacer algo por la niña. Ahora ya no tenía miedo de que me confundieran con Ernesto Rapelli. Pero, ¿lo creerán ustedes? No encontré la choza, ni la mujer, ni la niña, ni a la otra mujer seca que les hacía la comida. Di vueltas durante una hora, bajo un sol cegador, entre los montones de basura, y luego volví a casa, derrotado. Desde entonces, pienso que no supe encontrar el camino. Mi mujer, en cambio, dice que esa historia me la he inventado yo, por el remordimiento de haber pensado en abandonarla.

El doble

Después de llevar un año haciendo el amor, Agata y yo, advertí que, poco a poco, ella se enfriaba y espaciaba las citas. Fue exactamente igual que un fuego que se extingue: primero no os dais cuenta y luego, de repente, no hay más que cenizas y tizones negros y os sentís helados. Al principio fueron cosas leves: medias palabras, silencios, miradas. Luego, excusas: resfriados, compromisos, hay que ayudar a la madre en las cosas de la casa, la escuela de dactilografía. Por último, la impuntualidad [illegible] la prisa: llegar a las citas hasta con una hora de re[illegible] cualquier pretexto tras un cuarto de traso e irse con cualquier [illegible] impaciente, hora. Entre tanto, me hablaba con un tono [illegible] como si lo que yo decía estuviera siempre de más; y alguna vez me pareció incluso que se retraía ante el contacto de mis manos o ante el roce de mis labios. Ahora bien, como yo sufría, y por otra parte me daba cuenta de que, aunque ahora me trataba tan mal, yo seguía enamorado de la misma manera —y aquel placer que había experimentado antes al oírla decir: «Te quiero mucho», lo sentía ahora idénticamente aunque sólo me di-

jera entre dientes: «Adios, Gino»—,. una vez, encontrándonos en el *piazzale* Flaminio, me decidí y le dije bruscamente:

—Hablemos claro: tú no sientes nada por mí.

¿Lo creerán ustedes? Se echó a reír y respondió:

—Ah, eres duro de mollera... Quería ver cuánto tiempo necesitarías... Por fin lo has comprendido.

Me quedé con la boca abierta, sin aliento; luego di media vuelta, como un muñeco, y me alejé. Pero, apenas di unos pasos, me volví: esperaba que me volviera a llamar. En cambio, había subido al andén de la parada del tranvía y esperaba allí, tranquila y serena. Me fui.

Ahora, al ver las cosas a distancia, puedo reírme; pero entonces estaba enamorado y el amor me ofuscaba. Pasé días muy malos; sentía que la amaba y hubiera querido no amarla ya; y, para no amarla, trataba de acordarme sobre todo de sus defectos. Me decía: «Tiene las piernas torcidas y camina sin gracia... Tiene las manos feas... Con respecto al cuerpo, tiene la cabeza demasiado grande... Pasables no tiene más que los ojos y la boca... Pero es pálida, o mejor dicho de tez amarillenta, con cabellos encrespados y opacos y la nariz en forma de mango de escalfador, respingada y ancha en la base ...». Trabajo perdido: mientras pensaba así me daba cuenta de que esas piernas, esas manos, esos cabellos, esa nariz me gustaban y que, acaso, me gustaban precisamente porque eran feos. Entonces pensaba: «Es mentirosa, ignorante, con un cerebro de mosquito, es vanidosa, interesada, coqueta». E inmediatamente después descubría que estos defectos los tenía metidos en mi sangre y excitaban mi fantasía. En [illegible], cuando lo había dicho todo, me daba cuenta de que no había cesado de amarla. Decidí no dejarme ver por lo menos en un mes, pensando, erróneamente, que al no verme me buscaría. Pero no tuve fuerzas para mantener mi palabra y, después de una semana, una mañana temprano, entré en un bar del *piazzale* Flaminio y le telefoneé. Fue ella quien respondió, y antes de que yo hubiera dicho ni pío me dio una cita, para esa misma mañana. Salí del bar, atravesé la plaza,

me acerqué al florista que está junto a la muralla y compré un ramito de violetas. Eran las nueve, la cita era a las diez. Con mi ramito de violetas en la mano empecé a caminar arriba y abajo por el andén, fingiendo esperar el tranvía. El tranvía llegaba, la gente subía, luego el tranvía volvía a irse y yo me quedaba en tierra. Poco después el andén se llenaba otra vez y yo fingía de nuevo estar esperando el tranvía, entre gente nueva que no sabía que no esperaba el tranvía sino a Agata. Esperé así la hora que tenía que esperar, y luego esperé diez minutos más, que no debía haber esperado, y al fin tuve la seguridad de que no iba a venir. Diez minutos de retraso no son muchos, especialmente tratándose de una mujer; pero yo estaba cierto de que no vendría, como se sabe de cierto, en algunos días serenos, que va a estallar un temporal: se sentía en el aire. No vendría y, en efecto, no vino. Para estar completamente seguro esperé todavía media hora, y luego un cuarto de hora, y luego cinco minutos, y luego conté hasta sesenta y luego esperé otros cinco minutos para completar una hora después de la fijada. Por último, me dirigí a la fuente junto a la muralla y tiré el ramito de violetas en el agua sucia. El florista esperó a que me alejase y después fue y cogió el ramo.

Es sabido cómo ocurren estas cosas: se empieza perdiendo pie; tras la primera tontería se comete otra, y luego otra más; y luego ya no se acierta una y todo sale mal. Esa misma tarde se me ocurrió la duda de que Agata no hubiera comprendido bien el lugar de la cita y le telefoneé. Le pregunté, muy amable:

—Agata, ¿por qué no has venido? Quizás no me expliqué bien...

—Te explicaste perfectamente —respondió en seguida.

—Y, entonces, ¿por qué no has venido?

—Porque no me dio la gana.

También esa vez me quedé sin palabras; colgué muy despacio el auricular y me fui.

Cualquier otro se habría dado por vencido. Pero yo la amaba y deseaba con tanta fuerza que me amase, que

incluso si me hubiera dado una cuchillada habría podido pensar que no era la cuchillada definitiva o que me la había dado por amor, y no por odio. Desde luego, el amor no me hacía ver lo que no había, pero me hacía esperar que entre las distintas clases de amor estuviera también éste: el amor de una mujer que no acude a las citas, que contesta de mala manera, que nos desprecia y a quien le importamos un bledo. Así, al día siguiente, como un reloj, volví a telefonearle. Esta vez mandó a su hermanita para que me dijera que no estaba; pero el teléfono, según yo sabía, estaba en el comedor y oí perfectamente su voz que aleccionaba a la niña. Entonces perdí por completo la cabeza y empecé a telefonearle a todas horas: durante las comidas, por la mañana temprano, ya entrada la noche: nunca estaba. Entonces, en el momento de entrar en la cabina telefónica me acometía casi una náusea: pero, de todas formas, marcaba aquel maldito número. A fuerza de telefonazos y de esperas entre un telefonazo y otro, mi vida se había convertido en un verdadero embrollo, en un cenagal sin pies ni cabeza; me daba cuenta, pero no podía hacer nada, y continuaba empantanándome cada vez más. Por último, desesperado, pensé en apostarme ante su casa, por la mañana temprano. Esperé un par de horas, avergonzándome, porque no había una parada de tranvía, y luego apareció en el portal, me vio y retrocedió. Pasaron dos horas más; entré en sospechas, hice una exploración y descubrí que el edificio tenía dos entradas. Renuncié a apostarme.

Estaba tan desesperado que el hecho de encontrar trabajo después de dos meses de desocupación no me proporcionó ningún alivio. He nacido para ser actor, en esto todos están de acuerdo; pero un defecto de pronunciación que me hace comerme las palabras y me llena de saliva la boca me impedirá llegar a nada que no sea un comparsa. Pero esta vez no era ni siquiera comparsa, era doble. En una peliculita estúpida, de cuatro perras, tenía que ocupar el lugar del actor joven en los momentos en que estaba de espaldas. El actor al que debía sus-

tituir era exactamente igual que yo: misma estatura, mismo pelo, mismos hombros, mismo modo de andar. Pero a él las palabras no se le mojaban con saliva y así él, en aquella película, cobraba un millón, y yo, unos pocos miles. Doble, en resumidas cuentas, que es como decir: hombre de paja, muñeco, sosia ocasional.

Mientras estaba en el estudio, royéndome de rabia y aburriéndome sin hacer nada, en un rincón oscuro al que no llegaba la luz de los reflectores, se me ocurrió un truco para volver a ver a Agata. Sabía que también ella, como todos, soñaba con el cine, esperando, quién sabe por qué, ser un día actriz. Sólo que ella no podía hacer ni siquiera de comparsa; en mi opinión, era muy negada. De manera que pensé que, si lograba lanzarle el anzuelo del cine, picaría sin lugar a dudas. El director era un tipo brusco, que no pensaba más que en el dinero y que no hacía favores a nadie. Pero el ayudante de dirección, a quien conocía yo hacía tiempo, era un joven simpático, de mi edad. Lo llevé aparte en el restaurante del estudio y le pedí el favor. Se echó a reir y me palmeó en un hombro, diciéndome que lo haría.

Agata, naturalmente, había enviado a los productores de aquella película fotografías en distintas poses, dirección, número de teléfono. El día fijado, muy temprano, el ayudante de dirección hizo que le telefoneasen para que se presentara en el estudio dentro de dos horas: la necesitaban.

El cine es una fuerza más fuerte que cualquier fuerza. Si, es un suponer, un rey hubiera invitado a Agata a presentarse en palacio, quizás ella se lo habría pensado; pero si el portero de la productora le decía que se pasara por el estudio, bastaba para que acudiera a cualquier hora. Esa mañana me aposté en la antesala, entre los muchos comparsas y trabajadores cinematográficos que esperaban. Y, en efecto, a la hora fijada, apareció.

Hacía casi dos meses que no la veía y, de momento, casi no la reconocí. El pelo, que lo tenía castaño y suelto sobre los hombros, era ahora rojo y estaba peinado hacia arriba, en un moño en lo alto de la cabeza, para

dejar descubiertos las orejas y el cuello. Se había depilado las cejas con tanto ensañamiento que parecía como si tuviera los ojos hinchados. Su boca asumía una mueca enigmática. Desgraciadamente no había podido enderezar su nariz de mango de escalfador. Me llamó la atención su vestido: una chaqueta ancha, rojo llama, nueva, con el cuello levantado tras la nuca, y una falda negra, tubo. En la solapa tenía un clip en forma de barco con las velas desplegadas, de metal amarillo; bajo el brazo apretaba un bolso que parecía de serpiente; acaso era auténtico y quién sabe los sacrificios que habría hecho para comprarlo. Entró muy digna, lenta, distante, como si hubiera temido ensuciarse en aquella antesala llena de gente como ella. Se dirigió al conserje y le dijo no sé qué en voz baja. El, como un palurdo, le contestó sin levantar la vista del periódico que estaba leyendo:

—Siéntese por ahí... Ya le llegará su turno.

Ella se volvió y entonces me vio. La admiré en ese momento: me hizo un saludo desde lejos y fue a sentarse en el rincón opuesto al mío, como si sólo nos conociéramos de vista.

Me daba pena ahora, al ver cómo estaba vestida y cómo se había preparado, pulido, acicalado, y qué aires se daba a causa de aquella falsa llamada de la productora. Me daba cuenta de que había sido una crueldad atraerla aquí con ese pretexto; y, sin embargo, no podía dejar de sentirme contento: por fin la volvía a ver. Esperamos así durante un rato, en la antesala atestada, llena de gente que caminaba de un lado a otro, charlando y fumando. Ella abría de vez en cuando el bolso, se miraba al espejo, retocaba un rizo, se repintaba los labios, se empolvaba la nariz. Había cruzado las piernas, que, mientras estaba sentada, podían parecer bonitas. No me miró nunca, ni siquiera una vez; yo, en cambio, no apartaba los ojos de ella.

Por fin llegó su turno; entró en el despacho del ayudante de dirección y estaría allí unos dos minutos; después salió, siempre con idéntica soberbia. Lo con-

venido era que el ayudante de dirección debía mirar sus fotografías y luego decirle:

—Señorita, puede que pronto la necesitemos... Esté preparada, una de estas mañanas la llamaremos.

Y nada más. Pero para ella era más que suficiente. La pobre chica que era cuando había entrado salía ya cambiada, en su fantasía, en una *starlet* o incluso en una estrella.

Me levanté yo también y la seguí por los pasillos largos y desnudos.

Caminaba sin prisas, erguida y muy digna, con sus bonitas piernas torcidas. Vaciló un momento en el cruce de dos pasillos, luego desembocó en el vestíbulo y salió a la calle. Los estudios se encuentran en la periferia, a lo largo de un camino medio de campo y medio de ciudad: a un lado estaban los campos, llenos de sol en esa mañana de octubre; al otro, grandes edificios populares, altos como torres, llenos de ventanas y de ropa tendida a secar. Ella andaba despacio a lo largo de los edificios; me di prisa para alcanzarla. Llamé jadeante:

—¡Agata!

Me miró y luego pronunció entre dientes, casi sin volverse:

—Adiós, Gino.

Dije, de un tirón, como un lamento:

—Agata, ¿por qué no quieres verme?... Te quiero tanto... ¿Por qué no me quieres?... Agata, volvamos a vernos.

—Ya me estás viendo —dijo, encogiéndose de hombros.

—Agata, ¿quieres casarte conmigo? —dije.

—Ni lo pienso —respondió, sin dejar de andar.

—¿Por qué?

Me preguntó, por toda respuesta:

—¿Qué haces ahora?

—Hago de doble, pero...

—¿Por qué te empeñas en querer ser actor? —continuó, con crueldad—. ¿No sabes que no tienes made-

ra?... Haces de doble y quieres casarte conmigo... Pero, bueno, ¿me tomas por tonta?

—Agata... —exclamé desesperado. E hice ademán de agarrarla por un brazo.

Se soltó en seguida, con una violencia que me ofendió. Perdí la cabeza y grité:

—Ser doble es mejor que nada... ¿Qué te has creído? ¿Que esta mañana te han telefoneado en serio? Soy yo quien ha hecho que te llamara el ayudante de dirección, para verte... A ti, querida mía, no te llamarán nunca para hacer nada, ni siquiera los ruidos de fondo.

Inmediatamente me arrepentí de haber hablado, pero ya era demasiado tarde. Comprendí, por su actitud, que me creía, y comprendí que con aquellas palabras había destruido cualquier esperanza de volver a verla. No dijo nada, no se detuvo, no perdió el color, no me miró: continuó andando despacio, tranquila, con el bolso bajo el brazo. Arrepentido, comencé a correr a su lado, suplicándole que me perdonase; pero ella, esta vez, hizo como si yo no existiera. Continuó en derechura, sin prisas, por la calle desierta, entre los campos y los edificios populares. Por último, viendo que no me hacía caso, me detuve en medio de la acera, para mirarla, mientras se alejaba. La desilusión debía haber sido terrible, pero no se traslucía más que en su modo de andar. Antes era lleno de satisfacción, pavoneante; ahora no era más que melancólico. Se podía deducir por cómo movía las piernas y mantenía la cabeza levemente inclinada hacia un hombro. Me dio pena y me pareció, de pronto, que nunca la había amado tanto. Abrí la boca como para llamar: «¡Agata!»; pero, en ese momento, ella dobló una esquina y desapareció. Y yo me quedé con la boca abierta de par en par sobre la primera «a» de Agata, ante la calle desierta.

El payaso

Durante aquel invierno, aunque no fuera más que para no dejar de probar ningún oficio, empecé a recorrer los restaurantes tocando la guitarra para un compañero que cantaba. Mi compañero se llamaba Milone, y también le apodaban «el profesor», porque en cierta época había enseñado gimnasia sueca. Era un hombretón de unos cincuenta años, no precisamente gordo aunque sí macizo, con una cara llena y torva y un gran corpachón que hacía rechinar las sillas cuando se sentaba. Yo tocaba la guitarra a mi modo, o sea muy en serio, casi sin moverme, con los ojos bajos, porque soy un artista y no un bufón; Milone, en cambio, hacía el bufón. Empezaba como por casualidad, de pie, apoyado en una pared, con el sombrero sobre los ojos, los pulgares en las sisas, la barriga fuera de los pantalones y el cinturón bajo la barriga; parecía un borracho cantándole a la luna. Después, poco a poco, se calentaba y, aunque realmente no cantaba, porque no tenía voz ni oído, acababa por ofrecerse a sí mismo en espectáculo o, mejor, como ya he dicho, por hacer el bufón. Su es-

pecialidad eran las canzonetas sentimentales, las más famosas, esas que normalmente conmueven y enternecen; pero en sus labios esas canzonetas no conmovían sino que hacían reír, porque sabía convertirlas en algo ridículo, de una forma enteramente suya, desagradable y triste. Yo no sé qué tenía aquel hombre: quizás en su juventud alguna mujer le había hecho daño, o bien había nacido de esa manera, con un carácter así, que gozaba poniendo en berlina las cosas buenas y hermosas; el hecho es que no era un simple característico, no; él ponía no sé qué rabia, y se necesita toda la obtusidad de la gente que está comiendo para no advertir que no era ridículo, sino simplemente penoso. Sobre todo, se superaba a sí mismo cuando se trataba de imitar los ademanes, las muecas y los melindres femeninos. ¿Qué hace una mujer? ¿Sonríe coqueta? El, bajo el ala de su sombrero, esbozaba una risa maliciosa y desvergonzada de pelandusca. ¿Menea, según suele decirse, las caderas? El se ponía a hacer la danza del vientre, sacando hacia fuera sus nalgas cuadradas y macizas como un fardo. ¿Habla con voz dulce? El, apretando los labios, emitía una vocecita aflautada, melosa, realmente repugnante. No tenía, en suma, medida, se pasaba siempre de la raya, resultaba procaz, asqueroso. Hasta el punto de que yo a menudo me avergonzaba, porque una cosa es acompañar a la guitarra a un cantante y otra cosa muy distinta apoyar a un payaso. Y, además, recordaba que no hacía mucho que había tocado esas mismas canciones, cantadas en serio por un buen artista. Y me daba pena verlas reducidas a aquel estado, irreconocibles e indecentes. Se lo dije una vez, mientras trotábamos por las calles, de un restaurante a otro.

—Pero, ¿qué es lo que te han hecho las mujeres?

Como de ordinario, tras haber hecho el bufón, estaba distraído y tétrico, como si por su cabeza pasaran quién sabe qué pensamientos.

—A mí —dijo— no me han hecho nada.

—Lo digo —expliqué— porque pones un gran ardor en ridiculizarlas.

Esta vez no me contestó y la conversación acabó ahí.

Lo habría dejado si no hubiera sido por el interés; porque, aunque esto pueda parecer imposible, ganaba más dinero con sus vulgaridades que muchos buenos cantores con sus excelentes canciones. Recorríamos sobre todo restaurantes que no eran de lujo, casi *trattorie*, sin refinamientos pero caros, donde la gente va para atiborrarse y estar alegre. Ahora bien, tan pronto como entrábamos, y yo, muy callado, desenfundaba la guitarra, de las mesas atestadas brotaba un solo grito:

—Oh, el Profesor... Ha llegado el Profesor... Ven aquí, Profesor...

Torvo, desaliñado, pasmado, rastrero, Milone se presentaba diciendo:

—Manden.

Y ese «manden» resultaba tan ridículo, a su manera, que todos rompían a reír. Entre tanto llegaba la *pasta asciutta;* y mientras el dueño se afanaba en torno a la mesa para servirla, Milone, con su vocecita quebrada, anunciaba:

—Una canzoneta realmente preciosa: *Cuando Rosina baja del pueblo...* Yo haré de Rosina.

Imagínense a todos aquellos; al verlo hacer de Rosina, con las habituales muecas y groserías, se quedaban en suspenso, hasta con los *spaghetti* colgando de los tenedores, entre la boca y el plato. Y no es que fueran reuniones de carniceros o de gente por el estilo; todos eran gente fina: los hombres vestidos de azul oscuro, fijador en el pelo, una perla en la corbata; las mujeres con pieles, cubiertas de joyas, delicadas, preciosas. Comentaban entre sí, mientras Milone hacía el payaso:

—Es grande... Es realmente grande.

O bien alguno, alarmado, gritaba:

—Os lo ruego, no vayáis diciendo que lo hemos descubierto... Nos lo echarían a perder.

Entre otras vulgaridades, Milone tenía una canción en que, en determinado momento, para ridiculizar más su personaje, hacía con la boca cierto ruido que no digo. Pues bien, ¿lo creerán ustedes? Precisamente aquellas

damitas tan melindrosas eran las que pedían el bis de esta canción.

Es preciso decir que, a fuerza de verse aplaudido, a Milone se le habían subido los humos a la cabeza. Vivía en casa de una modista, en una habitación amueblada, oscura y húmeda, en *via* Cimarra. Ahora, todas las veces que iba a buscarlo a su casa me lo encontraba ante el espejo, ensayando alguna nueva obscenidad, alguna nueva vulgaridad. Ponía en ello un tétrico escrúpulo, como un gran actor que se prepara para la representación; y yo, sentado en la cama, mirándolo hacer la danza del vientre ante el espejo del ropero, me preguntaba a veces si no estaría un poco loco.

—¿No te parece que ya es hora —le pregunte un día— de inventar algo gracioso, algo conmovedor?

—Está claro que no entiendes nada —dijo él—. La gente, cuando come, quiere reírse, no conmoverse. Y yo —añadió torvamente— la hago reír...

Algún tiempo después, con aquella manía suya de perfección, se le ocurrió llevar una maletita con algunos indumentos femeninos, es decir un sombrerito, un chal, una faldita, para vestirlos de pronto y hacer todavía más cómica la parodia. Esto de disfrazarse de mujer era, en él, casi una manía; y no puedo explicar la pena que daba verlo menearse con el sombrerito sobre los ojos y la faldilla atada a la cintura, sobre los pantalones. Por último, ya no sabiendo qué inventar, hubiera querido que yo también hiciera el bufón, mientras tocaba la guitarra. Y esta vez me negué.

Recorríamos la mayor cantidad de restaurantes que podíamos, entre las doce y las tres y entre las ocho y medianoche. Íbamos por sectores, según los días: una vez los restaurantes que están hacia la Plaza de España, otra vez los de los alrededores de la Plaza Venezia, otra los del Trastevere, otra los de la Estación. Entre un restaurante y otro, mientras andábamos por la calle, no hablábamos; no había confianza entre nosotros. Acabado el recorrido, íbamos a una hostería y nos repartíamos el dinero. Luego, en silencio, yo fumaba un ciga-

rrillo y Milone bebía un cuartillo. Por la tarde, Milone ensayaba sus papeles ante el espejo; yo, en cambio, dormía o me iba al cine.

Una noche de tramontana, tras haber recorrido las *trattorie* del Trastevere, entramos —más para calentarnos que para tocar— en una hostería detrás de la Plaza Mastai. Era larga como una tripa, casi un corredor, con las mesas alineadas a lo largo de la pared y, en las mesas, gentes humildes que bebían el vino de la casa y comían cosas que llevaban envueltas en periódicos. No sé por qué, quizas por vanidad —ya que no podía ser por la ganancia— Milone se decidió a exhibirse en esa hostería. Eligió, pues, una de las canciones más bonitas y, con su método habitual, la redujo a una porquería, a fuerza de muecas obscenas y de contorsiones. Cuando acabó, hubo un aplauso muy frío, y luego, de una de las mesas, se oyó una voz:

—Ahora voy a cantarla yo.

Me volví y vi que se adelantaba un muchacho rubio, con mono de mecánico, bello como un ángel, que miraba a Milone con ojos furiosos, como queriendo comérselo.

—Toca —me dijo con autoridad—, y empieza por el principio.

Milone, intimidado, fingió que estaba cansado y se dejó caer sobre una silla cerca de la puerta. El muchacho me hizo con la mano una señal para que empezara y luego se puso a cantar. No digo que cantase como un cantante de verdad, pero cantaba con sentimiento, con una hermosa voz cálida y tranquila, tal como la canción pedía ser cantada. Además, como ya dije, era muy guapo, con su pelo rizado, sobre todo si se comparaba con Milone, tan macizo y escuálido. Cantaba vuelto hacia la hostería, mirando a una mesa donde se sentaba una muchacha sola, como si estuviera cantando para ella. Cuando acabó, hizo un ademán en dirección a Milone, con la mano tendida, como diciendo: «Así se canta»; y se volvió en seguida a la mesita donde lo esperaba la muchacha, que inmediatamente le echó los brazos al cuello.

En la hostería, a decir verdad, le aplaudieron todavía menos que a Milone; toda aquella gente no había comprendido por qué se había molestado en cantar. Pero yo lo había comprendido; y, esta vez, también Milone había comprendido.

Mientras estaba tocando había mirado a menudo a Milone; y lo había visto pasarse varias veces la mano por la cara y bajo los cabellos que le caían sobre la frente, como quien no se las arregla para permanecer despierto y se cae de sueño. Pero no lograba esconder una expresión amarga que no le había visto nunca; y a cada estrofa que el muchacho acertaba, parecía que se acrecentara su amargura. Por último se puso de pie, estirándose y fingiendo bostezar, y dijo:

—Bueno, ya es hora de irse a dormir... Tengo un sueño...

Nos despedimos en la esquina de la calle, tras habernos dado cita para el día siguiente. Lo que ocurrió durante la noche lo he reconstruido después; pero no son más que suposiciones. Ya he dicho que Milone se había crecido, creyéndose quizás que era un gran artista, cuando en realidad no era sino un pobre hombre que hacía de bufón para divertir a la gente mientras comía; por lo tanto, la brusca caída que aquel muchacho del mono provocó con su gesto fue mucho mayor. Pienso que, mientras el muchacho cantaba, de repente debió de verse tal como era, y no tal como había creído ser: un hombretón de unos cincuenta años que se ponía un babero y representaba la *Vispa Teresa*. Pero pienso también que debió de comprender que era incapaz de cantar, aunque hubiera hecho un pacto con el diablo. El, en resumidas cuentas, sólo podía hacer reír; y no sabía hacer reír más que poniendo en berlina ciertas cosas. Y daba la casualidad de que estas cosas eran precisamente las que no había logrado tener nunca en su vida.

Pero, como ya he dicho, todo esto no son más que suposiciones. Lo cierto es que la modista donde vivía de pensión se lo encontró al día siguiente ahorcado entre la ventana y la cortina, en el lugar donde suelen estar

colgadas las jaulas de los canarios. Se dieron cuenta algunos transeúntes, en la *via* Cimarra, al ver a través de los cristales las piernas y los pies que se bamboleaban en el vacío. Despechado, como todos los suicidas, había cerrado la puerta con llave, apoyando contra la puerta el ropero con el espejo: quizás quería verse, como cuando ensayaba sus papeles, mientras metía el cuello en el nudo. En suma, tuvieron que derribar la puerta y el espejo se cayó y se rompió. Lo llevaron al cementerio, al Verano, y yo fui el único que lo acompañó, esta vez sin guitarra. La modista perdió el espejo pero se consoló vendiendo, a tanto el trozo, la cuerda.

El billete falso

Pasaba por la Plaza Risorgimento cuando oí que me llamaban:

—Eh, macho..., ¿que haces por aquí?

Era Staiano, un amigo de los viejos tiempos, cuando vendíamos juntos cigarrillos en el mercado negro, en la *via* del Gambero. Estaba reluciente, lo noté en seguida; y cuando le dije que no hacía nada, aunque en realidad tampoco podía decir que estaba parado, puesto que nunca tuve un oficio, me tomó del brazo y me dijo que él podía hacerme ganar, sin gran trabajo, mil o dos mil, o incluso tres mil liras diarias. Le pregunté de qué manera, y él, entonces, empezó con muchos rodeos. Dijo que los tiempos eran duros, que había montones de gentes que, pese a tener un oficio, no podían vivir. Dijo que en tiempos como estos los hombres se dividían en dos categorías: los que tenían riñones y los que no los tenían; y los primeros acababan siempre por salir a flote, mientras que los segundos hacían el bobo. Dijo que él estaba seguro de que yo pertenecía a la primera categoría, porque me había conocido en otros tiempos no me-

nos duros y difíciles. Dijo que la propuesta que iba a hacerme quizás me asombraría, pero que no debía interrumpirle, no debía decirle más que sí o no. Yo le dejaba hablar y mientras tanto pensaba que debía de ser una propuesta muy extraña, porque en él resultaban verdaderamente insólitas tantas precauciones. Por último se calló y yo le pregunté de qué se trataba. Respondió en seguida:

—Se trata de gastar pasta.

—¿Gastar pasta?

—Sí... Yo te doy, por ejemplo, un billete de cinco mil liras... Tú vas, das una vuelta, estudias la situación, y luego pagas con él un café, supongamos, o un paquete de cigarrillos... Luego, me traes la vuelta... Y yo te doy una tercera parte de la vuelta.

—¿Una tercera parte en liras buenas? —le interrumpí, para demostrarle que había entendido.

—Hombre, claro... en liras buenas... ¿Por quién me has tomado?

—¿Y si descubren que el billete es falso?

—Nada... Tú dices inmediatamente que sabes quién te lo ha dado y lo recoges fingiendo indignación.

Yo quería contestar: «Estás loco, ni hablar» —y, en cambio, no sé muy bien cómo, mi boca pronunció:

—De acuerdo, nos hemos entendido.

Después, no podría siquiera decir lo que pasó, tan asombrado estaba de mí mismo, de haber aceptado y de continuar aceptando. En suma, me dio un billete de diez mil liras, diciendo que ese día quería ponerme a prueba; y me fijó una cita para las ocho de la noche, en los jardines de la Plaza Risorgimento. Eran las dos de la tarde.

Y heme aquí con un billete falso de diez mil liras en el bolsillo y con la esperanza de ganar, así, como jugando, más de tres mil de las buenas. De pronto me sentí rico y ocioso, como si hubiera tenido ante mí no una tarde sino toda una semana o un mes, y hubiera podido satisfacer todos mis caprichos antes del momento, que veía muy lejano, en el que tendría que gastar mi billete falso. Además de las diez mil liras de Staiano tenía en el

bolsillo unas mil quinientas liras buenas, y pensé que podía pisar fuerte, ya que contaba con dos o tres mil liras diarias, seguras, quién sabe durante cuanto tiempo. Así, me dirigí directamente a una hostería cercana, en Plaza de l'Unitâ, y por primera vez, después de tantas comidas a base de bocadillos, ordené una comida completa: *spaghetti,* cordero al horno y un litro de vino. En el momento de pagar pensé por un instante en gastar el billete falso, pero luego me dije que eran trescientas liras menos que me daría Staiano y lo reservé para cualquier tontería, café o cigarrillos, como él me había sugerido, y pagué con billetes buenos. Me metí un palillo entre los dientes y salí a la calle Cola di Rienzo, con las manos en los bolsillos.

Era primavera, con el cielo lleno de nubes blancas y un aire suave que de vez en cuando listaba la lluvia, aunque poca cosa, porque en seguida volvía a salir el sol. Mirando a los árboles de la calle Cola di Rienzo, donde aparecían ya unas hojitas verdes, me dieron ganas de salir al campo: tumbarme en la hierba, mirar al cielo, no pensar en nada. Pero al campo me gusta ir con alguna muchacha; solo, me aburro. Y no tenía muchacha ni veía la forma, de momento, de encontrar una.

Pensando en esto, muy despacito, bajé por toda la calle Cola di Rienzo, pasé la Plaza de la Libertà, el puente, y llegué al *piazzale* Flaminio. Allí, bajo la marquesina del tranvía, me detuve y miré a mi alrededor. Normalmente soy tímido con las mujeres, sobre todo porque no tengo dinero; pero ¡lo qué cambian las cosas cuando uno se siente rico! Vi a una muchacha que no parecía esperar el tranvía, me gustó y le hablé en seguida, sin pensarlo dos veces. Era una morena de carota roja y sólida y ojos negros, vestida sencillamente con un jersey rojo y una falda marrón, con las piernas desnudas y calcetines doblados. Dijo que era camarera, que se llamaba Matilde y que era de un pueblo cercano a Roma, Capranica, creo. Buscaba trabajo y de momento estaba en pensión con unas monjas que tenían un convento también en su pueblo. Hablaba con cara de pocos amigos; pero des-

pués de que le dije dos o tres veces «señorita» se volvió algo más cordial. Le dije:

—Usted, señorita, no conoce Roma, claro... ¿Quiere que se la enseñe?

Ella, fingiéndose cortada, contestó:

—La verdad es que tenía que ir a ver a una señora...

En resumidas cuentas, le propuse enseñarle el Foro Itálico, y ella, tras una leve vacilación, aceptó.

En el tranvía no dejé de bromear; la muchacha me escuchaba muy seria, y luego, de pronto, estallaba en risas cubriéndose la cara con las manos, como una verdadera campesina. Bajamos en la plazuela del Puente Milvio, y tomamos por el Lungotevere, hacia el obelisco. Conocía el sitio y sabía que detrás del Foro hay una colina, con muchos prados en los que se puede estar tranquilos, sin miedo a ser observados. Pero quise enseñarle el estadio, es una verdadera maravilla, con todas esas estatuas, una de cada deporte, dispuestas en círculo en torno a las gradas. No había nadie y el estadio estaba realmente hermoso, en medio de un silencio que daba miedo, con las estatuas que se alzaban hacia el cielo lleno de nubes. Pero ella permanecía muy fría; incluso cuando le expliqué que aquellas estatuas eran todas de mármol auténtico, de un solo bloque, y que cada una pesaba más de una tonelada. Dijo solamente que las estatuas le parecían indecentes; y yo le contesté que eran estatuas, y no personas, y que las estatuas tienen que estar desnudas, si no no son estatuas. Para apaciguarla cogí un lápiz y escribí en la pantorrilla de una de las estatuas —un hombre que llevaba al hombro dos guantes de boxeo—: «Attilio quiere a Matilde», y la invité a leerlo. Pero ella respondió que no sabía leer, y así me enteré de que era analfabeta. Pero ahora ya no estaba tan cordial; y cuando estuvimos en la entrada del sendero que subía hacia la colina se negó a seguirme, diciéndome:

—Me has tomado por tonta, pero no lo soy... Volvamos a la ciudad.

Yo quería arrastrarla, pero no hubo manera; y recibí

incluso un empujón en pleno pecho que a punto estuvo de tirarme al suelo.

De manera que volvimos al *piazzale* Flaminio, en el mismo tranvía en que habíamos venido. Y allí, para hacer las paces, la invité en un bar a un café con pastas. Eran las cinco y le propuse ir a un cine de por allí cerca, donde, además de una película en colores, daban el documental del partido Italia-Austria. También esta vez se hizo rogar un poco, diciendo que tenía que presentarse a aquella señora; pero eran modales de campesina, como en el mercado cuando venden y compran; y se apresuró a aceptar cuando vio que yo, perdida la paciencia, me disponía a despedirme.

También el cine lo pagué con moneda buena. Y, una vez en la oscuridad, le tomé la mano y ella me dejó hacer. Desgraciadamente, la película en colores acababa de empezar y el partido saldría al final; como la película me aburría, me hice más atrevido e intenté besarla en el cuello. Me rechazó de inmediato con un manotazo, diciendo en voz alta:

—Eh..., las manos quietas...

Todos, alrededor, enmudecieron; y yo me avergoncé y empecé a odiarla. Para engañar el tedio de la película, que trataba de Cristóbal Colón, empecé a hacer mentalmente las cuentas de los gastos del día: trescientas la comida, ciento veinte los cigarrillos, doscientas el café y las pastas, cuatrocientas el cine. Había gastado, pues, más de mil liras y no me había divertido.

Acabó la primera parte de la película, se encendió la luz y yo le dije de pronto a Matilde:

—Las mujeres como tú deberían quedarse en su pueblo, cavando la tierra.

—¿Por qué?

—Porque eres una ignorante y una desgraciada y no estás hecha para vivir en la ciudad.

¿Lo creerán ustedes? Aquella paleta de carrillos llenos me miró y contestó, con soberbia:

—Quien desprecia, ama.

La habría estrangulado de rabia. No dije nada, me

levanté y fui a sentarme cinco filas más allá, dejándola plantada, como se merecía. Eran las siete.

La segunda parte de la película no acababa nunca y yo pensaba cada vez más en el billete de diez mil liras que tenía que gastar y en Staiano que me esperaba a las ocho en la Plaza Risorgimento. Pero me interesaba el documental y cuando, finalmente, a las ocho menos cuarto, Cristóbal Colón se decidió a morirse y se encendió la luz, esperé que en unos diez minutos ya habría acabado y yo podría correr a colocar mi billete.

Pero me equivocaba; no había contado con el programa: primero hubo un descanso, luego un anuncio de una zapatería, luego el de una fábrica de muebles, luego otro descanso. Eran las ocho cuando Dios quiso que empezara el documental. Soy un hincha y así, ante la primera aparición de los queridos rostros de nuestros futbolistas, me olvidé del billete, de Staiano, de mi prisa y de todo lo demás y concentré toda mi atención en el partido. Digo la verdad, éste fue el único momento feliz de aquel día que al principio me había parecido tan hermoso.

Salí del cine deslumbrado, atontado, agotado; eran las ocho y veinte. Entonces, pensando en Staiano que me esperaba, en el billete falso que tenía que gastar y en el dinero legítimo que ya había gastado, casi perdí la cabeza. No sabía a dónde ir, no sabía qué hacer, me sentía perdido. Sin saber cómo, me encontré al final de la calle Cola di Rienzo, no muy lejos de la plaza Risorgimento, y oí una voz que gritaba:

—Aquí está la suerte... ¿Quién quiere probar suerte?

Me volví, lleno de esperanza. Era un mocetón moreno, con cara de sinvergüenza, apoyado en una pared, con una tablilla al cuello y, en la tablilla, el juego de las tres cartas. Junto a él estaba su compadre, falso y hambriento también, fingiendo interesarse en el juego. Se me iluminó la mente y decidí probar aquella falsa suerte con las diez mil liras de Staiano; haría que me cambiara el billete el compadre, apostaría cien liras y luego me iría. El juego estaba prohibido y no corría ni siquiera

el peligro de que aquellos dos bribones fueran a denunciarme.

Me acerqué, miré con codicia la tablilla y luego dije, pesaroso:

—Me gustaría apostar... Pero ¿cómo me las arreglo? No tengo suelto.

Y mostré el billete. El de la tablilla se ocupaba de cambiar de sitio las cartas, repitiendo como un loro:

—Aquí está la suerte... ¿Quién quiere probar suerte?

Pero el compadre en seguida se acercó a mí con la cartera, diciendo:

—¡Qué diantre! Hay que ayudar al joven, que quiere probar suerte. Venga, deme su billete.

Se lo di y él contó, uno sobre otro, nueve billetes de mil y diez de cien. Aposté cien liras, como había decidido; el de la tablilla dijo:

—El señor apuesta cien liras... Por favor, señor...

Y luego descubrió la carta y vi que había ganado yo. Entonces, aunque sabía con certeza que era un timo y supiera también cómo se hacía, me hice la ilusión, quizás por culpa del cansancio, de recuperar los gastos del día y aposté las otras novecientas liras. Esta vez perdí, como estaba previsto. Me alejé pensando que había gastado dos mil liras y que sólo me quedaban mil liras de ganancia.

Pero la verdadera sorpresa me la dio Staiano, al que encontré poco después en los jardincillos de la plaza Risorgimento. Cuando nos retiramos a un rincón y yo empecé a contarle los billetes, él, sin vacilar, empezó a repetir:

—Es falso... Falso... También falso... También éste es falso, falso, falso.

Hasta que por fin terminó.

—Todos estos billetes son falsos —concluyó; y luego, metiéndolos en el bolsillo y mirándome, añadió—. Y no son de los nuestros... Los nuestros son perfectos... Más falsos que éstos no hay más que los de anuncio, los que llevan la inscripción «Banco del Amor: mil besos»... No hay más que hablar, te pasaste de listo.

Yo me quedé con la boca abierta, aturdido. Staiano añadió:

—Te di un billete de diez mil tan bueno como los auténticos y me has traído nueve que no aceptaría ni un ciego.

Dije, entonces:

—Por lo menos, págame mis gastos.

—¿Qué gastos?

—Bueno, como pensaba que iba a ganar tres mil liras, he gastado, entre una cosa y otra más de dos mil.

—Peor para ti... ¿Qué te has creído? ¿Que aquel billete no me ha costado nada? Pagué trescientas liras por él... Eres tú quien tendría que pagarme el perjuicio.

En resumidas cuentas, discutimos durante un rato pero no quiso pagarme nada. Más aún, al final, como lo acusaba de timarme, sacó los billetes de mil, los rompió en muchos pedazos y fue a tirarlos en la boca de la alcantarilla, junto a la acera. Pero lo que más me indignó fue que, antes de irse, me dijo:

—Tú no estás hecho para un trabajo honesto, serio, de responsabilidad... Permíteme que te lo diga yo, que te llevo veinte años... Eres demasiado ligero, demasiado atolondrado... Como mucho, sirves para vender cigarrillos en el mercado negro... ¡Adiós, macho!

El camionero

Soy flaco, nervioso, con brazos delgados, piernas largas y el vientre tan plano que los pantalones se me escurren; en suma, soy justamente lo contrario de lo que hace falta para ser un buen camionero. Miren a los camioneros; son todos hombres grandes, con hombros anchos, brazos de cargadores, espalda y vientre fuertes. Porque el camionero se basa sobre todo en los brazos, la espalda y el vientre: los brazos, para mover la rueda del volante, que en los camiones tiene casi el diámetro de un brazo, y que a veces, en las curvas de montaña, hay que darle una vuelta completa; la espalda, para resistir el cansancio de estar sentado horas y horas, siempre en la misma posición, sin quedarse dolorido y rígido, y, por último, el vientre, para estar perfectamente quieto, hundido en el asiento, encajado como una piedra. Esto en lo que respecta al físico. En cuanto a lo moral, todavía soy menos adecuado. El camionero no debe tener nervios, ni la cabeza llena de grillos, ni nostalgias, ni otros sentimientos delicados; la carretera es exasperante, capaz de matar a un buey. Y lo que es en mujeres, el camionero

debe pensar poco, igual que el marinero; porque si no, con su continuo partir y volver a partir, se volvería loco. Pero yo estoy lleno de pensamientos y de preocupaciones; soy de temperamento melancólico, y me gustan las mujeres.

Sin embargo, pese a que no era un oficio para mí, quise ser camionero y conseguí que me contratara una empresa de transportes. Me asignaron como compañero a un tal Palombi, que era, puedo decirlo, un verdadero bruto. Exactamente el camionero perfecto; y no es que los camioneros no sean, a menudo, inteligentes, pero él tenía también la suerte de ser estúpido, de manera que formaba un todo con el camión. Aunque ya era un hombre mayor de treinta años, había quedado en él algo de muchacho: una cara redonda de mejillas abultadas, unos ojos pequeños bajo una frente estrecha, una boca cortada como la de una alcancía. Hablaba muy poco, casi nada, y preferiblemente por medio de gruñidos. Sólo se aclaraba un poco su inteligencia cuando se trataba de cosas de comer. Recuerdo una vez que entramos, cansados y hambrientos, en una hostería de Itri, en el camino de Nápoles. No había más que judías con tocino, y yo apenas si las probé, porque me sientan mal. Palombi devoró dos platos llenos, y luego, repantigándose en la silla, me miró un momento, con solemnidad, como si fuera a decirme algo muy importante. Pronunció, por último, pasándose una mano por la barriga:

—Me comería otros cuatro platos.

Este era el gran pensamiento que había tardado tanto tiempo en expresar.

Con este compañero, que parecía de madera, no les digo lo contento que me puse la primera vez que encontramos a Italia. En aquella época hacíamos la ruta Roma-Nápoles, llevando las cosas más diversas: ladrillos, chatarra, madera, fruta, bobinas de papel e incluso, algunas veces, pequeños rebaños de ovejas que se desplazaban de un pasto a otro. Italia nos paró en Terracina, pidiéndonos que la lleváramos a Roma. Nuestras órdenes eran no re-

coger a nadie, pero, tras haberle echado una ojeada, decidimos que en aquella ocasión no valía la orden.

Le hicimos señas de que subiera y trepó ágilmente, diciendo:

—¡Vivan los camioneros, siempre tan amables!

Italia era una muchacha provocativa; no hay otra palabra. Tenía un busto con una cintura larga, increíble, y, encima, un pecho que se erguía, agudo, venenoso, bajo unos jerseys ajustados que le llegaban hasta las caderas. También su cuello era largo, con una cabeza pequeña y morena y dos grandes ojos verdes. Bajo aquel busto tan largo tenía unas piernas cortas y torcidas, hasta el punto de que daba la impresión de que andaba doblando las rodillas. No era guapa, en suma, pero era más que guapa; la prueba la tuve en aquel primer viaje, cuando, a la altura de Cisterna, mientras conducía Palombi, introdujo su mano en la mía y me la apretó con fuerza, sin dejarla hasta Velletri, donde reemplacé a Palombi. Era verano, hacia las cuatro de la tarde, que es la hora más calurosa, nuestras manos estaban resbaladizas a causa del sudor, pero ella, de vez en cuando, me lanzaba una ojeada con sus ojos verdes de gitana y me parecía que la vida, tras haber sido durante tanto tiempo nada más que una cinta de asfalto, volvía a sonreírme. Había encontrado lo que buscaba: una mujer en la que pensar. Entre Cisterna y Velletri, Palombi se detuvo y bajó para mirar las ruedas, y yo aproveché para darle un beso. En Velletri reemplacé muy a gusto a Palombi; un apretón de manos y un beso me bastaban, por aquel día.

Desde entonces, con regularidad, Italia hizo que la lleváramos de Roma a Terracina, y a la inversa, una o dos veces por semana. Nos esperaba por la mañana, siempre con algún bulto o maleta, junto a las murallas, y luego, si conducía Palombi, me estrechaba la mano hasta Terracina. A la vuelta de Nápoles nos esperaba en Terracina, volvía a subir y recomenzaban los apretones de mano y, aunque ella no quería, los besos a hurtadillas cuando Palombi no podía vernos. En resumidas cuentas, me enamoré muy en serio, quizás también porque hacía

mucho tiempo que no quería a una mujer y no estaba acostumbrado. Hasta el punto de que bastaba ahora con que ella me mirase de cierta manera para que yo me conmoviera en seguida, como un niño, hasta saltárseme las lágrimas. Eran lágrimas dulces, pero a mí me parecían una debilidad indigna de un hombre y me esforzaba, sin lograrlo, en retenerlas. Cuando conducía yo, aprovechando que Palombi dormía, hablábamos en voz baja. No recuerdo nada de lo que decíamos, señal de que eran cosas sin importancia, bromas, charlas de enamorados, Lo único que recuerdo es que el tiempo pasaba muy de prisa: hasta la recta de Terracina, que nunca acaba, l aparecía como por encanto. Yo disminuía la velocid... treinta, a veinte por hora, dejando que me adelantasen incluso los carros; pero siempre llegábamos al final e Italia bajaba. De noche era todavía mejor: el camión andaba casi solo, yo sostenía con una mano el volante y con la otra ceñía la cintura de Italia. Cuando, allá al fondo, en la oscuridad, se encendían y apagaban los faros de los otros coches, hubiera querido componer con las luces, al responder a las señales, alguna palabra que les dijese a todos lo feliz que era. Por ejemplo, «yo amo a Italia e Italia me ama».

Palombi ni se dio cuenta de nada, o por lo menos fingió no darse cuenta. El hecho es que no protestó ni una sola vez por aquellos viajes tan frecuentes de Italia. Cuando ella subía, le dirigía, por todo saludo, un gruñido, y luego se hacía a un lado para que se sentase. Ella estaba siempre en el medio, porque yo debía observar la carretera y avisar a Palombi, cuando se trataba de adelantar a otro vehículo, de que el camino estaba libre. Palombi no protestó siquiera cuando, infatuado, quise escribir en el cristal del parabrisas algo referente a Italia. Lo pensé un poco y escribí luego, con letras blancas: «Viva Italia». Pero Palombi, el muy estúpido, solo advirtió el doble sentido cuando ciertos camioneros, bromeando, nos preguntaron cómo nos habíamos vuelto tan patriotas. Sólo entonces me miró abriendo la boca, y luego, esbozando una sonrisa, me dijo:

—Se creen que es Italia, y, en cambio, es la chica... Eres inteligente, lo has resuelto muy bien.

Todo esto continuó durante un par de meses, o acaso más. Uno de aquellos días, después de haber dejado a Italia, como de costumbre, en Terracina, al llegar a Nápoles recibimos la orden de descargar y volver inmediatamente a Roma, sin pernoctar. Lo sentí, porque la cita con Italia era para la mañana siguiente; pero las órdenes son las órdenes. Yo cogí el volante y Palombi empezó en seguida a roncar. Hasta Itri todo fue bien, porque la carretera está llena de curvas y por la noche, cuando empieza el cansancio, las curvas, que obligan a tener los ojos muy abiertos, son las amigas del camionero. Pero después de Itri, entre los bosquecillos de naranjos de Fondi, me entró el sueño, y, para espabilarme, empecé a pensar con todas mis fuerzas en Italia. Pero, cuanto más pensaba, más me parecía que los pensamientos se entrecruzaban muy tupidos en la mente, como las ramas de un bosque que se espesa cada vez más y, al final, todo está oscuro. De pronto, recuerdo que me dije: «Menos mal que estoy pensando en ella y eso me mantiene despierto... Si no, ya me habría dormido». Pero en realidad ya estaba dormido y este pensamiento no lo tenía despierto, sino durmiendo, y era un pensamiento que el sueño me enviaba para hacerme dormir mejor, con mayor abandono. Al mismo tiempo sentí que el camión se me salía de la carretera y entraba en la cuneta; y sentí, detrás, el estruendo y el golpe del remolque que se derrumbaba. Iba muy despacio y no nos hicimos daño; pero, cuando bajamos, vimos que el remolque estaba caído, con las ruedas al aire, y que toda la carga, pieles para curtir, se amontonaba en la cuneta. Era una noche oscura, sin luna, pero con un cielo lleno de estrellas. Por suerte, estábamos a las puertas de Terracina; a la derecha teníamos el monte y a la izquierda, más allá de los viñedos, el mar sereno y negro.

Palombi se limitó a decir:

—La has hecho buena.

Y luego, añadiendo que debíamos ir a Terracina en busca de ayuda, empezó a andar. Era un trecho pequeño,

pero cuando estuvimos en Terracina, Palombi, que no pensaba más que en comer, dijo que tenía hambre y que, como antes de que llegara el coche de socorro con la grúa pasarían algunas horas, lo mismo daba ir a la hostería. Así, cuando entramos en Terracina, nos pusimos a buscar un local. Pero era medianoche pasada y en aquella plaza redonda, toda agujereada por los bombardeos, no había más que un café abierto y, encima, lo estaban cerrando. Tomamos una callejuela que parecía dirigirse hacia el mar y pronto vimos una luz con una muestra. Aligeramos el paso, llenos de esperanza; era realmente una hostería, pero la persiana metálica estaba medio bajada, como si estuvieran a punto de cerrar. Tenía puertas de cri y la persiana dejaba descubierta una franja de estos cristales, por la que se podía mirar al interior.

—Ya verás como está cerrada —dijo Palombi, y se inclinó para mirar. También yo me incliné. Entonces divisamos una gran sala de hostería pueblerina, con pocas mesas y un mostrador. Las sillas estaban apiladas sobre las mesas, e Italia, armada con una escoba, hacía limpieza rápidamente, con un trapo atado a la cintura. Detrás del mostrador, además, al fondo de la sala, había un jorobado. He visto muchos jorobados, pero ninguno tan perfecto como aquél. Con la cara hundida entre las manos, la joroba más alta que la cabeza, miraba fijamente a Italia con unos ojos negros y biliosos. Ella barría muy de prisa, luego el jorobado le dijo no sé qué, sin moverse, y ella se le acercó, apoyó la escoba en el mostrador, le echó un brazo alrededor del cuello y le dio un largo beso. Después volvió a tomar la escoba, dando vueltas por la habitación, como si bailase. El jorobado salió desde detrás del mostrador hasta el centro de la hostería: era un jorobado marinero, con sandalias tripolinas, pantalones de tela azul, de pescador, remangados, y camisa abierta con cuello a la Robespierre. Se acercó a la puerta y nosotros retrocedimos, como con la misma idea. El jorobado abrió la puerta de cristales y desde dentro bajó la persiana.

Dije, para ocultar mi turbación:

—¿Quién lo hubiera dicho?

—Ya, ya —respondió Palombi, con una amargura que me sorprendió.

Fuimos hasta el garaje y luego pasamos toda la noche enderezando el camión y cargándolo de nuevo con todas las pieles. Pero al alba, al bajar hacia Roma, Palombi empezó a hablar, puede decirse que por primera vez desde que lo conocía.

—¿Has visto lo que me ha hecho esa bruja de Italia?

—¿Qué? —repliqué, estupefacto.

—Después de haberme venido con tantos cuentos —continuó él, lento y obtuso— y haberme apretado la mano todo el tiempo mientras íbamos de acá para allá, y después de que yo le había dicho que quería casarme y éramos, por así decirlo, novios... ¿Has visto? ¡Un jorobado!

Me quedé sin aliento y no dije nada. Palombi continuó:

—Le había hecho tantos regalos: corales, un pañuelo de seda, zapatos de charol... Te digo la verdad, la quería mucho y además era exactamente lo que yo necesitaba, esa chica... Una ingrata sin corazón, eso es lo que es...

Continuó así durante un rato, lento y como hablando solo, en la luz mortecina del alba, mientras corríamos a todo correr hacia Roma. De modo que, no pude dejar de pensar, Italia nos había engañado a ambos, para ahorrarse los billetes del tren. Me abrasaba al oír hablar a Palombi porque decía las mismas cosas que hubiera podido decir yo y, además, porque en boca de él, que casi no sabía hablar, todo me parecía ridículo. Hasta el punto que, de pronto, le dije brutalmente:

—Déjame en paz con esa fulana... Tengo sueño.

El, pobrecillo, respondió:

—Hay cosas que hacen daño —y luego estuvo callado hasta Roma.

Después, durante muchos meses, estuve siempre triste; la carretera había vuelto a ser, para mí, lo que era antes: sin principio ni fin, nada más que una cinta amarga que hay que tragar y volver a escupir dos veces al día. Pero lo que me convenció para cambiar de oficio fue que Italia

abrió una hostería en la carretera de Nápoles, con la muestra de «El encuentro de los camioneros». Sí, sí, un buen encuentro, como para hacer centenares de kilómetros para frecuentarlo. Naturalmente, no nos detuvimos nunca, pero era lo mismo: me hacía daño ver a Italia detrás del mostrador y al jorobado que le pasaba los vasos y las botellas de cerveza. Me fui. El camión, con el letrero «Viva Italia» y Palombi ante el volante, sigue con sus viajes.

El pensador

En el restaurante típico romano —mejor, trasteverino— «Marforio» todo fue bien al principio. Tenía la cabeza vacía y sonora como esas conchas que se encuentran a orillas del mar y el bicho que estaba dentro ha muerto hace mucho tiempo; y cuando los clientes me ordenaban: «*Spaghetti* con salsa», mi cabeza reflejaba fielmente el eco: «*spaghetti* con salsa»; y cuando ordenaban sopa inglesa, mi cabeza era el eco de sopa inglesa y de nada más. En suma, no pensaba en nada, era camarero por dentro y por fuera, tan camarero que por la noche, a punto de dormirme, continuaban resonando en mi cabeza los diversos «*spaghetti* con salsa... sopa inglesa» que había registrado durante la jornada. He dicho que tenía la cabeza vacía, pero quizás sería más exacto decir que tenía la cabeza congelada, como el agua de ciertos lagos de montaña que, en la primavera, bajo el sol, de hielo que era vuelve a convertirse en agua, y una buena mañana empieza a encresparse y a moverse bajo el viento. En suma, tuviese la cabeza vacía o congelada, el hecho es que era un camarero perfecto, hasta el punto de que

una vez oí que una muchacha, en el restaurante, le dijo a su acompañante, señalándome:

—Mira ese camarero, mira qué cara de camarero tiene... Desde luego, ése no podría ser más que camarero... Ha nacido camarero y morirá camarero..

Vaya usted a saber qué será la cara de camarero. Probablemente la cara de camarero es precisamente la cara que les gusta a los clientes; los cuales no tienen que tener cara de clientes porque no tienen que gustarle a nadie, mientras que los camareros, si quieren continuar haciendo de camareros, tienen que tener precisamente cara de camareros. Bueno, durante un año largo no pensé en nada y ejecuté las órdenes que me daban los clientes. Incluso cuando un cliente grosero me gritaba: —«¿Eres tonto o te lo haces?»— mi cabeza repetía fielmente: ¿Eres tonto o te lo haces? En el restaurante, por supuesto, el dueño estaba contento conmigo. Tanto, que a menudo les decía a los otros:

—No quiero cuentos... Aprendan de Alfredo... Nunca una palabra de más... Ahí tienen al verdadero camarero.

Comenzó una noche, exactamente como el hielo que, al sol, se cuartea y se transforma en agua que se mueve y corre. Un cliente, viejo y muy estirado, de pelo rizado y canoso como si le hubieran espolvoreado con nieve toda la cabeza, con una cara negra de macho cabrío, empezó a tratarme mal, quizás para impresionar a la muchacha que estaba con él, una rubita insignificante, mecanógrafa o modista. No estaba nunca contento y, cuando le llevé el plato que había encargado, empezó a insultar:

—¿Qué porquería es ésta?... ¿Dónde estamos? No sé cómo me contengo y no te lo tiro todo a la cara.

No tenía razón porque había pedido rabo a la vaquera y yo rabo a la vaquera le había traído. Pero esta vez, en lugar de limitarme, como de ordinario, a repetir como un eco sus palabras, me sorprendí diciéndome: «Mira que cara de macho cabrío tiene este cornudo». Reconozco que no era gran cosa, como pensamiento, pero para mí era importante, porque era la primera vez que pensaba desde que servía en el restaurante. Luego fui a la cocina,

volví con dos raciones de rabo de cordero a la cazadora, y pensé de nuevo: «Ten... ¡y así te atragantes!». Un segundo pensamiento, tampoco nada extraordinario, pero pensamiento al fin.

Desde aquella noche comencé a pensar, quiero decir que comencé a hacer una cosa y a pensar otra, que es, según creo, lo que precisamente se llama pensar. Preguntaba, por ejemplo, inclinándome:

—¿Desean los señores? —y pensaba para mí: «Mira qué cuello tan largo tiene ese lechuguino..., parece un ganso».

O bien decía, muy atento:

—¿Queso, señora? —y pensaba, en cambio: «Tienes bigotes, guapita..., te los tiñes, pero se ven igual».

Pero la mayoría de las veces me rondaban por la cabeza amenazas, insultos, palabrotas, injurias: «Cretino, tonto, muerto de hambre, que se te seque la lengua, me cago en tus muertos», y así sucesivamente. Era más fuerte que yo, me hervían continuamente en la cabeza, como judías en una olla. Finalmente advertí que concluía mentalmente las frases que decía con los labios. Supongamos que preguntaba:

—¿Aceite y limón? —y acababa en mi interior: «En tu cara, tío idiota».

O bien preguntaba:

—¿Conoce las especialidades de la casa? —y acababa: «Mala comida y cuenta subida».

Y luego, de pronto, descubrí que estas frases no las acababa ya con la mente, sino con los labios, aunque en tono muy bajo, mejor dicho, bajísimo, de forma que no me oyeran. En resumidas cuentas, hablaba, aunque con prudencia. Así, pues, recapitulando: primero no pensaba nada, luego había comenzado a pensar y ahora estaba pensando en voz alta, es decir, hablaba.

Recuerdo perfectamente lo ocurrido la primera vez que hablé. Una noche de sábado vino a sentarse a una de mis mesas una pareja verdaderamente de sábado: ella debía de ser una de esas, oxigenada, descarada, guapetona, alta, muy pintada y perfumada; él, un rubito de cara roja,

nariz ganchuda, pelo rizado, bajo, con hombros demasiado anchos, vestido de azul pero con zapatos amarillos. Ella debía de ser del Norte; él hablaba con las úes cerradas, como hablan en Viterbo. El tomó la carta como si fuera una declaración de guerra y la miró torvamente durante un buen rato, sin decidirse. Luego encargó, para sí, platos sustanciosos: *spaghetti alla carbonara,* cordero con patatas, ensalada con anchoas. Ella, en cambio, platos ligeros, delicados. Escribí los encargos en mi block y me dirigí hacia la cocina. Pero al irme no pude dejar de lanzarle a él una ojeada y me di cuenta de que mis labios decían en un susurro, pero con claridad:

—¡Qué cara de paleto!

El, que estaba aún estudiando la carta, no lo advirtió; pero ella, fina de oído como todas las mujeres, se agitó en su silla y me miró con ojos abiertos de par en par; me había oído. Fui a la cocina y grité con toda mi voz:

—Un consomé y unos *spaghetti alla carbonara.*

Y luego volví a ocupar mi puesto junto a la pared, a poca distancia de ellos. Ahora ella se reía, reía y reía, apretándose el pecho con las manos, el rostro escarlata; y él, amoscado, se inclinaba hacia delante; debía de preguntarle por qué se reía; pero ella continuaba riéndose, sacudiendo la cabeza y apretándose el pecho con la mano. Por fin se calmó un poco, se inclinó a su vez y le dijo algo, señalándome. El se volvió y me miró de hito en hito. Fingí que dirigía los ojos hacia otra parte y luego volví a mirarlos; ella había empezado a reír de nuevo y él me clavaba unos ojos terribles, con la cabeza gacha, como un carnero a punto de embestir. Por último, me llamó:

—¡Camarero!

Ella dejó de reirse y yo me acerqué sin prisa. Al acercarme, aunque tenía algo de miedo, no pude por menos de murmurar de nuevo, con convicción:

—Sí, exactamente, cara de paleto.

Luego me presenté con un «Mande» y él levantó los ojos hacia mí y me dijo, amenazador:

—Camarero, hace poco usted ha hecho una apreciación...

Fingí caer de las nubes:

—¿Apreciación?... No comprendo.

—Sí, ha emitido un juicio... La señora le ha oído.

—La señora habrá oído mal.

—La señora ha oído perfectamente.

—No comprendo... ¿Quizás el señor no quiere ya los *spaghetti?*... Podemos cambiar...

—Camarero, usted ha hecho una apreciación y lo sabe muy bien...

En este punto, ella se inclinó y le rogó:

—Mira... más vale dejarlo así...

El dijo, entonces:

—Llame al gerente.

Me incliné y fui a llamar al gerente. Este vino, escuchó, habló, discutió, mientras ella continuaba riéndose y riéndose y él se ponía más furioso cada vez. Luego el gerente vino a mi lado y me dijo en voz baja:

—Ahora sírvelos, y se acabó... Pero mira que si haces otra de éstas quedas despedido.

—Pero yo...

—Cállate... y date prisa.

De manera que les serví, en silencio, pero ella continuó riéndose durante toda la comida y él casi no probó bocado. Por último, sin tomar postre y sin dejar propina, se fueron. Pero ella continuaba aún riendo al salir por la puerta.

Después de esa primera vez, en lugar de corregirme, empeoré. Ahora ya no pensaba casi nunca: hablaba. Los días en que había poca gente y los camareros están de pie entre las mesas o a lo largo de las paredes, ociosos, me sorprendía hablando para mí, de corrido, moviendo los labios, de manera que los otros lo advertían y me decían riendo:

—¿Qué? ¿Estás rezando? ¿Rezas el rosario?

No, no rezaba, no rezaba el rosario; sino que murmuraba, mirando a una familia de cinco personas, padre, madre y tres hijos pequeños: —«El no quiere gastar mu-

cho, porque es avaro o porque no tiene de qué..., pero ella es una boba con la cabeza llena de grillos y ha encargado una comida costosa: primicias, langosta, setas, dulces... El pierde el tino y muerde el freno... Ella, maligna, disfruta viéndolo sufrir..., y los niños, entre tanto, se encaprichan con todo y él pasa un mal rato».

O bien estudiaba la cara de un cliente que tenía una gruesa verruga en lo alto de la frente: —«Mira que patata tiene ése en la frente... Debe de dar una extraña sensación tocársela y sentirla tan gorda... ¿Cómo se las arreglará para ponerse el sombrero? ...¿Se lo cala sobre la patata, o bien se lo echará hacia la nuca dejando la patata fuera?».

En resumidas cuentas, hablaba solo, y cuanto más hablaba solo menos hablaba con los otros. Entre tanto, el dueño ya no me ponía como ejemplo, sino que me miraba de través. Pienso que me consideraba un poco loco. Y que, en resumen, esperaba la primera oportunidad para despedirme.

La ocasión se presentó. Una noche, el restaurante estaba medio vacío, la orquesta trasteverina tocaba «*Anema e cuore*» ante las mesas desiertas, y yo me retorcía y bostezaba ante una gran mesa reservada para diez personas. Los clientes que la habían reservado no aparecían, pero yo sabía quiénes eran y no me esperaba nada bueno. Por fin entraron en la gran sala intensamente iluminada, las mujeres vestidas de noche, chistosas, excitadas, hablando en voz alta, la cabeza vuelta hacia atrás; los hombres siguiéndolas, todos de azul oscuro, las manos en los bolsillos, la barriga sacada, blandos y llenos de suficiencia. Era lo que se llama «gente bien», seguro, yo se lo había oído decir una vez a un petrimetre que los miraba:

—¿Has visto? Esta noche hay mucha gente bien.

En cualquier caso, fueran «bien» o «mal», yo no los tragaba por un montón de razones; la principal era que me tuteaban: —«Trae una silla..., dame la carta..., muévete..., haz..., ven..., corre». Me tuteaban como si hubiéramos sido hermanos, y yo, en cambio, no me sentía

hermano de nadie, y menos de ellos. La verdad es que tuteaban a todos, a los demás camareros e incluso al dueño, pero a mí no me importaba; que tutearan al Padre Eterno, si querían, pero a mí no. Así, pues, entraron, y ante todo comenzó la comedia de los sitios:

—Giulia se pone ahí, Fabrizio aquí, Lorenzo a mi lado, a Pietro lo quiero junto a mí, Giovanna entre nosotros dos, Marisa en la cabecera de la mesa.

Por último, como Dios quiso, cada uno encontró su sitio y entonces me adelanté yo, con la carta, y se la di al que estaba en la cabecera, uno gordo, calvo, de ojos apagados, nariz picuda y una garganta blanca y delicada empolvada con talco. Tomó la lista y empezó a explorarla, diciéndome:

—¿Qué nos aconsejas?

Pensé que me tuteaba y murmuré:

—¡Tarado!

Pero, por suerte, no me oyó, a causa del alboroto que hacían los otros peleándose a propósito del menú. Unos querían *spaghetti* y otros entremeses, unos querían las especialidades romanas y otros no las querían, unos querían vino tinto y otros, blanco. Sobre todo las mujeres armaban un jaleo del demonio, como gallinas que se sacuden en el gallinero antes de dormir. Me fue imposible dejar de murmurar entre dientes, mientras me inclinaba tras él:

—¡Mira que gallinas!

Debió oírme, porque se sobresaltó y me preguntó:

—¿Qué dices?... ¿Gallina?

—Sí —expliqué—, hay gallina hervida.

—No, nada de gallina hervida —gritó alguien—. Queremos comer a la romana: habas con tocino, mondongo.

—¿Pero qué es, exactamente, el mondongo?

—El mondongo —dijo el que leía la carta— es el intestino del ternero de leche que no ha comido aún hierba, cocido con todo lo que tiene dentro, o sea, con los excrementos...

—Excrementos... ¡Oh, qué horror!

—Es lo que ustedes necesitan —pensé, o mejor murmuré, inclinándome.

Esta vez él oyó algo, porque preguntó, casi incrédulo:

—¿Qué dices?

—Yo no he hablado.

—Tú has hablado y has dicho algo —contestó él, con firmeza, pero aún sin cólera.

Entre tanto, no sé cómo, se había hecho el silencio, no sólo en la mesa sino en todo el restaurante. Hasta la misma orquesta, por casualidad, había dejado de tocar. En medio de este silencio yo me oí decir, en voz baja pero muy claramente:

—¡Dale con el tuteo...! ¡Tarado!

Inmediatamente él saltó, con inaudita violencia:

—¿Tarado, yo?... ¿Sabes con quién estás hablando?

—Yo no he dicho nada.

—Tarado, yo... ¡Sinvergüenza, bribón, canalla..., ya te voy a enseñar!

Entre tanto se había levantado, me había aferrado por las solapas y me golpeaba contra la pared. Los de la mesa se habían puesto también de pie, y unos trataban de poner paz y otros, en cambio, me insultaban. Además, todo el restaurante miraba hacia nuestro lado. Yo me calenté y dije, rechazándolo:

—Yo no he dicho nada... ¡Las manos quietas!

—Ah, ¿no has dicho nada, eh?... ¡No has dicho nada!

—No he dicho nada —repetí, soltándome. Y luego, con voz más baja—: ¡Tarado!

Así, por segunda vez, se me había escapado la palabra. Por suerte llegó corriendo el gerente, flexible como un junco, rastrero como una serpiente.

—Por favor, comendador... Por favor, por favor.

El comendador, como un verdadero mozo de cuerda, bramaba:

—¡Le rompo la cara!

El gerente me tomó del brazo finalmente, diciendo:

—Y tú, ven conmigo.

Otro que me tuteaba. Mientras atravesábamos la sala,

con toda la gente poniéndose de pie para vernos mejor, no pude dejar de pensar en voz alta:

—Otro tarado que me tutea...

De momento, no dijo nada; pero cuando estuvimos en la cocina, a puerta cerrada, me gritó en plena cara:

—¿De modo que llamas tarados a los clientes... y luego me lo llamas a mí?

—Yo no he dicho nada... ¡tarado!

—Insistes... Pero el tarado eres tú, jovencito... Y te largas... ¡Te largas ahora mismo!

—Está bien... me largo..., ¡tarado!

En suma, los labios se me movían a pesar mío, sin que pudiera impedirlo. Me encontré en la calle y aún protestaba, casi en voz alta:

—¡Condenado tuteo!... Cómo si fuéramos hermanos... ¿Acaso hemos comido en el mismo plato?... ¿Por qué no guardan las distancias?

En aquel momento, un guardia, al ver que hablaba solo, se acercó y me interpeló:

—¿Has bebido, eh?... ¿Cómo era? ¿Dulce o seco?... Da media vuelta y vete... Aquí no puedes estar.

—¿Quién ha bebido? —protesté.

E inmediatamente después la palabra se escapó de mi boca, la misma que me había hecho despedir del «Marforio». Hubiera querido atraparla, como a una mariposa que se le escapa a uno de la gorra. ¡Pero no había nada qué hacer! Se me había escapado. Así, pues, me arrestaron por desacato a la autoridad: noche en la prevención, proceso, condena con libertad condicional.

Cuando salí de la cárcel advertí que mi cabeza había quedado congelada otra vez. Atontado, atravesaba la calle a la altura del Puente Vittorio, cuando pasó un coche y por poco me aplasta. No contento con ello, mientras aún estaba temblando, el chófer se asoma y me grita:

—¡Muerto de sueño!

Lo miré alejarse mientras mi cabeza repetía fielmente, como un eco, igual que un año antes:

—Muerto de sueño..., muerto de sueño..., muerto de sueño.

Engendros

Nunca sabemos muy bien quiénes somos, ni quiénes son los que están por encima de nosotros y los que están por debajo. Por mi parte, yo exageraba en el sentido de considerarme el peor de todos. Es cierto que no nací jarro de hierro; digamos que soy un jarro de barro. Pero yo me consideraba jarro de vidrio, más aún, de cristal, y esto era excesivo. Me acobardaba. A menudo me decía: pasemos revista a las cualidades. Así, pues, fuerza física: cero, soy pequeño, contrahecho, raquítico, las piernas y los brazos como palillos, una araña; inteligencia: poco más de cero, desde el punto y hora en que, entre tantos oficios, no he logrado pasar de marmitón de hotel; belleza: menos de cero, tengo un rostro estrecho y amarillo, los ojos color de perro que huye, una nariz que parece hecha para una cara dos veces más ancha que la mía, grande y afilada, que semeja caer para luego, en la punta, remangarse como una lagartija que levante el hocico. Otras cualidades, como valor, prontitud, encanto personal, simpatía... Más vale no hablar de ello. Es natural que, con estas reflexiones, evitase

hacer la corte a las mujeres. La única a la que se me había ocurrido abordar, una camarera del hotel, me había puesto en mi lugar con la palabra exacta: engendro. Por eso, poco a poco, me había convencido de que no valía nada y de que mejor sería estarme quietecito, en un rincón, para no molestar a nadie.

Quien pase a primera hora de la tarde por la calle de detrás del hotel donde trabajo, verá una hilera de ventanas que se abren a nivel del suelo, de las que sale un fuerte olor a platos sucios. Aguzando la vista en la oscuridad, verá también pilas y pilas de platos que se amontonan hasta el techo, sobre las mesas y en el mármol del fregadero. Pues bien, ése era mi rincón, el rincón de la vida que yo había escogido para no llamar la atención. Pero lo que es la fatalidad... Podía esperar cualquier cosa excepto que precisamente en aquel rincón, quiero decir en aquella cocina, vendría a sorprenderme alguien, a cogerme como una flor oculta entre la hierba. Fue Ida, la nueva pincha que ocupó el puesto de Giuditta cuando se quedó encinta. Ida, entre las mujeres, era lo mismo que yo entre los hombres: un engendro. Como yo, era bajita, contrahecha, flacucha, insignificante. Pero agitada, inquieta, alegre, un verdadero diablo. Pronto nos hicimos amigos, por aquello de estar de pie ante los mismos platos, la misma agua grasienta; y luego, entre una cosa y otra, me indujo a invitarla un domingo a ir al cine. La invité por cortesía, y quedé muy sorprendido cuando, en la oscuridad del cine, ella me cogió la mano, metiendo sus cinco dedos entre los míos. Pensé que era un error, incluso intenté soltarme, pero ella me susurró que me estuviera quieto. ¿Qué mal había en tenerse la mano? Luego, a la salida, me explicó que hacía tiempo que se había fijado en mí, puede decirse que desde el día en que la habían contratado en el hotel. Que desde entonces no hacía más que pensar en mí. Que ahora esperaba que la quisiera yo también un poco, porque ella, sin mí, no podía vivir. Era la primera vez que una mujer, aunque fuera una mujer como Ida, me decía semejantes cosas, y yo perdí la cabe-

za. De manera que le contesté todo lo que quería, y más aún.

Pero quedé sumido en un profundo asombro, y aunque ella continuaba repitiéndome que estaba loca por mí, no lograba convencerme. Así, las otras veces que salimos juntos, volvía a insistir a menudo, en parte por el placer de oírselo decir y en parte también por incredulidad:

—Pero, dime, ¿se puede saber que encuentras en mí? ¿Cómo puedes amarme?

¿Lo que creerán ustedes? Ida se colgaba de mi brazo con las dos manos, alzaba hacia mí un rostro extasiado, y me contestaba:

—Te amo porque tienes todas las cualidades... Para mí, eres lo más perfecto del mundo.

Yo repetía, incrédulo:

—¿Todas las cualidades? ¡Mira!... ¡Y yo que no lo sabía!

—Sí, todas... En primer lugar, eres guapo...

Me daba la risa, lo confieso, y me decía:

—¿Guapo yo?... Pero ¿me has mirado bien?

—Claro que te he mirado... No hago otra cosa.

—Pero ¿y mi nariz? ¿Has mirado mi nariz?

—Precisamente tu nariz es lo que más me gusta —respondía ella, y después, tomándome la nariz entre dos dedos y sacudiéndola como una campanilla, agregaba—: Nariz, nariz... No sé qué haría yo por esta nariz.

Añadía, luego:

—Y, además, eres inteligente.

—¿Inteligente yo? Pero si todos dicen que soy tonto.

—Lo dicen por envidia —respondía ella, con lógica femenina—; pero eres inteligente, inteligentísimo... Cuando hablas te escucho con la boca abierta... Eres la persona más inteligente que me he echado a la cara.

—Pero no dirás que soy fuerte... —continuaba, tras un instante—; eso sí que no puedes decirlo.

—Sí, eres muy fuerte..., mucho, mucho.

Esta era una mentira tan gorda que durante un momento me quedaba sin habla. Ella agregaba, entonces:

—Y, además, ¿quieres que te lo diga? Tienes un no sé qué que me encanta.

Le preguntaba entonces:

—Pero ¿qué es ese no sé qué, si puede saberse?

—¿Cómo te lo diría? —respondía ella—. Será la voz, la expresión, el modo en que te mueves... Lo cierto es que nadie lo tiene como tú.

Naturalmente, durante mucho tiempo no me lo creí; y me hacía repetir toda esta conversación, sólo porque me divertía compararla con lo que yo había pensado siempre de mí mismo. Pero al oír esas cosas, día tras día, empecé a engreírme, lo confieso. A veces me decía: «¿Y si fuese verdad?». No es que creyera realmente ser distinto, materialmente, de lo que hasta entonces había pensado. Pero la frase de Ida sobre aquel «no sé qué» me sumía en la duda. En esa frase, me daba cuenta, estaba la explicación del misterio. Por ese «no sé qué» —yo lo sabía— a las mujeres les gustaban los jorobados, los enanos, los viejos, incluso los monstruos. ¿Por qué no iba a gustarles yo, que no era precisamente jorobado, enano ni viejo?

Uno de esos días, decidimos Ida y yo ir a ver un circo que había plantado su tienda enfrente de la Passeggiata Archeologica. Estábamos los dos muy alegres; cuando nos encontramos bajo la gran carpa del circo, en las localidades populares, nos sentamos muy apretados uno contra el otro, de bracete. A mi lado había una mujer rubia, alta, joven y guapetona, y junto a ella, una localidad más allá, un mocetón moreno, también alto y fuerte, con tipo de nadador o deportista. Pensé que eran lo que se llama una magnífica pareja; y luego no volví a pensar en ellos y sólo me ocupé del circo. La pista, cubierta de arena amarilla, estaba aún vacía, pero al fondo había una tribuna con una banda de músicos con uniforme rojo, toda de metales y flautas, y no cesaba de tocar marchas belicosas. Por fin entraron cuatro payasos, dos enanos y dos más grandes, con caras enharinadas y pantalones caídos, y dieron muchas volteretas e hicieron bufonadas, dándose bofetones y patadas, has-

ta el punto de que Ida empezaba a toser, de risa que le daba. Luego la banda tocó una marcha muy vivaz, y les llegó el turno a los caballos, seis en total, tres grises rodados y tres blancos, que empezaron a dar vueltas por la pista, muy dócilmente, mientras el domador, en el centro del círculo, vestido de rojo y oro, hacía chasquear su largo látigo. Una mujer con faldellín de tul y medias blancas entró a paso de danza, se agarró con ambas manos a la silla de uno de los caballos y empezó a subir y a bajar de la silla mientras los caballos daban vueltas, primero al trote y después al galope. Cuando salieron los caballos volvieron los payasos, con sus caídas y sus patadas, y luego vino una familia de trapecistas, padre, madre e hijo, los tres vestidos con mallas muy ajustadas, azules, los tres musculosos, sobre todo el hijo. Batieron palmas y después, ¡hop lá!, treparon por una cuerda de nudos muy arriba, hasta el techo del circo. Allí empezaron a pasarse los trapecios volantes, agarrándose unas veces con las manos y otras con los pies, y arrojándose al chico como si fuera una pelota. Yo le dije a Ida, lleno de admiración:

—Mira, me gustaría ser trapecista... Me gustaría lanzarme al vacío y luego agarrar el trapecio con las piernas.

Ida, como de costumbre, se apretó contra mí, contestándome en tono de adoración:

—Es cuestión de ejercicio... Si te ejercitaras, lo lograrías.

La mujer rubia nos miró y luego le dijo algo a su compañero, y los dos se echaron a reír. Después de los trapecistas llegó el turno de la atracción número uno: los leones. Entraron muchos jóvenes de casaca roja y enrollaron la alfombra que habían colocado para los trapecistas. Al llevársela, envolvieron dentro de ella, sin darse cuenta, a uno de los payasos; y de nuevo Ida al ver asomar aquella cara enharinada por el rollo de la alfombra, estuvo a punto de romper la butaca a fuerza de risotadas. Agilmente, los jóvenes montaron en el medio de la pista una gran jaula niquelada, y luego, tras un redoble de tambores, apareció por una portezuela la

cabezota rubia del primer león. Entraron cinco en total, además de una leona que parecía muy mala y empezó en seguida a rugir. Por último llegó el domador, un hombrecito muy fino y ceremonioso, con chaqueta verde de alamares de oro, el cual comenzó a hacer reverencias al público, agitando en una mano una fusta y en la otra un palo con un gancho en la punta, parecido a los que se usan para bajar las persianas metálicas de las tiendas. Los leones daban vueltas a su alrededor, rugiendo; el seguía con sus reverencias, tranquilo y sonriente; por último se volvió hacia los leones y, a puntazos en el trasero, los obligó a subir, uno tras otro, a unos taburetes muy pequeños dispuestos en fila al fondo de la jaula. Los leones, acurrucados, pobres animalitos, en aquellas sillitas de gato, rugían mostrando los dientes; algunos, cuando el domador se les ponía a tiro, le dirigían zarpazos, que él evitaba con una pirueta.

—¡Mi madre, se lo van a comer! —me susurró Ida, apretándome el brazo.

Hubo un redoblar de tambores; el domador se acercó a un león más viejo que los otros, que parecía muerto de sueño y no rugía, le abrió la boca y metió dentro de ella la cabeza, tres veces seguidas. Yo dije entonces a Ida, mientras atronaban los aplausos:

—No lo creerás... Pero yo me atrevería a entrar en la jaula y a meter la cabeza en la boca del león.

Y ella, llena de admiración, apretándose contra mí:

—Ya sé que serías capaz.

Al oír estas palabras, la mujer rubia y el joven deportista se echaron a reír, mirándonos con intención. Esta vez no podíamos ignorar que se reían de nosotros, e Ida, molesta, murmuró:

—Se ríen de nosotros... ¿Por qué no les dices que son unos mal educados?

Pero en ese momento sonó una campana y todos se pusieron en pie, mientras los leones se marchaban, con la cabeza gacha, por la portezuela de costumbre. Había acabado la primera parte del espectáculo.

Salimos del circo y aquellos otros dos iban delante de nosotros. Ida, encarnizada, no cesaba de susurrarme:

—Debes decirles que son unos mal educados... Si no lo haces, eres un cobarde.

Y yo, herido en mi amor propio, decidí afrontarlos Fuera del circo, a espaldas de la carpa, había un barracón donde, pagando, se podía visitar el zoo del circo: una fila de jaulas a un lado, con los animales feroces, y al otro lado, sobre paja, en libertad, los animales domésticos, por así llamarlos, cebras, elefantes, caballos, perros. Este barracón estaba casi a oscuras, y cuando entramos descubrimos en la penumbra a aquellos dos que estaban observando la jaula del oso. La rubia se inclinaba para mirar al oso, que estaba hecho un ovillo, durmiendo en santa paz, con su lomo peludo contra los barrotes, y el hombre la sujetaba del brazo. Fui en derechura hacia el hombre y, con voz firme, le dije:

—Dígame... ¿Se estaban riendo de nosotros?

El casi no se volvió y me respondió sin vacilar:

—No, nos reíamos de una rana que quería ser buey.

—¿Y yo sería la rana?

—La primera gallina que canta es la que ha puesto el huevo.

Ida me empujaba con la mano que me tenía agarrado el brazo, y yo contesté, levantando la voz:

—¿Sabe lo que le digo? Que es usted un ignorante y un patán.

El, brutalmente, replicó:

—¿Cómo, cómo? Ahora los gatos gastan zapatos...

La mujer se echó a reír y entonces Ida, furiosa, intervino diciéndole:

—No hay mucho de qué reírse... Y, además, en vez de reírse, no se restriegue tanto contra mi marido... ¿Es que se cree que no la he visto? No ha hecho otra cosa que rozarle con el brazo durante todo el tiempo.

Me quedé asombrado, porque la verdad es que no lo había advertido; a lo sumo, al estar a mi lado, me habría rozado alguna vez con el codo.

Y en efecto, la mujer respondió, indignada:

—¡Hijita, eres tonta...!

—No, no soy tonta..., te he visto restregarte.

—Pero ¿cómo quieres que me interese un engendro como tu marido? —ahora hablaba con desprecio—. Si tuviera que restregarme, me restregaría con un hombre de verdad... Este sí que es un hombre de verdad —y al hablar así, cogió el brazo de su amigo, como se coge en la salchichería un jamón para mostrarlo al cliente—. A este brazo sí que me restregaría... Mira qué músculos... ¡Mira qué fuerte es!

El hombre, a su vez, se me acercó y me dijo, amenazador:

—Bueno, ya basta... Largaos... Será mejor para vosotros.

—¿Quién lo ha dicho? —grité, exasperado, poniéndome de puntillas para colocarme a su altura.

La escena que siguió la recordaré mientras viva. No respondió a mi frase, pero, de repente, me agarró por los sobacos y me levantó en el aire como si fuera una pajita. Enfrente de las jaulas, como ya he dicho, estaban los animales domésticos, sobre un lecho de paja. Precisamente detrás de nosotros se encontraba una familia de elefantes: padre, madre e hijo, este último más pequeño pero, de todas formas, tan grande como un caballo. Estaban en la sombra, pobrecitos, con las orejas y las trompas colgantes, las grupas oscuras apretadas entre sí. Aquel chulo, pues, me levanta y de repente me coloca en la grupa del elefante más pequeño. El animal creyó quizás que había llegado el momento de presentarse en el circo, y empezó un trotecillo, conmigo en la grupa, por el pasillo que había ante las jaulas. Toda la gente escapa, Ida corre detrás de mí gritando, y yo, a horcajadas en el elefantito, tras haber intentado en vano agarrarme a las orejas, al llegar al fondo del pasillo resbalo y me caigo al suelo, golpeándome en la parte de atrás de la cabeza. No sé lo que ocurrió después, porque me desvanecí, cuando volví en mí me encontré en la enfermería, con Ida sentada a mi lado, apretándome la mano. Posteriormente, cuando me encon-

tré mejor, volvimos a casa sin ver la segunda parte del espectáculo.

Al día siguiente le dije a Ida:

—Ha sido culpa tuya... Me llenaste la cabeza de humo, haciéndome creer quién sabe qué... En cambio, aquella mujer dijo la verdad: no soy más que un engendro.

Pero Ida, tomándome del brazo y mirándome, dijo:

—¡Has estado magnífico!... El tuvo miedo y por eso te colocó sobre el elefante... Y, además, cabalgando al elefante, estabas muy guapo... ¡Lástima que te hayas caído!

De manera que no había nada que hacer. Para ella yo era una cosa, y para los demás era otra. ¿Se puede saber qué verán las mujeres cuando aman?

El intermediario

Al subir la escalinata del palacio, Antonio, el mayordomo, me advirtió:

—No te hagas la ilusión de que vas a ganar mucho con la princesa, porque es avara como ella sola... Además, desde que se ha muerto su marido le ha entrado la manía de ocuparse de la administración y no nos deja en paz a nadie.

—¿Es vieja? —pregunté, al azar.

—¿Vieja? Es joven y guapa... Tendrá unos veinticinco años... Viéndola, parece un ángel... ¡Ay, las apariencias engañan!

—Bueno, podrá ser un diablo —contesté—, pero yo no quiero más que lo que me corresponde... Soy intermediario, la princesa tiene un apartamento para vender, yo se lo vendo, cobro mi porcentaje, y no hay más que hablar.

—Oh, no es tan sencillo... Te va sacar el tuétano... Espera, voy a avisarla.

Me dejó en la antesala y fue a avisar a la princesa, a quien él llamaba «excelencia», como si hubiera sido un

hombre. Esperé un buen rato en aquella antesala helada, de viejo palacio, con paredes cubiertas de tapices y una bóveda pintada al fresco. Finalmente Antonio vino a informarme de que Su Excelencia me esperaba. Atravesamos una serie de salones y luego, en un salón más grande que los otros, en el vano de una ventana, vi un escritorio; ante él estaba sentada la princesa, escribiendo.

Antonio se le acercó respetuosamente, diciendo:

—Aquí está el señor Proietti, Excelencia.

Y ella contestó:

—Acérquese, Proietti —sin levantar la vista.

Cuando estuve a su lado pude mirarla a mis anchas, y tuve que reconocer que Antonio no había exagerado al compararla con un ángel. Tenía un rostro fino, blanco, delicado, dulce, con cabellos negros y unas largas pestañas negras que sombreaban sus mejillas. La nariz, levemente respingada, era delgada, transparente, como habituada a no oler más que perfumes. Tenía la boca pequeña, con el labio superior más grueso, parecida a una rosa. Bajé la mirada hacia su cuerpo: vestía de negro, con una chaqueta entallada; tenía caderas y pecho grandes, y una cintura de avispa, que se hubiera podido ceñir con dos manos. Escribía; su mano era blanca, delgada, elegante, con un diamante en el índice. Luego alzó los ojos hacia mí y vi que eran bellísimos: enormes, oscuros, al mismo tiempo aterciopelados y líquidos. Dijo:

—Entonces, Proietti, ¿quiere que vayamos a ver el apartamento?

Tenía una voz dulce, acariciadora. Balbucí:

—Sí, princesa.

—Venga, Proietti, por aquí —me dijo, tomando una gran llave de hierro.

Volvimos a atravesar todos aquellos salones, y en la antesala ella le dijo a Antonio, que acudía para abrirle la puerta:

—Antonio, dígales a los de abajo, los de la calefacción, que no echen más carbón... Se ahoga uno aquí dentro, hace mucho calor...

Y yo me quedé asombrado, porque la antesala, igual

que los salones, estaba helada. Empezamos a subir por la escalinata, ella delante y yo detrás, y mientras me precedía pude ver que tenía también un cuerpo muy bello: alta, delgada, con piernas muy rectas y aquel vestido negro que ponía de relieve la blancura de la nuca y de las manos. Subimos dos tramos de la escalinata y luego dos tramos más de una escalera de servicio, y finalmente, al fondo de una buhardilla, encontramos la escalera de caracol, de hierro, que llevaba al apartamento. Ella trepó por la escalerilla y subí detrás, bajando los ojos, porque sabía que habría podido mirarle las piernas y no quería, ya la respetaba como a la mujer a quien se ama. Entramos en el apartamento, que consistía, como vi en seguida, en dos grandes habitaciones con el suelo de ladrillo y ventanas profundamente encajadas en la pared, abiertas muy arriba, cerca del techo. Una tercera habitación, de forma circular, obtenida arreglando un belvedere, daba por medio de una puerta-ventana a un balcón con barandilla, suspendido sobre un enorme tejado de tejas oscuras. Ella abrió la puerta-ventana y salió al balcón, diciéndome:

—Venga, Proietti, mire qué panorama.

En efecto, la vista era muy hermosa; desde aquel balcón se divisaba toda Roma, con todos sus tejados, cúpulas y campanarios. Era un día sereno y, al fondo del cielo azul, entre un tejado y otro, se podía ver también la naranja de San Pedro. Yo miraba atónito el panorama, pero en realidad casi no lo veía y no pensaba más que en ella, como algo que me preocupaba y no podía olvidar. Entre tanto, ella había vuelto a entrar; y yo di media vuelta, preguntando mecánicamente:

—¿Y los servicios...?

—¿Quiere usted decir el baño...? ¡Aquí está!

Se acercó a una portezuela que yo no había observado y me mostró un cuartito ciego, bajo y rectangular, en el que había colocado el baño. A la primera ojeada pude comprender que las porcelanas eran bastante ordinarias, como de casas populares. Ella cerró la portezuela del baño y, poniéndose en el medio de la habita-

ción, con las manos en los bolsillos de la chaqueta, me preguntó:

—Bien, Proietti... ¿Cuánto cree que podemos pedir?

Estaba tan preocupado por su belleza y por el hecho turbador de encontrarme solo con ella en la buhardilla, que durante un momento no contesté nada mirándola. Quizás ella se dio cuenta de lo que pasaba por mi cabeza, porque, golpeando el suelo con su pie pequeño y nervioso, añadió:

—¿Se puede saber en qué está pensando?

Dije, a toda prisa:

—Estaba haciendo un cálculo... Son tres vanos... Pero no tiene ascensor, y el que lo compre tendrá que hacer algún arreglo... Digamos que tres millones y medio.

—Pero, Proietti... —exclamó de inmediato, alzando la voz—, Proietti..., ¡yo quería pedir siete millones!

Digo la verdad, durante un momento me quedé aturdido. Esta combinación de belleza y de sentido de los negocios me desconcertaba. Finalmente, balbucí:

—Princesa, por siete millones nadie lo va a querer.

—Pero esto no es el barrio de Parioli, tan vulgar... Este es un palacio histórico, en el centro de Roma...

En suma, discutimos un buen rato, ella erguida en medio de la habitación y yo a buena distancia, para no caer en la tentación. Hablaba y hablaba, pero en realidad no pensaba más que en ella, y, a falta de algo mejor, me la comía con los ojos. Al final, a regañadientes, se dejó convencer por cuatro millones, que ya era una suma elevada. En efecto, calculando en un millón los trabajos que habría que hacer, poniendo también los impuestos y todo lo demás, el apartamento le saldría al comprador por casi seis millones. Yo, que tenía ya un cliente, le dije que el negocio estaba hecho y me marché

Al día siguiente me presenté en el palacio con un joven arquitecto, que precisamente estaba buscando algo pintoresco y excepcional. La princesa cogió su llave y nos mostró el apartamento. El arquitecto discutió un poco el precio pero al final aceptó la suma ya fijada: cuatro millones.

Pero a la mañana siguiente, muy temprano, quizás antes de las ocho, mi mujer vino a despertarme diciéndome que la princesa estaba al teléfono. Casi no veía, de sueño, pero su voz, dulce y fina, al hablarme, me pareció una música. Escuché esa música en pijama, descalzo sobre el pavimento, mientras mi mujer se arrodillaba para meterme las zapatillas, y luego me echaba un abrigo sobre los hombros. No entendía gran cosa, o casi nada, pero de pronto, entre tantas palabras, dos llamaron mi atención: «... cinco millones».

Dije inmediatamente:

—Princesa, nos hemos comprometido por cuatro millones... No podemos volvernos atrás...

—En los negocios no existen compromisos..., o cinco millones o nada.

—Pero, princesa..., el cliente se nos evapora.

—No sea tontaina, Proietti..., cinco millones o nada

Digo la verdad, la palabra «tontaina» pronunciada por aquella voz no me pareció ni vulgar ni injuriosa; casi un cumplido. Dije que haría lo que deseaba y telefoneé de inmediato al cliente comunicándole la novedad. Lo oí exclamar, al otro extremo del hilo:

—Ustedes no se andan con bromas, ¿eh?... ¡Un millón más de la noche a la mañana!

—Qué quiere que le haga... Esas son las órdenes.

—Bueno, ya veremos..., lo pensaré.

—Entonces, me comunicará usted...

—Sí, lo pensaré, ya veremos.

Moraleja: no volvió a dar señales de vida. Comenzó entonces, por así decirlo, el período más íntimo de mis relaciones con la princesa. Me telefoneaba no menos de tres veces al día, y cada vez que mi mujer gritaba con ironía: «Es la consabida princesa», me turbaba como si hubiera sido un telefonazo amoroso. ¡Sí, sí, amor! La princesa estaba apegada a los cuartos de una manera increíble; era interesada, avara, obstinada e ingeniosa, mucho peor que un usurero. Es preciso decir que en vez de corazón tenía una alcancía: no veía ni pensaba más que en el dinero. Además, cada día, por teléfono, inven-

taba algo nuevo para aumentar el precio, aunque fuera una nadería, cinco o diez mil liras. Hoy era el baño, en el que había que incluir el pago del plomero, mañana la vista, otro día el hecho de que el autobús paraba exactamente ante el portón del palacio, y así sucesivamente. Sin embargo, yo me mantenía firme en la cifra de cinco millones, que ya era enorme, hasta el punto de que los compradores, tan pronto la oían, desaparecían. Finalmente, por una afortunada casualidad, encontré al *amateur:* un milanés, industrial, que quería instalar en el apartamento a su querida. Era un hombre expeditivo y práctico, que conocía el mercado y el precio del dinero: de mediana edad, alto, con una cara alargada y morena y la boca llena de dientes de oro. Vino a ver el apartamento, examinó con cuidado todo y luego le dijo a la princesa, sin grandes cumplidos:

—Es una ratonera; en Milán pondríamos aquí los lavaderos para la ropa... Si esto vale cinco millones, yo soy turco... Cuando haya hecho los trabajos necesarios, como rehacer el pavimento y los zócalos, abrir ventanas, cambiar esa porquería —e indicó las porcelanas del baño—, me vendrá a costar ocho millones... No importa, la ley del mercado se regula sobre la oferta y la demanda... Usted ha encontrado la persona que necesita este apartamento... y, por lo tanto, usted tiene razón.

Pero actuó mal al soltar este discurso, franco y brutal, de hombre de negocios. Porque ella, tan pronto como se fue, me dijo, pesarosa:

—Proietti, hemos cometido un gran error.

—¿Cuál?

—Pedir solamente cinco millones... Ese pagaría incluso siete.

—Princesa —le contesté—, me temo que usted no ha entendido al tipo: es un hombre lleno de dinero, es cierto, y querrá mucho a su amante, no lo discuto; pero más no daría.

—Usted no sabe lo que un hombre es capaz de hacer por la mujer amada —dijo, mirándome con sus hermo-

sísimos ojos, en los que no había más que interés y dinero.

Quedé confundido y le contesté:

—Puede ser..., pero estoy convencido de lo contrario.

Bueno, al día siguiente el milanés se presentó en el palacio con su abogado, y la princesa, tan pronto como nos sentamos, dijo:

—Señor Casarighi, lo siento... Pero, pensándolo bien, no puedo darle el apartamento por la cifra de ayer.

—¿Qué quiere decir?

—Quiero decir que serían seis millones.

Hubieran debido ver ustedes a Casarighi. Muy sencillamente, se levantó y dijo:

—Princesa, he tenido el placer y el honor de saludarla —se inclinó y se fue.

Dije, tan pronto como desapareció:

—¿Ha visto usted? ¿Quién tenía razón?

Pero ella, nada desconcertada, respondió:

—Ya verá como acabamos encontrando comprador por seis millones.

Me hubiera gustado mandarla al diablo, pero, por desgracia, estaba muy enamorado. Quizás precisamente porque estaba enamorado no noté la rareza del comprador que, por cinco millones y medio, encontré pocos días después. Ante la suma, realmente enorme, no rechistó. Era un señor del campo, un mocetón alto y grueso que parecía un oso, llamado Pandolfi. En seguida me resultó antipático, casi por un presentimiento. Cuando se lo presenté a la princesa comprendí de inmediato por qué no había protestado por el precio. Por lo pronto, al parecer, tenían un montón de amigos comunes. Y además él la miraba de cierta manera que no dejaba lugar a dudas. Examinamos, como de costumbre, las tres habitaciones y el baño, y después ella abrió la puerta-ventana para mostrarle el panorama. Yo me había quedado en la habitación y así pude observarlos. Ambos apoyaban las manos en la barandilla, y entonces vi que la mano de él se acercaba como por casualidad a la de ella, y luego se superponía, cubriéndola. Comencé a contar, despacio, y llegué hasta

veinte. Veinte segundos de roce parecen poca cosa, pero prueben ustedes a contarlos. Al llegar a los veinte, ella, con naturalidad, liberó su mano y volvió a entrar en la habitación. El dijo, en sustancia, que el apartamento le convenía y se marchó. Nos quedamos solos y ella, con descaro, me dijo:

—¿Ha visto, Proietti? Cinco y medio..., pero ya subiremos.

A la mañana siguiente volví junto a ella, que me esperaba, como de ordinario, sentada ante su escritorio, en el salón. Me dijo, con vivacidad:

—¿Sabe, Proietti, lo que he descubierto ayer mientras miraba el panorama con ese cliente suyo?

Me hubiera gustado responder: «Que está enamorado de usted», pero me contuve. Ella continuó:

—He descubierto que desde un rincón se ve un buen trozo de Villa Borghese. Proietti, hay que machacar el hierro ahora que está caliente... Hoy le pediremos al señor Pandolfi seis millones y medio.

¿Comprenden ustedes? Sabía que Pandolfi estaba enamorado de ella y quería especular con el hecho. Aquellos veinte segundos en que él había tenido su mano bajo la suya se los hacía pagar ahora en un millón, cincuenta mil liras por segundo. ¡Qué apetito! Pero esta vez comprendía que iba a obtener la suma y experimenté de pronto rabia, celos y disgusto, al mismo tiempo. Yo había sido el intermediario de un negocio, hasta entonces; pero ahora ella me hacía convertirme en intermediario de una intriga amorosa. Antes de que pudiera darme cuenta, le dije con fuerza:

—Princesa, soy intermediario, pero no alcahuete —y, con la cara como un ascua, salí a la carrera.

Oí que ella decía, nada ofendida:

—Pero, Proietti..., ¿qué le pasa?

Y aquella fue la última vez que sentí su voz, tan dulce.

Meses después me encontré con Antonio, el mayordomo, y le pregunté:

—¿Y la princesa?

—Se casa.

—¿Con quién? Apuesto a que se casa con aquel Pandolfi que le compró el ático.

—¡Qué Pandolfi ni qué ocho cuartos!... Se casa con un príncipe meridional, un viejo chocho que podría ser su abuelo..., pero muy rico, dicen que posee media Calabria... En resumen, el agua va al mar.

—¿Sigue tan bella?

—Un ángel.

A aquella buena señora que venía a traernos la ayuda del *Soccorso di Roma* y que nos preguntaba, también ella, por qué echábamos al mundo tantos hijos, mi mujer, que ese día estaba de malas, le dijo la verdad:

—Si tuviéramos dinero, por la noche iríamos al cine... Pero, como dinero no hay, nos vamos a la cama, y así nacen los hijos.

La señora, ante esta frase, se sintió incómoda y se marchó sin soltar palabra. Y yo regañé a mi mujer porque no conviene decir siempre la verdad, y, antes de decirla, hay que saber con quién se habla.

Cuando era joven y aún no estaba casado, me divertía a menudo leyendo en el periódico la crónica de Roma, donde se cuentan todas las desgracias que le pueden suceder a la gente, como robos, homicidios, suicidios, accidentes de tránsito. Y, entre todas estas desgracias, la única que me parecía imposible que pudiera sucederme a mí era la de convertirme en lo que el periódico llamaba un «caso lastimoso»; es decir, una persona tan desgraciada que da pena, sin necesidad de ninguna desgracia espe-

cial, así, por el solo hecho de existir. Era joven, como ya he dicho, y todavía no sabía qué quiere decir mantener a una familia numerosa. Pero hoy, con estupor, veo que me he transformado, poco a poco, precisamente en un «caso lastimoso». Leía, por ejemplo: viven en la más negra miseria. Pues bien, yo vivo hoy en la más negra miseria. O bien: habitan en una casa que de casa no tiene más que el nombre. Pues bien, yo vivo en Tormarancio con mi mujer y seis hijos, en una habitación cubierta completamente por colchones, y, cuando llueve, el agua va y viene como por el muelle de Ripetta. O también: la desdichada, al saber que estaba encinta, tomó una decisión criminal, deshacerse del fruto de su amor. Pues bien, esta decisión la tomamos, de común acuerdo, mi mujer y yo, cuando descubrimos que estaba encinta por séptima vez. Decidimos, en resumidas cuentas, que apenas mejorara el tiempo abandonaríamos a la criatura en una iglesia, confiándola a la caridad del primero que la encontrara.

Mi mujer, siempre por intercesión de aquellas buenas señoras, fue a parir al hospital, y luego, tan pronto como se encontró mejor, volvió a Tormarancio con el rorro. Al entrar en nuestro cuarto, dijo:

—¿Sabes lo que te digo? Aunque el hospital sea el hospital, me habría quedado con tal de no volver aquí.

El rorro, al oír estas palabras, empezó a chillar a pleno pulmón, como si las hubiera entendido. Era un niño hermoso y robusto, y tenía una voz muy fuerte, de forma que de noche, cuando se despertaba y comenzaba llorar, no dejaba dormir a nadie.

Cuando llegó mayo, con un aire bastante cálido como para estar al aire libre sin abrigo, salimos de Tormarancio para ir a Roma. Mi mujer llevaba al rorro apretado contra su pecho, envuelto en cantidad de trapos, como si hubiera debido abandonarlo en un campo de nieve; y cuando estuvimos en la ciudad, quizás para no demostrar su disgusto, empezó a hablar incesantemente, ansiosa y jadeante, los cabellos al viento, los ojos fuera de las órbitas. Ora nablaba de las diversas iglesias en las que podíamos

dejarlo, y me explicaba que tenía que ser una iglesia donde acudiera gente rica, porque, si el rorro era recogido por alguien tan pobre como nosotros más valía que nos lo quedáramos; ora me decía que quería que la iglesia estuviera consagrada a la Virgen, porque también la Virgen había tenido un hijo y podía entender ciertas cosas y así escucharía su ruego. Este modo de hablar me cansaba y me provocaba también agitación; tanto más que yo estaba mortificado y no me gustaba lo que hacía; pero me repetía que debía conservar la cabeza en su sitio y mostrarme tranquilo y echarle valor a la cosa. Puse algunas objeciones, aunque no fuera más que para interrumpir aquel río de palabras, y luego dije:

—Tengo una idea... ¿Y si lo dejáramos en San Pedro?

Se quedó perpleja un momento y después contestó:

—No, es como una plaza de armas..., ni siquiera lo verían... En cambio, quiero probar en una iglesita que está en *via* Condotti, donde hay tantos buenos comercios..., por allí va mucha gente rica... Ese es el sitio.

Tomamos el autobús y, en medio de la gente, enmudeció. De vez en cuando envolvía más apretadamente al rorro en sus trapos, o bien le descubría con precaución el rostro, para mirarlo. El nene dormía, con su cara blanca y roja hundida en los trapos. Estaba mal vestido, como nosotros, lo único bonito que tenía eran un guantitos de lana azul, y de hecho sacaba las manos, bien abiertas, como para mostrarlos. Bajamos en el *largo* Goldoni y en seguida mi mujer reanudó su charloteo. Se detuvo ante el escaparate de un joyero y, mostrándome las joyas expuestas en las ménsulas recubiertas de terciopelo rojo, me dijo:

—¡Mira qué hermosura!... La gente, a esta calle, no viene más que a comprar joyas y otras cosas hermosas... Un pobre no viene por aquí... Entre una y otra tienda, entran en la iglesia para rezar un momento... Están bien dispuestas..., ven al niño, y se lo llevan.

Decía estas cosas mirando a las joyas, con el niño apretado contra su pecho, los ojos de par en par, como hablando consigo misma, y yo no me atreví a contradecirla.

Entramos en la iglesia. Era pequeña, toda pintada de falso mármol amarillo, con muchas capillitas y el altar mayor; y mi mujer dijo que la recordaba distinta, y que ahora, al volver a verla, no le gustaba en absoluto. Pero se mojó los dedos en el agua bendita e hizo la señal de la cruz. Después, con el niño en brazos, empezó a dar lentamente una vuelta por la iglesia, examinándola con aire descontento y desconfiado. Desde la cúpula, a través de las claraboyas, bajaba un luz fría pero clara; mi mujer iba de una capillita a otra, mirándolo todo, las sillas, los altares, los cuadros, para ver si convenía dejar al rorro; y yo la seguía a distancia, sin perder de vista la entrada. De pronto entró una señorita alta, vestida de rojo, con cabellos rubios como el oro. Forzando un poco su falda estrecha se arrodilló, rezó durante un minuto, si acaso, se santiguó y salió sin mirarnos. Mi mujer, que había seguido la escena, dijo repentinamente:

—No, no va... Por aquí cae gente como esa señorita, que tiene prisa por divertirse y por dar una vuelta por las tiendas... Vámonos.

Y, hablando así, salió de la iglesia.

Subimos un buen trecho del Corso, siempre corriendo, mi mujer delante y yo detrás, y hacia la Plaza Venezia entramos en otra iglesia. Esta era mucho más grande que la anterior, casi a oscuras, llena de paños, de dorados y de vitrinas abarrotadas de corazones de plata que brillaban en la oscuridad. Había bastante gente, y así, a primera vista, juzgué que todos eran personas acomodadas; las señoras, con sombreros; los hombres, bien vestidos. Un cura manoteaba en el púlpito, predicando; todos estaban de pie mirando hacia él, y yo pensé que esto era bueno, porque nadie nos observaría. Le dije a mi mujer, en voz baja:

—¿Probamos a dejarlo aquí?

Y ella me hizo señas de que sí. Fuimos a una capilla lateral, muy oscura; no había nadie y casi no se veía; mi mujer cubrió el rostro del rorro con un borde de la manta en que estaba envuelto y luego lo dejó en una silla, como se deja un paquete molesto para quedar más libre. Luego

se arrodilló y rezó durante un buen rato, con el rostro entre las manos, mientras yo, sin saber qué hacer, miraba los centenares de corazones de plata, de todos los tamaños, que tapizaban los muros de la capilla. Por último mi mujer se levantó, con la cara descompuesta, se santiguó, y luego, muy despacio, se alejó de la capilla, seguida a cierta distancia por mí. El predicador gritaba en ese momento:

—Y Jesús dijo: Pedro, ¿adónde vas? —y yo me fijé porque me pareció que me lo preguntaba a mí.

Pero cuando mi mujer iba a levantar la cortina acolchada de la puerta, una voz nos sobresaltó a ambos:

—Señora, se ha dejado un paquete en una silla.

Era una mujer vestida de negro, una de esas beatas que se pasan el día entre la iglesia y la sacristía.

—Ah, sí —dijo mi mujer—. Gracias..., lo había olvidado.

En resumidas cuentas, recogimos el bulto y salimos de la iglesia más muertos que vivos.

Fuera de la iglesia, mi mujer dijo:

—Nadie quiere a este pobre hijo mío —como un vendedor que, habiendo contado con una rápida venta, no encuentra a nadie en el mercado que le compre su mercancía.

Entre tanto había comenzado otra vez a correr de aquella manera suya, afanosa, casi sin tocar el suelo con los pies. Desembocamos en la Plaza Santi Apostoli; la iglesia estaba abierta, y al entrar mi mujer me susurró, viéndola tan grande, espaciosa y sombría:

—Este es el lugar adecuado.

Se encaminó con decisión hacia una de las capillas laterales, dejó al niño sobre un banco y, como si le quemase la tierra bajo sus pies, sin santiguarse, sin rezar, sin besarlo siquiera en la frente, se alejó a toda prisa hacia la puerta de entrada. Pero apenas había dado unos pasos cuando resonó en la iglesia un llanto desesperado; era la hora de la mamada y el rorro, puntual, lloraba porque tenía hambre. Quizás mi mujer perdió la cabeza ante aquel llanto tan fuerte; primero corrió hacia la puerta,

luego retrocedió, siempre corriendo, y, sin pensar en el lugar, tomó al nene en brazos, se sentó sobre un banco y se desabrochó para darle el pecho. Pero apenas había sacado la teta y el rorro, como un verdadero lobo, se había callado, agarrándola con las dos manos, una voz desagradable empezó a gritar:

—Estas cosas no se hacen en la casa de Dios... Fuera, fuera... Váyanse a la calle.

Era el sacristán, un viejecito de perilla blanca y una voz más grande que él. Mi mujer dijo, levantándose y cubriendo como mejor pudo la cabeza del rorro y su pecho:

—Sin embargo, la Virgen, en los cuadros, tiene siempre al Niño en brazos.

—Y tú quieres compararte con la Virgen, presuntuosa —dijo él.

Bueno, salimos también de esa iglesia y fuimos a sentarnos en los jardincillos de la Plaza Venezia. Y allí mi mujer volvió a darle el pecho al niño hasta que estuvo saciado y se durmió de nuevo.

Ya era de noche, cerraban las iglesias, y nosotros estábamos cansados y atontados, incapaces de concebir cualquier idea. Yo me sentía desesperado al pensar en el trabajo que tenía que tomarme para hacer algo que no habría debido hacer, de manera que le dije a mi mujer:

—Oye, es tarde y ya no puedo más, decidámonos.

Ella me contestó con acritud:

—Pero es de tu misma sangre... ¿Quieres abandonarlo así como así, en cualquier rincón, como se abandona un paquete de tripas para los gatos?

—No, eso no —dije—; pero ciertas cosas, o se hacen en seguida y sin pensarlo, o no se hacen.

—La verdad es que tienes miedo de que me lo piense dos veces y me lo lleve de nuevo a casa... —replicó—. Vosotros los hombres sois todos unos cobardes.

Yo comprendí que en aquel momento no debía llevarle la contraria y respondí con moderación:

—Te comprendo, no tengas miedo... Pero date cuenta de que por mal que le vaya siempre será mejor que cre-

cer en Tormarancio, en un cuarto sin retrete y sin cocina, entre cucarachas en invierno y moscas en verano.

Ella, esta vez, no dijo nada.

Sin saber muy bien a dónde íbamos, tomamos por la *via* Nazionale, recorriéndola hasta la Torre de Nerón. Un poco más arriba observé una callejuela en cuesta, enteramente desierta, con un automóvil gris, cerrado, parado ante un portal. Tuve una inspiración, fui hasta el automóvil, intenté girar la manija y la portezuela se abrió. Le dije a mi mujer:

—Pronto, éste es el momento... Ponlo en el asiento trasero.

Ella obedeció y depositó al rorro en el asiento posterior, y luego yo cerré la portezuela. Todo esto lo hicimos en un instante, sin que nadie nos viese. Después la tomé por el brazo y nos alejamos corriendo en dirección a la Plaza del Quirinale.

La plaza estaba desierta y casi a oscuras, con unos pocos faroles encendidos bajo los palacios, y todas las luces de Roma centelleaban en la noche, más allá de los parapetos. Mi mujer se acercó a la fuente, bajo el obelisco, se sentó en un banco y empezó de pronto a llorar, como para ella sola, inclinada, dándome la espalda. Le dije:

—¿Qué te pasa ahora?

—Ahora que lo he abandonado —dijo ella— siento su falta... Me parece que me falta algo aquí, en el pecho donde mamaba.

Dije, por decir:

—Bueno, ya se entiende... Pero se te pasará.

Ella se encogió de hombros y continuó llorando. Luego, de improviso, se secó su llanto, como se seca la lluvia en la calle cuando sopla el viento. Se levantó, furiosa, y dijo, indicando uno de aquellos palacios:

—¡Ahora voy a entrar ahí y me haré recibir por el rey y se lo diré todo!

—¡Quieta! —grité, agarrándola por una mano—. ¿Estás loca? ¿No sabes que ya no hay rey?

—¿Y a mí que me importa?... Hablaré con quien haya ocupado su puesto... Alguien habrá.

En resumen, corría hacia el portón, y quién sabe qué escándalo habría armado si yo, de pronto, desesperado, no le hubiera dicho:

—Oye, lo he vuelto a pensar... Volvamos a aquel automóvil, recojamos al rorro... Quiero decir que nos lo quedamos... Total, uno más o uno menos...

Esta idea, que era también la suya principal, suplantó a la de hablar con el rey.

—¿Estará todavía allí? —dijo, encaminándose en seguida hacia la callejuela donde se encontraba el automóvil gris.

—Pues claro —le respondí—, aún no han pasado cinco minutos.

En efecto, allí estaba el coche. Pero justamente en el momento en que mi mujer iba a abrir la portezuela, un hombre de mediana edad, bajo, con una cara autoritaria salió del portal, gritando:

—¡Eh, quieta!... ¿Qué busca en mi automóvil?

—Quiero lo mío —respondió mi mujer sin volverse, inclinándose para recoger del asiento el bulto del niño.

Pero el otro insistió:

—¿Qué es lo que coge?... Este coche es mío... ¿Se ha enterado? Es mío...

Tendrían que haber visto ustedes a mi mujer. Se enderezó y se enfrentó con él:

—¿Quién te quita nada?... No temas, nadie te va a quitar nada... ¡Yo escupo a tu coche!... Mira —y escupió de verdad en la portezuela.

—Pero ese bulto... —empezó el otro, aturdido.

—No es un bulto..., es mi hijo... ¡Mira!

Descubrió la cara del niño, mostrándosela, y luego continuó:

—Tú, con tu mujer, no podrías hacer un hijo como éste aunque volvieras a nacer... Y no te atrevas a poner-

me las manos encima, porque gritaré y llamaré a los guardias, y les diré que querías robarme a mi hijo.

En resumidas cuentas, le dijo tantas y tales cosas, que al otro, pobrecito, con la cara congestionada y la boca abierta, casi le da un ataque. Por último, sin prisa, se alejó y se reunió conmigo en la entrada del callejón.

El crimen perfecto

Era más fuerte que yo: cada vez que conocía a una muchacha se la presentaba a Rigamonti, y él, con regularidad, me la birlaba. Quizás lo hacía para demostrarle que también yo tenía suerte con las mujeres; o quizás porque no conseguía pensar mal de él, y todas las veces, pese a la traición anterior, volvía a caer en considerarlo un amigo. Y si, por lo menos, hubiera hecho las cosas con algo de delicadeza, de educación; pero se comportaba como un prepotente, como si yo no existiera. Llegaba incluso a hacerle la corte a la muchacha en presencia mía, a darle citas en mi propia cara. En estos casos, ya se sabe, siempre es la persona educada la que sale perdiendo; mientras que él no tenía escrúpulos para actuar a su antojo, yo callaba, en cambio, por temor a faltar al respeto a la señorita provocando una discusión. Una o dos veces protesté, pero tímidamente, porque no sé expresar mis sentimientos, y cuando por dentro soy puro fuego, por fuera me quedo tan frío que nadie pensaría que estoy encolerizado. ¿Saben qué me contestó?

—La culpa es tuya y no mía... Si la muchacha me

ha preferido a mí, señal de que sé comportarme mejor que tú.

Era verdad; como también era verdad que él, físicamente, es mejor que yo. Pero un amigo se reconoce precisamente por el hecho de que deja en paz a las mujeres del amigo.

En resumen, después de que me gastó la misma broma tres o cuatro veces, empecé a odiarlo con tanta fuerza que, en el bar donde trabajábamos, aunque estaba detrás del mostrador con él y sirviendo con él a los mismos clientes, procuraba siempre ponerme de perfil o de espaldas para no verlo. Ahora ya no pensaba casi en las afrentas que me había hecho, sino en él, en cómo era, y advertía que ya no podía soportarlo. Odiaba su cara lozana y estúpida, con la frente baja, los ojos pequeños, la nariz gruesa y curvada, labios llenos y ligeramente sombreados por un bigote. Odiaba sus cabellos, que le formaban una especie de casco negro y brillante, con dos mechones que partiendo de las sienes le llegaban hasta la nuca. Odiaba sus brazos peludos, que ostentaba al maniobrar, de pie, con la máquina del café. Sobre todo, me fascinaba su nariz: ancha en la base, arqueada, gruesa, pálida en medio del rostro rubicundo, como si la fuerza del hueso hubiera tensado la piel. Pensaba a menudo en largarle un puñetazo en plena nariz y oír el hueso, ¡crac!, rompiéndose bajo el puño. Sueños, porque soy bajo y menudo, y Rigamonti habría podido derribarme con un solo dedo.

No sabría decir cómo se me ocurrió matarlo; quizás una noche que fuimos juntos a ver una película americana que se llamaba «Un crimen perfecto». Yo, en realidad, al principio no quería matarlo de veras, sino sólo imaginar cómo me las arreglaría para hacerlo. Me gustaba pensar en ello por la noche antes de dormirme, por la mañana antes de levantarme de la cama y, si acaso, de día, cuando en el bar no había nada que hacer y Rigamonti, sentado en un taburete, tras el mostrador, leía el periódico, inclinando sobre la página su cabeza untada. Yo pensaba: «Ahora cojo la maza de romper el hielo y le doy en la

cabeza»; pero así, como jugando. En resumen, era como cuando uno se enamora y durante todo el día piensa en la mujer y fantasea que le haría esto o le diría aquello. Sólo que mi enamorado era Rigamonti, y el placer que otros sacan al imaginarse besos y caricias yo lo encontraba al soñar con su muerte.

Siempre como en un juego, y porque me causaba mucho placer, me imaginé un plan con todos sus detalles Pero luego, una vez formulado este plan, me acometió la tentación de aplicarlo, y esta tentación era tan fuerte que no pude resistir más y decidí pasar a la acción. Pero quizás no decidí nada y me encontré en plena acción cuando todavía creía que fantaseaba. Digo esto para que se vea que, como ocurre en amor, hice todo naturalmente, sin esfuerzo, sin voluntad, casi sin darme cuenta.

Comencé, pues, a decirle, entre una y otra taza de café que conocía a una muchacha muy guapa, que esta vez no se trataba de una de las consabidas muchachas que me gustaban a mí y que luego él me birlaba, sino de una muchacha que había puesto sus ojos en él y que no quería a nadie más. Esto se lo repetí día tras día una semana seguida, añadiendo siempre nuevos detalles sobre aquel amor tan ardiente y fingiendo que yo estaba celoso. El, primero, se hizo el indiferente, y decía:

—Si me ama, que venga al bar... La invitaré a café.

Pero luego empezó a cansarse. De vez en cuando, fingiendo bromear, me preguntaba:

—Oye..., ¿y aquella muchacha?... ¿Me sigue amando?

Y yo le contestaba:

—¡Y hasta qué punto!

—¿Y qué dice?

—Dice que le gustas muchísimo.

—Pero ¿por qué?... ¿Qué es lo que le gusta de mí?

—Todo: la nariz, el pelo, los ojos, la boca, la forma en que manejas la máquina del café..., todo, ya te digo...

En suma, precisamente todas las cosas que yo odiaba en él, y por todas las que sería capaz de matarlo, fingía que eran las que habían enamorado a aquella muchacha de mi invención. El sonreía y se hinchaba como un pavo

porque era vanidoso y se creía quién sabe qué. Se veía que su cabecita no hacía más que pensar en ello y que quería conocer a la muchacha; sólo el orgullo le impedía pedírmelo. Hasta que, un día, dijo, fastidiado:

—Oye... O me la presentas..., o es mejor que no me vuelvas a hablar de ella.

Yo esperaba estas palabras, e inmediatamente le di una cita para la noche siguiente.

Mi plan era muy sencillo. A las diez cerrábamos, pero en el bar se quedaba el patrón hasta las diez y media, haciendo las cuentas. Yo llevaría a Rigamonti al pie del terraplén del ferrocarril de Viterbo, allí cerca, diciéndole que la muchacha nos esperaba en aquel sitio. A las diez y cuarto pasaba el tren, y yo, aprovechándome del ruido, le disparaba a Rigamonti con una «Beretta» que había comprado hacía algún tiempo en la Plaza Vittorio. A las diez y veinte volvía al bar a recoger un paquete que había olvidado, y así me veía el patrón. A las diez y media, como máximo, estaba ya en la cama en la portería del edificio donde el portero me alquilaba un catre para la noche. Este plan lo había copiado en parte de la película, sobre todo en lo referente a la combinación de la hora y del tren. Incluso podía no salir bien, en el sentido de que me descubriesen. Pero entonces me quedaba la satisfacción de haber desahogado mi pasión. Y yo, por aquella satisfacción, me sentía dispuesto incluso a ir a la cárcel.

Al día siguiente tuvimos mucho trabajo, porque era sábado, y me vino muy bien, porque así él no me habló de la muchacha y yo no pensé en ello. A las diez, como de costumbre, nos quitamos las chaquetas de tela y, despidiéndonos del patrón, salimos por debajo del cierre metálico, medio echado. El bar se encontraba en la avenida que lleva al Acqua Acetosa, justo a un paso del ferrocarril de Viterbo. A esa hora, las últimas parejas habían abandonado la colinita del parque de la Rimembranza y por la avenida oscura, bajo los árboles, no pasaba nadie. Era abril, con aire ya suave y un cielo que poco a poco se aclaraba, aunque no se veía todavía la luna.

Nos encaminamos por la avenida; Rigamonti, muy con-

tento, me daba las acostumbradas palmadas protectoras en los hombros, y yo, rígido, con la mano en el pecho, sobre la pistola que guardaba en el bolsillo interior de la cazadora. Al llegar al cruce dejamos la avenida y nos adentramos por un sendero herboso, a espaldas del terraplén de la vía férrea. Allí, por culpa del terraplén, estaba más oscuro que en otros lugares, y también había contado incluso con esto. Rigamonti caminaba delante y yo tras él. Cuando llegamos al lugar designado, en la cercanía de una farola, dije:

—Ha dicho que la esperemos aquí... Verás cómo llega dentro de un momento.

El se paró, encendió un cigarrillo y dijo:

—Como mozo de bar eres discreto... Pero como rufián eres insuperable.

En suma, continuaba ofendiéndome.

Era un paraje verdaderamente solitario, y la luna, que se alzaba a nuestras espaldas, iluminaba toda la llanura bajo nosotros, empañada por un relente blanco, sembrada de manchones oscuros y de montones de detritus, con el Tíber serpenteando allá abajo, curva tras curva, y que parecía de plata. Me pareció que me estremecía a causa del relente y le dije a Rigamonti, más por mí que por él:

—Sabes, minuto más o minuto menos... Está sirviendo y tiene que esperar a que sus amos salgan.

—No, ahí está —replicó él.

Entonces me volví y vi que venía a nuestro encuentro, por el sendero, una figura negra de mujer.

Luego me dijeron que aquél era un lugar frecuentado por esas mujeres para buscar clientes; pero yo no lo sabía, y de momento casi pensé que no me había inventado a la muchacha y que de verdad existía. Entre tanto, Rigamonti, muy seguro de sí mismo, iba a su encuentro, y yo lo seguía maquinalmente. A los pocos pasos la mujer salió de la sombra y, a la luz de la farola, la vi. Y casi me dio miedo. Tendría unos sesenta años, con ojos pasmados pintados todo alrededor de negro, el rostro enharinado, la boca roja, cabellos revoloteantes y una cinta en torno al cuello. Era precisamente una de esas que buscan los sitios

más oscuros para no dejarse ver, y verdaderamente no se comprende, tan viejas y gastadas están, cómo se las arreglan para encontrar aún clientes. Pero Rigamonti, antes de verla bien, le había preguntado ya, con su habitual desfachatez:

—¿Nos esperaba, señorita?

—Claro que sí —respondió ella, no menos desfachatada.

Por fin él la vio y comprendió su error. Retrocedió un paso, dijo, inseguro:

—Bueno, lo siento, esta noche no puedo Pero ahí está mi amigo.

Dio un salto hacia un lado y desapareció terraplén abajo. Comprendí que Rigamonti había pensado que yo quería vengarme presentándole, después de tantas hermosas muchachas, a un monstruo de aquella clase; y también comprendí que mi crimen perfecto se esfumaba. Miré a la mujer, que me decía, pobrecilla, con una sonrisa que parecía la mueca de una máscara de Carnaval:

—Rubito, ¿me das un cigarrillo?

Y me dio pena de ella, de mí, y quizás también de Rigamonti. Había sentido tanto odio, y ahora, no sé cómo, el odio se había descargado. Y se me llenaron los ojos de lágrimas y pensé que gracias a esa mujer no me había convertido en un asesino. Le dije:

—No tengo cigarrillos, pero toma esto. Si la revendes, puedes sacar hasta mil liras —y le puse en la mano la «Beretta».

Después salté yo también por el terraplén, corriendo hacia la avenida. En ese momento pasó el tren de Viterbo, un vagón tras otro, con todas las ventanillas iluminadas, esparciendo chispas rojas en la noche. Me detuve a mirarlo mientras se alejaba; y luego escuché el ruido hasta que se apagó; y finalmente, me volví a casa.

Al día siguiente, en el bar, Rigamonti me dijo:

—¿Sabes? Ya había comprendido que me ocultabas algo... Pero no importa... Como broma ha estado bien.

Yo lo miré y me di cuenta de que ya no lo odiaba, aunque seguía siendo el mismo, con la misma frente, los

mismos ojos, la misma nariz, los mismos cabellos; los mismos brazos peludos que ostentaba siempre de la misma manera al maniobrar la máquina del café. Me sentí de pronto más ligero, como si el viento de abril, que agitaba la cortina de la puerta del bar, hubiera soplado en mi interior. Rigamonti me dio dos tacitas de café para que las llevara a dos clientes que se habían sentado al sol, en las mesas de fuera, y yo, mientras las cogía, le dije en voz baja:

—¿Nos vemos esta noche?... He invitado a Amelia.

El tiró bajo el mostrador el café usado, llenó las medidas de café recién molido, liberó un poco de vapor y después respondió sencillamente, sin rencor:

—Lo siento, pero esta noche no puedo.

Salí con las tacitas; y me di cuenta de que estaba desilusionado porque él no venía esta noche y no me robaba a Amelia, como a todas las demás.

El pic-nic

Navidad, Año Nuevo, Reyes... Cuando, hacia el quince de diciembre, empiezo a oír hablar de las fiestas, me echo a temblar, como si oyera hablar de deudas que hay que pagar y para las cuales no hay dinero. Navidad, Año Nuevo, Reyes... quién sabe por qué las han puesto en fila, tan próximas, estas fiestas. Así, en fila, no son fiestas, sino que, para un pobre hombre como yo, son un martirio. Y no es que uno no quiera celebrar la Santa Natividad, el primero de año, la Epifanía; lo que quiero decir es que los comerciantes de comestibles se apostan en esos tres días como bandidos en un rincón de la calle, de manera que uno llega vestido a las fiestas y sale de ellas desnudo. Quizás, en los tiempos de Maricastaña, la Navidad, el Año Nuevo y Reyes eran fiestas en serio, modestas pero sinceras; todavía no había organización, propaganda, explotación. Pero, dale que dale, hasta los más tontos han advertido que con las fiestas se puede especular; y así, ahora, especulan.

Son fiestas para los listos que venden cosas de comer, y no para los pobrecillos que las compran. Muchas veces

he pensado que para el pastelero, para el pollero, para el carnicero, éstas son fiestas de verdad, más aún, fiestas dobles: fiestas porque son fiestas y, además, fiestas porque en esas fiestas ellos venden diez veces más que en los días que no son fiesta. Y así, mientras el desgraciado festeja las fiestas con la boca chica, con la bolsa vacía y la mesa escasa, ésos las festejan en serio, con la bolsa repleta y la mesa desbordante.

Por otra parte, para que vean que digo la verdad, observen la calle donde tengo mi comercio de papelería. En fila, uno tras otro, están Tolomei, el salchichero; De Santis, el pollero; De Angelis, que tiene un horno, y Crociani, el tabernero. Fíjense bien, ¿qué ven ustedes? Montañas de quesos y de jamones, cantidad de pollos y de pavos, sacos llenos de *tortellini*, pirámides de damajuanas y de botellas, luz y esplendor, gente que va y gente que viene, de la mañana a la noche, sin interrupción, como en un puerto de mar, a los primeros cuatro comercios. En mi librería, en cambio, silencio, sombra, calma, polvo en el mostrador y, muy de vez en cuando, algún chaval que viene a comprar un cuaderno, alguna mujer que entra a buscar un frasquito de tinta para apuntar los gastos del día. Y yo me parezco a mi comercio, vestido con un guardapolvo negro, flaco, hambriento, con el olor del polvo y del papel pegado a mí, siempre agrio y preocupado; y ellos, en cambio, De Angelis, Tolomei, Crociani, De Santis, son enteramente el retrato de sus negocios, que marchan tan bien, guapos, gordos y colorados, con una voz segura, siempre contentos, siempre insolentes. Bueno, me he equivocado de oficio, el papel, impreso o en blanco, da poco que ganar; gastan más ellos para envolver sus paquetes que yo para hacer leer y escribir.

Bien, unos días antes de Año Nuevo, mi mujer, una mañana, me soltó:

—Oye, Egisto, mira qué buena idea... Crociani ha dicho que en Año Nuevo nos reunamos los cinco comerciantes de esta parte de la calle, y que hagamos un picnic para el día de Año Viejo.

—¿Y qué es un pic-nic? —pregunté.

—Bueno, algo así como la gran cena tradicional.

—¿Tradicional?

—Sí, tradicional, pero de esta manera: cada uno lleva alguna cosa y así cada uno ofrece algo a los otros y los otros ofrecen algo a cada uno.

—¿Y eso es el pic-nic?

—Sí, eso es el pic-nic... De Angelis pondrá los *tortellini;* Crociani, el vino y el espumante; Tolomei, los entremeses; De Santis, los pavos...

—¿Y nosotros?

—Nosotros tendremos que llevar el pan dulce.

No dije nada. Y ella insistió:

—¿No es una estupenda idea este pic-nic?... ¿Les digo que iremos?

Yo estaba sentado tras el mostrador desenvolviendo un paquete de tarjetas de Navidad. Dije, por último:

—Lo que es a mí, me parece que este pic-nic no es muy justo... De Angelis tiene los *tortellini* en la tienda, igual que Crociani el vino, Tolomei los entremeses y De Santis los pavos... Pero yo, ¿qué es lo que tengo? ¡Un cuerno!... El pan dulce tendré que comprarlo.

—¿Qué tiene que ver?... También ellos pagan las cosas, no crecen en sus comercios... ¿Qué tiene que ver?... Ya ves como siempre haces lo mismo... Quieres hacerte el difícil, razonar, dártelas de agudo... Y luego te quejas de que las cosas no van bien.

En resumen, discutimos un buen rato y por fin corté por lo sano, diciéndole:

—Está bien, diles que participo en su pic-nic... Llevaremos el pan dulce.

Ella me recomendó, entonces, que fuera muy grande, para no hacer mal papel: dos kilos, por lo menos. Y yo prometí un pan dulce bien grande.

El día último del año lo pasé, como de costumbre, vendiendo tarjetas de felicitación y figuritas de papel para los belenes. Mientras tanto, mis vecinos vendían pavos y pollos, *tortellini* y tallarines, cajas de licores y de vinos finos, quesos y jamones. Era un hermoso día

y yo, desde el fondo de mi tiendecita negra, veía pasar, afuera, a las mujeres cargadas de cosas. Era un hermoso día de Fin de Año romano, con un cielo azul turquí, duro, que parecía de cristal muy fino, y con todas las cosas que parecían pintadas con sus colores en este cristal. Dije a mi mujer, por la tarde, al cerrar la tienda:

—Es inútil que comamos... Total, la comilona la haremos a medianoche, con el pic-nic... Aunque no sea más que con el pan dulce que llevaré yo... habrá comida para un ciento.

Y, efectivamente, la caja del pan dulce era realmente enorme. Pero le dije a mi mujer que no se ocupara de ella; la llevaría yo mismo.

A las diez y media entramos en el portal de Crociani, que tenía su casa justamente encima de la tienda. Los Crociani creo que vivían allí desde hacía más de cincuenta años; había vivido el abuelo cuando la taberna no era más que una hostería de mala muerte donde iban los obreros a beberse su cuartillo; el padre la había agrandado vendiendo vino al por mayor, y ahora estaba Adolfo, el hijo, que, además de vino, vendía también whisky y otros licores extranjeros. Era uno de esos departamentos destartalados de la vieja Roma, todo pasillo y cuartitos; pero Crociani, un jovenzuelo de carrillos hinchados y ojos pequeños, nos guió con orgullo hasta el comedor: ¡vaya, qué hermosura! Todo muebles nuevos, de caoba reluciente, con manijas de bronce y patitas finas de arce blanco. La última vez que había visto aquella habitación estaba aún como antaño: con una gran mesa corriente, sillas de paja, fotografías en las paredes y, en el vano de la ventana, la máquina de coser. Todo eso, ahora, ya no estaba; además de los muebles, observé un gran cuadro dorado con una puesta de sol en el mar; una radio enorme que servía también de mueble-bar; bibelots de porcelana en forma de mujeres desnudas, payasos, perros, y, en la mesa aparejada, un servicio de porcelana de los más finos, decorado con flores rosas.

—Lo he comprado todo en la «Argentina» —me dijo

Crociani, indicando la habitación—. Adivina cuánto me ha costado.

Dije una cifra y él me la triplicó, hinchándose de satisfacción. Entre tanto llegaba más gente y pronto estuvimos todos.

¿Quién había? Estaba Tolomei, un gran mocetón con bigotes, que, cuando pesa en la balanza las lonchas de fiambres, dice a las criadas: —«Pasa un poco ¿Se lo dejo?»; estaba De Angelis, el del horno, un hombrecito bajo, con cara de bobo, pero también él es muy astuto, de niño hacía de recadero y ahora vende tallarines a todo el barrio; estaba De Santis, el pollero, que sigue siendo tan campesino como en los tiempos en que venía a Roma con el cestillo de los huevos del día: con una cara lampiña, gris y maciza como una hogaza, y el habla pesada de la gente de Viterbo. Estaban las mujeres de todos, muy emperifolladas, pero no estaban los hijos, porque, como dijo Crociani mientras ofrecía el vermut, ésta era una velada entre comerciantes, para saludar el año que estaba a punto de llegar, año comercial, ante todo, durante el cual todos debíamos hacer cuartos a punta de pala. Digo la verdad, al verlos sentados a la mesa me gustaban todavía menos que cuando los veía en el umbral de sus tiendas; durante el comercio escondían su satisfacción o incluso se quejaban; pero ahora que se trataba de dar una fiesta y no había clientes, la satisfacción brotaba por todos sus poros.

Nos sentamos a la mesa hacia las once y empezamos en seguida con los entremeses de Tolomei. Aquí comenzaron las bromas: uno preguntaba a Tolomei si la mortadela era de verdadero cerdo, otro le recordaba la frase: «¿Se lo dejo?», que decía tan a menudo. Pero eran bromas con guantes de seda, entre gentes que se entendían y se asemejaban; si hubiera bromeado yo, que raramente me permitía aquellos entremeses, creo que les hubiera dejado la señal de las uñas, y por eso preferí comer y callar. Al llegar los *tortellini* se hizo un silencio, quizás porque el caldo quemaba y todos soplaban en sus cucharas. Pero alguien observó que estos *tortellini* estaban

verdaderamente rellenos y no medio vacíos como los que solían estar a la venta, y todos lanzaron una carcajada. También esta vez me quedé callado, y me serví dos platos llenos de sopa para calentarme la barriga. Por fin, llegaron dos pavos asados, tan grandes como avestruces; y, a causa del tamaño, todos se pusieron muy contentos y empezaron a pinchar al pollero preguntándole dónde había encargado aquellos dos fenómenos de la naturaleza, si en el conocido De Santis que abastecía a toda Roma Pero él, que era campesino y no comprendía la broma, contestó que había elegido aquellos dos pavos entre otros cien, y que los había cebado con sus propias manos, en su casa.

Tampoco esta vez dije nada, pero elegí cuidadosamente un muslo tan grande como un monumento, y luego tres tajadas del relleno, y luego otro trozo cuadrado que no sé de qué parte era, pero también muy bueno.

Comía tan a gusto que alguien observó:

—Miren cómo devora Egisto... Eh, Egisto, no es cosa de todos los días el comerte un pavo así...

Respondí, con la boca llena:

—En efecto —y pensé para mí que, por lo menos una vez, decían la verdad.

Entre tanto circulaban las botellas de Crociani, y todas aquellas caras alrededor de la mesa relucían, rojas y brillantes, como una batería de cocina de cobre. Pero excepto aquellas frases sobre la comida nadie hablaba realmente, porque, en el fondo, no tenían nada que decirse. El único que tenía algo que decir era yo, precisamente porque a mí, al contrario que a todos ellos, los negocios no me iban bien, y esto me hacía reflexionar, y la reflexión, aunque no llene la barriga, por lo menos llena el cerebro. Acabados los pavos, apareció una ensalada que nadie tocó, luego el queso y la fruta. Y por fin Crociani dijo que era medianoche y empezó a dar una vuelta alrededor de la mesa mostrando la botella de espumante, que, como subrayó, era auténtico champagne francés, de ese que él vendía a tres mil liras o más cada

botella. Cuando estaba a punto de destapar el champagne, todos gritaron:

—Egisto, te toca a ti ahora, enséñanos tu pan dulce.

Yo me levanté, fui al fondo de la habitación, cogí la caja del pan dulce, volví a sentarme y lo desenvolví con solemnidad. Dije, para empezar:

—Este es un pan dulce muy especial... Ahora veréis.

Abrí la caja, metí la mano en el interior y comencé la distribución: un frasquito de tinta, una pluma, un cuaderno y un abecedario para cada uno, a todos los hombres; en las mujeres, como les dije, no había pensado... Pedía perdón. Ante esta distribución, todos se quedaron callados, aturdidos; no comprendían, en parte porque estaban atontados por el vino y la comida. Finalmente, De Angelis dijo:

—Pero Egisto, y perdona la pregunta, ¿qué clase de broma es ésta? No somos niños que vayamos a la escuela.

De Santis, que parecía embrutecido, preguntó:

—¿Dónde está el pan dulce?

Yo respondí, puesto en pie:

—Esto es un pic-nic, ¿no es verdad? Cada uno ha traído cosas que tenía en su tienda, ¿no es verdad?... Y yo os he traído lo que tenía: tinta, pluma, cuaderno, abecedario...

—Pero, bueno —dijo de pronto Tolomei—, ¿eres tonto o te lo haces?

—No —respondí—, no soy tonto, sino librero... Tú has traído los entremeses, que me veo obligado a comprarte durante todo el año... Yo he traído lo que tenía y que tú nunca has soñado en comprar.

De Angelis dijo, conciliador:

—Bueno, siéntate, no nos hagamos mala sangre.

Y ésta fue la propuesta que todos acogieron. Aparecieron algunos dulces, se destaparon las botellas y todos bebieron.

Pero, como noté, en los brindis nadie quiso beber a mi salud. Entonces me levanté y dije, con el vaso en la mano:

—En vista de que no queréis beber a mi salud, haré yo el brindis... Que todos podáis, pues; leer un poco más durante este año, aunque, para hacerlo, tengáis que vender un poco menos.

Hubo un coro de protestas y luego Crociani, que había bebido más que los otros, se puso furioso y gritó:

—Cállate, pájaro de mal agüero... Nos traes la desgracia... Vende tus libros a quien te parezca, pero no vengas a jorobarnos a nosotros... Mira, mejor será que te vayas... total, ahora ya te has dado una gran cena...

—Entonces —respondí— ¿no quieres beber a la salud del comercio de libros?

—¡Déjanos en paz, bufón, tonto, ignorante, payaso!

Ahora todos me insultaban; y yo les respondía en el mismo tono, tranquilo, aunque mi mujer me tironeaba de una manga; el peor de todos era el amo de casa, que insistía para que nos fuéramos.

En resumidas cuentas, sin saber muy bien cómo, me encontré en la calle, con un gran frío, y con mi mujer que lloraba y repetía:

—Ya ves lo que has hecho... Ahora nos hemos hecho enemigos y el año que viene será peor que el que ha acabado.

Así, discutiendo, entre los estallidos de las lamparillas quemadas y los cascos de vajilla que volaban desde las ventanas, nos volvimos a casa.

Tenía que terminar así, con mi cuñado Raimondo; lo siento por mi hermana, pero la culpa no fue mía. El primer día de calor, por la mañana, tras haber hecho un paquete con el traje de baño y la toalla y haberlo atado al sillín de la bicicleta, me dirigía con la bicicleta al hombro hacia la escalera con la idea de escurrirme sin que me vieran e ir a Ostia. Pero, lo que se dice la mala suerte, ¿con quién me encuentro en la entrada? Con Raimondo, precisamente con él, entre todos los que duermen en nuestra casa. Descubrió en seguida el bulto y me preguntó:

—¿A dónde vas?

—A Ostia.

—¿Y el trabajo?

—¿Qué trabajo?

—No te hagas el tonto... A Ostia ya irás el lunes... Ahora nos vamos a la peluquería.

En resumen, Raimondo es un mocetón alto y grueso, y yo, en cambio, soy bajito y delgado. Me quitó la bicicleta a la fuerza, la encerró en un trastero y luego, aga-

rrándome del brazo, me empujó escaleras abajo, diciéndome:

—Vamos, que es tarde.

—Nunca lo bastante —respondí—, para lo que tenemos que hacer...

Esta vez no dijo nada, pero, por su cara, comprendí que había puesto el dedo en la llaga. Con el dinero de mi hermana, pobrecita, había abierto una barbería, pero los negocios no marchaban bien; más aún, a decir verdad, iban muy mal. En la barbería estabamos los dos, él y yo; pero, para los clientes que caían por allí, tanto daba que nos fuéramos de paseo los dos, dejando la barbería al cuidado de Paolino, el chico, para impedir, ya que no otra cosa, que encima nos robasen las navajas y las brochas.

Nos encaminamos en silencio, bajo el sol que ya quemaba. La barbería está a poca distancia de casa, en el corazón de la vieja Roma, en la calle del Seminario: y éste había sido el primer error, porque era una calle por la que nunca pasa nadie, en un barrio de oficinas y de gente humilde. Cuando llegamos, Raimondo levantó la persiana metálica, se quitó la chaqueta, se puso la bata y yo hice lo mismo. Llegó también Paolino, y Raimondo en seguida le metió la escoba en la mano, recomendándole que barriera bien porque, según dijo, la limpieza es la primera condición para un salón de peluquería. Sí, ya puedes barrer; desde luego, por muchos escobazos que des no vas a convertir en oro lo que no es más que lata. Porque además de la desafortunada calle, la barbería tenía el inconveniente de ser una miseria: pequeña, con el zócalo de las paredes pintado de falso mármol, sillones y ménsulas de mala madera barnizada de azul turquí, las porcelanas, compradas de segunda mano, oscuras y desconchadas, las toallas cosidas y bordadas por mi hermana, que se veía de lejos que eran cosas caseras. Bueno. Paolino barrió el pavimento, que también era muy ordinario, de baldosines grises, y entre tanto Raimondo, tumbado en un sillón, fumaba su primer cigarrillo.

Acabado el barrido, Raimondo, con un gesto de rey,

le dio a Paolino veinticinco liras para que fuera a buscar el periódico, y cuando el chico volvió se enfrascó en la lectura de las noticias deportivas. Así comenzó la mañana: Raimondo, arrellanado, leía y fumaba; Paolino, acurrucado en el umbral, se divertía tirando de la cola al gato, y yo, sentado fuera de la barbería, me atontaba mirando la calle. Como ya he dicho, era una calle poco frecuentada: en una hora habré visto pasar, más o menos, a unas diez personas, casi todas mujeres que volvían del mercado con el bulto de la compra. Por último, el sol, dando vuelta por detrás de los tejados, entró en la calle; entonces yo también me retiré a la barbería y me senté en un sillón.

Pasó otra media hora, siempre sin clientes. De pronto, Raimondo tiró el periódico, se estiró, bostezó y me dijo:

—Ea, Serafino... En vista de que no llegan los clientes, ejercítate un poco, por lo menos... Afeítame.

No era la primera vez que me pedía que lo afeitara, pero ese día, con el pensamiento de que me había impedido ir a Ostia, la cosa me fastidió más que de costumbre. Sin decir nada, agarré una toalla y se la sacudí con fuerza bajo la barbilla, de muy mala gana. Cualquier otro lo hubiera entendido, pero él no. Vanidoso, se inclinaba ya para mirarse en el espejo, examinándose la barba, tocándose las mejillas con los dedos.

Paolino, diligente, me tendió el recipiente, yo preparé la espuma de jabón y luego, agitando la brocha como si estuviera revolviendo un ponche, enjaboné a Raimondo hasta los ojos. Movía la brocha con rabia y así, muy pronto, le hice en las mejillas dos enormes globos de espuma. Después empuñé la navaja y empecé a rasurarlo con grandes golpes decididos, de abajo hacia arriba, como si hubiera querido degollarlo. Esta vez se asustó y me dijo:

—Despacio..., ¿qué te pasa?

No le contesté, y echándole hacia atrás la cabeza, con una sola pasada de navaja, le quité la espuma desde la nuez hasta el hoyuelo del mentón. No dijo nada, pero comprendí que temblaba. Le hice también el contrapelo,

con el mismo sistema, y luego él se inclinó sobre el lavabo y se lavó las mejillas. Se las sequé dándole unos golpes muy fuertes, que en mi intención querían ser otros tantos bofetones, y, a petición suya, lo espolvoreé bien con polvos de talco. Creía que ya había acabado; pero él, arrellanándose otra vez, dijo:

—Y ahora, el pelo.

—¡Pero si te lo corté anteayer! —protesté.

Y él, muy tranquilo:

—Me lo has cortado, es cierto... Pero ahora me lo tienes que esfumar..., el pelo crece.

También esta vez me tragué la bilis y tras haber dado una sacudida a la toalla se la até de nuevo bajo el mentón. Raimondo, hay que reconocerlo, tiene un pelo magnífico, tupido, negro, lustroso, que le crece desde el medio de la frente y que él, además, se peina en largos mechones hasta la nuca; pero ese día me resultaba antipático ese pelo tan hermoso, me parecía que en él se encarnaba todo su carácter vanidoso y ocioso, de chulo. El me recomendó:

—Ten cuidado... Esfúmalo, pero no me lo cortes.

Y yo contesté entre dientes:

—No tengas miedo.

Mientras recortaba aquellas puntitas que ni siquiera se veían, pensaba en Ostia y me entraban unas enormes ganas de dar un gran tijeretazo en el interior de aquella masa lustrosa; no lo hice por cariño hacia mi hermana. El, ahora, había vuelto a coger el periódico y disfrutaba con el chirrido de mis tijeras, igual que si fuera el canto de un canario.

Dijo, en cierto punto, echando una ojeada al espejo:

—¿Sabes que tienes madera para convertirte en un estupendo peluquero?

Me hubiera gustado responderle: —«Y tú para convertirte en un magnífico hampón». En suma, le arreglé el pelo; luego, cogiendo el espejo, se lo puse detrás de la nuca para enseñarle el trabajo y le pregunté, insinuante:

—¿Quiere el señor que le lave la cabeza?... O prefiere una buena fricción.

Bromeaba, pero él, con toda cara dura, me respondió:

—Fricción.

Esta vez no pude dejar de exclamar:

—Pero, Raimondo, no tenemos más que seis frasquitos y quieres desperdiciar uno para darte una fricción.

El se encogió de hombros:

—No te preocupes... ¿No es tu dinero, no?

Habría querido contestarle:

—Es más mío que tuyo —pero no dije nada, siempre por cariño hacia mi hermana, que se derretía por aquel hombre, y obedecí.

Raimondo, con desfachatez, quiso elegir el perfume, de violeta, y luego me recomendó que le restregara muy bien el pelo y que le diera masaje en toda la cabeza, de abajo a arriba, con las yemas de los dedos.

Mientras le daba el masaje miraba hacia la puerta para ver si entraba un cliente e interrumpíamos aquella bufonada; pero, como de costumbre, no vino nadie. Después de la fricción quiso también brillantina sólida, la mejor, la del pomo francés. Por último, me quitó el peine de la mano y se peinó él mismo con un cuidado increible.

—Ahora sí que me encuentro bien —dijo, levantándose del sillón.

Miré al reloj. Era casi la una. Le dije:

—Raimondo... Te he afeitado y arreglado el pelo, te he dado una fricción... Déjame ir a la playa..., todavía llego a tiempo.

Pero él, quitándose la bata, respondió:

—Yo ahora me voy a casa a comer... Si te vas tú también, ¿quién se queda en la peluquería?... Hazme caso, ya irás a Ostia el lunes.

Se puso la chaqueta, me hizo una señal de despedida y se fue, seguido por Paolino, que tenía que traerme la comida de casa.

Cuando me quedé solo me habría gustado empezar a patadas con los sillones, destrozar los espejos, tirar brochas y navajas a la calle. Pero siempre pensando que,

después de todo, eran cosas de mi hermana y por lo tanto también mías, dominé mi ira y me arrellané en un sillón, esperando. Ahora no pasaba absolutamente nadie por la calle; el empedrado, brillando al sol, enceguecía; en la peluquería sólo me veía a mí mismo, reflejado todo alrededor en los espejos, con la cara ensombrecida, y la cabeza me daba vueltas, en parte a causa del hambre y en parte por los espejos. Cuando Dios quiso llegó Paolino, con un plato anudado en una servilleta; le dije que se fuera a su casa y me retiré a la trastienda, un cuchitril oculto tras una cortinilla transparente, para comer en paz. A esa hora, en casa, Raimondo hacía remilgos ante las buenas cosas que mi hermana le preparaba; pero yo, al desatar la servilleta, no encontré más que un plato de *pasta asciutta* medio fría, un panecillo y una botellita de vino. Comí despacio, aunque no fuera más que para matar el tiempo, y entre tanto, mientras comía, pensaba que Raimondo había encontrado un buen apaño y que era un crimen que mi hermana hubiera caído con él. Apenas acababa de comer cuando me sobresaltó una voz:

—¿Molesto?

Salí a toda prisa de la trastienda. Era Santina, la hija del portero de la casa de enfrente. Una morenita pequeña pero bien hecha, con una carita un poco ancha en la base y dos ojos negros llenos de malicia. Aparecía a menudo por la barbería con una excusa u otra y yo, en mi ingenuidad, me hacía la ilusión de que venía por mí. En ese momento su visita me causó un gran placer; le dije que se acomodara y ella se sentó en un sillón: era tan baja que los pies no le llegaban al suelo. Comenzamos a hablar, y yo, por decir algo, comenté que era un buen día para ir a la playa. Ella suspiró y contestó que iría con mucho gusto, pero que, por desgracia, aquella tarde tenía que tender la ropa en la terraza. Le propuse:

—¿Quiere que vaya con usted, para ayudarle?

—¿A la terraza conmigo?... Ni que estuviera loca... Mi madre me mataría luego.

Miraba a su alrededor buscando un tema y, por fin, dijo:

—No tienen muchos clientes, ¿verdad?

—¿Muchos? Ninguno.

—Tendrían que abrir una peluquería de señoras... —dijo— Yo y mis amigas vendríamos a hacernos la permanente.

Para congraciarme con ella, le propuse:

—La permanente no se la puedo hacer... Pero, si quiere, puedo echarle un poco de perfume.

—¿Sí? —dijo de inmediato, coqueta—. ¿Y qué perfume tiene?

—Un perfume muy bueno.

Cogí el frasco con el pulverizador y empecé a rociarla por todas partes, como jugando, mientras ella gritaba que le picaba en los ojos y trataba de cubrirse. En ese momento llegó Raimondo.

—¡Estupendo! Os divertís mucho —dijo con severidad, sin mirarnos.

Santina se había puesto de pie, excusándose; yo dejé el frasco en la ménsula. Raimondo dijo:

—Sabes de sobra que no quiero mujeres en la barbería... Y el pulverizador es para los clientes.

Santina protestó haciendo muecas:

—Señor Raimondo, no creía que fuera usted tan malo —y se marchó, sin prisas.

Vi que Raimondo le echaba una prolongada ojeada y me enfadé porque comprendí que Santina le había gustado y, de repente, por el modo como había protestado ella, se me había ocurrido la idea de que también a ella le gustaba. Dije, de mal humor:

—La violeta para tu fricción, sí... Pero una rociada a esa chica que, por lo menos, me ha hecho compañía, no... Dos pesas y dos medidas.

Raimondo no dijo nada y fue a quitarse la chaqueta en la trastienda. Así comenzó la tarde.

Pasamos un par de horas en el calor y en el silencio. Raimondo durmió primero, cosa de una hora, con la cara echada hacia atrás, morado, con la boca abierta, roncando como un cerdo; luego se despertó y, durante casi media hora, con unas tijeras, se divirtió cortándose los pelos

de la nariz y de las orejas; por último, no sabiendo ya qué hacer, se ofreció a afeitarme. Ahora bien, sólo una cosa me desagradaba más que afeitarlo a él, y era que me afeitase a mí. Mientras yo, que era aprendiz, lo afeitaba, me parecía que todo estaba en orden; pero que él, el patrón, me rasurara a mí, quería decir que éramos un par de desgraciados sin un perro que utilizara nuestros servicios. Pero, como también yo me aburría sin hacer nada, acepté. Me había quitado ya la espuma de una mejilla y se disponía a rasurarme la otra cuando, desde la calle, llegó de nuevo la voz de Santina:

—¿Molesto?

Nos volvimos, yo con la cara enjabonada a medias, Raimondo con la navaja en el aire; Santina, sonriente, provocadora, con un pie en el umbral y el cesto lleno de ropa torcida apoyado en la cadera, nos miraba. Dijo:

—Perdonen, como sabía que a esta hora no tienen clientes, había pensado: quién sabe si el señor Raimondo, que es tan fuerte, me ayuda a subir a la terraza este cesto de ropa... Perdonen.

Tenían que haber visto ustedes a Raimondo. Deja la navaja, me dice:

—Serafino, acaba de afeitarte tú mismo —se quita la bata y, rápido como un rayo, se marcha con Santina.

Antes de que yo hubiera podido recuperarme ya habían desaparecido en el zaguán del edificio frontero, riendo y bromeando.

Entonces, sin prisa, porque sabía que tenía tiempo, acabé de afeitarme, me lavé, me sequé y luego le ordené a Pierino:

—Vete a casa y dile a mi hermana Giuseppina que venga inmediatamente... ¡Vete, corre!

Al rato llegó Giuseppina, jadeante, asustada. Al verla tan contrahecha y fea, pobrecita, con su mancha de vino en la mejilla, en la que estaba toda la historia de la barbería puesta con su dinero, casi sentí compasión y pensé no decirle nada. Pero ya era demasiado tarde, y además quería vengarme de Raimondo. Le dije:

—No te asustes, no es nada... Solo que Raimondo ha

subido a la terraza para ayudar a la hija del portero de ahí enfrente a tender la ropa.

—¡Pobre de mí! —dijo ella— ¡Me va a oír!— y se encaminó directamente al portal, a través de la calle.

Me quité la bata, me puse la chaqueta y bajé la persiana metálica. Pero antes de irme colgué un cartel impreso que habíamos encontrado entre los lavabos al comprarlos en otra peluquería. Decía: «Cerrado por luto familiar».

Prepotente a la fuerza

Había dado la cuchillada sin querer, casi por equivocación; Gino la evitó, y yo, lleno de miedo, me escapé a mi casa, donde luego vinieron a arrestarme. Pero cuando salí, algunos meses después, me di cuenta de que todos me miraban con admiración, especialmente en el bar de *via* San Francesco a Ripa, donde se reúnen los nadadores del río. Antes nadie sabía quién era yo; ahora, incluso me adulaban; y todos aquellos mocetones rivalizaban en demostrarme su amistad, invitándome a beber, haciéndome contar cómo había ocurrido, informándose de si todavía la tenía tomada con Gino o de si lo había perdonado. Acabó que, a pesar mío, me hinché y me persuadí de que de verdad era un prepotente, de esos que no miran a la cara a nadie y que por cualquier tontería pegan sin consideración Así, cuando los consabidos amigos del bar insinuaron que, durante mi ausencia, Serafino se había entendido con Sestilia, y al ver que me miraban como diciendo: —«¿Qué hará ahora?»—, sin ni siquiera pensarlo se me escapó de los labios:

—Ya se sabe... Cuando no está el gato, los ratones bailan... Pero eso lo arreglo yo.

Cuando dije estas palabras me pareció que había puesto mi firma en un contrato que no podía cumplir. He dicho: un contrato que no podía cumplir. Y me explico: en primer lugar, Serafino era el doble de alto y de grueso que yo; la verdad es que no se le tenía por valiente, por culpa de que es blando como un saco de garbanzos, con caderas anchas, hombros caídos y una cara sin un pelo de barba, lisa y deformada. Pero, a fin de cuentas, era un hombretón y me daba miedo. En segundo lugar, yo no sentía por Sestilia una gran pasión y, desde luego, no tanta como para volver a la cárcel por su culpa. La quería, sí, pero hasta cierto punto y, en substancia, también habría podido dejársela a Serafino.

Así, pues, no era más que un puntillo de vanidad, porque me daba cuenta de que todos me consideraban un prepotente; y no tenía valor para desilusionarlos. Y, en efecto, después de aquel «eso lo arreglo yo» se me echaron todos encima con consejos y ayudas; y muy pronto se hizo un plan. Es preciso saber que Serafino tenía que casarse hacía tiempo con una planchadora que se llamaba Giulia. Se trataba, pues, de ir, Serafino, Sestilia, yo y los demás del bar a beber a una hostería pasada la Puerta San Pancrazio, para festejar mi vuelta a la libertad. Allí, en cierto momento, me enfrentaría con Serafino, con mi famoso cuchillo, y le ordenaría que dejara a Sestilia y se casara en seguida con Giulia. Me huele a mí que esta idea fue del hermano de Giulia, que era de los que más se acaloraban. Pero todos, más o menos, la tenían tomada con Serafino, porque, como decían, no era un verdadero amigo. A mí, si me lo hubieran dicho seis meses antes, les habría contestado:

—Pero ¿estáis locos? ¡Cómo voy yo a meterle miedo a Serafino! Y, además, ¿por qué?... ¿Por Sestilia?

Pero ya estaba hecho, yo era un prepotente, estaba enamorado de Sestilia y no podía volverme atrás. De forma que me hinché, llené de aire el pecho, y les dije:

—Dejadme a mí...

Hasta el punto de que alguno, más prudente, pensó en advertirme:

—Pero ten cuidado, sólo debes meterle miedo... Nada de matarlo.

Repetí:

—Dejadme a mí...

La tarde fijada, subimos todos a la hostería de Puerta San Pancrazio. ¿Quiénes estaban? Estaban Serafino, Giulia, Sestilia, Maurizio, alias *Tío*, Federico, el hermano de Giulia, los dos hermanos Pompei, Terribili, que llevaba el acordeón, y yo. Todos conocían el plan, los del bar y yo porque lo habíamos combinado juntos, Giulia y Sestilia porque habían sido advertidas, e incluso Serafino debía de sospechar algo porque había venido a regañadientes y no abría la boca. Sestilia y yo ni nos mirábamos siquiera; en cambio, Giulia, una muchacha exuberante que se reía siempre, y a la cual, cuando se reía, se le veían las encías como a un caballo, se restregaba contra Serafino, llena de esperanza. Los otros bromeaban y charlaban, aunque con esfuerzo, porque en el aire había algo raro. Yo, por mi parte, tenía verdadero miedo y de vez en cuando miraba a Sestilia, casi como esperando que me infundiera celos suficientes para darme valor. Y no digo que no me gustara: tiesa como un huso desde los pies a la nariz, con ese modo de andar de reina que tienen las trasteverinas, bucles negros en cascada enmarcándole el rostro, ojos grandes y negros, boca cruel; pero de gustarme a acabar en la cárcel por ella, había distancia. Casi, casi, habría querido gritarle a Serafino:

—Quédatela, si te apetece, y no se hable más.

Pero era el viejo Luigi quien hablaba así, el de antes del asunto de Gino. El Luigi nuevo tenía el deber, en cambio, de dar cuchilladas, de tomarse su desquite.

Una vez llegados a la hostería, que estaba en la entrada de la *via* Aurelia, justo enfrente de las murallas, nos sentamos a una de las mesas, bajo la pérgola, y encargamos vino y rosquillas. De inmediato, quizás por efecto del vino, los del bar se sintieron llenos de una alegría estrepitosa. Charlaban, bebían, se tiraban las rosquillas, can-

taban, y, cuando Terribili empezó a tocar el acordeón, como las chicas no querían bailar, empezaron a bailar la samba ellos solos. Si no hubiera tenido tanto miedo, les aseguro que yo también me habría reído. Había que verlos bailando entre sí: el que hacía de mujer meneaba las caderas con todas las actitudes y muecas que ponen las mujeres, y el que hacía de hombre enganchaba muy fuerte al otro por la cintura, lo levantaba y le daba vueltas en el aire, para después dejarlo caer al suelo. Todos se reían a más no poder; los únicos que no reíamos éramos Serafino y yo. El se había quitado la chaqueta y se había quedado en camiseta blanca, mostrando unos brazotes marrones, como de mujer, y yo calculaba para mis adentros que un solo golpe de esos brazos bastaría para derribarme. Me puse melancólico ante este pensamiento y le dije en voz baja a Sestilia, airado:

—Contigo ya hablaremos, bruja, que eres una bruja.

Ella se encogió de hombros y no dijo nada. Mientras tanto, sin embargo, pasaba el tiempo, y los del bar me hacían señas de que empezase. ¡Cómo si fuera tan fácil!... Se trataba, en resumen, de meterle a Serafino un miedo definitivo, absoluto, que le impidiera levantar cabeza. Diciéndolo así, no parece gran cosa; y quien va al cine y ve a los actores intercambiar puñetazos falsos y dispararse tiros que no hacen daño a nadie puede pensar incluso que meterle miedo a alguien es cosa sin importancia. Pero no es cierto; para meterle miedo a alguien hay que darle la impresión de que se le quiere matar en serio, y esto es muy difícil cuando, en cambio, como era mi caso, no se quiere matarle, sino sólo meterle miedo. Por suerte, estaba aquella cuchillada a Gino; la había dado una vez por equivocación, y ahora se trataba de darla a propósito. Entre tanto yo miraba a Sestilia y hubiera querido verla coquetear con Serafino; esto me habría encendido la sangre. Pero, en cambio, se estaba callada y comedida, manteniéndose apartada, como ofendida. Giulia, por el contrario, no hacía más que frotarse a Serafino y se reía por cualquier tontería, mostrando las encías.

En suma, en un momento en que el acordeón no toca-

ba, casi sin pensarlo, quizás porque antes lo había pensado tanto, me incliné sobre la mesa y le dije a Serafino:

—Oye, ¿quieres decirme qué te pasa?... Te invitamos a festejar mi regreso y no bebes, no hablas... Estás ahí, desganado, como si te desagradase saber que ya no estoy encerrado.

—Nada de eso, Luigi..., ¿qué tiene que ver?... Me duele un poco el estómago, eso es todo.

—Sí que te desagrada... —dije yo—, porque, mientras yo no estaba, cortejabas a Sestilia y no deseabas mi regreso... Por eso te desagrada.

Había levantado la voz y pensaba para mí: «Todavía estoy en tierra, pero debo elevarme, elevarme, como un aeroplano que toma altura... Si no me elevo, me caigo».

Todos estaban callados ahora, satisfechos de verme enfrentado con Serafino, como en un espectáculo; Serafino, pude observar, se había puesto pálido, o mejor dicho gris, con su carota lisa y sin barba. Entonces me incliné más aún sobre la mesa y cogí con un puño el borde de su camiseta, en el pecho, retorciéndolo, y le dije con fuerza:

—Tienes que dejar a Sestilia, ¿comprendes?... Tienes que dejarla porque ella y yo nos queremos.

Serafino miró a Sestilia, como esperando que ella lo desmintiese, pero Sestilia, como una verdadera bruja, bajó los ojos, compungida. Giulia agarró a Serafino por el brazo, diciéndole:

—Ven, Serafino... Vámonos.

Ella se aprovechaba, trataba de llevar el agua a su molino, pobrecilla.

afino masculló algo, luego se levantó y dijo:

Me marcho, no quiero que me ofendan.

Muy contenta, Giulia se levantó también, diciendo:

—Yo también me voy.

Pero Serafino le ordenó:

—Tú te quedas... No te necesito para nada.

Luego tomó su chaqueta y se alejó bajo la pérgola.

Todos me miraron, para ver qué pensaba hacer, y el hermano de Giulia dijo:

—Se va, Luigi..., ¿qué haces?

Yo hice un gesto con la mano, como diciendo «calma», y esperé a que Serafino saliera de la hostería. Luego me levanté y salí tras él a la carrera. Lo alcancé en la avenida de las Murallas Aurelias; caminaba solo, por aquella calle vacía, grande y gordo, un hombretón, y de nuevo me dio miedo. Pero ya estaba lanzado y lo alcancé, y tomándolo por un brazo le dije jadeante:

—Espera, tengo que hablarte.

Sentí que el brazo era gordo pero blando y como sin músculos; y él, aunque protestó, se dejó llevar hacia uno de los entrantes oscuros de las murallas. Pensaba: «¡Madre mía, ayúdame!», y, aunque tenía realmente miedo, lo lancé con un mano contra las murallas y con la otra levanté el cuchillo, diciendo:

—Te voy a matar, Serafino.

Era el momento; si me agarraba la mano, me desarmaba en seguida, porque yo había decidido dejarme desarmar antes que cometer un disparate. Sentí, en cambio, que se me escurría hacia abajo, casi desmayado, a lo largo de la muralla contra la que lo había empujado. Dijo tontamente: «¡Madre mía!...», que eran las mismas palabras que yo había pensado antes para darme valor, y luego se quedó allí, mirándome con los ojos muy abiertos. y comprendí que había ganado la partida.

Bajé la mano armada y le dije:

—¿Sabes lo que le hice a Gino?

—Sí.

—¿Sabes que sería capaz de hacerte a ti lo mismo, pero esta vez en serio?

—Sí.

—Entonces deja en paz a Sestilia.

—Pero si casi no la veo... —dijo, recobrando parte de su valor.

—No basta con eso —dije—; además, debes arreglar pronto tu situación con Giulia... ¿Has entendido? —y volví a levantar la mano.

—Lo haré, Luigi..., pero deja que me vaya —dijo todo tembloroso.

—¿Entendido? —dije—. Si no te casas con ella, te mato. No será hoy, será mañana... Pero te mato.

—Me casaré —dijo él.

—Y ahora, llámala —le ordené.

El se llevó la mano a la boca y llamó:

—¡Giulia!... ¡Giulia!

Inmediatamente, a través de la avenida, Giulia vino corriendo hacia nosotros, pobre muchacha.

—Aquí está Serafino, que quiere hablarte... —dije— Podéis iros... Yo me vuelvo a la hostería.

Los miré alejarse juntos, y después volví a entrar bajo la pérgola. Estaba empapado en sudor y casi me caía al suelo, lo mismo que Serafino cuando lo había amenazado con el cuchillo. Pero los de la mesa me acogieron con un aplauso:

—¡Viva el campeón!

Terribili dio principio a una samba con el acordeón, los demás volvieron otra vez a hacer el bufón, y Sestilia me dijo en voz baja:

—¿Bailamos, Luigi?

Bailamos, y mientras bailábamos ella me acercó la boca al oído y me dijo en un soplo:

—Pero bueno, ¿es que te creíste que ya no te quería?

Di una vuelta más grande, la llevé a un rincón oscuro de la pérgola y la besé; así hicimos las paces.

Al día siguiente pensaba que Serafino ya se había olvidado de su miedo; pero cuando entré en el bar vi que me miraba con temor, y luego me dijo:

—Hagamos las paces, ¿quieres? —y me invitó a beber.

Luego empezó a hablarme de él y de Giulia y, con muchos rodeos, me dio a entender que habían decidido casarse. Yo casi no creía a mis oídos: Serafino se casaba porque me tenía miedo. Hubiera querido decirle: «Déjala plantada, ármate de valor... ¿No ves que somos de la misma pasta?» Pero ya no podía decírselo: yo era el forzudo, el que lleva el cuchillo en la faltriquera, el que pega. Y Serafino se lo creía, igual que los otros.

Se casaron de verdad, y me invitaron a la fiesta, y el

hermano de Giulia me dijo que todo era mérito mío. Pero luego me tocó a mí casarme.

Había armado tal alboroto por Sestilia que ahora tenía que demostrarle que verdaderamente lo había hecho por ella. No me apetecía nada casarme con Sestilia, aunque no fuera más que porque, en mi ausencia, había coqueteado con Serafino; pero ya no podía echarme atrás. Cuando nos casamos, naturalmente, vino también Serafino con Giulia, que ya estaba encinta. Y Serafino, pobrecillo, me abrazó diciendo:

—¡Enhorabuena, Luigi!

—Sí —pensaba yo—, ¡enhorabuena, un cuerno!

Pero desde entonces nunca más he vuelto a llevar el cuchillo encima.

Derrochador

Mi mujer y yo estábamos de acuerdo en todo, a no ser en el capítulo dinero. Tenía un comercio de hornillos, estufas y accesorios eléctricos en un barrio no muy señorial, el de San Giovanni, y por eso el dinero nunca era muy seguro. Había días buenos, en los que vendía un hornillo de cuarenta mil liras, y había otros malos, en los que no vendía más que una bombilla de trescientas liras. Pero esto Valentina no quería entenderlo. Según ella, yo era avaro; y mi avaricia consistía en el hecho de que llevaba las cuentas de la caja, anotaba las entradas y las salidas, y cuando no tenía dinero lo decía, precisamente porque no lo tenía. Entonces ella gritaba:

—¡Eres un avaro!... Me he casado con un avaro.

Y yo le respondía:

—Pero ¿por qué dices que soy un avaro sin tener pruebas de ello? ¿Por qué no vienes a la tienda? ¿Por qué no vienes al banco? Te enseñaría lo que vendo y lo que no vendo... Te enseñaría todo lo que ha disminuido mi cuenta.

Ella contestaba que no la vería nunca por la tienda,

porque no era una tendera y su padre había sido funcionario del Estado; en cuanto al banco, no vendría porque no entendía nada; por lo cual lo mejor era que la dejara tranquila. Después explicaba, casi afectuosamente:

—Mira, Augusto, tú eres avaro... Aunque gastaras todo lo que tienes, aunque contrajeras deudas... Eres avaro... Avaro no es el que no quiere gastar... Avaro es aquel a quien le desagrada gastar.

—¿Y quién te ha dicho que me desagrada gastar?

—¡Pones una cara cuando se trata de sacar dinero!

—¿Qué clase de cara?

—Cara de avaro.

En aquel momento yo estaba enamorado de mi mujer: redonda, blanca, apetitosa, fresca, Valentina coronaba todos mis pensamientos. Y no encontraba nada que objetar a que se pasara todo el día sin hacer nada, fumando cigarrillos americanos, leyendo tebeos y yendo al cine con sus amigas. Queriéndola como la quería, me parecía que ella tenía razón y que era yo el que estaba equivocado. La avaricia, no es preciso decirlo, es un feo defecto, y yo, al oírme decir todos los días que era un avaro, había acabado por creerlo, y hasta yo mismo me había convencido de que lo era. Así, en vez de responderle: «Déjame en paz con este asunto del avaro... Y, además, avaro o no, soy el único que sabe lo que podemos gastar», bastaba con que ella dijese: «Ya salió el avaro», para que yo, aterrorizado, sacara el dinero y pagara sin rechistar. Así, ella, que había comprendido ya esta debilidad mía, no me dejaba en paz.

—Augusto, necesitamos una radio... Todos tienen una radio.

—Pero, Valentina, una radio cuesta muy cara.

—¡Uf! No te hagas ahora el avaro... No vas a decirme, con todo ese dinero que tienes en el banco, que no puedes comprarte una radio.

—Está bien, compraremos la radio.

O bien:

—Augusto, he visto un par de zapatos preciosos... ¿Me das dinero?

—Pero si hace unos días te has comprado un par...

—Eran sandalias... Venga, no seas avaro.

—Está bien, ahí tienes el dinero.

En resumen, había encontrado la manera de hacerme pagar y callar, infalible, no fallaba nunca.

Yo pagaba porque esperaba que un día ella reconociese por fin que yo no era avaro, e incluso que era generoso, como creía yo ser. Pero era una ilusión que se desvaneció en seguida. En efecto, cuanto más gastaba, más avaro era yo para ella. Quizás comprendía que gastaba por un puntillo de honor, para hacerle cambiar de idea y triunfar sobre su obstinación de considerarme avaro; y también ella, por el mismo puntillo, no quería darse por vencida. Pero quizás era sólo culpa de su estupidez: se imaginaba que le ocultaba quién sabe cuántas riquezas, como hacen los verdaderos avaros, que cuando tienen cien andan por ahí lamentándose de no tener más que diez. Por otra parte, ella tenía razón al decir que me desagradaba gastar. Me desagradaba porque sabía lo que teníamos, y sabía también que, a este paso, pronto no tendríamos nada. Me había casado con el comercio bien encarrilado y con una cuenta en el banco de casi un millón. Ahora, por muchos esfuerzos que hiciera, y aunque ya no metía dinero en el banco y pasaba todas mis ganancias a la casa, la cuenta disminuía cada vez más, de mes en mes. Primero, novecientas mil, luego ochocientas, luego setecientas, luego seiscientas. Está claro, gastábamos más de lo ganábamos; y, a este paso, en un año, a lo sumo, la cuenta estaría agotada. Decidí que me pararía en las quinientas mil, y que se lo diría. He de decir que esperaba ese día con ansiedad; me daba cuenta de que si ese día no lograba afirmar bien los pies, estaba perdido. Entre tanto, el tiempo pasaba y la cuenta disminuía. Eran seiscientas mil liras, luego quinientas cincuenta, luego quinientas veinticinco Una de esas mañanas retiré veinticinco mil liras, fui a mi casa y le dije a Valentina:

—Mira..., ¿los ves? Son veinticinco billetes de mil.

—Bueno, ¿para qué me los enseñas? —dijo ella—. ¿Quieres hacerme un regalo?

—No, no quiero hacerte un regalo.

—¡Figúrate! ¡Tú hacerme un regalo!... Sería demasiado hermoso...

—Espera... Te los enseño porque son los últimos.

—No te creo.

—Pues es verdad.

—¿Quieres decirme que ya no tienes dinero en el banco?

—Lo tengo... Pero es lo mínimo que un comerciante como yo puede tener... Si gastamos también eso, ya puedo cerrar la tienda.

—¿Ves como tienes?... Entonces, ¿por qué me atormentas? Déjame en paz..., y luego no quieres que te diga que eres avaro.

Había jurado conservar la calma. Pero, al oír aquella palabra de avaro, salté enfurecido:

—¡No soy avaro!... Gastamos más de lo que ganamos..., eso es todo... Pero ¿por qué no vienes a la tienda?... ¿Por qué no vienes al banco?

—Déjame en paz con tu banco y con tu tienda... Haz lo que quieras. Si te gusta ser avaro, puedes serlo... Pero déjame en paz.

—¡Imbécil!

Era la primera vez, desde que estábamos casados, que la insultaba. ¿Han visto ustedes brotar la llama de un poco de petróleo al acercarle una cerilla? Pues así reaccionó Valentina, siempre tan tranquila e incluso indolente, ante aquella palabra que se me había escapado. Empezó a insultarme, y cuanto más me insultaba, más insultos se le ocurrían, como si uno tirase de otro, como las cerezas. Hay que reconocer que debía tenerla tomada conmigo desde hacía tiempo, y que lo que me estaba diciendo ahora me lo debía haber dedicado en su cabeza con anterioridad. Además, no eran insultos sencillos, brutales, de hombre, como «canalla, sinvergüenza, bribón», que, en el fondo, a nadie le duelen. No, eran insultos de mujer, sutiles, de esos que penetran en ti como agujas y que luego se quedan dentro, y más tarde, si te mueves, los sientes removerse el demonio sabe dónde. Insultos referentes

a la familia, al oficio, al físico; no exactamente insultos, sino frases malignas, rebuscadas con perfidia, capaces de dejarle a uno sin resuello. ¡Ah!, no conocía yo a Valentina, y si no hubiera experimentado tanto dolor al oírla hablar de aquel modo, habría podido asombrarme. Bueno, por fin se calmó, y yo, en parte mortificado y en parte por el cansacio de una escena tan larga, me eché a llorar como un niño, arrodillado ante ella, con la cara contra sus piernas. Pero, mientras lloraba y le pedía perdón, sentía que todo había acabado y que ya no la quería; y este pensamiento me resultaba tan amargo que recomencé a llorar de nuevo, con más fuerza que antes. Al final, dejé de llorar, le regalé cinco mil liras y me marché

Me quedaban veinte mil liras, pero ya no quería a mi mujer y, por despecho, estaba decidido a demostrarle que no era avaro, aunque para ello tuviera que arruinarme. Pero antes de hacer lo que tenía en la cabeza experimenté una duda, una vacilación, casi un terror, como cuando, en el mar, uno va a zambullirse y el agua que se mueve allá al fondo, bajo sus pies, la da miedo. Me encontraba en el Lungotevere, hacia Ripetta, con un sol de primavera que calentaba suavemente, sin quemar. Vi al comienzo del puente un mendigo que alzaba el rostro hacia el sol, sin dejar de tender la mano, acurrucado en el suelo. Y al ver este rostro tan contento, con los ojos cerrados y la boca casi sonriente, pensé: «¿De qué tengo miedo?... Aunque me convirtiera en alguien como él, sería más feliz que ahora». Entonces apreté en un puño todas aquellas sábanas de a mil que tenía en el bolsillo, y al pasar le tiré una en el sombrero. Como era ciego, no me dio las gracias y continuó tendiendo el rostro hacia el sol, repitiendo las consabidas palabras que dicen los mendigos.

Un poco más arriba, pasado el puente, había una relojería; fui hacia allí y, de inmediato, sin vacilar, compré un reloj para mi mujer, que me costó dieciocho mil liras Me quedaban mil liras, tomé un taxi y me hice conducir a la tienda. Ya me encontraba mejor, aunque todavía me quedaba algo de miedo; pero me tranquilicé negándoles a los clientes, durante toda la mañana, las cosas que me

pedían. A unos les decía que el artículo estaba agotado; a otros les pedía un precio excesivo; a otro le explicaba que el artículo lo tenía, pero que no estaba a la venta, era una muestra. Incluso me permití el lujo de tratar mal a un par de clientes de esos antipáticos. Entre tanto, continuaba repitiendo en mi interior: «No hay que tener miedo... El primer paso es el más difícil, luego todo viene rodado».

Volví a casa aquella mañana casi temiendo descubrir que, después de todo, quería a mi mujer; lo temía porque, entonces, tendría que volver a luchar por el céntimo, a oírme tachar de avaro, y, en suma, a repetir la vida que había llevado en aquellos dos últimos años. Pero, cuando la miré, advertí que ya no la amaba; me parecía un objeto; observé incluso que, bajo los polvos, le brillaba un poco la nariz. Le dije:

—Querida, te he traído un regalito; como te quejabas siempre de no tener un reloj de pulsera...

Me tendió la muñeca, y yo, antes de colocarle el reloj, le di un gran beso sonoro, de marido enamorado. Pero mientras tanto pensaba: «Toma... Este beso es más falso que el de Judas». Hay que decir que ese día ella sentía remordimientos por todas las cosas horribles que me había dicho, y por eso se mostró mimosa y cariñosa. Pero yo ya no sentía nada: dentro de mí se había roto el muelle del amor y no había nada que hacer.

Los días sucesivos continué poniendo en práctica mi plan. No pasaba día sin que le hiciera algún regalo; en la tienda me negaba incluso a escuchar a los clientes, declarando desde el principio:

—No vendo nada.

Entre tanto, la cuenta del banco disminuía. Medio millón no es, además, una gran suma, y al cabo de dos meses o de poco más no me quedaba casi nada. Valentina no abrigaba la menor sospecha. Continuaba leyendo tebeos, fumando cigarrillos americanos y yendo al cine con sus amigas. Sólo de vez en cuando, por guardar las formas, me decía ante un nuevo regalo:

—¿Ves cómo tenía yo razón cuando decías que no te-

nías dinero y que eras pobre y que no sabías cómo arreglártelas?... Ahora gastas mucho más, no digo que seas generoso, pero por lo menos eres menos avaro, y sigues encontrando siempre el dinero.

Yo no decía nada, pero repetía en mi interior: «Espera antes de cantar victoria».

Uno de aquellos días retiré del banco las últimas cinco mil liras, y compré muchos paquetes de cigarrillos americanos, hasta quedarme con sólo trescientas liras. Era por la mañana, temprano, y en vez de ir a la tienda volví a casa, fui al dormitorio y me tendí, vestido como estaba y con los zapatos puestos, sobre las sábanas aún deshechas. Valentina, que dormía, se movió entre sueños, diciendo:

—¿No vas a la tienda?... ¿Es domingo hoy? —y se volvió a dormir.

Comencé a fumar un cigarrillo tras otro, esperando que se levantara.

Durmió todavía una hora, luego se despertó y me preguntó inmediatamente:

—Pero ¿qué ocurre? ¿Es fiesta hoy?

—Sí, es fiesta —respondí yo.

Entonces ella se levantó y se vistió muy lentamente, sin hablar gran cosa y preguntándome a menudo:

—Pero ¿qué fiesta es? —como si hubiera presentido que no era fiesta en absoluto.

Yo esperaba el momento en que ella me pidiera dinero para la compra; era ella, con toda su pereza, quien hacía la compra y luego cocinaba, con ayuda de una criadita que venía por horas. Fue al cuarto de baño, acabó de vestirse y luego fue a la cocina y habló con la criadita y preparó el café. Me levanté por fin de la cama y también fui a la cocina. Tomamos el café en silencio, salvo que ella insistió:

—Pero ¿qué fiesta es hoy?... Lucía dice que no es fiesta y que todas las tiendas están abiertas.

Entonces respondí con sencillez:

—Hoy es mi fiesta.

Y me fui al dormitorio, donde me tendí de nuevo sobre las sábanas, con zapatos y todo.

De momento Valentina no dijo nada, y se quedó un rato en la cocina hablando con la criadita, dándome tiempo, según creo, para demostrar que no me tomaba en serio. Por último se asomó al umbral, con las manos en las caderas, y dijo:

—Si no te apetece trabajar, no te lo discuto... Eres muy dueño de quedarte en cama... Pero si te apetece comer, tienes que darme dinero para la compra.

Lancé el humo hasta el techo y contesté:

—¿Dinero? No lo tengo.

—¿Cómo que no lo tienes?

—¡No lo tengo!

—Oye, ¿qué caprichos son éstos? —dijo ella entonces—. ¿Qué es lo que se te ha metido en la cabeza?... Si no me das dinero, no hago la compra, no comemos...

—En efecto —respondí—, creo que no comeremos.

—Bueno —dijo ella—, me voy a la cocina, no tengo tiempo que perder... Deja el dinero en la mesilla de noche.

Yo continué fumando, y cuando regresó, tras unos minutos, le dije con sinceridad:

—Valentina, estoy hablando en serio, no tengo ni un céntimo... Me quedan, en total, trescientas liras... No tengo nada más.

—Tienes tu cuenta en el banco... ¿Qué nueva avaricia es ésta?

—No soy avaro, no poseo nada... Mira, por lo demás.

Saqué del bolsillo el talonario del banco y se lo mostré; esta vez no dijo que no entendía de eso y que la dejase en paz; había comprendido que hablaba en serio y mostraba una cara espantada. Miró el talonario y se dejó caer luego en una silla, sin aliento. Le expliqué:

—Tú me decías que era avaro; y cuanto más gastaba, más avaro era para ti... Ahora me he arruinado a propósito..., lo he gastado todo... No he querido vender nada en la tienda..., y ahora se acabó... Ya no tengo

nada y no tenemos ni para comer..., pero, por lo menos, no podrás decirme que soy avaro.

De pronto ella se echó a llorar, más, según me pareció, porque comprendía que yo ya no la quería que por el hecho en sí. Luego dijo:

—No me has querido nunca, y ahora hasta me dejas sin comer.

—A la fuerza... —dije—. No tengo dinero.

—Te dejo... —dijo ella—, me voy con mi madre.

—Adiós.

Se fue a la otra habitación, y en resumidas cuentas, también se fue de mi vida, porque no la he vuelto a ver desde aquella mañana. Un rato después me levanté de la cama y salí yo también. Era un día soleado, compré un panecillo y fui a comérmelo junto al Lungotevere. Mientras miraba cómo corría el agua me sentí de repente muy feliz y pensé que aquellos dos años de matrimonio no habían sido más que una aventura sin consecuencias; cuando fuera viejo, me acordaría de ellos no como de dos años, sino como de dos días. Comí lentamente mi pan y luego me acerqué al chorro de una fuente y bebí. Más tarde fui a ver a mi hermano y le pedí que me albergara hasta que encontrase un trabajo. Lo encontré, en efecto, como electricista, a las pocas semanas.

A Valentina, como ya he dicho, no la he vuelto a ver. Pero ¿saben ustedes lo que va diciendo? Que soy un derrochador, que tengo las manos agujereadas, que ella no fue capaz de hacerme ahorrar, y que por eso me dejó.

Un día negro

Y luego dicen. Hay quienes no creen en la *jettatura*, pero yo tengo pruebas. ¿Qué día era anteayer? Martes, 17 *. ¿Qué me ocurrió por la mañana, antes de salir? Al buscar el pan, en el aparador, tiré la sal. ¿A quién me encontré en la calle, apenas salí? A una muchacha jorobada, con un antojo peludo en la cara, a quien no había visto nunca por el barrio, y eso que conozco a todo el mundo. ¿Qué hice al entrar en el garaje? Pasé bajo la escalera de un obrero que estaba reparando el anuncio de neón. ¿Quién fue el primer mecánico que me habló al entrar en el garaje? Fulano, no quiero ni nombrarlo, que todos saben que trae mala suerte, con su cara torcida y sus ojos biliosos. ¿Les parece poco? Pues añado el resto: al ir hacia la parada poco faltó para que aplastara a un gato negro que se me atravesó en la calle, salido de no sé donde, de forma que tuve que frenar en seco, con un chirrido de mil diablos.

En la parada del *piazzale* Flaminio, a pocos pasos de la

* *Martes, 17.* El día 17, sea martes o viernes, tiene el mismo valor en Italia que en el ámbito español el martes 13. (Nota del traductor.)

estación del ferrocarril de Viterbo, no tuve que esperar mucho. Serían las siete cuando llegaron a toda prisa, con unos pasos como si bailasen la tarantela, dos palurdos del campo. El, pequeño y rechoncho, con pantalones negros, una faja cruzándole la barriga, chaleco, camisa sin cuello, una cara aplastada y sucia de barba, tuerto, con un ojo cerrado y el otro abierto de par en par; ella, quizás su madre, vestida como una gitana, con falda negra, chal negro, la cara como de boj amarillo, toda arrugas, y con aros de oro en las orejas. Cargados como burros, además, con envoltorios, paquetes y atados de ensalada y pañuelos llenos de tomates. El me dio, sin hablar, un trozo de papel en el cual, con letras mal alineadas que parecían notas musicales, estaba escrita la dirección: Plaza Pollarola; que está, precisamente junto al mercado de Campo dei Fiori. Entre tanto, ella, muy ligera, cargaba todo aquello dentro del taxi. Me volví a mirarla y observé:

—Pero bueno, ¿me habéis tomado por el camión de la verdura?

El respondió entre dientes, sin mirarme:

—Son todo cosas buenas... Vamos, corre, que tenemos prisa.

Encendí el motor y corrí. Mientras corría, sentí que él le decía a la mujer:

—Mira dónde pones los pies... Me has aplastado un tomate.

Y pensé en seguida que me habían ensuciado el taxi. En efecto, cuando llegué a la Plaza Pollarola me volví y vi que aquello estaba hecho un desastre: hojas de ensalada, tierra, agua, tomates aplastados, y no uno sólo. Dije, enfadado:

—¿Y ahora quien me paga a mí el cuero de los asientos?

—No es nada —dijo él, sacando del bolsillo un pañuelo y limpiando los sitios más sucios.

—Es inútil que seques... —contesté, enfurecido—. Me has causado un perjuicio de miles de liras.

Pero él ya no me hacía caso. Ayudaba a la mujer a descargar los envoltorios, repitiendo:

—Ea, date prisa... Baja eso.

Entonces le grité:

—¿Eh? Nada, nada... Además de tuerto, eres sordo... ¡Hablo contigo! ¿Quién me va apagar el cuero de los asientos?

Se volvió hacia mí, impaciente, diciendo:

—Espera, ¿no ves que estoy descargando?

—Pero yo quiero que me pagues el perjuicio.

Por fin había acabado.

—¡Ten! —me dijo, metiéndome en la mano el dinero de la carrera—. Cógelo y vete.

—Pero, ¿estás loco? ¿Qué quieres que haga con esto?

—¿No te basta?

—Este es el precio de la carrera, está bien... pero, ¿y el perjuicio?

Ahora estábamos frente a frente, yo y él. La mujer se mantenía aparte, inmóvil, tranquila, entre sus bultos. El dijo:

—Te voy a pagar.

Y luego, tras haber echado un vistazo a toda la plaza, que a esa hora estaba desierta, metió la mano en la faltriquera. Creí que iba a coger dinero. En cambio, sacó una navaja de muelle, de pastor.

—¿Ves ésto?

Di un salto atrás; entonces él cerró la navaja y añadió:

—Nos hemos entendido.

Hirviendo de rabia salté de nuevo al taxi, encendí el motor, di una vuelta por la plaza y luego, a toda velocidad, me eché encima de la mujer, que todavía estaba inmóvil junto a los bultos. Me esquivó de milagro, yo entré con el taxi entre todas aquellas verduras, haciendo un estropicio. El gritó no sé qué y saltó sobre el estribo. Quité una mano del volante y le di un golpe en la cara, obligándolo a bajarse; pero perdí la dirección y fui a chocar contra una pared. Logré enderezar el coche y di media vuelta. En el Puente Vittorio, por fin, me detuve

y miré: el guardabarros estaba desconchado y torcido· además de la suciedad, un perjuicio de miles de liras, de verdad. Empezaba bien. Lleno de mal humor, maldiciendo a los palurdos y al campo, hice otras cinco carreras de nada, de doscientas a trescientas liras. Por fin, a las dos, me encontré en la Estación Central, a la cola de una fila de taxis. Llega un tren, la gente se dispersa, los taxis parten uno tras otro, llega mi turno, sube un señor grueso y alto, calvo, con gafas en un rostro redondo y sin barba. Tenía un maletín y dijo, muy seco:

—A la calle de Macchia Madama.

Ahora bien, no hay nadie que conozca todas las calles de Roma. Pero, más o menos, por olfato, se adivinan. Pero esta calle de Macchia Madama era la primera vez que la oía nombrar. Pregunté:

—Pero, ¿dónde está?

—Vaya hasta el Foro Itálico... luego, ya le diré.

No dije nada, y partí. Corrí corrí, corrí, llegué a la Via Flaminia, luego al Puente Milvio; pasado el Puente Milvio, cogí el Lungotevere, hacia el Foro. El me gritó:

—Ahora, la primera a la derecha, y después otra vez a la derecha.

Estábamos ya bajo el declive del Monte Mario. Cogí por una calle en cuesta, detrás del estadio donde están las estatuas desnudas, y comencé a trepar. En la mitad de la pendiente, un cartel en la punta de un palo, entre matojos, llevaba la inscripción: «Calle de Macchia Madama». Pero no era una calle, sino un sendero campestre, todo guijarros y polvo. Pregunté:

—¿Tengo que meterme por ahí?

—Por supuesto.

—Pero usted se ha ido a vivir a la Selva Negra —se me escapó.

—No se haga el gracioso... Es una calle como cualquier otra.

Bueno, me aguanté, como suele decirse, y metí el coche calle arriba. Los baches y las piedras eran incontables; hacia un lado tenía el flanco del monte, cubierto de matorrales de retama; al otro, una hondonada; y

allá al fondo, el panorama de Roma. Subí y subí; en las curvas tenía que dar marcha atrás, tan cerradas eran; por último apareció una verja, en lo alto de la última subida. Crucé la verja, di la vuelta en una plazoleta de grava, sin árboles, frente a un chalet blanco, y me detuve. El bajó y me dio a toda prisa el dinero de la carrera. Protesté:

—Esta es la carrera... Pero, ¿y la vuelta?

—¿Qué vuelta?

—Estamos fuera de Roma... Usted debe pagarme la vuelta.

—No le pagaré nada... Nunca he pagado la vuelta y no voy a empezar ahora a pagarla.

Dichas estas palabras, se alejo apresuradamente hacia el chalet. Le grité, exasperado:

—No me muevo de aquí hasta que no me pague la vuelta... aunque tenga que esperar hasta la noche.

Vi que se encogía de hombros y luego, cuando la puerta se abrió, entró en la casa. En el momento en que se abría la puerta me pareció entrever a un hombre con bata blanca. Miré al chalet: todas las persianas estaban cerradas; en la planta baja, las ventanas tenían rejas. Me encogí de hombros yo también, volví el taxi, que estaba ya recalentado por el sol, me senté al volante, saqué de un bolsillo el pan del almuerzo y me lo comí lentamente, en medio de aquel profundo silencio, mirando, por encima del borde del barranco, el panorama de Roma. Luego me entró sueño, en el calor ardiente, y me adormecí. Quizás dormí una hora; me desperté sobresaltado, sudado y atontado, y vi que todo estaba como antes: la plazoleta desierta, el chalet con las persianas cerradas, el sol, el silencio. Presa de frenesí empecé a tocar el claxon, pensando: «Alguien tendrá que venir».

En efecto, ante el sonido del claxon alguien apareció. Un hombrecillo negro que parecía un sacristán, vestido de seda cruda, asomó por detrás del chalet, trotó a través de la plazoleta, se acercó a mí:

—¿Está libre?

—Sí.

—Bueno, llévame a San Pedro.

Pensé que no hay mal que por bien no venga: hasta San Pedro era una buena carrera y, además, era como si me pagaran la vuelta. Encendí el motor y partí. Me pareció, es cierto, mientras traspasaba la verja, ver a alguien que desde una ventana me hacía gestos de esperar, pero no hice mucho caso. Bajé despacio, curva tras curva, unos cincuenta metros por el sendero, y después, en un recodo más estrecho, di marcha atrás. Y, de pronto, vi bajar precipitadamente por la pendiente, agarrándose a las matas y agitando los brazos, a dos hombretones con bata blanca.

—¡Para! ¡Para!

Me detuve. Uno de ellos abrió la portezuela y, sin grandes cumplidos, le dijo al hombrecillo, acurrucado en el fondo del taxi:

—Ea, muchacho, baja... Y menos cuentos.

—Pero me está esperando el Papa.

—Bueno, otra vez será... Venga, baja.

En suma, bajó y el hombretón lo agarró de inmediato por un brazo, mientras el otro me explicaba:

—Siempre está así de tranquilo, y por eso lo dejamos suelto... Pero, con los locos, nunca se sabe.

—Entonces, eso de ahí, ¿era un clínica para locos?

—Claro, ¿no te habías dado cuenta aún?

No, no me había dado cuenta; y, en resumen, había perdido todo el tiempo que me quedara allá arriba, n[illegible] la vuelta. Ya tanto la mañana como la tarde habían sido decididamente negras. Me fui a la parada del *viale* Pinturicchio y allí, quizás no se lo crean, esperé unas cuatro horas. Finalmente, al oscurecer, apareció un mocetón moreno, con un niki bajo la chaqueta, con el pelo largo, un verdadero chulo, del brazo de una muchachita de formas exuberantes. Subieron, y él me dijo:

—Llévanos al Gianicolo.

Me puse a correr a la desesperada y mientras tanto, de vez en cuando, miraba al retrovisor, sobre el para-

brisas. A la altura del Lungotevere Flaminio, en un paraje desierto, él agarró a la chica por el pelo, le echó la cabeza hacia atrás y la besó en la boca. Ella gimió:

—No, no, no seas malo.

Y luego, naturalmente, le echó un brazo alrededor del cuello y le devolvió el beso. Besa que te besa, no acababan nunca; yo, normalmente, no soy severo con las parejitas; pero aquel día, después de tantas desgracias, me acometió una especie de furia. Frené y paré en seco el coche, anunciando:

—Hemos llegado.

—¿Ya estamos en el Gianicolo? —preguntó ella, saliendo del abrazo con todo el lápiz de labios corrido y los cabellos en desorden.

—No, no estamos en el Gianicolo... pero si no estáis más comedidos, yo no sigo.

El dijo, como un verdadero chulo:

—¿Y a ti que te importa?

—El taxi es mío..., si queréis hacer el amor, ahí tenéis los bosquecillos de Villa Borghese.

Me miró un momento y luego dijo:

—Está bien... Da gracias al cielo de que estoy con la señorita... Llévanos al Gianicolo.

No dije nada y los llevé al Gianicolo. Ya era de noche y ellos bajaron diciéndome que los esperara, y se acercaron al parapeto; durante un rato se quedaron allí, mirando el panorama de Roma. Luego volvieron y él dijo:

—Vamos ahora a los Caballeros de Malta.

—Pero... ya son mil liras.

—Echa a andar, no tengas miedo.

Desde el Gianicolo a los Caballeros de Malta hay todo un viaje. En el taxi me dio la impresión de que seguían besándose, pero ya no me importaba nada, sólo quería mi dinero. En los Caballeros de Malta, en aquellas calles desiertas, me hicieron parar en Santa Sabina. Allí hay una plaza y la entrada de un jardín rodeado de murallas, que da al Tíber. Me dijeron de nuevo que esperara, bajaron y entraron en el jardín. Estaba oscuro, con un aire

suave, las últimas golondrinas que revoloteaban antes de irse a dormir, un perfume de magnolias tan fuerte que atontaba. Precisamente un sitio para enamorados, y pensando que, después de todo, aquellos dos tenían razón al besarse y que yo, en su lugar, habría hecho lo mismo, los esperé de buena gana. Así aguardé quizás media hora, descansando en aquella sombra silenciosa y fresca. De pronto mi vista se fijó en el taxímetro, vi que marcaba dos mil liras, me sobresalté, bajé y entré en el jardín. Me bastó con una mirada para ver que estaba desierto, con todos los bancos vacíos bajo los árboles. Había otra entrada que daba a la calle de Santa Sabina y con toda seguridad habían salido por allí para bajar después, enlazados, como verdaderos enamorados, hasta el Circo Massimo. En suma, me la habían jugado.

Negro, maldiciendo mi desgracia, bajé también yo, al claro de luna.

En el obelisco de Aksum un guardia me detuvo:

—Ha incurrido en contravención... ¿No sabe que de noche no se circula con los faros apagados?

Pero, en el Coliseo, por fin apareció el cliente de mis sueños: un jorobado con camisa blanca de cuello abierto, con la chaqueta bajo el brazo, la joroba más alta que la cabeza, sin cuello.

—Demasiado tarde —murmuré entre dientes.

—¿Qué dice? —me preguntó al subir.

—Nada... ¿A dónde vamos?

Me dijo la dirección, encendí el motor y partí.

Las joyas

Cuando una mujer entra en un grupo de amigos, puede decirse, sin lugar a dudas, que el grupo está a punto de disolverse y que cada uno se irá por su lado. Aquel año formábamos un grupo de jóvenes muy bien avenidos, siempre unidos, siempre de acuerdo, siempre juntos. Todos ganábamos bastante. Tore con el garaje, los dos hermanos Modesti con su comercio de intermediarios de carnes del matadero, Pipo Morganti con su salchichería, Rinaldo con el bar y yo con las cosas más diversas: en aquel momento me ocupaba de resinas y productos afines. Aunque todos fuéramos menores de treinta años, ninguno de nosotros pesaba menos de ochenta o noventa kilos; teníamos buenas tragaderas, como suele decirse. De día, trabajábamos; pero, a partir de las siete de la tarde, estábamos siempre juntos, primero en el bar de Rinaldo, en el *corso* Vittorio y luego en una *trattoria* con jardín, hacia la Chiesa Nuova. Los domingos los pasábamos juntos, naturalmente: o en el estadio a ver el partido, o en una excursión a los Castelli, o, en el verano, en Ostia o en Ladispoli. Éramos seis, pero puede decirse que sólo

éramos uno. Así, cuando uno de nosotros tenía un capricho, supongamos, inmediatamente lo tenían los otros cinco.

Tore empezó con lo de las joyas; una noche se presentó en la *trattoria* llevando en la muñeca un cronómetro de oro macizo, con una pulsera de mallas, también de oro, de tres dedos de ancha. Le preguntamos quién se lo había regalado.

—El director del Banco de Italia —dijo, dando a entender que se lo había comprado con su dinero.

Luego se lo quitó y nos lo enseñó: era un reloj de marca, con doble caja, marcaba los segundos y pesaba no sé cuanto, con aquella pulsera tan gruesa. Causó sensación. Alguien dijo:

—Una inversión.

—De inversión, nada... —respondió Tore—. Me gusta llevarlo en la muñeca, eso es todo.

Al día siguiente, en la *trattoria* de costumbre, también Morganti apareció con su reloj, de pulsera de oro. por supuesto, aunque no tan pesado. Después le tocó el turno a los hermanos Modesti, que se compraron uno cada uno, más grande que el de Tore pero con las mallas de la pulsera menos tupidas. En cuanto a Rinaldo y a mí, como nos gustaba el de Tore, le preguntamos dónde lo había comprado y fuimos juntos a buscarlo en un buen comercio del Corso.

Estábamos en mayo y con frecuencia, por la noche íbamos a Monte Mario, a la hostería, a beber vino y a comer habas frescas y queso de oveja. Una de aquellas tardes Tore alargó una mano para coger una haba y todos vimos en su dedo un anillo macizo, con un brillante no muy grande, pero sí hermoso.

—¡Cáspita! —exclamamos.

—Pero no me imitéis esta vez —dijo, brutalmente—, monos, que sois unos monos de imitación... Este me lo he comprado para distinguirme.

Sin embargo, se lo quitó y nos lo fuimos pasando: era un brillante bellísimo, límpido, perfecto. Pero Tore es un hombretón un poco blanco, con una cara chata

y temblorosa, dos ojillos de cerdo, una nariz como de mantequilla y una boca que parece un bolso desqu...ado. Con aquel anillo en el dedo gordo y pequeñ... aquel reloj en la muñeca rechoncha, casi parecía una mujer. El anillo con el brillante no fue imitado, como él quería. Pero todos nos compramos nuestro buen anillo. Los Modesti se encargaron dos anillos iguales, de oro rojo, pero con piedras duras diferentes, una verde y otra azul; Rinaldo se compró un anillo de forma antigua, calado y cincelado, con un camafeo marrón en el que se veía la figurita blanca de una mujer desnuda; Morganti, pretencioso como siempre, se compró un anillo de platino, con una piedra negra; yo, más normal, me contenté con un anillo de engarce cuadrado, con una piedra amarilla, plana, en la que hice grabar mis iniciales para que me sirviera como sello en el lacre de los paquetes. Después de los anillos llegó la vez de las pitilleras. Comenzó, como de costumbre, Tore, abriéndonos en las narices un estuche largo y aplastado, naturalmente de oro, con rayas entrecruzadas, y luego todos lo imitaron, de un modo u otro. Después de las pitilleras echamos a volar la imaginación: uno se compró un brazalete con un colgante para llevar en la otra muñeca; otro, una pluma estilográfica aerodinámica; otro, una cadenita con una cruz y una medalla de la Virgen para colgársela del cuello; otro, un encendedor. Tore, más presumido que los demás, se encargó otros tres anillos, y ahora parecía más que nunca una mujer, sobre todo cuando se quitaba la chaqueta y se quedaba en camisa de mangas cortas, enseñando sus gruesos y blandos brazos que terminaban en las manos llenas de anillos.

Estábamos cargados de joyas; y no sé por qué, precisamente entonces empezaron a estropearse las cosas. Nada importante: alguna broma, alguna frase punzante, alguna respuesta seca. Hasta que, una de esas tardes, Rinaldo, el propietario del bar, se presentó con una muchacha, su nueva cajera, en la *trattoria* de costumbre. Se llamaba Lucrezia, quizás no tenía aún veinte años, pero estaba tan bien formada como una mujer de treinta. Tenía unas

carnes blancas como la leche, ojos negros, grandes, parados y sin expresión, boca roja, cabellos negros. Parecía una estatua, y además estaba siempre muy comedida e inmóvil, casi sin hablar. Rinaldo nos confió que la había encontrado por medio de un anuncio por palabras y dijo que no sabía nada de ella, ni siquiera si tenía familia o con quién vivía. Era lo que necesitaba para la caja, dijo: una muchacha así hacía afluir clientes con su belleza y luego, con su seriedad, los mantenía a distancia; una fea no atrae, y una guapa, pero fácil, no trabaja y provoca desorden. Aquella noche la presencia de Lucrezia nos cohibió; estuvimos todo el tiempo envarados, con las chaquetas puestas, hablando con comedimiento, sin bromas ni palabrotas, comiendo muy educadamente, y hasta Tore intentó comer la fruta con cuchillo y tenedor, aunque sin gran éxito. Al día siguiente nos precipitamos todos al bar para verla en funciones. Estaba sentada en un minúsculo taburete, del que se desbordaban sus nalgas, demasiado anchas para su edad; su exuberante pecho casi apretaba las teclas de la máquina registradora. Todos nos quedamos con la boca abierta al verla, tranquila, precisa, sin prisas, distribuyendo los tickets con el precio, apretando una tras otra las teclas de la máquina, sin mirarlas siquiera, con los ojos fijos en el aire ante sí, hacia el mostrador del bar. Cada vez advertía al barman con una voz tranquila, impersonal:

—Dos cafés... Un bitter... Una naranjada... Una cerveza.

No sonreía nunca, no miraba nunca al cliente, y eso que había algunos que se le metían debajo de la nariz para que los mirase. Estaba vestida bien, pero como la muchacha pobre que era: un traje blanco, sin mangas, sencillo. Pero limpio, fresco, bien planchado. No tenía joyas, ni siquiera pendientes, aunque sus orejas estaban agujereadas en los lóbulos. Nosotros, se comprende, al verla tan hermosa, comenzamos a bromear, animados por Rinaldo, orgulloso de ella. Pero, tras las primeras bromas, nos dijo:

—Nos veremos esta noche en la *trattoria*, ¿no?...

Mientras tanto, dejadme en paz... Cuando trabajo no me gusta que me molesten.

Tore, a quien se dirigían estas palabras, porque era el más descarado e insistente, dijo, con fingido asombro:

—Perdone, sabe... Somos pobre gente... No sabíamos que teníamos que vérnoslas con una princesa... Perdone... no queríamos ofenderla.

—No soy una princesa —replicó, secamente—, sino una pobre chica que trabaja para vivir... Y no me habéis ofendido... Un café y un bitter.

En resumen, nos marchamos casi mortificados.

Por la noche nos encontramos, como de costumbre, en la *trattoria*. Rinaldo llegó el último, con Lucrezia, e inmediatamente encargamos la cena. Durante todo, mientras esperábamos los platos, volvimos a encontrarnos cohibidos; luego, el dueño trajo una gran bandeja con el pollo a la romana, en trozos, con salsa de tomate y pimientos. Entonces nos miramos a las caras y Tore, interpretando el sentir general, exclamó:

—¿Sabéis lo que os digo? En la mesa me gusta estar con toda libertad... Haced lo que yo y os encontraréis a gusto.

Y al hablar así aferró un muslo y, con las dos manos llenas de anillos, se lo llevó a la boca y comenzó a devorarlo. Fue la señal; tras un momento de vacilación, todos comíamos con las manos. Todos, salvo Rinaldo y, naturalmente, Lucrezia, que apenas si pellizcó un trocito de pechuga. Después de aquel primer momento, tranquilizados, volvimos en todo y por todo a la antigua algazara: comíamos hablando y hablábamos comiendo; entre un bocado y otro nos echábamos al coleto vasos llenos de vino; nos arrellanábamos en las sillas, contábamos los consabidos chistes atrevidos. Más aún, quizás en son de desafío, empezamos a comportarnos peor que de costumbre; y no recuerdo haber comido nunca tanto ni tan a gusto como aquella noche. Cuando acabó la cena, Tore se aflojó la hebilla de los pantalones y lanzó un profundo eructo, capaz de hacer temblar el techo de no haber estado al aire libre, bajo un emparrado.

—¡Uf! Me encuentro mucho mejor —declaró.

Tomó un palillo y empezó a hurgarse los dientes, uno por uno, para después recomenzar; y, por último, con el palillo clavado en una comisura, nos contó no sé qué historia verdaderamente licenciosa. Lucrezia, entonces, se levantó y dijo:

—Rinaldo, estoy cansada... Si no te molesta, acompáñame a casa.

Todos nos lanzamos una ojeada significativa; hacía apenas dos días que estaba de cajera y ya lo tuteaba y lo llamaba por su nombre. ¡Para un anuncio por palabras, no estaba nada mal! Se fueron, y tan pronto como se alejaron Tore soltó otro eructo y dijo:

—¡Ya era hora!... No aguantaba más... ¿Habéis visto qué soberbia?... Y él, que se iba detrás, tan buenecito... un cordero... Pero lo que es el anuncio por palabras..., digamos, más bien que era un anuncio matrimonial...

Durante dos o tres días se repitieron las mismas escenas: Lucrezia, comiendo silenciosa y circunspecta; nosotros, fingiendo que no advertíamos su presencia, y Rinaldo, que no sabía cómo comportarse entre Lucrezia y nosotros. Pero algo se preparaba, todos lo notábamos: la muchacha, agua mansa, no lo demostraba, pero todo el tiempo quería que Rinaldo eligiera entre ella y nosotros. Por fin, una noche, sin ninguna razón precisa, quizás porque hacía calor y ya se sabe que el calor ataca a los nervios, Rinaldo, mediada la comida, nos agredió de este modo:

—Es la última vez que vengo a comer con vosotros.

Nos quedamos estupefactos, y Tore preguntó:

—¿De verdad? ¿Puede saberse por qué?

—Porque me desagradáis.

—¿Te desagradamos? Lo lamentamos, lo lamentamos muchísimo.

—Sois una piara de cerdos, eso es lo que sois.

—Ojo con lo que dices... ¿Estás loco?

—Sí, sois una piara de cerdos, lo digo y lo repito... Comiendo con vosotros me dan ganas de vomitar.

Todos estábamos rojos de ira, alguno se había levantado.

—Por de pronto —dijo Tore—, tú eres el primer cerdo... ¿Quién te autoriza a juzgarnos? ¿No estábamos siempre juntos? ¿No hacíamos siempre las mismas cosas?

—Cállate, tú —le dijo Rinaldo—, que con todas esas joyas encima pareces una de esas... Sólo te falta el perfume... Dime, ¿no has pensado nunca en perfumarte?

El golpe estaba dirigido contra todos nosotros; comprendiendo de dónde venía, miramos a Lucrezia. Pero ella, hipócrita, no hacía más que tironear a Rinaldo de la manga, recomendándole que se callase y se fuera. Tore dijo, entonces:

—También tú tienes joyas... También tú tienes tu anillo, tu reloj, tu brazalete... igual que los demás.

Y Rinaldo, fuera de sí:

—Pues yo, ¿sabéis lo que hago? Me los quito y se los doy a ella... Ten, Lucrezia, te los regalo.

Y diciendo así se quitó el anillo, el brazalete, el reloj, se sacó del bolsillo la pitillera y se lo echó todo en el regazo de la muchacha.

—Vosotros —dijo, insultante— no lo haréis... No podéis hacerlo.

—¡Vete al infierno! —dijo Tore; pero era evidente que ahora se avergonzaba de tener todos aquellos anillos en los dedos.

—Rinaldo, coge tus cosas y vayámonos —dijo Lucrezia, muy tranquila.

Recogió en un montón todas las alhajas que Rinaldo le había dado y se las metió a él en un bolsillo. Pero Rinaldo, no sé por qué rencor que tenía hacia nosotros, siguió insultándonos mientras se dejaba arrastrar por Lucrezia:

—Sois una piara de cerdos, os lo aseguro... Aprended a comer, aprended a vivir... ¡Cerdos!

—¡Cretino! —le gritó Tore, furioso—. ¡Ignorante!... Te has dejado embaucar por esa otra cretina que va a tu lado.

Hubieran tenido que ver ustedes a Rinaldo. Saltó a

través de la mesa, aferró a Tore por las solapas de la camisa. En resumidas cuentas, tuvimos que separarlos.

Aquella noche, cuando se hubieron ido, no resollamos y nos fuimos también nosotros pocos minutos después. A la noche siguiente nos volvimos a encontrar, pero ya se había acabado la antigua alegría. Además, observamos que muchos de los anillos habían desaparecido, y también algún reloj. Dos noches después estábamos todos sin joyas pero más mohinos que nunca. Pasó una semana y, luego, unos con una excusa y los demás con otra, dejamos de reunirnos. Se había acabado, estaba claro, y las cosas, cuando se acaban, no vuelven a empezar. A nadie le gusta la sopa recalentada. Después he sabido que Rinaldo se ha casado un día de estos con Lucrezia; me dijeron que, en la iglesia, ella estaba más cubierta de joyas que una estatua de la Virgen. ¿Y Tore? Hace tiempo lo he visto en su garaje. Tenía un anillo en el dedo, pero no era de oro, y sin brillante: uno de esos anillos de plata que suelen llevar los mecánicos.

Tabú

Alessandro me había hecho una escena asquerosa en el restaurante; dos semanas después, corriendo en motocicleta por la *via* Cassia, chocó con un camión y se mató en el acto. Giulio me había abofeteado a la salida del cine y tres días después cogió en los baños del Tíber esa terrible enfermedad que viene de las cloacas y se fue de este mundo en pocas horas. Remo me había dicho: «Imbécil, bobo e ignorante» en *via* Ripetta, y poco después, al doblar la esquina de *via* dell'Oca, resbaló en una cáscara y se rompió el fémur. Mario me había hecho un gesto obsceno en el partido de fútbol y casi inmediatamente se dio cuenta de que le habían birlado la cartera del bolsillo. Estos cuatro casos, y otros muchos más que no digo para no ser monótono, me habían convencido aquel año de que estaba protegido por una fuerza misteriosa que causaba la muerte, o, por lo menos, castigaba a quien se ponía en contra mía. Adviertan que no se trataba de *jettatura*. El *jettatore* perjudica sin motivo, al azar, rociando desgracias como una manguera rocía el agua: al que le toca, le tocó. No, yo sentía que, aunque

soy un hombre corriente, ni guapo, ni fuerte, ni rico (soy dependiente en un comercio de tejidos), ni, en suma, especialmente dotado en ningún aspecto, estaba protegido por una fuerza sobrenatural, por la cual nadie podía hacerme daño impunemente. Ustedes dirán: presunción. Entonces, por favor, explíquenme la combinación de esas muertes y de esas desgracias caídas sobre todos los que se habían querido hacer los valientes conmigo. Explíquenme por qué, cuando me encontraba en un aprieto e invocaba esa fuerza, acudía en seguida, como un perrito, y castigaba al imprudente que se había atrevido a hacerme frente. Y, por último, explíquenme... Pero, más vale que lo dejemos. Básteles con saber que, en aquella época, se me había metido en la cabeza que estaba embrujado, que sobre mí pesaba un encantamiento.

Uno de esos días de verano decidimos, Grazia y yo, ir a pasar el domingo a Ostia. En el comercio de tejidos éramos tres dependientes: Grazia, yo y uno nuevo que se llamaba Ugo. A decir verdad, este último era un tipo que no me gustaba un pelo: alto, atlético, seguro de sí mismo, con un rostro de pugilista, de nariz aplastada y mandíbula prominente. Ugo tenía una manera de echar la pieza sobre el mostrador, desenvolver la tela y hacerla crujir entre sus dedos, sin mirar al cliente, sino a los transeúntes, en la calle, a través de los cristales de la puerta del comercio, que me ponía verdaderamente nervioso. Y cuando un comprador expresaba alguna duda, en vez de intentar convencerlo empleaba la manera enérgica: se encerraba en un silencio desdeñoso y desaprobador, e incluso llegaba a decir, secamente:

—Lo que la señora necesita es un artículo más ordinario —e iba a colocar la pieza en su sitio.

En resumidas cuentas, procuraba intimidar al comprador; y, en efecto, casi siempre éste lo volvía a llamar, arrepentido, examinaba de nuevo la tela y efectuaba la compra. Pero a mí, cada vez que quería imitarlo, quizás porque no tenía la presencia física y la desfachatez de Ugo, me decían que era un mal educado, que la dirección haría muy bien en despedirme, y cosas por el estilo. Por

eso, tras algunas tentativas infructuosas, volví a mis viejos modales, que son resbaladizos, melosos, insinuantes, llenos de cumplidos y de complacencia.

A Grazia no le gustaba Ugo; por lo menos eso me había asegurado varias veces:

—Ese... por favor... ¡qué horror! Parece un negro.

Pero cuando, tras habernos puesto de acuerdo para ir a Ostia, Ugo se nos acercó, preguntando con su voz arrogante: —«¿Qué? ¿Tienen algún buen plan para el domingo?» —ella respondió en seguida, contoneándose, sonriendo, hinchándose de coquetería:

—¿Por qué no viene usted también, Ugo?

Figúrense, Ugo. Aceptó de inmediato e incluso dijo con aire protector que se ocuparía de llevar a una chica para que cada cual tuviera la suya. Pero lo dijo de una forma especial, que me desconcertó; como si él pretendiera decir que su chica era Grazia y que traería a la otra para mí.

El domingo nos encontramos a la hora fijada en la estación de San Paolo, entre una muchedumbre increíble. Grazia, que estrenaba un vestido nuevo, celeste, a tono con sus cabellos rubios; yo, cargado de paquetes, porque había hecho las compras para la comida; Ugo, vestido como un lechuguino, de color penicilina, y la chica de Ugo, una tal Clementina. La sospecha que me había asaltado en el comercio se confirmó muy pronto, cuando Ugo, con autoridad, tomó de un brazo a Grazia y nos dijo a mí y a Clementina:

—Eh, vosotros dos, no os escabulláis... Arreglaos para no perdernos de vista hasta el momento de la salida.

Grazia reía y se apretaba contra él, feliz. Miré a Clementina: era justo lo que hacía falta para mí, por supuesto según la idea que Ugo se hacía de mi persona: una buena muchacha, blanca y gruesa, con caderas y pecho de vaca y un rostro estúpido, también bovino; sólo le faltaba la campana al cuello. Me dijo con una sonrisa, mirando a Ugo y a Grazia:

—Se ve que esos dos están enamorados..., ¿verdad?

Quizás era una invitación para que nosotros hiciéra-

mos lo mismo. En cambio respondí, ácido, manteniéndome a distancia:

—Ah, ¿de verdad?... Vaya, mira..., y yo que no me había dado cuenta...

Llegó el tren y Ugo, naturalmente, fue el primero en subir, quién sabe cómo, entre la muchedumbre que chillaba y se empujaba, y también el primero en asomar su antipática cara por la ventanilla, gritando:

—Tengo cuatro sitios..., podéis venir con toda tranquilidad.

Subimos y nos sentamos, una pareja frente a la otra, y el tren partió. Durante todo el trayecto puede decirse que no aparté ni un solo momento los ojos de aquellos dos: era más fuerte que yo. Ugo se había apoderado completamente de Grazia y ora le hablaba en voz baja, haciéndola reir y ruborizarse, ora, como por broma, la abrazaba, ora, como si nada, le hacía alguna caricia. Grazia, como una desvergonzada, se lo permitía, y no hacía más que menearse como una anguila y restregarse contra él. Pero lo que más me ofendía era que se comportasen de ese modo, como si yo no hubiese estado, ignorando mi presencia. Si al menos hubiera podido hacer yo lo mismo con Clementina, para contrapesar la conducta de Ugo; pero Clementina, además de no gustarme nada, no parecía desear que le hiciera la corte: dormía, con el cuello echado hacia atrás, la boca abierta, las manos en el regazo.

En Ostia fuimos al establecimiento de baños y nos desnudamos, por turno, en la caseta. Una vez que los cuatro estuvimos en traje de baño se revelaron más aún las diferencias. Grazia tenía un hermoso cuerpo espigado, con piernas largas y fuertes, un busto floreciente; pero Clementina, en cambio, parecía un almohadón atado por la mitad, toda caderas y pecho, sin cuello ni cintura. Y entre Ugo y yo eran mucho más visibles las diferencias; él tenía un cuerpo de luchador, musculoso, fuerte, moreno, ancho de espaldas y estrecho de caderas, con el slip pegado a las nalgas y los muslos velludos estremecidos; yo, en cambio, era bajo, con piernas delgadas, el cuerpo

sin músculos, los brazos débiles: una araña. Ugo, naturalmente, cogió en seguida a Grazia por la mano y, a la carrera, a través de la arena hirviente, llegaron al mar, donde se lanzaron juntos de cabeza.

—¡Qué hermosa pareja! —dijo Clementina, que parecía hacerlo a propósito para envenenarme.

Aquellos dos, ahora, en el mar, se salpicaban con agua, se daban empujones y luego Ugo tomaba a Grazia en brazos, ella se colgaba de su cuello y reía. Pregunté a Clementina si quería tomar un baño y respondió que le gustaría mucho, pero que tenía que quedarse cerca de la orilla porque no sabía nadar. En suma, nos bañamos en medio metro de agua sucia y caliente, entre los niños que lloraban y gritaban y se tiraban balones, y las ayas y las madres que los llamaban por su nombre, con la radio del establecimiento de baños que gritaba sin tregua una vieja cancioncilla: «*Il mare è sempre blu, come quando c'eri tu*»... Entre tanto, Ugo y Grazia nadaban allá a lo lejos, como verdaderos deportistas, y casi no se les veía.

En aquel momento, sin quererlo, con toda naturalidad, acudió a mi mente la idea de que Hugo se ahogaría ese día. Lo pensé sin esfuerzo, como una cosa inevitable y justa: me había agraviado y, por lo tanto, debía morir. Este pensamiento me devolvió de pronto la tranquilidad. Me acerqué a Clementina, que estaba de pie en el agua, agarrándose con ambas manos a la cuerda de salvamento, y le dije:

—Ugo es de esos valentones que, al final, les da un calambre y se ahogan... Y luego los traen desmayados a la playa y les hacen la respiración artificial.

Ella me miró, sin comprender, y me dijo:

—Pero si nada muy bien.

—Nada muy bien, no lo discuto —respondí sacudiendo la cabeza—. Pero es de ese tipo de hombres que acaban el domingo tendidos en la arena mientras les hacen la respiración artificial... Permíteme que te lo diga.

Después de un rato, Grazia y Ugo volvieron a la orilla y comenzaron a correr por la playa para secarse, según

decían. Se perseguían, se agarraban con ambas manos, se tiraban bolas de arena, caían juntos al suelo. Yo los miraba fijamente, al lado de Clementina, que se agarraba a la cuerda, y me parecía ver a Ugo que se lanzaba al mar y le daba un calambre, comenzaba a gesticular, se ahogaba, y luego lo traían a la orilla y le hacían la respiración artificial. No estaba seguro de que debiera morir; pero no me desagradaba pensar en que durante una hora, por lo menos, estuviera entre la vida y la muerte, como suele decirse. Mientras tanto, Ugo y Grazia habían acabado de secarse y Ugo vino a proponernos un paseo en barca. Clementina declaró inmediatamente que ella no montaba en barca porque no sabía nadar; de forma que subimos a la barca nosotros tres, yo a los remos y Ugo y Grazia sentados uno al lado del otro, en la popa.

Empecé a remar con calma, en aquel mar tranquilo y aburrido, bajo un sol que quemaba, mirándolos fijamente, casi esperando que todo el veneno que había en mis miradas los avergonzase y los hiciera más discretos. Trabajo perdido: igual que poco antes en el tren, continuaban restregándose y bromeando, como si yo hubiera sido el barquero. Incluso Ugo quiso subrayar la cosa diciéndome en son de burla:

—Si no le molesta, buen hombre, reme con la izquierda, porque si no iremos a chocar contra ese patín.

Esta vez perdí la cabeza y respondí:

—Dime, Ugo..., ¿nadie te ha dicho que eres un mal educado de tomo y lomo?

Se incorporó, preguntándome:

—¿Quéeee? —alargando la e, como queriendo decir: —«¿Qué es lo que oigo? ¿Oigo bien?».

Repliqué, sin dejar de remar:

—Sí, un mal educado y un ignorante... ¿Nadie te lo ha dicho nunca?

—Pero, ¿qué te pasa? —preguntó, alzando la voz.

—Me pasa —dije fríamente— que eres un palurdo de primera.

—¡Cuidado con lo que dices!

—Digo lo que me parece, que eres un palurdo y también un bellaco.

—Eh, con calma... ¡No aguanto esas bromas!

Y diciendo así se puso de pie y me dio un golpe muy fuerte en lo alto del pecho. Dejé los remos, me levanté yo también e intenté devolverle el golpe; pero él, más rápido, me apretó la muñeca con dos dedos que parecían de hierro. Ahora luchábamos, en pie los dos, mientras Grazia, sentada, chillaba y nos pedía que lo dejáramos. Ante un movimiento más violento, la barca, que era estrecha y plana, se volcó y todos caímos al agua.

No estábamos muy lejos de la orilla, y juro que, mientras caía al agua, pensé, contento: «Ahora le da un calambre y se ahoga... y muere, como Alessandro, como Giulio». Mientras tanto la barca se alejaba, boca abajo y con los remos flotando en el agua, y nosotros tres emergíamos a la superficie, nadando.

—¡Imbécil! —me gritó Ugo.

Grazia, como si nada hubiera ocurrido, se dirigía nadando hacia la playa.

—¡Imbécil serás tú...! ¡Y también un canalla! —respondí, y al hablar me entró el agua en la boca.

Pero ya Ugo no se ocupaba de mí, nadaba para alcanzar a Grazia. También yo empecé a nadar hacia la orilla, pensando siempre en el calambre que dentro de nada iba a hacerlo hundirse a plomo, cuando, de repente, sentí un agudo dolor en todo el costado izquierdo, desde el hombro hasta el pie, y comprendí que el calambre, en vez de a él me había dado a mí. Fue sólo un instante, pero en aquel instante perdí la cabeza: el dolor no cesaba, comencé a manotear, me faltaba la respiración, experimentaba un miedo terrible, lancé un grito y el agua se me metió en la boca. Grité: «¡Socorro!», y de nuevo tragué agua. El calambre continuaba y yo me sumergí y volví a salir, grité de nuevo «¡Socorro!» y me sumergí de nuevo, siempre tragando agua. En suma, me habría ahogado si, por último, una mano no me hubiera aferrado el brazo, mientras una voz, la de Ugo, me decía:

—Estáte quieto..., te llevaré hasta la orilla.

Entonces cerré los ojos y creo que me desmayé.

Volví en mí no sé cuánto tiempo después, y sentí bajo mi espalda la arena hirviente de la playa. Alguien, apretándome por las muñecas, me alzaba y me bajaba los brazos; algún otro, acuclillado, me daba masaje con las manos en el pecho y la barriga. El aire estaba lleno de una espesa polvareda, el sol cegaba, y a mi alrededor había todo un bosque de piernas bronceadas y velludas: gente que me miraba morir. Oí que alguien decía:

—Para mí que se ha muerto.

—Se hacen los valientes y, claro, luego se ahogan —observó algún otro.

Me sentía hinchado de agua y la cabeza me pesaba, y entre tanto mis dos brazos subían y bajaban como los mangos de un fuelle; me acometió una gran furia y dije, tratando de liberarme:

—Déjenme... Váyanse al infierno —y luego me desmayé otra vez.

No quiero decir nada más de aquel día maldito. Pero una semana después, en el comercio, Grazia me dijo en voz baja, en un momento en que Ugo estaba lejos:

—¿Sabes por qué, en Ostia, el domingo, estuviste a punto de ahogarte?

—No, ¿por qué?

—Me lo ha explicado Ugo... Dice que hay una fuerza misteriosa que lo protege; a quien se enfrenta con él puede ocurrirle incluso que se muera... En suma, dice que es tabú... ¿Se puede saber qué quiere decir tabú?

—Tabú —respondí tras un momento de incertidumbre— quiere decir cuando una cosa o una persona es sagrada.

Ella no dijo nada porque en aquel momento se acercaba Ugo, llevando en los brazos una pieza de algodón, y desplegándola con el habitual chasquido decía:

—Esto es lo que usted necesita, señora.

Pero por las miradas de Grazia comprendí que estaba muy enamorada. ¡Qué diablos!: un hombre guapo, fuerte, joven y, por añadidura, también tabú.

No digo que no

Para que comprendan el carácter de Adele quiero contarles sólo lo que ocurrió la primera noche después de la boda; porque, como suele decirse, por la mañana se conoce el día. Así, pues, después de la cena en una *trattoria* del Trastevere, tras los brindis, las poesías, los parabienes, los abrazos y las lágrimas de la suegra, nos fuimos a mi casa, sobre mi comercio de herramientas, en la *via* dell'Anima. Ya éramos marido y mujer y ambos nos avergonzábamos un poco; cuando estuvimos en el dormitorio empecé quitándome la chaqueta y, colgándola en una silla, dije, para romper el hielo:

—Dicen que trae suerte... ¿Has visto?... Eramos trece a la mesa.

Adele se había quitado los zapatos nuevos, que le hacían daño, y estaba erguida frente al espejo del armario, mirándose. Respondió en seguida, contenta, como si mi frase hubiera eliminado su turbación:

—Realmente, Gino, éramos doce..., diez invitados y nosotros dos, doce.

Ahora bien, yo, en el restaurante, había contado a los

presentes, para calcular lo que tenía que encargar, y al contarlos había visto que éramos trece, hasta el punto de decir a Lodovico, uno de los testigos:

—Somos trece... No quisiera que nos trajera mala suerte.

—No, todo lo contrario, da buena suerte —había respondido él.

Me senté en el borde de la cama y comencé a quitarme el pantalón, respondiendo con calma:

—Te equivocas... Eramos trece... Me chocó y lo comenté con Lodovico.

Adele, de momento, no me contestó, porque tenía la cabeza y medio cuerpo arrebujados en el vestido, que estaba sacándose por arriba. Pero tan pronto como logró salir, aun antes de respirar, dijo con vivacidad:

—No has contado bien... Eramos trece en la calle, pero luego Meo se fue y quedamos doce.

Me había quedado ya en calzoncillos y, no sé por qué, de pronto me irrité:

—¡Qué doce ni qué niño muerto!... Y, además, ¿qué tiene que ver Meo?... Ya te dije que eché la cuenta dentro del restaurante.

—Bueno, entonces —dijo, yendo a colgar el vestido en el armario—, quiere decir que cuando los has contado ya habías bebido demasiado... Eso es todo.

—¿Quién ha bebido?... Entre unas cosas y otras, habré bebido un par de vasos, contando el espumante...

—En resumidas cuentas —dijo ella—, éramos doce... Y tú no te acuerdas porque ahora estás borracho y la memoria te engaña.

—¿Borracho yo?... Eramos trece.

—Y yo te digo que éramos doce.

—¡Trece!

—¡Doce!

Ahora nos hablábamos nariz contra nariz, en el medio de la habitación, yo en calzoncillos y ella en combinación. La agarré por el brazo y le grité en la cara:

—¡Trece!

Pero luego cambié de pronto de idea e intenté abrazarla, murmurando:

—Trece o doce, ¿qué más da?... Un beso, venga...

Pero ella, mientras caía en la cama y no me negaba el beso, susurró, casi bajo mis labios, podría decirse, en el momento en que se encontraban con los suyos:

—Sí, pero éramos doce.

—¡Empiezas mal!... Eres mi mujer y debes obedecerme... Si te digo que éramos trece, trece han de ser, y no debes contradecirme.

Ella, entonces, se levantó de la cama y gritó con fuerza:

—Yo soy tu mujer, o, mejor dicho, lo seré..., pero éramos doce.

—¡Y dale!... Eramos trece.

Así voló la primera bofetada, seca y sonora. Adele se quedó atontada durante un instante, luego corrió a la puerta de la sala, la abrió y gritó desde el umbral:

—¡Eramos doce!... Y déjame en paz!... ¡Me das asco!

Y desapareció. Tras un momento de estupor me recobré, fui a la puerta, golpeé, rogué. Nada. En resumen, pasé la noche de bodas completamente solo, dormitando, a medio vestir, sobre la cama; y creo que ella hizo lo mismo en el sofá de la sala. Al día siguiente, de común acuerdo, fuimos junto a su madre y le preguntamos cuántos éramos. Vino a resultar que, en realidad, éramos catorce, a causa de dos niños, tan pequeños que se habían deslizado de sus sillas y se habían puesto a jugar bajo la mesa. Cuando yo había echado la cuenta, uno de ellos estaba aún sentado; cuando había contado Adele, habían desaparecido los dos. De forma que ambos teníamos razón; pero Adele, como mujer, estaba equivocada.

Después de aquella primera vez no pueden contarse las ocasiones en las que Adele mostró este carácter suyo, tan terco. Tenía la manía de discutir sobre cualquier tontería; si yo decía blanco, ella decía negro; jamás cedía, jamás admitía que se equivocaba. No acabaría nunca si quisiera contarlas todas; como aquella vez, por ejemplo, que sostuvo durante todo un día que no había recibido el dinero de la compra, y después, tras haber discutido

durante veinticuatro horas seguidas, apareció el dinero en el antepecho de la ventanita del baño, tomando el fresco, como una rosa en un jarrón. Naturalmente la discusión continuó, porque ella sostenía que yo había puesto el dinero en la ventana, mientras que yo, en cambio, le demostraba con hechos que no podía ser y que ella había ido al cuartito oscuro después de haber recibido el dinero, y no antes. O aquella otra vez en la cual, siempre terca, sostuvo que Alessandro, el barman del café de enfrente, tenía cuatro hijos, mientras que yo sabía perfectamente que tenía tres, y así continuamos discutiendo toda una semana, porque el barman estaba ausente; luego volvió y descubrimos que tenía tres hijos cuando había comenzado la discusión y que ahora tenía cuatro, porque le había nacido uno. Tonterías; y como suele ocurrir, unas veces tenía yo razón y otras la tenía ella; pero lo que intentaba hacerle comprender en vano era que no importaba la razón, y que su vicio de discutir por naderías acabaría por estropearlo todo. Ella respondía:

—Tú no quieres una mujer, quieres una esclava.

Así, a fuerza de discutir, la situación iba de mal en peor, como suele decirse, y apenas yo decía algo, por cierto que fuera, como, por ejemplo: «Hoy hace sol», me sentía ya irritado ante la idea de que podía llevarme la contraria. Y la miraba, y, en efecto, en seguida decía:

—Pero, Gino, hoy no hace sol... Está nublado.

Entonces cogía el sombrero y escapaba de casa, porque si me hubiera quedado habría reventado de rabia.

Uno de esos días, pasando por Ripetta, me encontré con Giulia, una muchacha a la que había cortejado poco antes de conocer a Adele. Entonces me había cansado pronto de ella, porque no me parecía bastante independiente y aprobaba todo lo que yo decía y nunca me negaba la razón, ni siquiera cuando hasta un ciego hubiera visto que no tenía razón. Pero ahora que me había casado con la mujer independiente y disfrutaba de ella, echaba de menos a Giulia, tan dulce y sumisa, y me mordía los puños por haber preferido a Adele. Aquella mañana me dio mucho gusto encontrarla, aunque no fuera más

que por la diferencia entre su carácter y el de Adele; y así, mientras ella se excusaba diciendo que tenía que ir al mercado a hacer la compra, la retuve, sólo por el placer de verla darme la razón, siempre tan dulce, sin contradecirme ni una vez. Le dije, para ponerla a prueba:

—Entonces, ¿te has arrepentido del daño que me has hecho? ¿Te has dado cuenta que yo era mejor que otros muchos? Dime, ¿por qué no me quisiste?

Ahora bien, yo sabía perfectamente que esto no era verdad; había sido yo quien la había dejado, aduciendo precisamente que no me gustaban las mujeres como ella, demasiado dóciles. Pero quería ver qué respondía a mi acusación, tan falsa e injusta. Ella, pobrecita, al oírme hablar de aquel modo, abrió mucho los ojos, sorprendida. Durante un momento tuvo, ciertamente, la tentación de contestarme que el daño se lo había hecho yo, como era verdad, y que había sido yo el que la abandonara. Pero luego, en cambio, se reveló su carácter. Dijo, con su voz dulce:

—Gino... Debió de haber un malentendido... Yo no te habría dejado jamás de los jamases... Te quería mucho.

Observarán ustedes que no me acusaba de decir una mentira, como habría hecho Adele con toda seguridad; trataba de disculparse, en cambio, y, por darme gusto, admitía incluso que quizás ella había tenido algo de culpa. Estallé entonces en una risotada agria ante el pensamiento de la tontería que había cometido al preferir a Adele. Y exclamé, haciéndole una caricia en la mejilla:

—Ya sé que toda la culpa fue mía... Y, por desgracia, no hubo ningún malentendido... Toda la culpa fue mía... Lo dije por decir... Para ver qué me contestabas.

Luego le hice otra caricia en la mejilla, haciéndola ruborizarse de placer, y me marché. Pero antes de doblar la esquina me volví: aún estaba allí, en la acera, con la cesta de la compra colgada del brazo, y me miraba aturdida.

Estábamos a finales de mayo, y al día siguiente fuimos Adele y yo a Fregene, en *scooter*, a darnos el primer baño de la temporada. Encontramos la playa desierta, con un

cielo azul y un sol enceguecedor, con un viento que soplaba con fuerza, a ras del suelo, punzante, lleno de arena. El mar, junto a la orilla, era todo olas verdes y blancas que se encabalgaban y se arrojaban unas contra otras; a lo lejos presentaba tiras de un azul casi negro, con algún borde blanco aquí y allá. Adele dijo que quería ir en barca, y yo, aunque el mar no estaba bien, para no contradecirla y no oírle decir, a lo mejor, que el mar estaba como una balsa de aceite, alquilé una barquilla y me la hice sacar al agua. Estaba en traje de baño, pero Adele estaba completamente vestida, y yo, siempre por miedo a las discusiones, no había insistido en que se desvistiese. El bañero me dio un empujón, yo agarré los remos y comencé a remar con fuerza hacia las olas. No eran muy altas, y cuando salí de los bajíos remé más despacio, pero prestaba atención para coger las olas de proa, porque si me ponía de costado podía ocurrir que la barca, un cascarón de nuez, volcase. Adele estaba sentada a proa, y subía y bajaba con el movimiento de las olas; de pronto, al mirarla y verla vestida, acordándome de que no me había atrevido a aconsejarle que se desnudase, me irrité y me dieron ganas de decirle que me había encontrado a Giulia. Y así, mientras remaba, le conté cómo había querido poner a prueba el carácter de Giulia y cómo ella no me había llevado la contraria. Adele me escuchó, mientras la barca subía y bajaba con las olas, y finalmente dijo con calma:

—Te equivocas... Precisamente fue de ella la culpa..., él fue la que te dejó.

Di otro golpe fuerte con los remos, para evitar una ola más alta que las demás, y respondí con rabia:

—¿Quién te lo ha dicho?... Fui yo, una noche, el que le dio a entender que ya no la quería... Hasta me acuerdo del sitio..., en el Lungotevere.

Adele, con algo maligno en la voz, los cabellos revoloteantes en el viento, contestó:

—Como siempre, te acuerdas mal... Fue ella quien te dejó..., dijo, y con toda razón, que eras de carácter pen-

denciero... y que no se sentía con fuerzas para vivir contigo.

—¿Quién te lo ha dicho?

—Me lo dijo ella... unos días después.

—Pero no es cierto... Lo dijo para ocultar su contrariedad: la zorra y las uvas...

—Fue ella, Gino, no insistas..., me lo confirmó también su madre.

—Y yo te digo que no es cierto... Fui yo.

—Fue ella.

No sé qué diablos me ocurrió en aquel momento. Hubiera soportado que me contradijera en cualquier cosa, pero no en ésa. Supongo que también contaba mi amor propio de hombre. Dejé los remos y, poniéndome en pie, grité:

—Fui yo... Y ya basta... No quiero discutir más... Si dices otra palabra, te doy con un remo en la cabeza.

—Inténtalo —dijo ella—; cuando te enfureces, es que estás equivocado... Ya sabes que fue ella.

—Fui yo.

Ahora estaba en el centro de la barca, de pie, y aullaba, para hacerme oír en medio del estrépito de las olas. La barca subía y bajaba con los remos abandonados y, sin que yo lo advirtiera, se había puesto de costado. Recuerdo que Adele, de pronto, se levantó también y me gritó en la cara: «Fue ella», juntando las manos alrededor de la boca para que le sirvieran de altavoz. En aquel mismo momento se levantó una ola muy grande, verde, como de vidrio, con la cresta blanca, y chocó contra nosotros, derrumbándose dentro de la barca. Caí al agua, pensando que, por suerte, la barca no había volcado, y en seguida me hundí, arrastrado por los pies por un remolino. Bajé, tragué un poco de agua y luego volví a flote, luchando contra la corriente y llamando a Adele. Pero cuando miré a mi alrededor vi que la barca estaba ya muy lejos, y que estaba vacía: Adele había desaparecido. Llamé una vez más a Adele y empecé a nadar hacia la barca, sin saber lo que hacía. Pero, a cada ola, la barca se alejaba más, y yo me llenaba la boca de agua cada vez que lla

maba a Adele, y entre tanto pensaba que era inútil que persiguiese a la barca, puesto que Adele ya no estaba en ella. Finalmente renuncié y comencé a nadar en círculo, buscando a Adele por el mar. Pero no se veía ya a Adele, sólo se veían las olas, que se perseguían hasta la orilla; mientras tanto, las fuerzas me faltaban. Me dio miedo de ahogarme y comencé a nadar hacia la playa. Después toqué con los pies el fondo, y aunque aún estaba lejos de la orilla, me detuve y empecé a gritar, y un patín se separó de la orilla y vino hacia mí. Mientras llegaba, yo miraba a mi alrededor, buscando a Adele en el mar, que estaba desierto hasta donde alcanzaba la vista, salvo la barquichuela vacía, que se alejaba a la deriva, con los remos abandonados; comencé a llorar, repitiendo «Adele, Adele» en voz baja, como para mí. Me parecía que el mar, con su estruendo, me contestaba: «Fue ella», como si la voz de la desaparecida Adele se hubiera quedado en el aire y me contradijese todavía. Luego llegaron los bañeros con el patín y buscamos durante más de tres horas, pero el cuerpo de Adele no fue encontrado ni aquella mañana ni en los días siguientes.

Así me quedé viudo. Pasó un año, y por fin me armé de valor y me fui a ver a Giulia. Su madre me hizo pasar al comedor, y cuando ella entró, le dije:

—Giulia, he venido a pedirte que seas mi mujer.

Ella enrojeció de placer y respondió con su voz dulce:

—No digo que no..., pero tengo que hablar con mamá.

Esta primera frase me impresionó, y luego la recordé como un augurio: «No digo que no»...

En resumen, nos casamos, y si quieren ustedes conocer a una pareja bien avenida, vengan a vernos. Giulia sigue igual que aquella mañana en que me contestó: «No digo que no»...

Cuando se actúa, es señal de que antes se ha pensado; la acción es como el verde de algunas plantas, que apenas despuntan sobre la tierra, pero prueben a tirar de ellas y ya verán qué raíces más profundas. ¿Cuánto tiempo habré pensado en escribir aquella carta? Seis meses, pues hacía justo seis meses que aquel señor se había construido un chalet en el kilómetro veinte de la Cassia. Y la idea se me ocurrió precisamente al ver el nuevo chalet en la cima de una loma, en medio de una campiña desierta. En aquel tiempo se me habían subido a la cabeza las películas y las historietas, y además sentía la necesidad de hacerme admirar por Santina, una muchacha de mi edad, hija del guarda del paso a nivel, bastante tonta pero muy guapa, o por lo menos así me lo parecía entonces. Una noche que paseábamos juntos le dije, señalándole el chalet:

—Yo sería capaz de escribir uno de estos días una carta conminatoria al dueño de ese chalet.

—¿Qué quiere decir conminatoria?

—Amenazadora... O nos entregas tanto o te liquidamos... Amenazadora, en suma.

—Pero ¿no está prohibido? —preguntó ella sorprendida.

—Claro que está prohibido..., pero ¿qué importa?... Una carta con indicación del lugar al que tiene que llevar el dinero... Eh, ¿qué te parece?

Esperaba impresionarla; pero ella, en cambio, como si hubiera propuesto la cosa más natural del mundo, me dijo, tras un momento de reflexión:

—Por mí, vale... ¿Y cuánto le pedirías?

En suma, se lo tomaba con la mayor naturalidad, hasta el punto de que yo, para no ser menos, le respondí tranquilamente:

—No sé..., cien, doscientas mil liras.

—¡Huy, qué bien!... —dijo ella palmoteando—. ¿Y me harás un regalo?

—Desde luego.

—Y, entonces, ¿por qué no lo haces?... ¿A qué esperas?

—Déjame tiempo para pensarlo —dije entonces.

Así, por una broma, me vi comprometido a escribir aquella carta.

El señor del chalet pasaba a menudo en su coche por la Storta, ante el comercio de frutas y verduras de mi madre. Era un hombretón alto, grande, gordo, con unas narizotas que parecían de esas de cartón pintado que se llevan en carnaval, bigotes negros de cepillo, ojazos torvos. Iba siempre arropado en un abrigo de pelo de camello: un verdadero oso. Fabricaba perfumes en el sótano del chalet, y al acercarse a las ventanas del semisótano se percibían no olores de cocina, sino los de las esencias que empleaba en su laboratorio. Concebí por aquel hombre una honda antipatía, y esto era un impulso más para escribir la carta. Pero no la habría escrito nunca, por mucho que lo odiase y por mucho que Santina me hostigase, por aquello de las cien mil liras, si no fuera que uno de esos días, a pocos kilómetros del chalet, tres enmascarados llevaron a cabo un atraco. Los periódicos daban todos los detalles: al conductor, un comerciante romano, lo dejaron tieso ante el volante mientras intentaba escapar, el

coche en un foso, los otros viajeros despojados de cuanto llevaban. Le dije a Santina esa misma tarde:

—Este es el momento de escribir la carta.

—¿Por qué? —preguntó sorprendida.

—Porque —respondí— fingiremos que la carta ha sido escrita por uno de los tres que han realizado el asalto... Con estos precedentes, ese señor tendrá miedo y soltará la pasta.

Y luego, viendo que Santina me miraba admirada, continué:

—Ya ves, no existen el valor o el miedo..., sólo existen la consciencia y la inconsciencia... Ahora ese señor es un inconsciente... No sabe que vive en un chalet solitario, en medio del campo, a disposición, por así decirlo, de quien quiera agredirlo... O, mejor dicho, lo sabe con la cabeza, pero no con las entrañas... En resumen, es inconsciente, o sea valiente... Yo, con mi carta, haré que se vuelva consciente, o sea temeroso... Y entonces tendrá miedo y pagará.

Todo esto eran cosas en las que pensaba hacía meses, e incluso años; y así, me salían de la boca como si las hubiera leído en las páginas de un libro. Santina, admirada, exclamó:

—Pero, dime, ¿cómo piensas tú todo esto?... ¿Sabes que eres inteligente?

Y yo, hinchado de vanidad, dije:

—Esto no es nada..., se ve que no me conoces.

Estaba tan exaltado que no dejé transcurrir mucho tiempo. Fuimos Santina y yo al almacén de la Storta y allí, en una mesita, escribimos inmediatamente la carta. Decía así: «Cara de funeral, hace tiempo que te seguimos y sabemos que no te falta dinero. Si no quieres tener el mismo fin que Vaccarino, coge cien mil liras, mételas en un sobre y escóndelas bajo una piedra tras el mojón del kilómetro treinta de la Cassia mañana lunes, antes de media noche. El hombre enmascarado.»

Vaccarino era justamente el comerciante al que habían matado el día anterior. Santina habría querido que yo pusiera un millón en vez de cien mil liras, pero no acepté

Por un millón, le expliqué, un hombre arriesga la piel, en cambio, por cien mil liras se lo piensa dos veces antes de hacerlo, y después de haberlo pensado, acaba pagando.

Santina me dejó para irse a su casa. Y yo, tras haber vagabundeado un poco por la explanada de la Storta, cuando se hizo de noche monté en la bicicleta y me dirigí hacia el chalet de aquel señor, Cassia adelante. Era en invierno, con la tramontana, con un cielo rojo y aterido y árboles negros como el carbón; entre un árbol y otro, el campo, ya muy oscuro, pero límpido como cristal. Llegué en un vuelo ante la verja del chalet, y sin desmontar de la bicicleta, apoyándome con una mano en una de de las pilastras, eché con la otra la carta en el buzón. En aquel punto el camino traza una recta entre dos curvas. Precisamente en el momento en que metía la carta en el buzón vi asomar por la curva que da a Roma el coche de aquel señor.

De momento no pensé en nada, me incliné sobre el manillar y pedaleé.

A la mitad de la recta me crucé con el coche; no vi al señor porque el cristal del parabrisas, espejeante, me lo impedía, pero estoy seguro de que él pudo mirarme todo lo que quiso. Hice en un vuelo todo el camino hasta la Storta; casi, casi me parecía que corriendo de ese modo podía dejar atrás mi miedo, pero en cambio el miedo estaba dentro de mí; cuando entré en mi casa, hasta mi madre se dio cuenta y me preguntó si me encontraba mal. Le respondí que había pillado un resfriado, que no cenaría, y sin hacerle caso a ella, ya preocupada, pasé a mi habitación. Me tiré sobre la casa, a oscuras, y me puse a reflexionar.

Ahora comprendía que el único consciente entre tantos inconscientes era yo, y que si no conseguía recuperar la inconsciencia me moriría de miedo. Estaba seguro de que aquel señor me había visto meter la carta en el buzón; y al haberme visto, no cabía la esperanza de que no me hubiera reconocido; pasaba por la Storta por lo menos dos veces al día, y yo estaba siempre allí, entre las cestas de verdura y fruta de mi madre, o en pie en medio de la

explanada, apoyado en la bicicleta, junto con otros muchachos de la localidad. Además, yo soy perfectamente identificable porque tengo el pelo rojo, pecas y llevo gafas, y en la Storta no hay nadie parecido. Quizás aquel señor ignoraba mi nombre, pero igualmente iría a ver al sargento de los carabineros y le diría:

—He recibido esta carta conminatoria..., la ha puesto en mi buzón un muchacho así y así.

El sargento habría comprendido en seguida:

—Ah, sí..., Emilio..., muy bien..., iremos en su busca.

Vendrían a la tienda y me preguntarían, mientras yo temblaba entre las cestas de escarolas y naranjas:

—Dinos, Emilio..., ¿dónde estabas ayer hacia las seis?

Yo respondería que estaba en el paso a nivel, con Santina. Entonces llamarían a Santina, y ella, para no comprometerse, les diría:

—¿Que si lo he visto?... No, yo no lo vi.

Y el sargento me diría:

—Te voy a decir dónde estabas ayer, Emilio..., ante la «Villa Sorriso»..., y metías en el buzón esta carta.

Pese a mis protestas, el señor confirmaría la acusación y el sargento me pondría las esposas y me llevaría a la cárcel. Y luego, como las desgracias nunca vienen solas, me atribuirían también el homicidio de Vaccarino. Me harían un proceso clamoroso: el bandido de la Via Cassia, el monstruo de la Storta, el asesino del kilómetro treinta. Con todos estos nombrecitos, veinte o treinta años no me los quitaba nadie...

La ventana de mi cuarto no tiene persianas y mira hacia el campo; había una luna feroz, pulida por la tramontana como un espejo de plata, y dentro del cuarto se veía mejor que de día. Ya hacía dos o tres horas que daba vueltas en la cama, despierto como un grillo, y aquella luz de la luna me parecía ahora que formaba una sola cosa con el miedo, y como no lograba liberarme del miedo tampoco lograba cerrar los ojos a la luz de la luna. Pero lo que más me escocía era el hecho de que la situación se me hubiera revuelto entre las manos, como una serpiente. Ahora el atemorizado era yo, y no aquel se-

ñor; era yo quien sería acusado también del homicidio de Vaccarino, y no los verdaderos asesinos. ¿Qué había ocurrido con mi carta? Nada, o casi nada; había visto a aquel señor que llegaba en coche mientras echaba la carta. Pero eso bastaba para trastocar la situación.

Por último, sin poder resistir más, salté de la cama, me eché al hombro la bicicleta, que por las noches metía siempre en mi cuarto, salí por la ventana y llegué a la carretera. Allí monté en la bicicleta y me dirigí hacia la «Villa Sorriso». Quería recuperar la carta, a cualquier precio; aunque tuviera que arrojarme a los pies de aquel señor e implorar su perdón con las manos juntas. Pero no hubo necesidad de tanto. Cuando me asomé por lo alto del muro de la cerca vi mi carta en el suelo, al pie del muro, al borde de la avenida de la entrada. Estaba el agujero pero aún no había puesto la cajita del correo; y el señor, al entrar con el coche, no había visto la carta porque quedaba oculta tras una mata de arrayán. Salté con facilidad el muro, cogí la carta y, lleno de alegría, pedaleando despacio esta vez, me volví a casa.

Al día siguiente me encontré con Santina, en la explanada, y ella me preguntó si había echado la carta. Le contesté:

—No, no la he echado, ni la pienso echar.

—¿Cómo? Si las cosas iban tan bien... —exclamó, desilusionada.

—¿No te había dicho que se es valiente mientras se es inconsciente? —le dije—. ¿Quieres saber lo que me sucedió? De inconsciente que era me he convertido en consciente.

—Tuviste miedo, en suma —dijo, con desprecio.

—Claro... Ya ves que yo tenía razón: el valor es inconsciencia.

—¿Y ahora, qué?...

—Ahora no se vuelve a hablar del asunto hasta que haya adquirido una nueva inconsciencia.

Pero ella, desilusionada porque había contado ya con las cien mil liras, se marchó diciendo que yo era un cobarde y que no quería volver a verme más. Y desde entonces, cuando me encuentra, me pregunta, burlona:

—¿Qué, has encontrado ya la inconsciencia?

La prueba cinematográfica

Serafino y yo somos amigos, aunque el trabajo nos haya llevado lejos uno de otro; él es chófer de un industrial y yo, operador y fotógrafo. También en el físico somos distintos: él es un rubio rizoso, con un rostro rosado, de niño, y con ojos a flor de piel, de un celeste intenso; yo, moreno, con un rostro serio, de hombre, y ojos hundidos y oscuros. Pero la verdadera diferencia radica en nuestros caracteres: Serafino es un mentiroso y yo, en cambio, no sé decir mentiras. Bueno, uno de estos domingos Serafino me hizo saber que necesitaba algo de mí; por su tono, adiviné que se trataba de un embrollo. Serafino arma de vez en cuando algunos muy gordos, por su manía de soltarlas de apuño. Acudí a la cita, en un café de la Plaza Colonna; y muy pronto llegó él con la primera mentira: el coche especial, de gran lujo, de su amo, a quien yo sabía ausente de Roma. Desde lejos me hizo un ademán de saludo, algo vanidoso, como si el coche hubiera sido suyo, y se fue a aparcar. Lo miré mientras venía hacia mí: estaba vestido como un lechuguino, con pantalones de pana amarilla,

estrechos y cortos, una chaqueta con abertura detrás, un pañuelo de vivos colores en torno al cuello. Me acometió una sensación de antipatía, no sé por qué, y cuando se sentó observé, levemente ácido.

—Pareces un señor.

—Hoy *soy* un señor —respondió con énfasis.

De momento, no lo entendí. E insistí:

—¿Y el coche? ¿Has acertado una quiniela?

—Es el coche nuevo del patrón —respondió con indiferencia. Se quedó un momento pensativo y luego añadió—: Oye, Mario, dentro de poco vendrán dos señoritas... Como ves, he pensado también en ti... Una para cada uno... Son muchachas de buena familia, hijas de un ingeniero del ferrocarril... Tú eres un productor cinematográfico... ¿Entendido?... No me traiciones.

—Y tú, ¿quién eres?

—Ya te lo he dicho: un señor.

No dije nada y me puse de pie.

—¿Qué haces?... ¿Te vas? —me dijo, alarmado.

—Sí, me voy —respondí—; ya sabes que no me gustan las mentiras... Hasta la vista, que te diviertas.

—Pero, espera... Me estropeas todo...

—Quédate tranquilo, no te estropeo nada.

—Espera, esas muchachas quieren conocerte.

—Y yo no quiero, en cambio.

En suma, discutimos un rato, yo de pie y él sentado. Por último, como soy un buen amigo, accedí a quedarme. Pero le advertí:

—No te garantizo que vaya a sostener la mentira hasta el final.

Pero él ya no me hacía caso; muy contento, me dijo:

—Ahí llegan.

Primero no vi más que los cabellos. Las dos tenían, en la cabeza, como dos balones de pelo encrespado, hinchados, tupidos. Luego, a duras penas, bajo aquellas dos enormes masas, entreví sus caras, delgadas y finas, parecidas a dos pajaritos que asoman por el nido. La figura de ambas era esbelta y ondulante, toda caderas y pecho, con unas cinturas de avispa que cabrían dentro de un

servilletero. Pensé que eran gemelas porque estaban vestidas de la misma manera: falda escocesa, jersey negro y zapatos y bolsos rojos. Serafino, muy ceremonioso, se levantó e hizo las presentaciones:

—Mi amigo Mario, productor, la señorita Iris, la señorita Mimosa.

Ahora que estaban sentadas las miré mejor. Por la deferencia que le demostraba, comprendí que Serafino había escogido a Iris, dejándome a Mimosa. No eran gemelas; Mimosa, que aparentaba más de treinta años, tenía una cara más famélica, una nariz más larga, una boca más grande y un mentón más pronunciado que Iris; en resumidas cuentas, era casi fea. Iris, en cambio, podría tener unos veinte años y era muy mona. Pero observé también que ambas tenían las manos rojas y agrietadas, más bien de obreras que de señoritas. Entre tanto, Serafino, que desde su llegada parecía haberse vuelto tonto, hacía el gasto de la conversación: qué gusto verlas, qué morenas estaban, dónde habían ido este verano...

—A Ven... —comenzó Mimosa.

—A Viareggio —había respondido ya Iris.

Entonces se miraron y se echaron a reír. Serafino preguntó:

—¿Por qué se ríen?

—No haga caso —dijo Mimosa—, mi hermana es tonta... Hemos estado primero en Venecia, en el hotel, y luego en Viareggio, en un chalet propiedad nuestra.

Comprendí que mentía porque, al hablar había bajado los ojos. Era como yo: no sé decir mentiras mirando a la cara. Ella prosiguió, con desenvoltura:

—Señor Mario, usted es productor... Serafino nos ha dicho que quiere hacernos una prueba.

Me quedé desconcertado y miré a Serafino; pero él volvió la cabeza. Dije:

—Mire, señorita... La prueba es como una película en pequeño, no se improvisa... Hacen falta un director, un operador, un estudio... Serafino no entiende de eso... Quizás, uno de estos días...

—Uno de estos días quiere decir nunca.

—Nada de eso, señorita, se lo aseguro...

—Ande, sea bueno, háganos una prueba.

Ahora se había vuelto insinuante, me había agarrado por un brazo, se apretaba contra mí. Comprendí que Serafino le había llenado de humo la cabeza con esta historia de la prueba e intenté explicarle de nuevo que una prueba no se podía hacer así, sin más ni más. Por fin, muy lentamente, fue comprendiéndolo; y me soltó el brazo. Luego le dijo a su hermana, que parloteaba con Serafino:

—Ya te había dicho que no era más que cuento... Bueno, ¿qué hacemos? ¿Nos vamos a casa?

Iris, que no se lo esperaba, se quedó disgustada. Dijo, vacilante:

—Podríamos quedarnos con ellos... hasta esta noche.

—Sí —se apresuró a proponer Serafino—, quedémonos juntos... Demos una vuelta en coche.

—¿Usted tiene coche? —preguntó Mimosa, ablandada

—Sí, ahí está.

Siguió el gesto, vio el coche y cambió en seguida el tono:

—Vamos, pues... en el café, me aburro.

Nos levantamos los cuatro, Iris marchó delante, con Serafino; y Mimosa se quedó a mi lado, diciendo:

—¿No está ofendido, verdad?... Pero, sabe, estamos hartas de promesas... Entonces, ¿me hará la prueba?

De modo que toda mi explicación no había servido para nada: quería su prueba. No le contesté y subí al coche, sentándome junto a ella, detrás, mientras Serafino e Iris se sentaban delante.

—¿Dónde vamos? —preguntó Serafino.

Mimosa me había agarrado de nuevo el brazo, me había cogido la mano y me la apretaba en la suya. Insistió, en voz baja:

—Sea bueno, ea, diga que vamos al estudio, a hacer la prueba.

Me quedé un momento silencioso, a causa de la rabia; y ella se aprovechó para añadir, siempre en voz baja:

—Si me hace la prueba, mire, le doy un beso.

Tuve una inspiración y propuse:

—Vayamos a casa de Serafino... Tiene una hermosa casa... Así, allí podré verlas mejor a las dos y les diré si es posible hacer esa prueba.

Vi que Serafino me lanzaba una mirada de reproche; el coche del amo, bien, lo exhibía como suyo; pero todavía no se había atrevido a llevar a nadie a la casa. Y, en efecto, intentó poner objeciones:

—¿No sería mejor dar un buen paseo?

Pero las muchachas, sobre todo Mimosa, insistieron; nada de paseos, había que discutir sobre la prueba. De modo que se resignó y salimos a toda velocidad hacia Parioli, donde estaba la casa. Durante el trayecto, Mimosa continuó restregándose contra mí, hablándome con una voz insinuante, baja, acariciadora. No la escuchaba; pero, de vez en cuando, sentía la consabida palabra, sobre la que remachaba como sobre un clavo:

—La prueba... ¿Me hace la prueba?... Si hacemos la prueba...

Llegamos a Parioli, con sus calles desiertas, entre las casas de lujo, todas vidrieras y balcones. Y el palacete del amo de Serafino, con la entrada de mármol negro, el ascensor de caoba y cristal. Subimos al tercer piso, entramos a oscuras, entre un olor de naftalina y de cerrado. Serafino advirtió:

—Lo siento, he estado fuera, el departamento está todavía muy desordenado.

Fuimos al salón; Serafino abrió de par en par las ventanas; nos sentamos en un diván recubierto de tela gris delante un piano envuelto en sábanas sujetas con imperdibles. Dije, entonces, poniendo en práctica mi plan:

—Ahora, nosotros las miramos; y ustedes caminen arriba y abajo por el salón... Así me haré una idea para la prueba.

—¿Tenemos que enseñar las piernas? —preguntó Mimosa.

—No, no, nada de piernas... Basta con que paseen.

Dóciles, empezaron a pasear de un lado a otro, ante nosotros, sobre el pavimento de madera encerado. No se

podía negar que eran graciosas, con aquellos dos cabezones hinchados, las caderas y el pecho bien desarrollados, las cinturas finas. Pero, como observé, además de las manos tenían también los pies feos y grandes. Y las piernas eran un poco torcidas, de una forma poco agraciada, dura. En resumen, chicas de esas que los productores no quieren ni para comparsas. Ella mientras tanto, se paseaban; y cada vez que se encontraban en el centro del salón se echaban a reír. De pronto, grité:

—¡Alto! Ya basta, siéntense.

Fueron a sentarse y me miraron con caras ansiosas. Dije, seco:

—Lo siento, pero no me valen.

—¿Y por qué?

—Ahora mismo se lo explico... —dije, muy serio—. Yo, para mis películas, no necesito muchachas finas, educadas, distinguidas, señoriales, como ustedes... sino chicas del pueblo... muchachas que, si es preciso, sepan decir alguna palabrota, que se muevan de manera provocativa, que sean, en suma, descaradas, mal educadas, rústicas... Ustedes, en cambio, son hijas de un ingeniero, son chicas de buena familia... No son lo que necesito.

Miré a Serafino; estaba hundido en el diván, parecía embrutecido. Mimosa insistió:

—¿Sólo hace falta eso?... Podemos fingir que somos chicas del pueblo.

—Ni hablar; ciertas cosas no las sabe hacer quien no ha nacido así.

Siguió un breve silencio. Había echado mi anzuelo y estaba seguro de que el pez picaría. En efecto, tras un momento, Mimosa se levantó y fue a cuchichear algo al oído de su hermana. Esta no parecía contenta, pero luego, al final, hizo un gesto de asentimiento. Entonces Mimosa se puso en jarras, se me acercó contoneándose y me dio un golpe en el pecho, diciendo:

—Oye, macho, ¿con quién crees que estás hablando?

Si dijera que se había transformado, diría demasiado. En realidad era ella, al natural. Respondí, riendo:

—Con las hijas de un ingeniero del ferrocarril

De eso nada, monada. Somos justo lo que necesitas... dos chicas del pueblo bajo... Iris es criada y yo trabajo como enfermera...

¿Y el chalet de Viareggio?

Nada de chaletes... Nos hemos tostado en Ostia

-Y ¿por qué habéis dicho tantas mentiras?

—Yo no quería... —dijo Iris, ingenua—, pero Mimosa dice que hay que echar polvo a los ojos.

—Por otra parte, si no hubiéramos dicho mentira —observó Mimosa, positiva—, el señor Serafino no nos habría presentado a usted... Y por lo tanto ha resultado útil... Bien, entonces, ¿esa prueba?

—Ya la hemos hecho —respondí riendo— y ha servido para demostrar que ustedes son dos buenas muchachas del pueblo... Más aún, mentira por mentira: yo no soy productor, sino un simple operador y fotógrafo... y Serafino, ahí donde lo ven, no es el señor que pretende ser: es chófer.

Esta vez tengo que decir que Mimosa encajó magníficamente el golpe.

—Bueno, me lo esperaba —dijo con melancolía—; tenemos mala suerte; si encontramos a alguien con coche es chófer... Vamos, Iris.

Serafino se despertó, por fin.

—Un momento... ¿a dónde van?

—Nos largamos, señor mentiroso.

De pronto me dieron pena las dos, sobre todo Iris, tan guapita, que parecía mortificada y tenía los ojos llenos de lágrimas. Propuse:

—Oigan... Los cuatro hemos dicho mentiras... Olvidemos el asunto y vayamos juntos al cine... ¿Qué les parece?

Siguió una discusión. Iris quería aceptar; Mimosa, todavía ofendida, no quería; Serafino, mustio, no se atrevía a hablar. Pero yo convencí a Mimosa diciéndole finalmente:

—Soy operador, no productor... pero puedo presentar a Iris a un ayudante de dirección que es amigo

mío... No será una gran recomendación, pero algo será... Usted no vale, pero Iris quizás podría hacer algo.

De modo que nos fuimos al cine, pero sin coche, en autobús. E Iris, en el cine, se apretó contra Serafín, que, pese a ser mentiroso y chófer, le gustaba. En cambio, Mimosa seguía en sus trece. Y, en un descanso, me dijo:

—Yo soy un poco como la madre de Iris... ¿Verdad que es una chica muy guapa? Tenga en cuenta que usted ha hecho una promesa y que deberá mantenerla... ¡Ay de usted si no la mantiene!

—Prometer y mantener es de cobarde —le dije, bromeando.

—Usted ha hecho una promesa y la mantendrá —dijo ella—. Iris tiene que tener su prueba y la tendrá.

Pelmazo

Ahora, cuando me encuentra en la calle, Peppino pasa de largo sin saludarme, pero hubo un tiempo en el que éramos amigos. El comenzaba entonces a ganar bastante con el comercio de accesorios eléctricos y yo era su amigo, no porque tuviera dinero, sino porque era su amigo, sin más, sin segundas intenciones; entre otras cosas, habíamos hecho juntos el servicio militar. Peppino es bajito, con hombros anchos y piernas cortas, y camina con gran precisión, sin mover el busto ni la cabeza, como si fuera de madera de cintura para arriba. Tiene una cara que también parece de madera, con la piel demasiado escasa, se diría, enteramente estirada y lisa, pero cuando se ríe o aguza la vista se le ponen muchas arruguitas finas, como de viejo. Aun sin conocerlo, lleva escrito en la frente lo que es: un pelmazo. Y lo es tanto que parece increíble. Me acuerdo, a este respecto, de una vez que fuimos a pasear una muchacha, yo y él, por el pinar de Fregene; y ella, que con frecuencia le tomaba el pelo por lo pelma que era, le dijo de pronto, indicando al suelo:

—Mira, mira..., cuántos Peppinos.

Yo lo entendí en seguida y me eché a reír. Pero él, precisamente, como pelma que era, preguntó:

—¿Qué quieres decir?... No lo entiendo.

—Cuantos piñones, mira, no se ven más que piñones. es decir Peppinos. *

Pero, además de ser un pelmazo, Peppino tiene otro defectillo: la vanidad. Los pelmas, normalmente, no son vanidosos, al contrario: modestos, discretos, cerrados, serios, sin grillos en la cabeza, no molestan a nadie. En cambio Peppino es un pelmazo vanidoso. Bueno, ya se sabe que también puede ocurrir esto. Y si un hombre sólo vanidoso hace casi reir, porque los vanidosos son como niños inocentes, el vanidoso pelmazo es, en cambio, una peste, y hay que evitarlo más que a un *jettatore*. Peppino era pelma sobre todo en las cosas más tontas. Por poner un ejemplo, llegaba al bar cercano a la Rotonda, donde nos reunimos los amigos, y en seguida empezaba a ir de un amigo a otro, teniendo entre dos dedos el borde de su corbata:

—¿Ves esta corbata?... ¿Bonita, eh?... La he comprado ayer en una tienda de la *via* Due Macelli... Me costó mil quinientas liras... Mira qué colores... y, además, está forrada...

Etcétera, etcétera... Los amigos miraban la corbata, justo un momento, para que no se ofendiese y luego continuaban hablando de sus propios asuntos. Pero él no se desanimaba por ello: continuaba durante un rato yendo de uno a otro con la corbata entre los dos dedos, como si hubiera querido venderla. En suma: un pelmazo.

Un día, en el bar, Peppino anunció con solemnidad, cuatro meses antes de recibirlo, que había encargado un coche a un fábrica de Turín. Los amigos, todos muy desenvueltos, que no han nacido ayer, han visto y discutido

* *Pignolo*, que significa en italiano piñón, simiente del pino, en su sentido figurado se aplica a la persona pedante, minuciosa, pelma. (Nota del traductor.)

sobre centenares de coches. Figúrense el interés que pudo despertar el bajito Peppino cuando, con su habitual pedantería, comenzó a explicar:

—Como tengo un amigo en la agencia que es pariente de un pariente de un director de Turín, podré tenerlo dentro de cuatro meses... Si no, quién sabe cuánto me tocaría esperar... No producen ni siquiera la mitad de la demanda... Pero mi coche será algo muy especial.

—¿Por qué? —preguntó uno que estaba apoyado en el mostrador bebiendo un aperitivo—. ¿Acaso tendrá cinco ruedas?

Peppino tiene otra particularidad: no entiende las bromas.

—Claro que tendrá cinco... cuatro y una de repuesto... No, será especial porque tiene un tipo nuevo de carrocería... Hace años que la están estudiando en Turín yo seré el primero en tenerla, figúrate.

Y venga explicaciones largas, eternas, sujetando por las solapas al interlocutor, como si temiera que se le escapase. Uno le dijo, al final:

—Peppino, ¿y a nosotros qué nos importa? —así, sencillamente, casi con simpatía.

—Creía que os interesaba —balbució, desorientado

Luego se volvió y, al ver que yo estaba solo, aparte, vino hacia mí diciéndome:

—Cesare, tan pronto como tenga el coche ya verás cuántas excursiones hacemos... Di la verdad, Cesare, ¿no estás deseando que yo tenga el coche para que nos lo pasemos en grande?

—Bueno, ya veremos —contesté secamente.

El se volvió hacia los amigos y continuó:

—He prometido a Cesare que tan pronto como tenga el coche lo llevaré de excursión... Yo soy así, no me gusta disfrutar solo de las cosas... Pero, Cesare, no debes abusar de mi coche... Te llevaré muy a gusto de excursión pero no te vayas a creer que voy a servirte de chofer... Eh, ¿qué pensáis vosotros?... ¿No está bien lo que digo? Amigo, sí, pero chófer, no..., ¿no está bien?

—Muy bien, estupendo —dijo uno de ellos haciéndose

el tonto—. Seguro que Cesare ya se figuraba que te iba a explotar... Mejor así, el remedio antes que la enfermedad...

—Las cosas claras y la amistad larga... Después de todo el coche será mío y quiero que tú disfrutes de él, Cesare, pero no quiero que se convierta en una costumbre...

Al final me harté y le advertí:

—Si quieres que te diga la verdad, me importa un bledo tu coche.

Me arrepentí de inmediato, porque puso una cara mortificada y como perdida. Dijo, dándome un golpe en el hombro:

—No, no te enfades... Lo dije de broma... Ya verás, el coche estará más a tu servicio que al mío.

Me miraba, mientras pronunciaba estas palabras, con un aire ansioso, casi asustado. Y yo entonces sentí pena por él y le dije que nos habíamos entendido y que tan pronto como llegara el coche daríamos un buen paseo juntos por los alrededores de Roma.

No creía que me tomara la palabra, pero ya se sabe que los pelmas tienen buena memoria. Puntualmente, cuatro meses después, me telefoneó una mañana:

—¡Ya ha llegado!

—¿Quién?

—¡Es una maravilla...! Voy en seguida y nos vamos juntos a comer a Bracciano.

—Pero, ¿quién?... ¿Será quizás esa chica...?

—¡Qué chica ni qué ocho cuartos!... El coche... Entonces, dentro de un minuto estoy ahí... Prepárate.

Me preparé y, en efecto, muy pronto llegó un automóvil utilitario de lo más corriente, como hay a millares en Roma. El bajó, se inclinó para examinarlo y finalmente se acercó, gozoso:

—¿Qué te parece?

—Hombre—respondí, seco—, es un hermoso cochecito.

—Sí, pero mira aquí—y tomándome por un brazo me arrastró hacia el coche y comenzó sus explicaciones.

Fingí escucharlo unos diez minutos y luego lo interrumpí:

—A propósito, Peppino..., me es realmente imposible ir hoy a Bracciano..., tengo que hacer.

El puso un rostro dolorido:

—Me lo habías prometido..., no puedes traicionarme.

En resumen, tanto dijo e hizo, como un verdadero pelma, que me rindió, sobre todo por cansancio. Pero me irritó en seguida cuando, a punto de partir, me advirtió:

—Ten cuidado..., no aprietes contra el fondo con tus enormes pies... ¿No ves que me desencajas el asiento?

No dije nada y salimos. Dejamos Roma y tomamos la Cassia. Por aquello de que el coche estaba en rodaje, Peppino conducía muy despacio, casi a treinta por hora, sujetando el volante con las dos manos, con delicadeza, como si ciñera la cintura de una novia. El sol pegaba fuerte y, apenas salimos de Roma, parecía rajar las piedras. Peppino, siempre sujetando el volante de la forma que ya dije, comenzó, naturalmente, a hablarme del coche, para eso me había traído. Para quien no lo sepa, Peppino tiene una voz monótona, algo nasal, sin altos ni bajos, que hace pensar en una colada de cemento que desciende lenta y densa, pero líquida, y que luego, una vez cuajada, se pone dura como el hierro. En resumen, esta voz inunda el cerebro de aburrimiento y luego el aburrimiento se convierte en una roca y se transforma en sueño. Y eso fue lo que me ocurrió. Mientras hablaba, explicándome con su voz nasal no sé qué cuestión sobre el cambio de velocidades, me acometió una soñarrera mortal y por último me dormí. Me desperté bañado en sudor, entre un estruendo de claxons y de voces. El coche se había parado ante un paso a nivel y varias caras airadas sobresalían de las ventanillas: caras de camioneros, de automovilistas. Peppino, tan pelma como de costumbre, explicaba:

—Yo iba por mi mano, la carretera es estrecha.

—No señor, tú no ibas por tu mano, estabas en medio de la carretera y marchabas a paso de caracol.

—¡Muerto de sueño! —le gritó un camionero—, ¿quién puso en tus manos un volante?

Descendí trabajosamente y vi entonces que detrás del cochecito de Peppino había una gran fila de automóviles y de camiones. Yo me había dormido y Peppino, despechado, no había dado paso a todos aquellos desgraciados, obligándolos a ir a treinta por hora bajo aquel sol hirviente. Por suerte llegó el tren, se alzaron las barreras y yo le dije a Peppino, volviendo a subir:

—Ahora, échate a un lado y no te andes con bromas, porque nos matan.

¿Han visto ustedes a los niños en la escuela cuando salen después de las clases? Así se desencadenaron los camiones y los automóviles por la carretera, tan pronto como nos echamos a un lado, envolviéndonos en una nube de polvo y de humo.

Bueno, llegamos a Anguillara casi a las tres y nos fuimos inmediatamente a la *trattoria* que hay junto al lago. Hacía un calor terrible y el lago echaba humo, casi blanco, entre las orillas que estaban secas y amarillas como paja. Peppino, con un rayo de sol sobre el rostro sudoroso, continuaba hablando de su coche con aquel tono igual que dejaba a uno agotado, y yo, por el calor y el aburrimiento, había perdido hasta el apetito; me lancé sobre el vino, que por lo menos estaba fresco, con frescura de gruta, con un sabor metálico indefinible que daba ganas de beber más, para comprender qué clase de sabor era. Bebí un primer medio litro, luego un segundo y luego un tercero, y Peppino seguía hablándome del coche. Por último, tras una hora o más de silencio y de borrachera, dije la primera palabra:

—Entonces, ¿nos vamos?

Peppino respondió, desconcertado:

—Sí, vámonos..., ¿quieres que demos toda la vuelta por el lago de Vico?

—Por favor..., tomemos el camino más corto... Tengo que volver a Roma.

Volvimos a coger la carretera de Roma. En un cruce,

una rubia muy guapa nos hizo la señal del autostop. Le dije a Peppino:

—Párate, recojámosla.

—Ni que estuviera loco —dijo él—, no dejo subir a nadie... Puede que me estropeen los asientos y, además, estamos muy bien así, los dos, solos...

No dije nada pero sentí que, con la ayuda del vino, mi antipatía estaba ya madura y que ya no me controlaría a la próxima ocasión. Entre tanto, él charlando y yo dormitando, a la buena de Dios, llegamos a Roma. Peppino quiso acompañarme a casa. Vivo en la avenida de la Regina, Peppino cogió por *via* Veneto, que a esa hora empezaba a llenarse de gente. De pronto, un coche con matrícula francesa, ante nosotros, dio un frenazo brusco y Peppino, que iba tras él, fue a empotrarse con su parachoques en la parte posterior del coche. Se bajó inmediatamente, se acercó, examinó los dos coches y luego fue hasta la portezuela del coche francés. Había una señora sola, joven y graciosa, rubia, con sus manos de uñas pintadas posadas sobre el volante.

—Señora, por favor, su carnet de conducir, el número del coche, su nombre —comenzó Peppino, sacando un block y un lápiz— ...Debe comprender usted que no he comprado el coche para que usted me lo estropee... Me ha causado daños por varios miles de liras... ¿Quién me lo paga, ahora? Me han dado el coche esta mañana, nuevecito, y no lo he cogido para que usted venga a estropeármelo.

Se comprendía que estaba a sus anchas con aquel incidente; era justo lo que se necesitaba para que se manifestase plenamente su carácter de pelma.

—Prueba antes a separar los dos coches —le gritó, con buen sentido, un jovenzuelo, desde el círculo de desocupados que ya nos rodeaba.

Tenía razón, era algo sin importancia, bastaba con dar marcha atrás para desenganchar los dos coches; pero Peppino no lo entendía así.

—Sepáremelo usted —comenzó a gritar, autoritario—

...sepáreme usted el coche... Ea, ánimo... Sepáremelo usted, ya que es tan listo.

La gente se agolpaba y nos miraba de mala manera; la señora francesa, que no entendía nada, miraba a Peppino y sonreía.

—Señora, por favor, por favor... —insistió Peppino—, su nombre, su carnet, el número del coche.

—Y cuántos años tiene y si tiene hijos —gritó alguien, entre la muchedumbre.

—Prueba a separar los coches —volvió a gritar el de antes.

Y Peppino, insultante, dijo:

—Ya le he dicho que me lo separe usted... Hágalo, a su gusto... Sin duda usted es mecánico y entiende más que yo.

El otro se acercó entonces, amenazador, un hombretón alto, grande y grueso, y le puso un puño cerrado bajo la nariz.

—No, no soy mecánico... Soy campeón de lucha libre

—Tanto mejor... Usted, con su fuerza, podrá separar lo, sin duda.

Las cosas se hubieran puesto mal para Peppino si, de pronto, yo no me hubiera metido en el medio, gritando:

—Hagamos fuerza, muchachos... Levantemos el coche... no es gran cosa.

Dicho y hecho; entre cinco nos pusimos a ello, el cochecito de Peppino era ligero, lo levantamos con una sola sacudida y lo separamos del coche francés. Pero, inmediatamente después, me volví y le dije a Peppino:

—Y ahora, coge el block y escribe...

—Pero, ¿qué te pasa? ¿Te has vuelto loco?

—Te digo que escribas, y escribe: soy un pelmazo, un incordio, un importuno... Venga, escribe.

Se produjo una gran risotada y también algún silbido. Peppino, con el block en la mano, se quedó como aturdido. Agregué:

—Y ahora, sube a tu coche y lárgate.

Esta vez obedeció; subió al coche y se fue a toda prisa. Los del círculo de mirones lo siguieron con un bramido. La señora francesa, mientras tanto, se había ido también. Yo atravesé la calle y fui a un bar a tomar el aperitivo.

Al profesor, cuando insistía, se lo había dicho y repetido:

—Mire, profesor..., son muchachas muy sencillas... del campo... Tenga cuidado con lo que hace... Mejor que coja una romana... las *ciociare* son rústicas, campesinas, analfabetas.

Esta última palabra, sobre todo, le había gustado al profesor.

—Analfabeta... justo lo que necesito... Por lo menos no leerá tebeos... Analfabeta.

Este profesor era un hombre ya mayor, con perilla y bigotes blancos, que enseñaba en el Liceo. Pero su ocupación principal eran las ruinas. Todos los domingos, e incluso en los días de diario, iba de aquí a allá, a la Via Appia, o al Foro Romano, o a las Termas de Caracalla, y explicaba las ruinas de Roma. En su casa, además, los libros sobre ruinas y otros temas, se amontonaban como en una librería: comenzaban en el vestíbulo, donde había una gran cantidad de ellos, ocultos tras unas cortinas verdes, y continuaban en toda la casa, pasillos, habitacio-

nes, trasteros; sólo no los había en el baño y en la cocina.

Cuidaba a los libros como si fueran las niñas de sus ojos, y ¡ay de quien se los tocase!; parecía imposible que hubiera podido leerlos todos. Y, sin embargo, como decimos en Ciociaria, no se empachaba nunca, y cuando no enseñaba o daba clases en su casa o explicaba las ruinas, se iba a los mercadillos de libros usados a hurgar en los puestos, y luego volvía siempre a casa con un paquete de libros bajo el brazo. En suma, los coleccionaba, igual que los muchachos coleccionan sellos. Y, por otra parte, para mí era un misterio que se hubiera empeñado en querer como criada a una muchacha de mi pueblo. Decía que eran más honradas y que no tenían humos en la cabeza. Decía que a él las campesinas lo alegraban con sus hermosas mejillas de manzanas rojas. Decía que cocinaban bien. En resumen, como no pasaba día que no se asomase a la portería, siempre insistiendo con la muchacha *ciociara* y analfabeta, escribí a mi pueblo, a mi compadre, y él me contestó que tenía precisamente lo que yo necesitaba: una muchacha de Vallecorsa que se llamaba Tuda, que aún no había cumplido los veinte años Pero, me decía mi compadre en la carta, Tuda tenía un defecto: no sabía leer ni escribir. Y le contesté que precisamente el profesor la quería con este defecto: analfabeta.

Tuda llegó una noche a Roma, junto con mi compadre, y yo fui a buscarla a la estación. A la primera ojeada comprendí que era de buena raza *ciociara,* precisamente de esas que son capaces de cavar durante un día entero sin detenerse a coger aliento, o bien de llevar en la cabeza, por los senderos de montaña, un cesto de medio quintal de peso. Tenía las mejillas rojas que le gustaban al profesor, una trenza enrollada alrededor de la cabeza, unas cejas muy negras, tan juntas que dividían en dos su cara, rostro redondo y, cuando se reía, mostraba unos dientecitos blancos, muy juntos, que las mujeres de Ciociaria se limpian restregándolos con una hoja de malva. No estaba vestida de *ciociara,* es cierto, pero tenía el paso

de la *ciociara,* habituada a apoyar en el suelo la planta del pie, sin tacones, y tenía esas pantorrillas musculosas que resultan tan bellas cuando las envuelven las cintas de las sandalias. Llevaba un cestillo bajo el brazo, y me dijo que era para mí: una docena de huevos del día, entre paja, cubiertos por hojas de higuera. Le dije que era mejor que se los diese al profesor, para causar buena impresión; pero ella contestó que no había pensado en el profesor porque, tratándose de un señor, debía de tener un gallinero en casa. Me eché a reír y así, entre una pregunta y otra, mientras íbamos hacia casa en tranvía, comprendí que era una salvaje: no había visto nunca un tren, un tranvía, una casa de seis pisos. En suma, analfabeta como quería el profesor.

Llegamos a casa y yo la llevé primero a la portería para presentársela a mi mujer; y luego, en el ascensor, al apartamento del profesor. Vino él a abrirnos, porque no tenía servidumbre y era mi mujer quien solía hacerle la limpieza y algo de cocina. Tuda, cuando entramos, le puso el cestillo en las manos, diciendo:

—Ten, profesor, cógelo, te he traído huevos frescos.

—No se tutea al profesor —le dije.

Pero el profesor, en cambio, la animó, diciéndole:

—Tutéame, hijita...

Y me explicó que aquel tú era el tú romano, el de los antiguos romanos, que, igual que los *ciociari,* no conocían el usted y trataban a la gente campechanamente, como si todos fueran de la misma familia. El profesor, luego, llevó a Tuda a la cocina, que era grande, con cocina de gas, ollas de aluminio y, en suma, todo lo necesario, y le explicó cómo funcionaba. Tuda lo oyó todo, callada y seria. Por último, con su voz sonora, dijo:

—Pero yo no sé cocinar.

El profesor, sorprendido, dijo:

—Pero, ¿cómo?... Me habían dicho que sabías cocinar.

—En el pueblo, trabajaba —dijo ella— ... cavaba. Cocinaba, sí, pero sólo para comer... Nunca tuve una cocina como ésta.

—¿Dónde cocinabas?

—En la cabaña.

—Bueno —dijo el profesor, tirándose de la perilla—, también aquí cocinamos sólo para comer... Supongamos que tengas que cocinarme una comida sólo para comer... ¿Qué me harías?

—Te haría pasta con judías... Luego te bebes un vaso de vino... Y luego, a lo mejor, unas nueces, algún higo seco —dijo, sonriendo.

—¿Y eso es todo?... ¿Nada de segundo?

—¿Segundo, qué?

—Digo segundo plato, pescado, o carne...

Esta vez ella se echó a reír muy a gusto:

—Pero, ¿no te basta con haberte comido un plato de pasta y judías con pan?... ¿Qué más quieres?... Yo, con un plato de pasta y judías, y con el pan, cavaba todo el día... Y tú no trabajas.

—Estudio, escribo, también yo trabajo...

—Bah, estudiarás... Pero el trabajo de verdad es el que hacemos nosotros.

En resumen, no quería convencerse de que hacía falta, como decía el profesor, un «segundo». Por último, tras muchas discusiones, se decidió que mi mujer vendría a cocinar durante cierto tiempo, para enseñar a Tuda. Pasamos después al dormitorio de la criada, que era una bonita habitación que daba al patio, con una cama, una cómoda y un armario. Ella dijo de inmediato, mirando a su alrededor:

¿Dormiré sola?

—¿Con quién quieres dormir?

—En mi pueblo dormíamos cinco en una habitación.

—Es toda para ti.

Al final me marché, tras haberle recomendado que tuviera cuidado y que trabajara bien, porque yo respondía de ella tanto ante el profesor como ante mi compadre, que me la había enviado. Al salir oí que el profesor le explicaba:

—Mira que debes limpiarme todos los días estos libros, con el plumero y la gamuza.

—¿Qué haces con todos estos libros? —preguntó ella, entonces— ¿Para qué te sirven?

—Para mí son lo que para ti era la azada, en el pueblo —respondió él— ... trabajo con ellos.

—Sí, pero yo azada no tengo más que una.

Después de aquel día el profesor me daba noticias de Tuda de vez en cuando, al pasar por la portería. No estaba muy contento el profesor, a decir verdad. Un día me dijo:

—Es rústica, muy rústica... ¿Sabe lo que hizo ayer? Cogió de mi mesa un papel escrito, el tema de un alumno, y lo utilizó para tapar unas botellas de vino.

—Profesor, ya se lo había advertido —le dije— ... es gente del campo.

—Sí, pero es una buena chica —concluyó él— ...Amable, servicial..., una buena chica.

La buena chica, como él la llamaba, se convirtió en poco tiempo en una muchacha como las demás. Tan pronto como recibió su paga empezó haciéndose un trajecito de dos piezas, que parecía una señorita. Luego se compró los zapatos de tacón alto. Después, un bolso de imitación de cocodrilo. Hasta se hizo cortar la trenza, una verdadera lástima. Continuaba, sí, teniendo las mejillas rojas como dos manzanas, esas sí que no se le pusieron pálidas en seguida, como a las muchachas nacidas en la ciudad, pero precisamente por ello gustaban tanto, y no sólo al profesor. La primera vez que la vi con ese desgraciado de Mario, el chófer de la señora del tercero, le dije:

—Mira que ése no te va... Lo que te dice a ti se lo dice a todas.

—Ayer me llevó en coche a Monte Mario —respondió ella.

—Y ¿qué quieres decir con eso?

—Es muy bonito ir en coche... Y, además, mira lo que me ha dado.

Y me enseñó un alfiler de metal blanco, con un elefantito, de esos que venden los merceros en Campo dei Fiori. Yo le dije:

—Eres una ignorante y no comprendes que ése te está tomando el pelo En principio no debería sacar el coche por su cuenta, contigo... Si la señora se entera, va a oir... Y, además, ten cuidado... Te lo repito otra vez, ten cuidado.

Pero ella sonrió y continuó saliendo con Mario.

Pasaron un par de semanas; el profesor se asomó un día a la portería, me llamó aparte y me preguntó, bajando la voz:

—Oiga, Giovanni... Esa muchacha, ¿es honrada?

—Eso sí, profesor —dije—, ignorante, pero honrada.

—Lo será —dijo él, no muy convencido—, pero me han desaparecido cinco libros muy valiosos... No quisiera...

Protesté una vez más que no podía haber sido Tuda, y que él encontraría los libros, con toda seguridad. Pero me quedé pensativo, lo confieso, y decidí tener los ojos bien abiertos. Una noche, días después, veo a Tuda entrar en el ascensor con Mario. El dijo que tenía que ir al tercer piso para recibir órdenes de la señora, lo cual era una mentira, porque la señora había salido hacía una hora y él lo sabía. Los dejé subir y luego tomé el ascensor, subí y me fui derecho al apartamento del profesor. Por casualidad habían dejado la puerta entornada, entré, pasé por el pasillo, sentí que ellos dos hablaban en el despacho y comprendí que no me había equivocado. Muy despacito me asomé a la puerta, y ¿qué es lo que vi? A Mario, de pie sobre una silla, tendiendo la mano hacia un [illegible] de libros que había arriba de todo; y a ella, la santita de mejillas rojas, que le sostenía la silla y le decía:

—Ese de allá arriba... ése tan gordo... ése tan gordo encuadernado en piel.

Dije, entonces, apareciendo:

—¡Estupendo...! ¡Muy bien...! Os he atrapado... ¡Muy bien...! Y el profesor, que me lo había dicho, y yo no lo creía...

¿Han visto ustedes a un gato cuando le tiran un cubo de agua desde una ventana? Así, él, al oír mi voz, saltó

de la silla y escapó, dejándome solo con Tuda. Yo, entonces, se las dije de todos los colores, y cualquiera otra hubiera estallado en llanto. Pero, sí, sí, con las *cíociare* siempre ocurre algo diferente. Me escuchó con la cabeza gacha, sin hablar; luego levantó los ojos, secos, y dijo:

—¿Quién le ha robado? El dinero que me sobra de la compra se lo devuelvo siempre, tal cual... No hago como algunas cocineras, que ponen el doble de lo que cuestan las cosas.

—¡Desgraciada!... ¿No le robas los libros?... ¿Eso no se llama robar?

—Pero, ¡tiene tantos libros!

—Muchos o pocos, no debes tocarlos... Y ten cuidado... Porque si te vuelvo a pillar te vuelves al pueblo más derecha que un huso.

De momento, cabezota, no quiso darme la razón ni admitir por un solo instante que había robado. Pero unos días después entró en la portería con un paquete bajo el brazo.

—Ahí están, los libros del profesor... Se los he traído y así no podrá quejarse.

Le dije que había hecho bien y pensé para mí que, después de todo, era una buena muchacha, y que toda la culpa era de Mario. La acompañé en el ascensor y luego entré con ella en la casa para ayudarla a poner en su sitio los libros. Precisamente en ese momento, mientras estábamos abriendo el paquete, llegó el profesor.

—Profesor..., ahí tiene sus libros —le dije— ...Tuda los ha encontrado... Se los había prestado a una amiga para que mirase los santos...

—Está bien, está bien... No se hable más.

Con el abrigo encima y el sombrero en la cabeza se lanzó sobre los libros, cogió uno, lo abrió y luego lanzó un grito:

—¡Pero estos no son mis libros!

—¿Qué quiere decir?

—Eran libros de arqueología —continuó él, hojeando febrilmente los otros volúmenes— y éstos, en cambio,

son cinco volúmenes, y por añadidura desaparejados, de derecho.

—¿Se puede saber qué has hecho?— le dije a Tuda.

Esta vez ella protestó con fuerza:

—Había cogido cinco libros... y cinco le traigo... ¿Qué queréis de mí?... Los he pagado muy caros... Más de lo que me dieron cuando los vendí.

El profesor estaba tan estupefacto que nos miró a mí y a Tuda, con la boca abierta, sin decir palabra. Ella continuó:

—Mira..., son las mismas encuadernaciones... Incluso más bonitas..., mira... Y también el peso es el mismo... Me los han pesado..., son cuatro kilos y seiscientos..., como los tuyos.

Esta vez el profesor se echó a reír, aunque con una risa amarga:

—Pero los libros no se venden al peso, como un ternero... Cada libro es distinto de los otros... ¿Qué hago con estos libros?... ¿No lo entiendes?... Cada libro contiene cosas distintas..., de autor distinto.

Cualquiera se lo hacía entender. Repetía, obstinada:

—Eran cinco y cinco son..., encuadernados, y éstos también... Yo no sé nada.

En suma, el profesor la mandó a la cocina, diciéndole:

—Vete a cocinar... Basta, no quiero hacerme mala sangre.

Y luego, cuando se marchó, me dijo:

—Lo siento..., es una buena chica..., pero demasiado rústica.

—Usted lo ha querido, profesor.

—*Mea culpa* —dijo él.

Tuda se quedó con el profesor el tiempo necesario para buscar otro puesto. Lo encontró, de fregona, en una lechería del barrio. A veces viene a vernos a la portería. Del asunto de los libros no hablamos nunca. Pero me dice que está aprendiendo a leer y a escribir.

Era viernes 17, pero no hice mucho caso. Tan pronto como me vestí, cogí las cincuenta mil liras que le debía a Ottavio, todas en billetes de cinco, las metí en el bolsillo de los pantalones y salí de casa. Las cincuenta mil eran la parte de Ottavio en un negociejo de joyas falsas que habíamos hecho juntos, y yo ya me había retrasado una semana en el pago. Mientras esperaba el tranvía me dio rabia al pensar que debía darle ese dinero, que me habría venido tan bien. El no había arriesgado nada; se limitó a proporcionarme la mercancía, como buen orfebre que era; yo, en cambio, había llevado todo el trabajo, exponiéndome, encima, al riesgo de la cárcel. Si me hubieran cogido con las manos en la masa no hubiera soltado su nombre, desde luego, y habría ido a la cárcel, mientras que él se hubiera quedado en su pequeño taller, trabajando delicadamente tras el escaparate, con una lente encajada en el ojo. Este pensamiento me envenenaba, y al subir al tranvía se me ocurrió incluso la idea de no darle nada. Pero eso quería decir que ya no podría recurrir a él y a su habilidad; quería decir buscarme otro

Ottavio, quizás peor que éste. Y, además, para un hombre de conciencia como yo, también quería decir faltar a la palabra; sería la primera vez que lo hacía en mi vida. Sin embargo, me disgustaba realmente darle aquel dinero. Tenía la mano en el bolsillo y de vez en cuando lo palpaba y lo acariciaba. Seguían siendo las cincuenta mil liras, y cuando se las diera habría cumplido con mi deber, pero tendría cincuenta mil liras menos.

Mientras me roían estas ideas sentí que me daban un codazo:

—Attilio, ¿no me reconoces?

Era Cesare, un desesperado de primera, a quien había conocido en la posguerra, en la época del mercado negro de cigarrillos. Debía de haberse quedado en el punto de partida, más desesperado que nunca: tenía un gabán descolorido y remendado, abrochado hasta el mentón, pero no tanto que no dejara adivinar el cuello desnudo, sin corbata ni cuello de camisa. Sin sombrero, con un pelo enmarañado que me pareció lleno de la pelusilla y del polvo que se recoge durmiendo en las barracas; digo la verdad, daba miedo verlo. Respondí molesto:

—Cesare, ¿qué es de tu vida?

—Bajemos un momento —dijo—; tengo que hablarte.

No sé por qué, ante estas palabras, entreví la esperanza de encontrar el modo de recuperar el dinero que debía a Ottavio. Le hice un ademán de que estaba bien y me dirigí hacia la salida. El tranvía se detuvo y nosotros bajamos; estábamos en la estación, ante los jardincillos, hacia la vía Volturno.

Cesare me llevó a un punto solitario; allí se detuvo y bisbiseó:

—¿Tienes mil?

—¿Mil qué?

—Mil liras... Hace dos días que no como.

—Estupendo, caes en el momento justo —respondí—. Precisamente estaba pensando en la mejor manera de tirar mil liras.

El comprendió inmediatamente y dijo abatido:

—Entonces, si no quieres prestármelas, ayúdame, por lo menos.

Le pregunté con precaución qué clase de ayuda deseaba, y él respondió:

—Mira esto.

Bajé los ojos y vi que tenía en la palma de la mano una moneda dorada, con incrustaciones de tierra y una figura de mujer en el centro.

—Ayúdame a vender esta moneda romana..., luego iremos a medias.

Lo miré y no pude dejar de soltar una carcajada, sin saber yo mismo por qué:

—Pataconero..., pataconero... Has acabado en pataconero... ¡Ah, ah, ah! Pataconero...

Cuanto más repetía «pataconero» más me reía; él mientras tanto, me miraba, más feo que nunca, con la moneda en la mano. Por último dijo:

—¿Se puede saber por qué te ríes?

Me reí aún durante un buen rato y luego le contesté:

—Ni hablar del asunto.

—¿Por qué?

—Porque, querido mío, hasta los niños conocen ahora los patacones... Ya pasó el tiempo de los patacones.

Mortificado, se volvió a meter la moneda en el bolsillo, diciendo:

—Entonces, préstame doscientas liras, al menos.

En ese momento me acordé de nuevo de Ottavio y del dinero que debía darle, y me volvió a asaltar la esperanza de recuperarme. Después de todo, puede decirse que todos los días se leía en los periódicos de gente que caía en el timo del patacón. ¿Por qué no iba a salirnos bien a nosotros? Le dije a Cesare:

—Mira, me das pena... Quiero ayudarte..., pero con una condición... Soy, de verdad, un señor al que le gustan las monedas romanas..., y tengo dinero..., mira.

Quizás por vanidad, saqué del bolsillo el paquete de los billetes y los desplegué en su cara.

—Tengo dinero, y tú, en todo caso, eres un timador y yo el que habría podido ser timado... ¿Entendido?

El dijo de inmediato, con entusiasmo:

—Entendido.

Proseguí, ya muy seguro de mí mismo:

—Bueno, tratemos de ponernos de acuerdo... ¿Qué precio vamos a fijar?

—Teinta mil.

—No, treinta mil son pocas..., por lo menos, sesenta mil... Y de éstas, cuarenta mil para mí y veinte para ti... ¿Está bien así?

—En realidad, habíamos dicho la mitad.

—Entonces, no hay nada de lo dicho.

—Veinte mil, está bien.

—Veamos, ahora, cómo lo presentamos —continué—. Tú eres un peón..., trabajabas aquí, en las excavaciones de la nueva estación..., has encontrado la moneda y la has escondido... ¿Entendido?

—Entendido.

—Y en cuanto a la moneda, yo intervengo y declaro que es una pieza de gran valor... Pero hay que encontrar el nombre de un emperador romano... ¿Quién decimos?

—Nerón.

—No; Nerón, no... ¿Ves como eres un ignorante?... A Nerón, en Roma, lo conocen todos... Es el primero que viene a la cabeza..., otro...

Cesare, perplejo, se rascó la barbilla y luego añadió:

—Sólo conozco a Nerón..., a los otros no los conozco...

—Pues ha habido muchos... —dije—, por lo menos un centenar... A Vespasiano, por ejemplo, el de los urinarios *, ¿no lo conoces?

—Ah, sí, Vespasiano.

—Pero Vespasiano no sirve..., podría hacer reír... Veamos, más bien, lo que hay escrito en tu moneda..., déjamela un momento.

El me la dio y yo miré: había una letras, pero confu-

* Los mingitorios públicos se llaman en Italia *vespasiani*. (Nota del traductor.)

sas, y no se entendía nada. Dije con repentina inspiración:

—Caracalla..., el de las termas... ¿Has entendido?... Caracalla.

—Sí, Caracalla.

—Entonces —concluí— haremos así... Nos separamos, aunque sin alejarnos mucho uno del otro... Al tipo lo busco yo... Cuando me oigas toser quiere decir que es él, y lo abordas... ¿De acuerdo?

—No lo dudes.

De forma que nos separamos; Cesare empezó a pasear de abajo arriba por los jardincillos, y yo me puse en observación desde la acera. En aquel sitio, como ya sabía, caen todos los provincianos de los alrededores de Roma, viniendo de la estación; son gente rústica e ignorante, pero con la cartera repleta de billetes. Gente que se cree astuta; y no digo que en su pueblo, entre las ovejas y los quesos, no lo sea, pero en Roma su astucia es ingenuidad. Vi muchos, con paquetes y maletas unos, otros solos, otros con las mujeres, pero, por un motivo u otro, no resultaban bien. Entre tanto, para entretener la espera y asumir una actitud, saqué de la pitillera un cigarrillo y lo encendí. No sé por qué, a la primera chupada, el humo se me atravesó y tosí. Inmediatamente aquel imbécil de Cesare se largó derecho hacia un mocetón rubio que hacía unos momentos que estaba dando vueltas bajo los árboles y le tocó en el codo. La escena había sido tan rápida que no me dio tiempo a intervenir.

Mientras Cesare hablaba, examiné al mocetón. Era bajo, vestido como un campesino, con un chaquetón con solapas de zorro, pantalones de terciopelo marrón abombachados, botas de baqueta amarilla manchadas de lodo. Tenía una cara blanca, aplastada, aguda, bigotitos rubios bajo una nariz picuda, cabeza rapada. Parecía astuto, pero, por suerte, también parecía rústico. Escuchaba a Cesare con curiosidad, quizás con interés. Por último, Cesare metió la mano en el bolsillo y sacó la moneda. Había llegado mi turno y comprendí que ya no podía volverme atrás.

El mocetón miraba la moneda, dándole vueltas; Cesare le hablaba. Me acerqué y dije con tono autoritario:

—Perdonen la indiscreción... ¿No es ésa una moneda romana?

Cesare me miró con aire estúpido. El mocetón dijo, entre dientes:

—Parece.

—Permítanme que la vea... —dije—, entiendo de estas cosas... Soy anticuario... Permítanme.

El mocetón me tendió la moneda y yo la examiné largamente, fingiendo curiosidad. Luego me volví hacia Cesare y le pregunté con severidad:

—Y tú ¿de dónde la has sacado?

Hay que decir que Cesare, tan desastrado y sucio, estaba muy a tono con su papel. Lloriqueó:

—¿Qué quiere que le diga?... Soy un pobre...

—Vamos —le dije—, no tengas miedo... No soy un policía de paisano... Conmigo puedes hablar... ¿De dónde la has sacado?

—Soy peón —respondió Cesare, siempre en tono lastimero—, la he encontrado mientras trabajaba en las excavaciones, aquí, en la estación... Quizás usted pueda decirme lo que vale.

—Lo que es valer, sí vale...; es una moneda del emperador Caracalla.

—Ah, muy bien, Caracalla —dijo Cesare—. He oído alguna vez ese nombre.

Había llegado el momento delicado, decisivo. Brusco, pregunté:

—¿Cuánto?

—¿Cuánto qué?

—¿Cuánto quieres?

—Deme sesenta mil liras.

Era la cifra establecida; pero otro menos estúpido que Cesare habría preparado el golpe, quizás respondiendo: «Bueno, ponga usted el precio...» Sin embargo, le dije siempre brusco, como quien no quiere dejarse escapar una oportunidad:

—Te doy cincuenta mil... ¿Está bien?

Entre tanto miraba al mocetón y creí comprender que había picado. Y, en efecto, propuso:

—Yo te doy diez más... ¿Quieres dármela? —con tono dulce, persuasivo, insinuante.

Cesare alzó los ojos hacia mí y luego dijo con una exacta y dolida entonación:

—¿Lo ve?... Antes estaba él... Lo siento, tengo que dársela a él.

El mocetón se mordía los bigotes rubios, mirándonos. Continuó:

—Pero no tengo aquí el dinero... Ven conmigo y te lo doy.

—¿Adónde?

—¡A la comisaría!

Cesare abrió mucho los ojos, espantado, desfallecido. Comprendí que debía intervenir con la máxima decisión y metiéndome en medio:

—Un momento... ¿Con qué derecho?... ¿Quién es usted? ¿Es un agente?

—No soy un agente, no —respondió el burlón—; pero tampoco soy tan tonto como os creéis vosotros dos... ¿Queríais colocarme un patacón, eh?... Venid conmigo a la comisaría..., allí nos explicaremos mejor.

Cesare me miraba desesperado. Tuve una inspiración y dije:

—Usted se equivoca... Puede ocurrir que, a juzgar por las apariencias, él parezca un timador, yo su compinche y usted el tonto... Pero, en realidad, yo no lo conozco, usted no es un tonto y yo soy realmente un anticuario... Y la moneda es buena..., hasta el punto de que se la compro de inmediato.

Me volví hacia Cesare y le ordené:

—Dame la moneda y pon la mano.

El obedeció, y yo, una tras otra, le conté en su mano las cincuenta mil liras de Ottavio. Después le dije al mocetón:

—Y quiero darle un consejo... Aprenda a distinguir a la gente honrada de los timadores... Aprenda a ver las diferencias.

—¿Y quién me dice que no están ustedes de acuerdo? —respondió él, obstinado.

Ahora que había pagado en serio el patacón me sentía agresivo, lo odiaba. Dije encogiéndome de hombros:

—¿De acuerdo nosotros?... Ya se ve que vienes del campo... Quizás entiendas de quesos, pero no de gente honrada... Vuélvete a tu pueblo, vuélvete...

—¡Eh! —dijo arrogante—, ¿con quién te crees que hablas? No me levantes la voz..., ¡chulo!

—¡Chulo serás tú..., y también gilí!

Estaba enfurecido sin motivo, quizás porque ahora sentía que tenía razón. El respondió:

—¡Sinvergüenza!

Y yo me lancé contra él, haciendo un ademán para aferrarlo por las solapas de zorro. Entre tanto se habían reunido en torno nuestro los consabidos desocupados, que nos separaron, mientras yo me debatía y gritaba:

—¡Vete a vender quesos..., zafio, ignorante, campesino!

El, encogiéndose de hombros, se alejó entre la muchedumbre, y yo, entonces, me volví para buscar a Cesare.

Se me heló la sangre al ver que no estaba. La gente, tras habernos separado, se iba a sus asuntos, y de Cesare no se veía ni rastro en la plazuela de la estación, ni en los jardincillos, ni hacia la Plaza de l'Esedra. Había desaparecido, y con él las cincuenta mil liras. Tuve un gesto de desesperación tan violento que alguien me preguntó:

—¿Se siente usted mal?

Luego, temblando de rabia, sudando, jadeante, trastornado, hice a la carrera el breve trecho de calle desde la plazuela hasta la *via* Vicenza, donde estaba la tienda de Ottavio. Lo encontré, como de costumbre, tras el escaparate: gordo, descuidado, con barba crecida, examinaba no sé qué con su lente de orfebre. Entré y, recobrando la compostura como mejor pude, le dije:

—Mira, Ottavio, que no puedo darte el dinero... Si quieres, puedes coger a cambio esta moneda romana.

El la tomó con calma, sin mirarme, se la acercó al ojo,

la examinó un momento sólo y luego comenzó a reír. Como para sí. Luego se levantó y, riendo siempre y palmeándome en el hombro, dijo:

—Pataconero, pataconero... ¡Ah, ah, ah!... Has acabado en pataconero.

Bromas de Ferragosto

Todo me salía mal aquel verano, y cuando llegó Ferragosto * me encontré en Roma sin amigos, sin mujeres, sin parientes, solo. El comercio en el que trabajaba de dependiente estaba cerrado por vacaciones; en cualquier otro caso, desesperado, con tal de encontrar compañía, me habría resignado incluso a vender los saldos veraniegos, calzoncillos, medias, camisas, todo muy ordinario. Así, aquella mañana del día 15, cuando Torello hizo sonar su claxon bajo mis ventanas y luego me invitó a ir con él a Fregene, pensé: «Es antipático, mejor dicho, es odioso..., pero mejor él que nadie», y acepté de buen grado. Torello era un joven atildado, macizo como una hogaza, con una cara lívida tendida hacia adelante en actitud de arrogancia, con los ojos a flor de piel, duros y estúpidos, que daban ganas de agujerearlos con un alfiler. Me era antipático, como ya he dicho, pero quizás era yo el único que lo encontraba antipático; en general re-

* El *Ferragosto* —la antigua feria de agosto de los romanos— son tres días de vacación —o «puente»— alrededor del día 15 de agosto. (Nota del traductor.)

sultaba simpático, y la mujeres, además, se morían por él. Siempre estaba lleno de dinero, porque tenía un garaje que marchaba muy bien, y así añadía a su insolencia natural la de sus cuartos. Pero la arrogancia, pase. A Torello lo tenía yo entre ceja y ceja por otro motivo, porque decía y hacía siempre inconveniencias. Era chocante, sin remedio, siempre inoportuno, siempre ofensivo, siempre se indisponía con alguien. ¿Serían capaces ustedes de oír a un cantante que se equivoca en todas las notas? No, y quizás incluso le pagarían para que estuviera callado. Pues éste es el efecto que me hacía Torello. Me ponía los nervios de punta, y como tengo un buen carácter y quiero llevarme bien con todos y con él no lograba llevarme bien, lo evitaba en la medida de lo posible. Pero aquel Ferragosto no lo evité e hice mal.

La primera inconveniencia la dijo Torello en el momento en que me sentaba a su lado en su coche:

—¿Te ha venido bien que haya pasado a buscarte, eh?... Si no, te tocaba pasar el Ferragosto en Villa Borghese.

Pensé: «Ya empezamos», pero no dije nada, porque además de indelicado era también estúpido y no habría entendido. Luego el coche partió, dirigiéndose hacia la Aurelia.

Torello tenía un coche con carrocería especial, verde y baja, del que estaba sobremanera orgulloso. Ya dentro del casco urbano, pasado San Pedro, comenzó a correr como un loco: noventa, cien, ciento diez, ciento veinte. Yo le decía:

—Pero conduce despacio... No nos espera nadie.

Y él, por toda respuesta, apretaba el acelerador. Así, como un rayo, pasamos Madonna di Riposo y luego seguimos por la Aurelia. Por culpa del Ferragosto, la carretera estaba llena de coches y Torello se empeñaba en pasarlos a todos, sin tocar el claxon, sin mirar si la carretera estaba libre, con la cabeza baja, exactamente igual que un toro. Finalmente desembocamos en una recta, y allá al fondo se veía un gran automóvil americano, que también corría mucho, negro y brillante al sol.

—Ahora adelantaremos también a ése —dijo Torello, y aceleró.

Era un coche más potente que el nuestro, pero el hombre que estaba al volante conducía con prudencia, con regularidad; a su lado iba una mujer. Torello llegó detrás de él, estábamos en una curva, se le puso a la par, y entonces vio a la mujer: rubia, con un rostro redondo, ojos de terciopelo negro, expresión socarrona y viciosa: como una gran gata. El hombre parecía bajo, con el cuello corto en línea recta con la nuca, cabeza calva, nariz como una aldaba. Conducía con el cigarro en la boca, con una camisa abierta, los brazos peludos sobre el volante. Torello gritó:

—¡Adiós, linda rubia! —y ella se volvió y le sonrió.

En aquel mismo momento un camión tan alto como una casa salió de la curva, y el hombre del cigarro, rápido, se echó a la cuneta; Torello apenas tuvo tiempo de echarse, a su vez, hacia el coche americano. El hombre del cigarro hizo un gesto con la mano y prosiguió como una flecha.

—Esa mujer me gusta —dijo Torello apretando el pedal—. ¿Has visto? Me ha sonreído.

—Déjala en paz —le dije—, no es para ti.

—Te pediré consejo cuando tenga que comprarme un pijama —dijo él, arrogante. En resumidas cuentas, me ofendía.

Perseguimos como diablos al coche americano y en un paso a nivel nos detuvimos a su lado. La rubia nos miró y le sonrió a Torello, que de inmediato le hizo un gesto de inteligencia. El hombre del cigarro vio claramente el gesto, se quitó el cigarro de la boca, y allí, en el paso a nivel, en mi presencia, en la del guarda y en la de algunos campesinos que esperaban, le dio un bofetón a la mujer, con el revés de la mano, en la boca. En ese momento las barreras del paso a nivel se alzaron y el coche arrancó antes de que pudiese volver a ver la cara de la rubia. Figúrense a Torello. Aquel bofetón fue para él tan preciado como una declaración de amor.

—¡Eso está hecho! —mugía encorvado sobre el volante—. ¿Quieres ver cómo se la birlo?

Entre tanto el coche americano había iniciado una carrera infernal y no hubo manera de alcanzarlo antes del pinar de Fregene.

Y ya estábamos en el pinar, en la encrucijada donde suelen ponerse los vendedores de limonada, con los excursionistas tendidos a la sombra de los pinos, las radios encendidas, los envoltorios y las botellas de Ferragosto. El coche americano nos precedía y nos manteníamos tras él, lentos, muy lentos. El coche americano desembocó en la explanada y fue a pararse a la sombra, bajo el cobertizo. Torello dio media vuelta y fue a colocarse al lado del coche americano. El hombre del cigarro salió por un lado, la mujer por el otro. Torello, rápido, corrió a ayudarla a bajar. Ella le dio las gracias con una sonrisa y se alejó al lado de su acompañante. Era más alta que él, le llevaba la cabeza; flexible como una serpiente, al caminar meneaba las caderas y bamboleaba la cabeza. El parecía casi más ancho que largo, con los brazos colgantes; un verdadero gorila. Entraron en el establecimiento de baños y nosotros entramos en el establecimiento de baños. Compraron los tickets y nosotros compramos los tickets. Se dirigieron hacia las casetas por el camino de cemento, a través de la playa, y nosotros los seguimos. El bañero, al vernos a los cuatro juntos, se volvió y preguntó:

—¿Están ustedes juntos, en la misma caseta?

La rubia se echó a reír mirando a Torello, que dijo en voz alta:

—¡Ojalá!

El hombre del cigarro le dijo al bañero:

—No, estamos separados.

La rubia entró en su caseta y Torello entró en la caseta de al lado, que era la nuestra. Nos quedamos fuera yo y el hombre. El se sacó del bolsillo una enorme petaca y me la tendió:

—¿Un cigarro?

Rehusé diciendo que no fumaba. El insistió, diciendo:

—Cójalo, entonces, para su amigo —con un tono sombrío, casi amenazador.

Me pareció que hablaba italiano con acento meridional y, al mismo tiempo, extranjero, y pensé que era ítalo-americano. Luego oí a Torello, que llamaba al tabique que separaba las casetas, y a la rubia, que sofocaba una risotada. El hombre dijo:

—Es un tipo alegre su amigo —y luego gritó algo en inglés y la rubia salió de la caseta.

El hombre entró a su vez en la caseta y Torello salió. Le dije:

—Este cigarro te lo regala él —indicando a la puerta cerrada.

Torello cogió el cigarro y gritó:

—¡Gracias, eh, por el cigarro!

—No hay de qué —dijo el hombre asomando sólo la cabeza por la puerta y mirándolo de mala manera—. ¿Quiere también este albornoz... ¿O bien quiere esta bolsa?... ¿O prefiere esta petaca? Es de oro.

Así, a su manera, le daba una lección. Torello enrojeció hasta las orejas y la puerta se cerró. Torello me aguardó, guiñó el ojo y se lanzó tras la rubia, que entre tanto se había encaminado al mar.

Desde la caseta lo vi alcanzar a la rubia, hablarle y luego tomarla de un brazo. No creía en lo que veían mis ojos, y ahora casi, casi le daba la razón. La rubia meneaba las caderas y los hombros, tenía un cuerpo desarticulado, sin músculos ni huesos, como de goma. Entraron en el agua, el mar estaba movido, una ola chocó contra ellos, y cuando pasó vi a la rubia entre los brazos de Torello, agarrada a su cuello y riéndose. Luego se alejaron y los perdí de vista.

El hombre salió de la caseta, con un traje de baño blanco y negro. Era corto de piernas, blanco como tocino, con muslos muy negros por el vello y un espeso acolchado de pelos en el pecho. Tenía un periódico en la mano y el consabido cigarro en la boca. No fue al mar, sino que se hizo traer una tumbona ante la caseta, se sentó y desplegó el periódico. En ese momento Torello

y la rubia salían del agua bromeando y dándose empujones. El hombre los miró, luego abrió el periódico y comenzó a leer.

La rubia remontó la playa hasta el hombre y vino a acurrucarse a su lado. Torello se puso, en medio de la playa, a realizar ejercicios gimnásticos: adelante, atrás, a un lado, al otro, todo para hacerse admirar por la rubia. Entonces yo fui a bañarme y durante una hora no me ocupé más de ellos

A mi regreso encontré a Torello ya vestido e impaciente:

—Pero dónde te habías metido? Vístete, pronto... Ellos están ya comiendo.

Me vestí y lo seguí fuera del establecimiento de baños, hasta el restaurante. Los otros dos estaban ya a la mesa, al fondo de una larga pérgola atestada de gente. Torello fue a sentarse sin vacilar a una mesa vecina a la suya. El hombre le dijo en voz alta:

—¿Por qué se sientan en la mesa de al lado?... Pueden sentarse en la mía.

Como de costumbre, se burlaba de él; pero Torello es tan estúpido que hizo un gesto como para aceptar, pero el hombre prosiguió:

—¿O es que desean que yo me vaya y los deje solos con la señora?

Torello se sentó junto a mí y durante un rato no abrió la boca. Comimos en silencio; pero al llegar a la fruta la rubia aprovechó un momento en que el hombre no miraba y le sonrió a Torello. Envalentonado, él se hizo traer una botella de Frascati espumante y, con la botella en la mano, se levantó y fue hacia la mesa de al lado. La rubia estalló en risas al verlo llegar. El hombre alzó los ojos y miró a Torello

—¿Quieren que bebamos juntos? —dijo Torello— ¿Qué ganamos con mirarnos como perros rabiosos? Bebamos y hagamos las paces.

—Démela —dijo el hombre.

Y tomando la botella, la inclinó sobre un jarrón de flores que había allí cerca y esperó a que todo el vino

acabara en el jarrón; luego devolvió la botella a Torello, diciéndole:

—Gracias.

La rubia se rió. Más tarde, el hombre se levantó para ir al bar y la rubia, entonces, le dijo a Torello:

—Gracias por el vino..., he apreciado su gesto.

Comenzaron así a hablar de esto y aquello, y Torello se inflamaba cada vez más; de pronto, el hombre se paró entre ellos, de pie, con el cigarro en la boca, y le dijo a Torello con bastante amabilidad:

—Nosotros vamos al pinar, ¿quieren venir también ustedes?

Torello vacilaba, temiendo una nueva broma, pero la rubia le exhortó con autoridad:

—Si él les dice que vengan, vengan.

Y entonces aceptamos. Llegamos otra vez al pinar. El coche americano nos precedía, dando suaves botes sobre el sendero herboso, hasta lo más denso del boscaje. Seguimos un buen trecho; a través del vidrio posterior del coche americano veía las dos cabezas de la rubia y del hombre del cigarro, y todo me parecía demasiado fácil para ser verdad. Pero Torello estaba excitado y me dijo:

—Ahora él se va a dormir, y, o no soy Torello, o me como a esa linda muñeca.

Nunca lo había visto tan antipático.

Por fin llegamos a un claro, en un paraje solitario: pinos y más pinos por todas partes, y arriba, entre las [illegible]idas que se movían con el viento, un cielo ardiente [illegible]ul. El coche americano dio media vuelta, poniéndose con el motor hacia el sendero por el que habíamos venido. Torello se detuvo y, muy alegre y jactancioso, bajó y fue al encuentro del hombre, que entre tanto también había bajado. Le tendía la mano, quizás quería presentarse. El hombre estaba quieto en el medio del claro. Luego tomó carrerilla a dos o tres metros de Torello y, de repente, como un ariete, se lanzó con la cabeza gacha y le dio un horrible cabezazo en la boca del estómago. No cabe duda, con la cabeza, un verdadero golpe de lu-

cha libre. Torello hizo una especie de ademán, como para ponerse en guardia; pero el hombre se bajó y le lanzó un puñetazo a la cara. Torello dio dos o tres pasos hacia atrás y recibió otro puñetazo, esta vez de nuevo en el estómago. Torello se apoyó en un pino llevándose una mano a la cara. El hombre volvió a su coche, subió, encendió el motor y se marchó.

Casi me dieron ganas de reír; y confieso que no me desagradaba que Torello hubiera recibido aquel cabezazo en el estómago. Luego me acerqué a él y vi que tenía la boca llena de sangre. Se sostenía el estómago con una mano; después fue tras un pino y vomitó. Yo me fui al coche, subí y me quedé quieto un rato largo. Había un profundo silencio; si escuchaba, oía un pájaro, en lo más denso del bosque, que silbaba de vez en cuando. Por fin, Torello subió también, sujetándose el pañuelo contra la boca. Encendió el motor y nos marchamos.

Durante un rato no hablamos nada. Por fin, Torello dijo:

—Toda la culpa es de aquella bruja.

Me habría gustado decirle que la culpa era suya, pero me callé; total, sabía que de nada iba a servir. En Roma nos separamos y desde aquel día no lo he vuelto a ver.

Indice

Fanático 7
¡Hasta la vista! 14
Lluvia de mayo 23
No ahondes 31
Una estupenda velada 39
Bromas del calor 48
El doble 55
El payaso 63
El billete falso 70
El camionero 78
El pensador 86
Engendros 95
El intermediario 104
El rorro 113
El crimen perfecto 122
El pic-nic 129
La mancha de vino 137
Prepotente a la fuerza 146
Derrochador 154
Un día negro 163
Las joyas 171
Tabú 179
No digo que no 187
El inconsciente 195
La prueba cinematográfica 202
Pelmazo 210
La *ciociara* 219
Pataconero 227
Bromas de Ferragosto 236